Régine Pernoud

La reina Blanca de Castilla

TRADUCCIÓN DE JOSÉ RAMÓN MONREAL





Modelo relevante de buen gobierno que sobrevivió a conjuras, sediciones y revueltas, llamada por sus contemporáneos «reina buena y justiciera», quién sabe si a costa de olvidarse de sí misma, valiente y enérgica, llena de coraje y fortaleza, Blanca de Castilla es una de las grandes reinas de la Europa medieval. Nieta de Leonor de Aquitania, hija de Alfonso VIII de Castilla, esposa de Luis VIII de Francia y madre de San Luis, nos es presentada en este libro con la amenidad, erudición y sabiduría que caracterizan a su autora, que nos adentra sin esfuerzo en la complejidad humana y existencial de una mujer de leyenda.

Régine Pernoud

La reina Blanca de Castilla

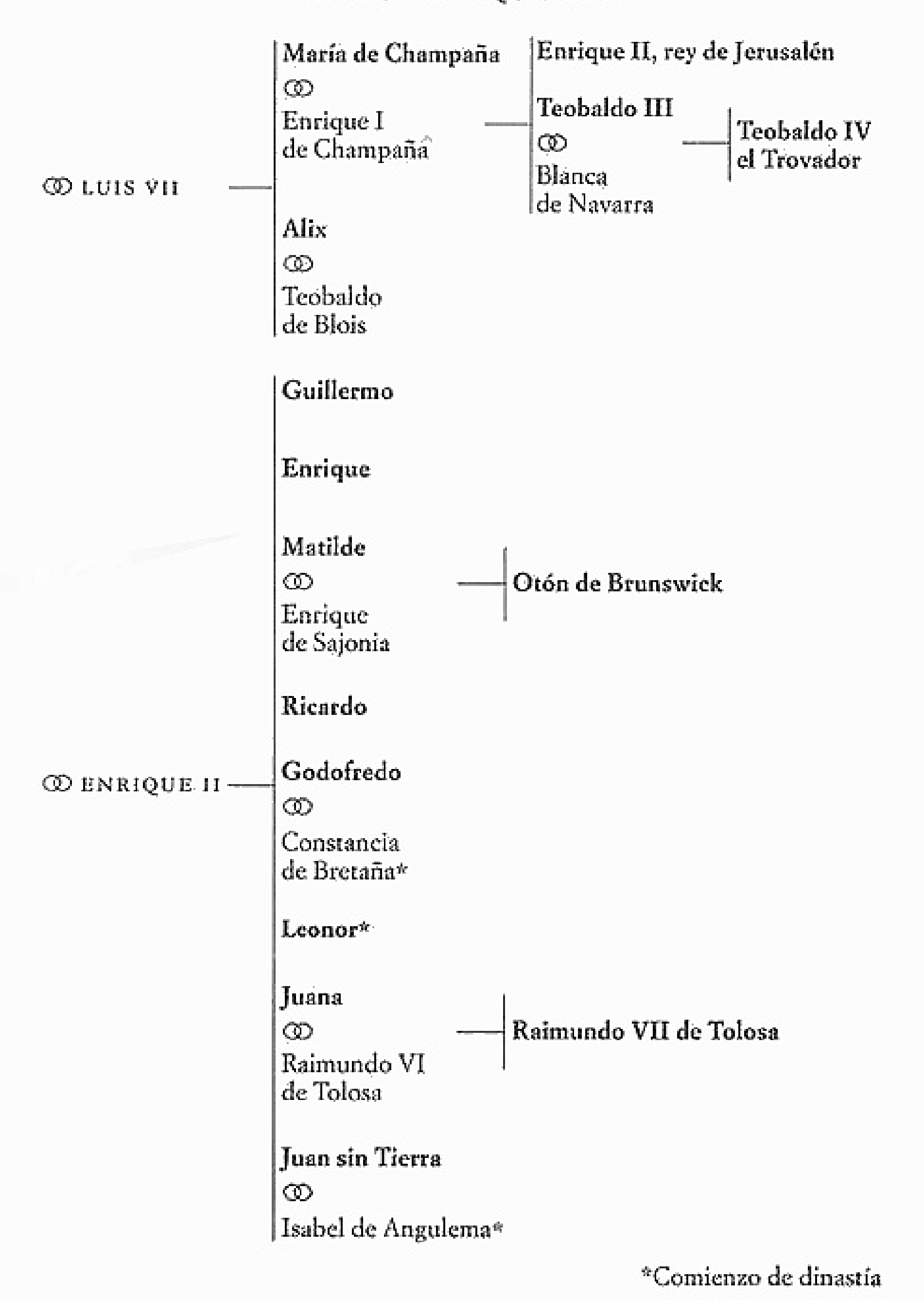
ePub r1.0
Titivillus 12.01.2021

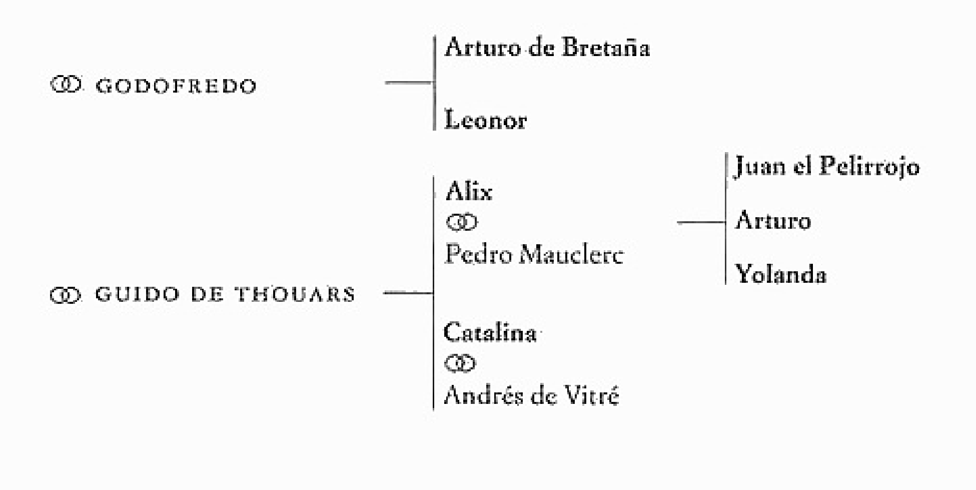
Título original: *La Reine Blanche*
Régine Pernoud, 1972
Traducción: José Ramón Monreal, 2013

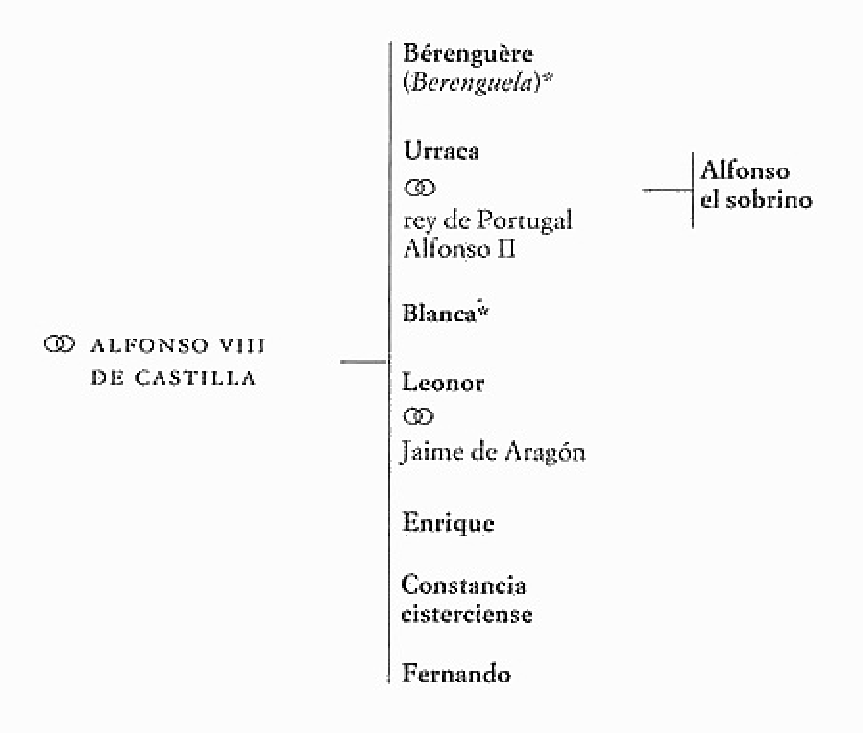
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

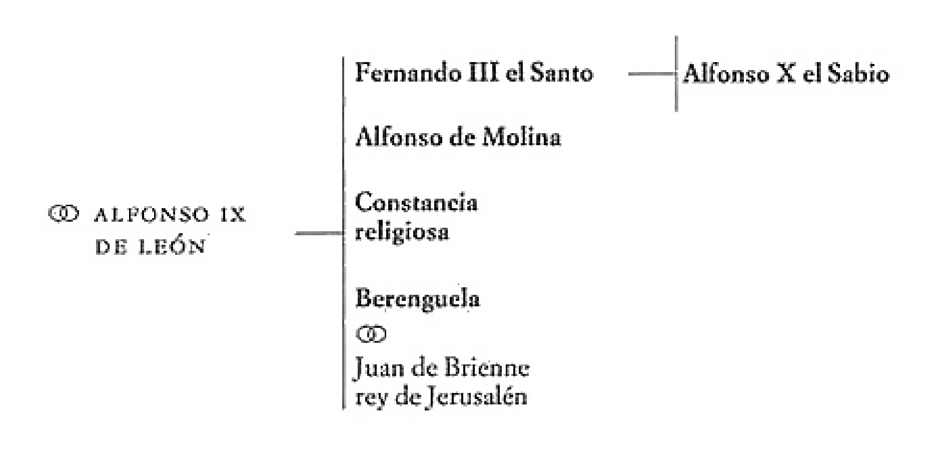
A Madou

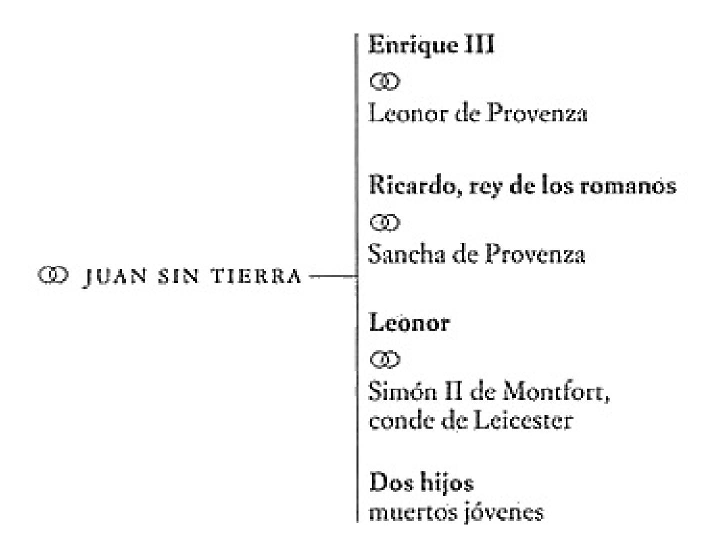
CUADROS GENEALÓGICOS




CONSTANCIA DE BRETAÑA
GODOFREDO
Arturo de Bretaña
Leonor
GUIDO DE THOUARS
Alix
Pedro Mauclerc
Juan el Pelirrojo
Arturo
Yolanda
Catalina
Andrés de Vitré


LEONOR
ALFONSO VIII
DE CASTILLA
Bérenguère
(Berenguela)*
Urraca
rey de Portugal
Alfonso II
Alfonso
el sobrino
Blanca*
Leonor
Jaime de Aragón
Enrique
Constancia
cisterciense
Fernando


BERENGUELA
Fernando III el Santo
Alfonso X el Sabio
Alfonso de Molina
ⵚ ALFONSO IX DE LEÓN
Constancia religiosa
Berenguela
ⵚ
Juan de Brienne rey de Jerusalén


ISABEL DE ANGULEMA
Enrique III
ⵚ
Leonor de Provenza
Ricardo, rey de los romanos
ⵚ
Sancha de Provenza
ⵚ JUAN SIN TIERRA
Leonor
ⵚ
Simón II de Montfort, conde de Leicester
Dos hijos muertos jóvenes

BLANCA

∞ LUIS VIII
REY DE FRANCIA

- **Una hija** muerta recién nacida
- **Felipe** muerto joven
- **Dos gemelos** muertos recién nacidos
- **Luis IX** el Santo
- **Roberto de Artois**
- **Juan** muerto joven
- **Alfonso de Poitiers**
- **Felipe Dagoberto** muerto joven
- **Isabel**
- **¿Esteban** muerto recién nacido?
- **Carlos de Anjou**

PRÓLOGO

Blanca de Castilla es uno de esos personajes de nuestra historia a los que una fama sólidamente establecida y perpetuada por los manuales escolares ha catalogado de forma irremisible. Su nombre provoca comentarios invariables —automáticos, como lo son los reflejos llamados «condicionados»—. «Madre posesiva» es la primera reacción en la mayoría de los casos, seguida eventualmente de consideraciones que la sitúan entre «madrastra» y «marimacho». Era «una testaruda», «una mujer temible», una «suegra desabrida», etcétera. La impresión general, aunque no sea necesariamente peyorativa, es siempre monolítica: una mujer dura, fría, insensible…

Dicho sea de paso, los juicios de este tipo, sin apelación y sin matices, caracterizan a todos los personajes, o a casi todos, de este período de mil años al que se persiste en dar —en contra de todo rigor científico, por no hablar ya del sentido común— el nombre de «Edad Media». Aún es una suerte, después de todo, que el nombre de Blanca figure en la galería de retratos a la que se ven reducidos esos mil años en la enseñanza oficial. Pues, desde el punto de vista del historiador, el reinado de Blanca de Castilla y el de su hijo san Luis son los peor conocidos de toda nuestra historia. Se ha elaborado el catálogo completo de los hechos de los reyes anteriores, así como también de los posteriores, pero nada se ha hecho por lo que se refiere al medio siglo que ellos ocupan, ¡y qué siglo, además! El de las catedrales y de las *summas*, de los castillos y de las ferias, de la universidad y también de la Inquisición. El único estudio realizado científicamente, y que resulta aceptable pese a sus lagunas, es el de Élie Berger, aparecido en 1895. Por lo que atañe a Luis, se reduce a la obra del Enano de Tillemont, que se remonta a fines del siglo XVII y que novio la luz hasta 1847. Eso es todo, al margen de los relatos hagiográficos. No podemos tener, del conjunto del reinado, más que ese conocimiento forzosamente indirecto y distorsionado que se desprende de los

textos literarios; el principal de ellos sigue siendo la *Historia de san Luis* de Joinville, que no ha conocido nunca los honores de una edición crítica.

Huelga decir que, desde el punto de vista de la erudición, todo —o casi todo— queda por hacer; y es de suponer que un estudio realizado científicamente depararía no pocas sorpresas[1].

En efecto, la primera vez que Blanca figura en un texto es bajo un aspecto que contradice radicalmente la imagen clásica que se tiene de ella.

Una niña deshecha en lágrimas a la que las personas allegadas a ella tratan en vano de consolar: tal aparece Blanca en el momento en que entra en la Historia. Una chiquilla sumida en la tristeza, no sabemos por qué, y que llora como se puede llorar a esa edad: tiene doce años.

Encontramos este episodio en una biografía en la que los eruditos se muestran de acuerdo en reconocer el modelo del género: *La vida de san Hugo*, obispo de Lincoln, redactada por un contemporáneo, Adán, abad de Eynsham, una obra única por la exactitud y abundancia de detalles que hacen de cada escena un cuadro vivo, con un regusto a leyenda dorada.

Hugo de Lincoln —al igual que muchos ingleses de aquel tiempo es un franco genuino, natural de Avalón, en el Delfinado— está de paso por París. Viene de Saint-Denis, en donde los estudiantes de la Cité parisina han salido a recibirle en corporación, pues se trata de un sabio y teólogo de gran fama. Acogido por el obispo de la ciudad, recibe la visita del hijo y heredero del rey, el joven Luis de Francia. Este, que cuenta trece años, le pide que vaya a ver a su joven esposa, Blanca de Castilla. Su matrimonio se celebró un mes antes. Ahora bien, he aquí que desde hace varios días Blanca llora, presa de una tristeza cuya causa se desconoce. Hugo se dirige enseguida al palacio de la Cité, que no está muy lejos de su residencia; va a ver a Blanca, le habla a solas. Y la jovencita deja de llorar, se sosiega y recobra la sonrisa, tras disiparse su tristeza como una nube. «De ahora en adelante se mostrará de lo más alegre, tanto de corazón como de rostro».

La vida de san Hugo está salpicada de anécdotas de este tipo, dignas de las *Florecillas* de san Francisco: se contaba que los niños al verle sonreían, incluidos los de pecho que sus madres le presentaban para que los bendijera. Y su poder de simpatía se extendía también a los animales, pues nunca se hace mención del santo obispo sin hablar de ese cisne domesticado que le seguía a todas partes cuando estaba en Lincoln y que no aceptaba comer sino de su mano.

Sería tentador imaginar la entrevista que pudo producirse entre el obispo —era a la sazón un hombre de edad respetable, sesentón o más— y la chiquilla. Pero ¿resulta propio decir «chiquilla»? Blanca tiene doce años; entonces esta era una edad en la que a las muchachas se las consideraba ya adultas y podían disponer de su persona[2]. Hugo, que ha pasado toda su vida en la Gran Cartuja antes de ir a fundar la de Witham en Inglaterra y ser llamado posteriormente a la cabeza de la diócesis de Lincoln, es cierto que no ha tenido muchas oportunidades de profundizar en la psicología femenina, fuera de lo que le dicta su propia intuición personal, pero podemos estar seguros de que no se dirigió a ella como a una niña: no debió de tratar de consolarla con algunas palabras amables.

Blanca será reina; fue para hacer de ella una reina para lo que fueron a buscarla a su Castilla natal, razón por la que le hicieron cruzar los Pirineos y seguir el largo camino hasta Normandía, donde se celebraron sus nupcias.

Ser reina, para la época, no era tener un papel decorativo. Era consagrarse a una tarea exigente, tomar parte activa en la administración del reino, y en ocasiones asumir esta sola. Blanca, que acaba de realizar este viaje desde las riberas del Ebro hasta las del Loira en compañía de su abuela Leonor de Aquitania, ha podido, de cuanto esta le ha contado, extraer algunas enseñanzas: a lo largo de su vida, Leonor ha plantado cara al emperador, desafiado al papa, sacado a su hijo Ricardo de la prisión, desbaratado las asechanzas que le había tendido el rey de Francia… Y la madre de Blanca, Leonor de Castilla, no demostrará al lado de su esposo menos energía, en sus castillos de Palencia o de Burgos, donde, desde lo alto de las torres, los atalayeros están listos en cualquier momento para dar la voz de alarma ante la cercanía de los moros, los vencedores del momento. La historia en que se la ha instruido le ofrece muchos ejemplos vividos, próximos y lejanos, de reinas: las duras y las frívolas, las que conocieron el destierro o la prisión, las que fueron amadas o detestadas, felices o solitarias, y aunque ninguna eligió su suerte, de ellas dependió en cada caso tener un gran destino.

Su nacimiento las destinó de antemano a hacer lo que ellas no habían elegido. Blanca no eligió ser la esposa de Luis —ni tampoco, por otra parte, Luis ser el esposo de Blanca—, pero un gran papel le aguarda: ha sido traída para ser una prenda de paz entre dos reinos. La tarea no será fácil. Es lógico y natural que la dominen, en el momento que se inicia para ella una nueva vida, temores, nostalgias y aprensiones. Hay que reconocer asimismo que ni su tío Juan, el rey de Inglaterra, ni su suegro Felipe, el rey de Francia, tienen un aspecto muy tranquilizador para una chiquilla; que el palacio de la Cité puede

resultar lóbrego, en esa primavera lluviosa, después de Palencia, la de las murallas resplandecientes y bañadas de sol; que la vida en la Corte de Francia puede parecer austera, después de haber conocido la Corte de Castilla, tan acogedora, que tiene siempre la mesa franca para los juglares… Pero ha de aceptar esta existencia que va a ser la suya, sin perjuicio de encontrarla más adelante poco a poco aceptable; y no es llorando como lo conseguirá. Una reina no llora. Demasiada gente depende, espera su felicidad, de ella: su esposo, sus pueblos; es en ellos en quienes debe pensar en primer lugar y sobre todo. No se convierte una en una gran reina sino olvidándose de sí misma: ¿no está abocada, de todos modos, a una tarea que la supera? Esta tarea no es otra que asegurar la paz; pues aunque son los reyes los que hacen reinar la justicia, son las reinas las que hacen reinar la paz.

1
LA HABITACIÓN DE LAS DAMAS

A principios del siglo XIII, en el año 1200, son las mujeres las que hacen la Historia. Una Historia borrascosa donde las haya. Durante todo el período feudal —el que se inicia con el reinado de Hugo Capeto y termina con Felipe el Hermoso y sus hijos— difícilmente se encontrará un período más turbulento que el de los primeros años de la reina Blanca en la corte de Francia, aquellos que hicieron de la chiquilla una mujer.

Toda su vida iba a estar marcada por los acontecimientos dramáticos que se desarrollaron entre sus doce y sus veinte años; todo su reinado iba a estar consagrado a resolver y apaciguar las violencias que lo agitaron. Y tales violencias son provocadas (aunque es cierto que a veces de forma involuntaria) por unas personas que responden a los nombres de Leonor, Isabel, Constancia e Isambur.

En la época de su encuentro con Hugo de Lincoln[3], Blanca no es, sin embargo, más que una chiquilla despreocupada. Había nacido doce años antes, el 4 de marzo de 1188, en un castillo de Palencia, en Castilla, donde pasó la mayor parte de su infancia. Su madre, Leonor de Castilla, debió de contarle a menudo que ella misma había abandonado los lugares de su infancia: Poitiers, Inglaterra, Normandía, donde naciera, para venir a Castilla a fin de unirse en matrimonio con el rey Alfonso VIII, llamado el Noble. Su madre, Leonor de Aquitania, la había acompañado. Pero lo que Blanca no podía adivinar era que un día esta misma reina Leonor de Inglaterra vendría a su vez a buscarla a ella para realizar en sentido inverso el peregrinaje de su vida.

La corte de Castilla era alegre y animada. Se encontraban en ella los más grandes juglares de su tiempo. Blanca, en su infancia, había oído cantar a Giraut de Borneil, a Uc de Saint-Circ y a Folquet de Marsella, antes de que

este se hiciera monje en la abadía del Thoronet. Había reído con sus dos hermanas al enterarse de que Guillem de Bergucdá suspiraba por su madre, a quien le dedicaba poema tras poema. Había aplaudido con ellas a Guiraut de Calanson, a Perdigón y al famoso Peire Vidal; y formaba parte de esas doncellas que, en la corte de Alfonso, se habían apresurado a aprenderse de memoria una canción de Ramón Vidal de Besalú, *Castiagilos*—, ese rey de Castilla del cantar, que

De prix était couronné
et de grand sens et de liesse
et de valeur et de prouesse

[Coronado de galardones
de gran cordura y de entusiasmo
de valor y de hazañas].

no era otro que su padre; y esa reina, modesta, espléndidamente vestida con un manto de seda encarnada, orlado de plata y bordado de oro, era su madre[4].

Alfonso y Leonor formaban una pareja feliz. Su corte era la más cultivada de Europa —sobre todo desde que se había disuelto la de Poitiers— y, de no haber existido la perpetua amenaza mora sobre Castilla, la más alegre.

Esta amenaza sarracena Blanca la había vivido siendo ya muy niña: contaba siete años cuando los ejércitos de su padre habían sido vencidos en el campo de batalla de Alarcos. Dos años más tarde, su hermana mayor, Berenguela, les había dejado para casarse con el rey Alfonso de León. Las tres estaban prometidas a tener ilustres alianzas, y Blanca no se había sorprendido en absoluto al enterarse, en los primeros días del año 1200, de que su hermana, Urraca, iba a casarse con el heredero de Francia, el joven Luis. En pleno invierno castellano, cuando el viento sopla sobre la piedra de un color claro impoluto de iglesias y castillos, la reina Leonor de Inglaterra —de ochenta años, pero siempre con ese aspecto de amazona que arrostra las tempestades— había llegado a Palencia con el arzobispo de Burdeos, Elias de Malemort, y todo un séquito de caballeros, de arqueros y de clérigos. Blanca había visto llegar con intensa curiosidad a esa gran dama cuya fama se extendía por todo Occidente: ¿no había sido alternativamente reina de Francia y de Inglaterra? ¿No había cabalgado por Oriente contra los infieles? ¿No habían celebrado sus prendas los más grandes trovadores? ¿No se había

inclinado el mismísimo emperador germano ante ella cuando fue en persona a reclamarle la libertad de su hijo, el rey Ricardo?

Y he aquí que, ahora, la anciana reina hacía su aparición en la corte de Castilla.

Esta había prolongado su estancia allí durante varias semanas. Primero taciturna y como abatida por unas preocupaciones que a cualquier otro que no fuese ella hubieran abrumado —acababa de perder a Ricardo, su hijo favorito, y no podía ver sin aprensión que le sucedería su hijo menor, Juan sin Tierra—, pareció distraer poco a poco su ánimo al encontrarse con su hija, sus nietos y esa atmósfera amable de la corte de Castilla. Se entretenía a menudo con sus nietas y parecía tomarle cariño a ella, Blanca. Un día, no sin asombro, esta se enteró de que era a ella y no a su hermana a quien se invitaba a ir a Francia para unirse en matrimonio con el joven Luis. ¿Por qué? El círculo de la reina Leonor había alegado que los franceses no podrían acostumbrarse al nombre de Urraca, mientras que Blanca resultaría de lo más natural: *Blanche*. No se trataba sino de un pretexto, y todo el mundo lo sabía. Para facilitar las cosas, se despachó a unos emisarios a la corte de Portugal y Urraca se vio prometida con el heredero del trono.

Algún tiempo después de Pascua, Blanca, apenas recuperada de su asombro, se vio en camino, cabalgando al lado de la litera en la que viajaba la reina Leonor. En las paradas, su abuela hablaba de buena gana con ella y la preparaba para su papel. Le describía a su futuro esposo: un muchacho apenas mayor que ella —doce años más o menos—; muchacho al que Leonor había visto al ir a prestar homenaje a su padre, el rey Felipe. Rubio y delgado, tal vez algo frágil, de hermosos rasgos y con una mirada clara que debió de heredar de su madre, la dulce Isabel de Hainaut; tal vez guardaba también un cierto parecido con su abuelo, ese rey de Francia, Luis VII, que no era otro que el primer esposo de Leonor[5]. Afirmaban que era estudioso y aplicado en las letras; su padre le había puesto unos excelentes preceptores. Blanca iba a poder completar con estos su educación. El príncipe tenía concretamente a su lado, designado para instruirle, a un maestro de esas escuelas parisienses, cuya vida intelectual gozaba entonces de fama, llamado Amaury de Bène.

La reina se mostraba más reservada cuando Blanca le hacía preguntas sobre su futuro suegro, el rey Felipe de Francia, y evitaba responder si la chiquilla le formulaba otras sobre su propio hijo, el rey Juan de Inglaterra. En cambio, un nombre volvía de continuo a sus labios, el de Ricardo, al que la cristiandad llamaba Corazón de León. Ella le hablaba de las hazañas que había realizado en Oriente, en San Juan de Acre o en Jaifa; recitaba sus

poemas, contaba que, excelente músico como era, no podía soportar el oír cantar mal, y que un día, en un monasterio, se había puesto a recorrer de un extremo a otro el coro marcando el ritmo con las suelas de sus botas, para incitar así a los monjes a acordar mejor sus voces. Decía que, a la misma edad de Blanca —doce años—, le habían prestado homenaje los barones lemosines y le habían puesto en el dedo el anillo de santa Valeria: en la catedral de Limoges. Describía la hermosa túnica de seda rosa, bordada de medialunas de plata, que ella misma, Leonor, había mandado hacer para sus bodas, en Chipre, con la reina Berenguela.

Leonor y Blanca habían hecho juntas una etapa en Burdeos; la vieja reina recordó su propia boda en esta ciudad, celebrada en la catedral de San Andrés, y las fiestas que a ella siguieron en el palacio de la Ombriére, donde precisamente se encontraban en aquella etapa. De repente, unos mensajeros irrumpieron en la habitación. Uno de ellos dijo algunas palabras en voz baja, y Blanca vio a su abuela palidecer y tambalearse. Venían a anunciarle que un tal Mercadier acababa de encontrar la muerte en una pendencia que, por una causa desconocida, había estallado entre unos salteadores de caminos de su compañía y los de otro cabecilla de partida, Brandin. Mercadier, a la cabeza de una compañía de arqueros, había estado largo tiempo al servicio del rey Ricardo y acababa de darle escolta en Castilla. Verdadero canalla como todos esos salteadores de caminos, gente de mal vivir, que hacían de la guerra su oficio y de sus pillajes hazañas, no por ello había dejado de servir fielmente a su hijo. Estaba a su lado cuando, al pie de las murallas del castillo de Châlus, Ricardo recibió la flecha que había de herirle de muerte. Esta penosa noticia, recibida justo en el momento en que hacía de nuevo su entrada en el reino de Francia, cuando traía consigo a la heredera elegida por ella, debió de parecerle a Leonor un mal presagio.

Desde la muerte de Ricardo, tras dejar el convento de Fontevrault que ella había elegido para su retiro definitivo, Leonor se empleaba con todas sus energías recobradas en salvar lo que aún era salvable del reino de los Plantagenet. No se hacía ninguna ilusión respecto al valor de su hijo Juan, al que la Historia llamaría Juan sin Tierra. La reina había tenido cinco hijos de su segundo esposo Enrique II de Plantagenet. La fatalidad había querido que los cuatro mayores sucumbieran, dejando a su hijo menor la pesada herencia de Francia, el Poitou y la Guyena, que hacía de los Plantagenet la dinastía más rica y poseedora de los más extensos territorios. Pero Juan no tenía madera de rey. Inteligente, sin duda lo era, como todos los hijos de Leonor, pero llevando al extremo esa inestabilidad que había sido ya la desgracia de

su padre; incapaz tanto de cumplir la palabra empeñada como de mantenerse firme en cualquier decisión que hubiera tomado. Este era un defecto muy grave en unos tiempos en los que el equilibrio entero de una sociedad descansaba en la palabra dada, en los compromisos de hombre a hombre, en que un rey no podía contar ni con su administración, ni con su ejército, ni con las finanzas del Estado, sino únicamente con la fidelidad de los otros señores de su reino. Además, Juan resultaba, en lo personal, inquietante incluso para su propia madre a pesar de toda la deferencia que él le demostraba: desde la edad de siete años, rehusaba la Santa Comunión; había de ser el único rey de Inglaterra de la Historia en no recibir los sacramentos con ocasión de su coronación; en cambio, como muchos descreídos, era supersticioso. De haber vivido dos o tres siglos más tarde, se habría dedicado sin ninguna duda a la magia o a la brujería. A Hugo de Lincoln, que le exhortaba a mostrarse digno de sus predecesores en el trono de Inglaterra, le había enseñado su amuleto, una piedra preciosa que llevaba colgada al cuello, respondiéndole: «Esta piedra la recibí de mis mayores y quien la posea poseerá al mismo tiempo el reino». Tras lo cual, el obispo le exhortó a poner su confianza no en una piedra inerte, sino en una piedra viva: Jesús. La amonestación no tuvo ningún efecto. Algunos días más tarde, para Pascua, en el momento en que, según la costumbre, durante la misa el chambelán le hizo entrega de la docena de piezas de oro que tradicionalmente el rey debía ofrendar ese día, Juan, en vez de depositar las piezas de oro delante del obispo, no dejaba de mirarlas con codicia, como si fuera incapaz de separarse de ellas. Alzando los ojos hacia Hugo, dijo con un suspiro: «¡Hace solo unos días, en vez de dároslas, me las hubiera embolsado! Ahora, tomadlas». Plugo, ruborizándose por la afrenta, se volvió y finalmente el rey arrojó las piezas de oro en el platillo de las ofrendas[6]. Contábanse de él mil anécdotas del mismo tenor, sórdidas e incongruentes, y se repetía también que el día en que, en la catedral de Ruán, acababa de ser investido duque de Normandía, en el momento en que el arzobispo ponía en su mano la lanza que era la insignia de su dignidad, Juan la dejó escapar de su mano, cayendo esta al suelo: un mal presagio para el porvenir de la provincia.

Leonor, por su parte, se las había ingeniado para multiplicar las gestas que podían preservar el reino de los Plantagenet. Ante todo, había ido a prestar homenaje al rey de Francia en tanto que señor feudal por sus posesiones del continente. En Tours, en el mes de julio anterior, había hecho ese gesto de homenaje, como vasalla intachable que obligaba a su señor a garantizarle su protección; al mismo tiempo, consciente de la nueva fuerza que se había

revelado a lo largo del siglo y que ahora se consolidaba —la burguesía urbana —, había recorrido las principales ciudades del oeste de Francia, concediendo por doquier las franquicias que los burgueses reclamaban y exigiendo de ellos en contraprestación ayuda armada en caso de que su hijo la precisase. Pero, gracias a su perspicacia, había actuado con todo su poder y de forma personal en la preparación del futuro del reino; y no era otra la razón por la que había cruzado los Pirineos a fin de traerse consigo a Francia a la heredera elegida por ella. Así el reino no estaría enteramente perdido para los Plantagenet, puesto que, aunque ese reino se le escapara de las manos a Juan sin Tierra (Juan no tenía ningún hijo de la mujer, por otra parte insípida, con la que se había casado, Havise de Gloucester), alguien de su sangre aseguraría la continuidad y quizá llevase a cabo lo que había sido el sueño de Leonor en otro tiempo: reunir bajo una misma Corona a Francia e Inglaterra.

Y era así como Blanca, de doce años, iba a ser unida solemnemente con Luis, príncipe y heredero de Francia, el 23 de mayo de 1200. Los cronistas han conservado en los términos que emplean para referirse a ella algo del entusiasmo con que había de ser saludada a su llegada: ¿acaso no era ella, entre dos reyes rivales, una prenda de paz? Blanca era hermosa, de mirar claro y directo. Sus contemporáneos no nos la han descrito; se limitaron a celebrar su belleza y a jugar con un nombre que, según su testimonio, le sentaba como anillo al dedo. «*Candida candescens candore et cordis et oris*»**[7]**. Lo que podría traducirse más o menos así: «Candorosa en su candidez, blanca de corazón y de rostro».

La reina Leonor no asistió a los esponsales: de camino, había vuelto a su retiro de Fontevrault, dejando a uno de los grandes personajes de su escolta, el arzobispo de Burdeos, Elias de Malemort, la misión de acompañar a Blanca y de dirigir su destino real.

Ya con anterioridad Blanca había podido tomar plena conciencia, durante las largas conversaciones con su abuela, de lo que representaba a los ojos de aquellos que iban a recibirla. Sabía que, entre los reyes de Francia y los Plantagenet, muchas enemistades esperaban solo un pretexto para renacer. El rey de Francia, Felipe, no había disimulado nunca sus ambiciones sobre Normandía, tierra inglesa; ¿no había tratado acaso de apoderarse de los castillos que la protegían cuando el rey Ricardo se hallaba ausente, prisionero del emperador germánico? La propia dote de Blanca ¿no estaba constituida por la ciudad de Évreux y las tierras circundantes, manzana de la discordia entre ambos reyes? Felipe Augusto se había apoderado de ellas el año antes y no se había encontrado otro término medio que hacer donación de ellas a su

nuera, amén de los feudos de Issoudun y de Gragay, en el Berry, regalos de Juan sin Tierra a su sobrina.

La ceremonia del casamiento se había desarrollado con todo el fasto que cabía desear, pero con algunas extravagancias. El rey Juan no había asistido a ella. ¿Por qué? Porque había ido a ofrecerse él mismo como rehén en los dominios del rey de Francia. Fue en la abadía de Port-Mort, en Normandía, tierra inglesa, donde se celebraron las nupcias. ¿Por qué? Porque —y se había hecho saber la razón a Blanca con cierta incomodidad— sobre el reino de Francia se había lanzado un interdicto.

Interdicto: esta palabra que nos sumerge en una época muy distinta a la nuestra merece una explicación. En unos tiempos de fe generalizada, la Iglesia disponía de dos armas contra los pecadores públicos que habían infringido unos usos en aquel entonces unánimemente reconocidos: la excomunión y el interdicto; la primera excluía a dichos pecadores de la comunión de los fieles; en cuanto al interdicto, caía sobre aquellos poderosos del momento que se habían hecho merecedores a la excomunión: en los territorios que estaban bajo su dominio, se le prohibía en adelante celebrar solemnemente oficios religiosos, incluso administrar los sacramentos o tocar las campanas de las iglesias.

Así, el 13 de enero anterior, el legado pontificio había lanzado el interdicto sobre el reino de Francia. La causa: una mujer.

En la corte de Francia había tenido lugar un drama. Felipe Augusto, viudo de su primera esposa Isabel, había pedido y obtenido la mano de Isambur, la hermana del rey de Dinamarca Knut VI (a la que los manuales se obstinan en llamar Ingeburge); se había casado con gran pompa con ella en París el 15 de agosto de 1193. ¿Qué pasó durante esa noche? Nunca se ha sabido. El caso es que a partir del día siguiente, al ver aparecer a su joven esposa —que todos coincidían, por lo demás, en encontrar de lo más graciosa—, al rey Felipe le entraron unos sudores fríos y un temblor nervioso tales que, desde ese instante, declaró su intención de repudiarla. Es uno de los enigmas de nuestra Historia[8]. Fueran cuales fuesen las particularidades físicas de la princesa danesa, el rey iba a comportarse de una manera inexcusable; no solo se negó en lo sucesivo a tratar a Isambur como a su mujer, sino que incluso, no concibiendo privarse de mujer, consideró que lo más expeditivo era encarcelar a su consorte legítima; luego buscó un pretexto para obtener el divorcio, descubrió que Isambur era pariente de su primera mujer, Isabel de Hainaut, y se apresuró a unirse en matrimonio con Inés de Méranie, hija de un príncipe del Imperio (y que, por otra parte, era pariente suyo en un grado

prohibido). Había encontrado a unos prelados complacientes para declarar nulo el primer matrimonio y celebrar el segundo. Pero Isambur apeló al papa, quien no pudo hacer otra cosa que defender su causa. Celestino III se limitó a unas exhortaciones y prohibiciones verbales. Cuando Inocencio III le sucedió en la cátedra de san Pedro, el asunto hacía ya dos años que duraba (el matrimonio de Felipe y de Inés se había celebrado el 7 de mayo de 1196). Las censuras del papa al rey se hicieron a partir de entonces más insistentes y, como Felipe se mostraba irreductible, se lanzó el interdicto sobre el reino. En vano el rey Felipe Augusto trató de resistir: para un príncipe, en aquella época, el interdicto era una sanción temible: la población se veía privada de los sacramentos y el simple hecho de que las campanas de las iglesias dejaran de tocar acarreaba todo tipo de repercusiones, pues eran las que marcaban el ritmo de la vida cotidiana, llamaban al trabajo y a la oración, señalaban los días festivos y hacían de las alegrías o penas privadas otros tantos motivos de júbilo o de duelo público. En París, para tratar de obligar al obispo —Eudes de Sully, un gran señor por otra parte— a permanecer en la diócesis interdicta, Felipe Augusto le confiscó sus caballos: el prelado, ni corto ni perezoso, abandonó la ciudad a pie.

Ninguna campana iba, así pues, a tocar al paso de Luis y de Blanca cuando estos cruzaron el Sena para ir a vivir al palacio de la Cité, y el interdicto continuaría pesando hasta el mes de septiembre siguiente, en que, tras haber consentido finalmente Felipe en separarse de Inés, el papa levantó la sanción. Blanca había tenido ocasión, mientras tanto, de vivir la experiencia de las sanciones eclesiásticas y ello en un momento que marca un giro en la historia de la Iglesia, pues esta no tardará en abusar del arma que posee.

Sus primeros meses en el reino de Francia, del que sabía que un día sería reina, tuvieron por marco la Ile-de-France y sobre todo el palacio de la Cité parisiense. Tras su boda Blanca dijo adiós al arzobispo de Burdeos, Elias de Malemort, el cual le había dado escolta desde su salida de Castilla y había bendecido su unión; a continuación, se dirigió con su joven esposo y los dos reyes de Francia y de Inglaterra a París y a Fontainebleau, donde tuvieron lugar unas fiestas que su suegro, abandonando por una vez sus hábitos austeros, quiso que fueran brillantes. El buen entendimiento parece asegurado entre los dos reyes: han decidido de común acuerdo unos detalles que dejan probablemente a la chiquilla indiferente; ella no tiene edad para evaluar lo

que representa su viudedad —las tres castellanías de Hesdin, Bapaume y Lens que le son donadas por su esposo y que no significan para ella mucho más que Normandía y Berry, que su tío le ha dado en dote.

En cambio, el joven Luis, su compañero de juegos y de estudios en espera de convertirse realmente en su esposo, se ha ganado bastante pronto su afecto. Solo tiene unos meses más que ella, pues nació el 5 de septiembre de 1187. Es de estatura mediana, rubio, con unas bonitas facciones —el vivo retrato de su madre, aseguran—. Tampoco él ha conocido a Isabel de Hainaut, hermosa y graciosa princesa:

[…] la reine Isabeau
qui gent corps eut et les yeux beaux

[…] La reina Isabel
de cuerpo gentil y bonitos ojos].

Contaba tan solo dieciséis años cuando le trajo al mundo; muerta a los dieciocho años de edad, había dejado en todos un grato recuerdo y, en la Historia, un testimonio inestimable: su sello de plata recuperado de su tumba.

Luis es «un niño de natural feliz[9]», pero de salud delicada. A la edad de dos años, al poco de la muerte de su madre, a punto estuvo de morir de disentería, y su adolescencia no terminará sin una nueva alarma: a los diecinueve años volvió a peligrar su vida. El contraste entre este muchacho frágil y su padre el rey Felipe es total y absoluto, un contraste con el que Blanca se familiariza poco a poco.

Grand et beau fut, et droit et long,
eut un peu roussais les gernons

[Fue gallardo y apuesto, alto y
tieso,
de bigotes tirando a pelirrojos].

Este hombre de bigotes pelirrojos, de cara alargada un tanto encarnada y cuya mirada se enciende en presencia de una mujer bonita, no tiene nada del héroe cortés. Con un sentido práctico que nunca falta en él, la ambición a flor de piel atemperada por una astucia zorruna, es también un emotivo, «fácil de conmover y fácil de apaciguar». Bajo su aspecto de luchador se trasluce una

bastardos, Felipe, María, que son los hijos de Inés de Méran, y Pedro Carlos, al que ha tenido de una «señorita de Arrás». En los jardines de palacio se oye a menudo la algarabía de los niños que juegan —por otra parte demasiado pequeños para que Blanca pueda considerarlos compañeros suyos—. En cambio, la han acompañado desde su tierra varias damiselas, que permanecen con ella. Tal vez esa española Amida, a la que llaman familiarmente con el diminutivo de Mincia, y que aparecerá a menudo en las cuentas, figuraba entre sus camareras. Además, sus padres, así como su hermana Bérengére, a la que los textos llaman gentilmente Berenguela, le envían a menudo cartas y mensajeros. Blanca mantendrá este intercambio durante toda su vida; en repetidas ocasiones, en los registros de cuentas, aparece la mención de un tal Rodríguez o de un tal García, a los que se entrega pequeños presentes a su llegada o a su partida.

Blanca y Luis tienen, como la mayoría de los señores feudales de su tiempo, a la vez una juventud deportiva y estudiosa. Desde su más tierna infancia han aprendido a montar a caballo, lo que constituye en la época la única forma de desplazarse, aparte de ir a pie; el príncipe Luis manifestó, por otro lado, desde muy joven una verdadera pasión por los caballos; al escribirle hacia la edad de diez años a su padrino —un respetable personaje, Esteban, obispo de Tournai— le pide campechanamente que le mande un bonito palafrén, cosa que aquel excelente hombre se apresuró a hacer, no sin acompañar su envío de todo tipo de consejos: «Poned toda vuestra aplicación en estudiar las letras, pues ello os será útil tanto para vos como para vuestro reino, y necesario en las asambleas de palacio, para tratar los asuntos del reino, para la concordia en la paz, para la victoria en la guerra[10]». Luis, niño dócil, no dejó de aprovechar tales consejos; por otra parte, el rey Felipe, cuya educación en este punto había sido descuidada, se muestra exigente para con su hijo. Blanca comparte sus estudios; aprende gramática, es decir, lo que hoy llamamos las letras, música y también esas ciencias más arduas como son la geometría y la astronomía. Algunas muchachas en su tiempo adquieren un saber que las hará célebres, como es el caso de esa joven griega llamada Constantina, hija del arzobispo de Atenas, que asombrará a sus maestros parisienses por su gran dominio de la aritmética y de la astronomía, siendo capaz de predecir los eclipses. Sin llegar a tanto, una reina de la época no puede dejar de conocer las Escrituras, el latín y al menos un cierto manejo de las fórmulas en uso en las cancillerías. Aunque son los clérigos los que redactan la correspondencia, muchas damas son capaces de conferir a las suyas una galanura muy personal en unos tiempos en que se concede gran

suyas una galanura muy personal en unos tiempos en que se concede gran importancia a la perfección del estilo. Y Blanca sabrá escribir no solo en prosa, sino también en verso; se le atribuye un poema del que todavía se conserva la notación musical:

Amour, oú trop tard me suis pris
m’a par sa seigneurie appris,
Douce Dame de Paradis,
que de vous veuil un chant chanter,
pour la joië qui peut durer
vous doit-on servir et aimer […]
vierge-reïne, fleur de lys[11]

[Amor, por quien me he sentido cautivado demasiado tarde,
con su señorío me ha hecho saber,
Dulce Dama del Paraíso,
que a vos quiero dedicar una canción,
por una alegría que puede ser duradera
os deben servir y amar […]
Virgen-reina, flor de lis].

El príncipe Luis debe aprender además a manejar la espada y la lanza, y fue el mariscal Enrique Clemente, fiel servidor de la familia real, el encargado por su padre de dirigir este aprendizaje guerrero. Por último, la caza es para los dos adolescentes a la vez placer y estudio, pues, tal como acreditan los tratados venatorios, hay que tener el ojo adiestrado y una avezada experiencia para seguir el rastro de las bestias salvajes a las que se acosa; la caza es en la época, junto con la danza, uno de los «solaces» favoritos de la juventud. Blanca y Luis, desde su mocedad, tuvieron a menudo ocasión de seguir las partidas de caza en el bosque de Fontainebleau o alrededor de Senlis, o también en las proximidades de París, en el bosque de Vincennes poblado de ciervos y de ciervas que el hermano mayor de Juan sin Tierra, Enrique, regaló al rey Felipe con ocasión de su subida al trono.

Esta educación compartida, estas costumbres de vida adquiridas conjuntamente atenúan un tanto el carácter brutal de estas uniones impuestas que siguen siendo corrientes en el ámbito de las familias señoriales: en vez de casarse porque se aman, se aman porque se han casado. Por lo menos la infancia vivida uno al lado del otro creaba una intimidad entre dos seres

No faltaban los compañeros de juegos y de estudios; la corte real reunía a los hijos de los principales barones, empezando por aquellos que, al ser huérfanos, el soberano tenía que tomar a su cargo; así el joven Teobaldo, futuro conde de Champaña, había sido acogido desde la edad de cuatro o cinco años y sentía por su prima Blanca, unos diez años mayor que él, la mayor admiración; junto con él las dos hijas de la condesa de Flandes, Juana y Margarita —cuyo padre Balduino ha sido proclamado emperador en Oriente, y que no tardará en morir en combate— formarán parte también del círculo íntimo de Blanca y de Luis. Sus íntimos son sobre todo el joven conde de Bretaña, Arturo, y su hermana Leonor, aunque por poco tiempo; su padre Godofredo Plantagenet, uno de los hermanos mayores de Juan sin Tierra[12], murió joven y el rey Juan no deja de temer los derechos al trono que algún día puede reivindicar Arturo, reivindicación que mantiene entre bastidores el rey Felipe, contentísimo de que este muchacho le haya sido confiado por su madre Constanza, la cual detesta a los Plantagenet. Nadie, por lo demás, se imagina en la corte de Francia el drama en el que desembocará repentinamente una situación que de forma deliberada se deja que resulte equívoca. En cambio, algunos meses después de la llegada de Blanca, no se habla de otra cosa que de las circunstancias novelescas en que otra joven ha hecho su entrada en la Historia.

Se trata de Isabel, hija del conde de Angulema, que tiene catorce años, la edad de Julieta, y de igual belleza también, al decir de los contemporáneos. Estaba prometida con el conde de la Marca, Plugo de Lusignan. Tanto su padre como su futuro esposo son vasallos del rey Juan de Inglaterra, puesto que el Poitou, como la mayor parte del oeste de Francia, forma parte de los dominios de los Plantagenet. El rey de Inglaterra, tras haberse despedido del rey Felipe con ocasión de las bodas de Blanca, se siente obligado a visitar sus posesiones continentales. Se le ha preparado un gran recibimiento en el castillo de Lusignan. El conde Hugo le presenta en esta ocasión a su prometida, Isabel de Angulema.

Ahora bien, ¿de qué se enterarán algunas semanas más tarde? Pues de que el rey Juan acababa de unirse en matrimonio con Isabel, ante los mismos ojos, y por tanto con la complicidad, de su padre, el conde de Angulema. El casamiento tiene toda la apariencia de un rapto; se ha omitido avisar del enlace al prometido legítimo, Hugo de la Marca. For otra parte, temiendo las represalias de este poderoso vasallo al que ha arrebatado a la vez a su futura mujer y la herencia de Angulema que de ella esperaba, Juan ha preferido no

mujer y la herencia de Angulema que de ella esperaba, Juan ha preferido no demorarse en el continente: ha regresado precipitadamente a Inglaterra, donde ha hecho coronar en Westminster, el 8 de octubre de 1200, a la joven Isabel.

Hablar de estupor no es suficiente. Los vasallos de Juan, potevinos, santongeses, aquitanos, sorprendidos por la celeridad de lo sucedido, se quedan sin habla. Una verdadera acción relámpago y que supone la infracción por parte del rey de Inglaterra de todas las reglas del derecho feudal. Nunca soberano alguno se había conducido de semejante modo con sus vasallos. Tras recobrarse, Hugo de la Marca no tarda en protestar contra esta doble afrenta que le ha hecho el rey de Inglaterra y reclama compensaciones.

En la corte de Francia se seguían los acontecimientos con el interés que cabe imaginarse. Felipe no disimulaba en absoluto sus ambiciones sobre los dominios de los Plantagenet. A él se sumaba Arturo de Bretaña, cuyas apetencias de joven resultaban fácilmente excitables. Al haber atentado contra el honor feudal, ¿no les proporcionaba Juan, tanto a uno como a otro, una inesperada oportunidad de pasar a la acción?

En esta expectativa pasó el invierno. Un invierno calmo —la calma que precede a la tempestad—. Todos lo sentían así, excepto el rey Juan, totalmente ocupado en sus amores. Isabel tenía una capacidad innegable de tomarse la vida por el lado bueno; le encantaba estar de fiesta, los banquetes y los bailes se sucedían en el palacio de Westminster.

Aquel invierno estuvo marcado, para Blanca y Luis, sobre todo por una triste noticia: el obispo de Lincoln había fallecido el día de San Martín, el 11 de noviembre. El santo varón que tan bien había sabido consolar a Blanca, curar en ella la nostalgia de su tierra natal y concienciarla para asumir sus deberes de futura reina y esposa, no había puesto problema alguno en regresar a su ciudad inglesa de vuelta de Francia, adonde le había traído sobre todo el deseo de un último peregrinaje a su Delfinado natal y a la Gran Cartuja, en la que había encontrado en su juventud su vocación de monje. Sus exequias en Lincoln adquirían la dimensión de una verdadera manifestación de gentes, pues era persona querida por todos: una larga procesión en la que se vio a dos reyes, Juan de Inglaterra y Guillermo de Escocia, llevar el féretro a la cabeza de una veintena de obispos y de arzobispos, de un centenar de abades, de otros tantos barones y de una multitud innumerable de gente del pueblo llano.

Sin embargo, hacia la Pascua del año 1201, el rey Felipe consideró llegado el momento de desempeñar su papel de arbitro en el reino: ¿acaso no era el rey Juan su vasallo por lo que se refería a sus feudos continentales? Ahora bien, los barones del linaje de Lusignan, parientes del conde de la

Hugo, Raúl de Exoudun, conde de Emú, daba la señal del inicio de las hostilidades. Felipe, que trataba de agotar las vías de conciliación, invitó al rey Juan y a su joven esposa a instalarse en la Île-de-France el tiempo necesario para examinar con su corte el medio por el que podían ser aplacadas las reclamaciones de los Lusignan. Fue así como Blanca trabó conocimiento con Isabel en París, en el mes de junio de 1201. Joven princesa, un tanto emancipada, gustaba sobre todo de bailar hasta altas horas y tenía por costumbre «prolongar el sueño de la mañana hasta la hora de la comida», como observa, escandalizado, un cronista de la época[13]. Una fuerte personalidad, a todas luces, esta Isabel de Angulema, que no había temido romper su promesa de matrimonio sin pedir el parecer ele su compañero.

El rey Felipe hacía gastos extraordinarios y multiplicaba las muestras de cortesía para con la joven pareja real y su séquito de barones y de escuderos ingleses. Los vinos de «Francia» —entiéndase, de la Ile-de-France, ya que los viñedos de la región parisién producían en aquel entonces unos caldos muy apreciados— corrían a raudales; una pérdida de tiempo, por otra parte, ya que los ingleses, grandes bebedores, eran sin embargo poco entendidos. «El rey de Francia y sus gentes se rieron con ganas al ver que las gentes del rey de Inglaterra se habían bebido todos los vinos malos y habían dejado los buenos[14]».

En cuanto al rey Juan, estaba eufórico: si Felipe le dispensaba tan excelente acogida, ¿no era acaso porque le temía? El rey de Francia, que no dejaba pasar la menor oportunidad para extender aunque solo fuera un poco su dominio, presionó a Blanca para que le pidiese a su tío, como favor personal, la concesión de las tierras situadas entre la región de Évreux —que había constituido su dote— y el río Andelle, cosa que ella obtuvo fácilmente en el clima de buen humor reinante…

Sin embargo, Felipe debía arreglarla cuestión que había motivado aquella entrevista y ocuparse del asunto de las reclamaciones potevinas. Juan propuso la ya muy antigua solución del duelo judicial: Hugo de la Marca designaría a un campeón, él haría otro tanto, los dos se batirían en un palenque y se daría la razón al vencedor. La asamblea de los barones se negó a ello; el procedimiento era propio de una época ya un tanto superada. Juan e Isabel regresaron a Inglaterra sin que se hubiera encontrado ninguna solución.

Con gran paciencia, el rey Felipe envió a Goulet a Normandía, donde se había firmado ese acuerdo con el rey Juan que hacía de Blanca la esposa de Luis, unos negociadores que no pudieron llegar a un acuerdo con los del rey de Inglaterra. Tras lo cual ya no quedaba, según las normas de un tiempo que

de Inglaterra. Tras lo cual ya no quedaba, según las normas de un tiempo que agotaba todas las formas de negociación posibles antes de pasar a los hechos, sino citar a Juan para que compareciera ante las cortes de los barones, sus pares. Este había vuelto entonces al continente y residía en el castillo de los Andelys; pero, con su suficiencia, desdeñó responder al requerimiento. No por ello dejaron las cortes de celebrarse el 28 de abril de 1202 para hacer constar que «el rey de Inglaterra debía ser privado de todas las tierras que hasta entonces él y sus antepasados habían recibido del rey de Francia», es decir, de todos sus feudos continentales. Con su conducta desconsiderada, Juan había proporcionado al rey Felipe todas las bazas deseables para emprender la conquista de esa Normandía codiciada desde hacía tanto tiempo.

Las consecuencias serían breves y dramáticas. Blanca acababa de cumplir catorce años, pero no por ello los acontecimientos dejaron de causarle una gran impresión: ¿no había sido llevada a la corte de Francia justamente para que se evitase semejante guerra? Y muchas de las personas que se habían convertido en sus allegados se verían envueltas en los acontecimientos que iban a producirse. En primer lugar, Arturo de Bretaña. Blanca y Luis vieron alejarse al joven muchacho, muy orgulloso del papel que le aguardaba, a principios de julio. El rey Felipe le ponía por delante igual que se avanza un peón en el juego de ajedrez. Arturo era popular en Bretaña; su padre Godofredo, antaño duque de Bretaña, había dejado allí un vivo recuerdo; aún hoy subsisten en el lugar unas piedras de exvoto colocadas en algunas capillas: «*pro Gosfrido Deum orate*, rezad a Dios por Godofredo». Así pues, Felipe le había concedido una gran parte de los territorios del oeste, territorios de los que había sido despojado el rey Juan: Bretaña, pero también Anjou, Maine, Turena y Poitou; otros tantos feudos que debían ser conquistados. Como el objetivo primero del rey de Francia era Normandía, había tomado una serie de villas y de fortalezas entre Eu y Lions. Arturo fue a reunirse con él en Gournay, fue armado solemnemente caballero y, no menos solemnemente, prestó homenaje por los feudos prometidos; tras lo cual se encaminó hacia el Loira, muy orgulloso de su recién estrenada condición de caballero, con doscientos barones que le escoltaban en espera del refuerzo prometido por los potevinos, y la considerable suma de dinero que le había entregado su nuevo soberano. No se le iba a volver a ver más por la corte de Francia.

Las circunstancias en las que cayó en manos de su tío Juan sin Tierra no tardarían en ser conocidas. Blanca debió de enterarse de ellas tal como nos han sido narradas por el biógrafo de Guillermo el Mariscal y grande debió de

sido su principal protagonista. Al enterarse, en su retiro de Fontevrault, de los hechos que se preparaban, esta quiso dirigirse a Poitiers para ponerse a salvo. Sorprendida por la llegada de su nieto Arturo, buscó refugio en Mirebeau.

«Tan pronto como Arturo y los potevinos estuvieron delante del castillo, la ciudad se rindió al punto, pero el castillo resistió. Arturo insistió hasta que pudo hablar con su abuela y le exigió que abandonara el castillo y se llevara con ella todas sus pertenencias y se fuera en santa paz adonde le placiera, pues su deseo no era otro que honrar su persona. La reina respondió que no se iría de allí, pero que si su deseo era mostrarse cortés, era él quien debía partir, ya que no le faltarían castillos que poder conquistar aparte de aquel en el que ella estaba; y que grande era su asombro de que tanto él como los potevinos, que eran sus vasallos, pusieran sitio a un castillo en el que sabían que ella se encontraba. Ni Arturo ni los potevinos quisieron partir y asaltaron el castillo, pero no pudieron conquistarlo. Se aposentaron en la ciudad[15]».

Un caballero de Anjou, Guillermo des Roches, que había de tener un papel muy destacado en el desenlace de los acontecimientos, fue enseguida a avisar al rey Juan, que se hallaba a la sazón en la ciudad de Mans: «Señor, si me prometéis lealmente, como rey y como mi señor, que os conduciréis según mi consejo con Arturo, vuestro sobrino, que es mi señor y cuyo vasallo soy excepto para con vos, me comprometo a entregároslo, así como a todos los potevinos que con él están».

El rey Juan le prometió al punto todo cuanto quiso y dio orden de inmediato a sus tropas de partir. Había sido avisado del sitio puesto a Mirebeau la noche del 30 de julio; el día primero de agosto, de madrugada, llegaba a la vista del castillo. El joven Arturo, en su atolondramiento, y aquellos que le acompañaban, seguros de sí, no habían apostado centinelas en los alrededores. La llegada del rey no fue conocida más que por los atalayeros de la villa: «Los que estaban de centinela, al verles venir, se pusieron a gritar: “¡A las armas, a las armas!”. Y los potevinos corrieron a las armas. Godofredo de Lusignan, que era buen caballero y que había realizado muchas hazañas a uno y otro lado del mar, estaba sentado comiendo y esperaba un plato de pichones. Al recibir la noticia de que se veía venir a muchas gentes y que no cabía duda de que se trataba de gentes del rey Juan y que haría bien en levantarse de la mesa y armarse, juró por lo más sagrado que no se levantaría sin antes haberse comido sus pichones. No le dio apenas tiempo de seguir hablando. Guillermo des Roches había forzado ya la única puerta que había quedado abierta en la ciudad. Los potevinos habían creído obrar correctamente condenando las demás, pero se vieron atrapados en una trampa,

correctamente condenando las demás, pero se vieron atrapados en una trampa, ya que, una vez forzada aquella por los ejércitos de Juan sin Tierra, no podían escapar[16]».

Arturo sería hecho prisionero por un hombre cuyo nombre volveremos a encontrar en este relato: Guillermo de Briouze. Y cabe resumir todo ello tal como lo hace la *Crónica de los duques de Normandía*: «¿Qué más puedo deciros? Todos los potevinos fueron derrotados y Arturo apresado junto con ellos. Ni uno solo de los altos barones escapó».

Un monje, caminando día y noche, fue a llevar la noticia al conde de Salisbury, que defendía con Guillermo el Mariscal y Guillermo, conde de Warenne, las fortalezas normandas amenazadas por el rey Felipe Augusto. «El monje entregó cortésmente su mensaje y relató el apresamiento de Arturo, de Godofredo de Lusignan, de su sobrino, Hugo de Lusignan, del conde de la Marca, de Savary de Mauléon y del resto de altos barones que se habían unido a Arturo. El Mariscal sintió gran alegría por ello y le dijo al monje: "Lleva estas noticias al conde de Eu que está con el ejército de los franceses en Arques; esto será de su agrado". "Señor —repuso el monje— os ruego que me excuséis, pues si voy allí, montará en tal cólera que puede matarme. Enviad a algún otro". "No quiero ninguna excusa. Iréis vos, señor monje. No es costumbre de este país dar muerte a los mensajeros. Id, le encontraréis en el ejército"».

El monje se fue a toda prisa hacia Arques y dio noticias del Poitou al conde de Eu (Raúl, el hermano de Hugo de la Marca). El conde se esperaba un mensaje muy distinto: «Mudó de color y guardó silencio. Luego, fue a acostarse, muy preocupado, pues no quería decir a nadie lo que acaba de oír[17]».

Esta había de ser la única victoria obtenida por el rey Juan durante todo lo que duró su reinado; hay que hacer notar que se debió a su madre, Leonor.

Tal vez Blanca tuvo que temer, durante las luchas subsiguientes, por su joven esposo, pero ello no es seguro. Felipe parece que quiso preservar la vida y la salud de su heredero —y por otra parte, no tenía ninguna prisa en hacerle intervenir en los asuntos del reino—; él mismo había sido coronado en vida de su padre, pero con Luis no actuó así: «Pensaba que un solo hombre basta para reinar sobre el orbe», asegura un contemporáneo[18]. Luis no parece haber tomado parte en ninguna expedición antes de una breve campaña que tuvo lugar en Bretaña, el año 1206. Campaña, por lo demás, intrascendente; el

año de las inundaciones: en el mes de diciembre, el agua del Sena llegó hasta el segundo piso de las casas; se entraba y salía de ellas en barca; el Petit-Pont se desmoronó, y el palacio de la Cité debió de parecer, por lo menos durante algunos días, un islote.

Blanca y Luis vivían, al igual que el rey, en sus residencias próximas a Fontainebleau, Melun, Étampes u Orleáns, pero su vida de adolescentes transcurría sobre todo en París; era allí donde eran pagadas sus cuentas por el preboste de la ciudad; estas son sumamente incompletas muy a nuestro pesar, y en ellas están mucho más detallados los gastos de Luis que los de Blanca. Para la fiesta de San Andrés del año 1203, Luis compró una capa de paño verde y una capucha a juego, así como una sobrecota de camelote (pelo de camello). Para la Navidad de aquel año, adquirió un «traje negro, así como otro de camelote y una pelliza» por una suma de quince libras y cinco sueldos. El vestido verde que lleva Blanca para la misma ocasión ha costado trece libras menos cinco sueldos. Al año siguiente, en el mes de mayo, Luis y Blanca reciben setecientas libras para sus gastos. El libro de cuentas da detalles del guardarropa del muchacho. Este encarga un manto y un sombrero de cendal (tafetán flexible y ligero), y luego otro traje o túnica de paño verde forrado de satén ocho días antes de Santa Magdalena (22 de julio). Al sábado siguiente del 15 de agosto, él compra un traje más sobrio: un traje de *estanfort*, que es una especie de paño de lana. En el mes de septiembre, es de nuevo un traje de camelote y una capa forrada de piel, y luego, para San Remigio (primero de octubre), dos capas para la lluvia. Quince días más tarde, un nuevo traje de paño verde y una capucha de camelote, forrada de esa guarnición llamada marta cebellina y que en francés se denomina *petit-gris*. Por último, compra de nuevo un traje de camelote para el día de Todos los Santos.

Las cuentas distan de ser tan prolijas por lo que respecta a los gastos vestimentarios de Blanca. Acaso ella se proveyera de ropa en otra parte que no fuera París. De todas formas, son tales las lagunas que presentan que puede considerarse una gran suerte el que por lo menos se haya conservado la mención de las compras de Luis durante cerca de un año. Así vemos que, el sábado de Cuaresma, se compraron en París veinticuatro varas[19] de tela «para las camisas de las damas»: esas damas podían ser la propia reina, Blanca, y sus camareras. En la misma ocasión, se realizó la compra de doce

«camisolines», blusas atadas con cintas de seda, y las «damas» designadas sin más precisión compran también dos pares de trajes para Pentecostés[20].

Parcas indicaciones teniendo en cuenta todo lo que nos gustaría saber.

No obstante, cabe suponer que, a pesar de la guerra que se libraba muy cerca, ya que tenía lugar en Normandía, a pesar también de los sobresaltos que agitaban el mundo en este período turbulento, Luis y Blanca pasaban felizmente sus días. El año 1204, que vio extenderse el poder del rey Felipe a Normandía y convertirse a un flamenco en emperador de Constantinopla, fue también para ellos, probablemente, el de los amores juveniles; fue entonces, a comienzos del año 1205, cuando se consumó su unión, lista será una felicidad sin nubes. Los contemporáneos así lo atestiguan.

Et jamais reine n'aima
son seigneur tant, ni réclama,
ni tant ses enfants autresi,
et le roi les aima aussi […]
car ils s'entraimerent si fort
qu'en tout furent en un accord[21].

[Nunca reina alguna amó
y reclamó tanto a su señor,
ni tanto también a sus hijos.
Y el rey no les amó menos […]
pues se amaron tanto el uno al otro
que siempre estuvieron de acuerdo en todo].

La joven castellana no tendrá ya a partir de ahora motivos para el llanto. Entre ella y su esposo existe ese amor que vuelve fuerte y permite superar todo tipo de pruebas. ¿Tenía ella entonces alguna intuición de las que le aguardaban? Sus años de adolescente son años turbulentos y sin duda tiene, como toda la juventud de su tiempo, el intenso sentimiento de vivir en una época de transición. La sociedad toma entonces conciencia de todos los cambios que se han operado en ella en el período anterior. Cuando Blanca se encaminaba con su abuela Leonor hacia la Francia de allende el Loira, habían podido hacer la cuenta por el camino de la gran cantidad de ciudades y de burgos que habían surgido en los últimos decenios, con sus murallas nuevas, sus iglesias en construcción y esas casas que parecían brotar del mismísimo suelo. Por un castillo, ¿cuántas se contaban ahora ya de esas ciudades nuevas que se alzaban a orillas de los ríos, en un cruce de caminos, en torno a una

feria o a un mercado? Algunos de los grandes o pequeños señores veían en ellas un peligro para su autoridad. Otros comprendían que en aquella pujante población había un impulso irresistible, así como también la prueba de una prosperidad que podía volverse en su provecho. En París, el rey Felipe daba ejemplo del interés que sentía por los habitantes de la ciudad. ¿Qué no había hecho por ellos? Desde los primeros años de su reinado, cuando no era aún más que un muchacho de diecinueve años, había captado perfectamente el interés que había en que, en sus dominios, las ciudades estuvieran bien construidas, que fueran de fácil acceso y agradables de habitar. Fue entonces cuando hizo emprender el empedramiento de las calles de París —un bonito enlosado de gres que ahora era el orgullo de la ciudad—. Más aún: como la afluencia de habitantes hacía de esta ciudad el centro de una ciudad en plena expansión en ambas orillas, había comenzado, unos años más tarde, la reconstrucción del recinto amurallado parisién; ahora una poderosa muralla nueva dibujaba ya un largo semicírculo en la orilla derecha, cuyo punto de partida estaba marcado, cerca de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, por un castillo que el rey hacía construir, el castillo del Louvre, cuyo macizo torreón Blanca veía alzarse ya desde las ventanas del palacio de la Cité. Comprendiendo que con la afluencia de habitantes, el horno común había perdido todo su sentido, el rey Felipe había autorizado a los panaderos a tener cada uno su propia tahona, y se habían visto desaparecer las interminables colas que complicaban la vida de los parisienses. A fin de facilitar el comercio, había hecho erigir, en el mercado nuevo que su padre había establecido en Champeaux, unos grandes edificios sobre unos pilares que eran conocidos con el nombre de Les Halles y que reunían a toda una población hormigueante, más animada aún cuando la feria de san Lázaro abría sus puertas. No contento con garantizar la seguridad de los mercaderes gracias a este nuevo recinto, el rey se preocupaba también de su comodidad introduciendo mejoras en las vías de acceso a París. En adelante, por orden suya, los caminos que desembocaban en la muralla parisién debían tener por lo menos dieciocho *pied-mains*[22]. Eso medía el que llevaba al puente de Chaillot o el que, desde la iglesia de San Honorato, llegaba hasta el puente del Roule.

Felipe Augusto proyectaba ahora construir un recinto amurallado similar en la ribera izquierda. Pues, aunque los mercaderes afluían a la ribera derecha donde el Gréve ofrecía un cómodo atraque a los barcos que navegaban por el Sena, también la ribera izquierda veía multiplicarse la población. Las escuelas de París atraían ahora a multitud de estudiantes y la montaña Sainte-

Geneviève, en la que unos treinta años antes no se veía más que a viñadores ocupados en podar sus viñas o vendimiando, estaba ahora ya enteramente cubierta de casas que albergaban a maestros y alumnos. Los más pobres de estos últimos encontraban hospedaje en los colegios, fundaciones privadas, la primera de las cuales se remontaba a unos veinte años atrás y que se multiplicaban en París, asegurando techo y sustento a sus beneficiarios. En estas calles de la ribera izquierda se oía sobre todo hablar en latín, puesto que entonces era la lengua común en el mundo del pensamiento y de las letras. Y todas las naciones se encontraban ahora ya representadas en la multitud bulliciosa y cosmopolita del barrio que recibirá el nombre de «latino».

Un mundo inquietante ese de los estudiantes. De tanto en tanto suben de él unos rumores que llegan hasta palacio. Maestros y «bachilleres» se pasan la vida entre disputas (a decir verdad, en aquel entonces esa *disputatio* practicada con frecuencia constituía un ejercicio escolar); pero estos no se limitan siempre a la esgrima de las ideas, sino que manejan también la espada con no menos destreza que las citas de Aristóteles. Su mentor era, en efecto, Aristóteles; ¡no tienen otro nombre en la boca! ¡Poco les falta para hacer de él su Biblia! ¿Y no se dice que algunos pretenden, a la manera de ese maestro Abelardo que se buscó antaño su condenación, someter a la lógica de Aristóteles las Sagradas Escrituras, la Revelación? ¡Como si fuera posible encerrar en unos razonamientos el objeto de la fe! ¡Y aún si se hubieran limitado a razonar! Pero beben como cubas, buscan pendencia entre sí y, lo que es aún peor, con los pacíficos burgueses de Saint-Germain-des-Prés. Cuando Blanca entró por primera vez en la Cité, en el año 1200, no se hablaba más que de las trifulcas que acababan de producirse en el barrio de las escuelas: cinco muertos, tanto entre *eleves* —es decir, maestros o estudiantes— como entre laicos, ajenos al mundo de las letras.

El rey Felipe tuvo en este asunto un comportamiento desconcertante. Lejos de emprenderla con los estudiantes, condenó a sus alguaciles (los cuales se habían dedicado a aplicar mano dura: ¿no se trataba acaso de restablecer el orden?). Más aún: dejando de lado a su propio preboste, decidió que en lo sucesivo bachilleres y doctores estarían bajo la tutela exclusiva de la Iglesia. Un bachiller cogido en una riña permanece al abrigo de toda violencia; los alguaciles del rey no tienen ya derecho a arrestarlo, si no es para ponerlo en manos de un tribunal eclesiástico; que es como decir que le ha sido concedida una inmunidad casi absoluta, puesto que entonces es juzgado por sus iguales. Es una verdadera patente de autonomía lo que el rey ha otorgado al mundo del Saber, ya que este, por sus propias raíces, es incumbencia de la Iglesia. En

los medios allegados al rey no se deja de comentar que una libertad semejante concedida a este mundo bullanguero y turbulento corre el riesgo de degenerar en licencia; pero el rey se mantiene firme en este punto y en el Barrio Latino se ensalzan sus méritos. Por otra parte, una gran sed de saber se manifiesta en la época; solo en la ciudad de París no se tardará en contar con once «pequeñas escuelas» que rige de cerca o de lejos el chantre de la iglesia catedralicia. Habrá, además, una escuela para muchachas; escuelas elementales que enseñan los rudimentos del saber, que se imparten también en las parroquias repartidas un poco por todas partes.

El rey Felipe, tan celoso normalmente de su autoridad, siempre da prueba con los estudiantes de una indulgencia desarmante; sigue en esto la tradición paterna: ¿no había tenido interés su padre en que su nacimiento fuera anunciado primeramente a los estudiantes parisienses? El caso es que estos estudiantes revoltosos se benefician de su benevolencia; en cambio, el obispo de París, o más bien su canciller, a quien corresponde tradicionalmente el derecho de conceder el permiso de enseñanza, la *licencia* que hace del alumno un maestro, se halla a menudo en conflicto con los profesores a este respecto. Circulan extraños rumores por París; se atribuye a doctores y bachilleres el propósito de erigirse en asociación autónoma. Los de la Cité, sobre todo aquellos que viven al lado del Petit-Pont y en la montaña Sainte-Geneviève, se habrían reunido y delegado en ocho de ellos para establecer un estatuto de su «universidad» —el conjunto de sus cuerpos—. Lo cual es como decir que se sustraen así a la tutela del obispo; y el asombro no tardará en llegar a su culmen cuando se sepa que el papa, por su parte, en vez de prestar su apoyo al obispo de París, aprueba el reglamento que a sí mismos se han dado maestros y alumnos. Así las dos autoridades del reino y de la cristiandad, el rey y el papa, se muestran concordes en reconocer al mundo del pensamiento, de la investigación y de la enseñanza —todo lo que se llama «clerecía»— una autonomía casi absoluta.

No cabe duda, por otra parte, de que en París ese mundo de la clerecía da prueba de un verdadero fervor por el estudio y que el nivel del saber es allí altísimo. Muy abierto también a toda novedad en unos tiempos en que dicho saber está en plena transformación. Sin hablar de Aristóteles, a quien se traduce con un celo casi preocupante para aquellos que ven en él un retorno al paganismo, se sigue con gran interés esa aritmética moderna que un italiano, Leonardo de Pisa, expone y desarrolla en su *Tratado del ábaco*, se trata de unos signos particulares debidos, al parecer, a los árabes y que sirven para hacer cálculos, en vez de los números romanos siempre utilizados hasta

entonces para tal fin. Los maestros parisienses han adoptado estos métodos, lo que les lleva a introducir cambios no solo en la enseñanza de la aritmética, sino también de las tres otras ramas del *quadrivium*: la geometría, la música y la astronomía.

Pero no son solo las ciencias profanas las que se encuentran en plena mutación: también la ciencia sagrada sufre transformaciones, y con ella nace una manera nueva de vivir la religión. A su llegada a París, Blanca no ha podido dejar de admirar la catedral en construcción. Notre-Dame de París (entonces solo estaban acabados el coro y la nave) se presenta como una imponente nave cuyas formas no dejan de sorprender a los extranjeros. En su Castilla natal y en las regiones meridionales del reino que había atravesado, Blanca no pudo ver nada parecido a esta arquitectura que hasta entonces no ha rebasado los límites de la Île-de-France, de Normandía y de Inglaterra; ¿cuál debió de ser su impresión al entrar, por primera vez, bajo las altas bóvedas de cañón apuntado, realzadas de espinapez en las ojivas, que el color hace resaltar? Debió de entrar por una puerta lateral, pues la base de las torres, la fachada y la primera bovedilla están, en el año 1200, todavía en construcción. Pero la altura de esas bóvedas debió de parecerle vertiginosa. ¡Qué gran audacia supone este «arte francés»! «Si este monumento se acaba algún día —exclamó el abad del Mont-Saint-Michel al hacer su entrada en él—, no habrá otro allende los montes que pueda comparársele». Pero lo que estaba viendo no eran aún más que las primicias. La persona que emprendió esta gran obra, Mauricio de Sully, pese a ser hijo de campesinos, aspiraba a algo grande: tan grande que algunos se indignan por ello. «Es un pecado construir iglesias tal como se hacen ahora —refunfuña Pedro el Chantre [el chantre era en aquel entonces, en el Capítulo de la catedral, un personaje importante]—. ¿Para qué un edificio tan alto? No es sino simple pasión por las construcciones…».

¿Quiénes tienen razón, los que sostienen que la humilde iglesia románica, con sus robustas bóvedas de medio punt o, era más adecuada para la oración y la reunión de los cristianos, o los que preconizan la nueva manera de construir y esos edificios más amplios, más luminosos que los de antes? ¿Los que protestan contra lo que consideran un dispendio inútil, o los que quieren una magnificencia cada vez mayor para la casa de Dios? Para no hablar de las necesidades de la casa del pueblo, pues la multitud aumenta sin cesar y ocurre que unas iglesias de apenas cincuenta años de antigüedad se revelan ya demasiado exiguas para acoger a la gente.

Blanca debió de percibir en su juventud por lo menos el eco de las discusiones y controversias que tales cuestiones y otras del mismo tenor suscitan en el seno de la cristiandad. Una sobre todo provoca encendidos debates: la de la riqueza de los prelados y dignatarios de las iglesias. Los monasterios son centros florecientes, cuya opulencia precisamente se les reprocha; las donaciones en su favor se han ido acumulando a lo largo del tiempo y en vano se espera, para exhortarles a una mayor pobreza, la voz de un nuevo san Bernardo; algunas abadías como Cluny, incluso algunas órdenes, como la de los cartujos, dan un ejemplo edificante, pero ¡cuántos prelados o abades se ve circular, ataviados con un insolente lujo, en medio de una escolta montada sobre unos caballos soberbios y llevando un tren de vida de grandes señores! Lo cual no deja de constituir un escándalo para el pueblo cristiano que demanda reformas y se pone en ocasiones a predicar con el ejemplo. Mucho se habla de esos pobres de Lyon que se han agrupado en torno a la figura de un tal Pedro Valdés: un rico mercader que, cuentan, tras leer la leyenda de san Alejo, abandonó su mercancía para llevar una vida de pobreza voluntaria; ha arrastrado detrás de sí a una multitud de discípulos que van en parejas por los caminos, descalzos, practicando la comunidad de bienes. Son muchos los que los admiran y los siguen, pero algunos obispos les reprochan que prediquen a diestro y siniestro sin haber recibido dicha misión y sin conocer debidamente las Sagradas Escrituras; son en su mayoría, por otra parte, gente iletrada. En los campos, y más aún en las ciudades, no deja de oponerse su modo de vida al de los canónigos que disfrutan de su prebenda. Asimismo, en las discusiones —y se discute mucho en la época de Blanca— se plantea la cuestión del trabajo manual: ¿es normal, en unos tiempos de actividad desbordante, que los eclesiásticos se vean dispensados de él con la excusa de consagrarse al servicio del altar? Algunos obispos se han puesto a hacer trabajos manuales, como es el caso del de Cuenca, Julián, que fabrica cestos de mimbre, o el obispo de Cambrai, Guillermo de Mames. Los discípulos de Valdés rechazan el trabajo porque este es fuente de ganancias, y ellos pretenden vivir únicamente de las limosnas. Otros también, aunque no parecen en modo alguno rechazar la ganancia, se apartan completamente de la fe común del pueblo cristiano: son los llamados *bougres* o *patarins*, y que se designan a sí mismos con el nombre de cátaros, los puros. El mismo año del casamiento de Blanca, ocho de dichos cátaros, convictos y confesos de herejía, mueren en la hoguera en Troyes, la ciudad ferial; pero no por ello dejan de pulular, sobre todo en las ciudades del norte de Italia —hasta el punto de que el pueblo ha terminado por llamar «lombardos» a sus adeptos

— y en las del Languedoc. Doctores y teólogos están lejos de ponerse de acuerdo sobre la conducta que conviene adoptar con ellos; algunos, como Alano de Lille, profesan que no debe actuarse con severidad contra la herejía más que en casos graves; otros, como el parisiense Pedro el Chantre, se indignan al ver que se les aplica la pena capital y piden su abolición. Entre el pueblo no se aprecia por lo general a estas gentes que consideran el matrimonio como un pecado y el juramento como una abominación, y que ven en toda la naturaleza la obra de un dios malo; a no ser que una parte de este pueblo haya sido ganada también para la herejía, tal como sucede —eso se asegura al menos— en los dominios del conde de Tolosa.

No falta, sin embargo, quien mantiene la cabeza fría en medio de tantas preocupaciones, y este no es otro que el propio rey Felipe. No tiene más que una preocupación, un solo objetivo, preciso y positivo: Normandía.

Ahora bien, tras la derrota sufrida en Mirebeau, todos los mensajeros llegados de Normandía han confirmado el éxito de los ejércitos reales de Francia; la conquista se prosigue contra viento y marea: toma de Falaise, toma de Vaudreuil, toma de Château-Gaillard.

Esta noticia había tenido el efecto de un bombazo; ¡Château-Gaillard, la fortaleza predilecta del rey Ricardo, el lugar inexpugnable en el que los ingenieros habían reunido todas las experiencias del pasado, todos los perfeccionamientos del arte militar! Nadie se imaginaba que el rey de Francia se atrevería siquiera a ponerle sitio. El rey Juan sin Tierra, que había decidido ir a cazar a Normandía aquella primavera, envió a unos mensajeros para dar al castellano de Château-Gaillard la orden de preparar sus partidas de caza, de tener a punto jaurías, caballos y halcones. Cuando el portador del mensaje llegó al pie de la fortaleza se enteró de que ese mismo día el rey Felipe iba a hacer su entrada en ella. Un ataque llevado a cabo por sorpresa el 6 de marzo de 1204 permitió a algunos hombres, que habían penetrado en ella por la torre de las letrinas, dar el asalto; a los defensores no les dio siquiera tiempo de llegar al torreón. Château-Gaillard caía en poder del enemigo.

Algunas semanas más tarde se recibió la noticia de la muerte, en Fontevrault, de la reina Leonor: sus ojos se habían cerrado con el recuerdo del hermoso señorío Plantagenet tal como ella lo había conocido y que no iba a sobrevivirle.

Felipe, todo hay que decirlo, llevaba las de ganar; su adversario acumulaba las ligerezas como a placer, apoyadas con declaraciones unas

veces provocadoras, otras de una despreocupación rayana en la demencia: «Dejadle, pues algún día le arrebataré todo cuanto me ha quitado», decía a los mensajeros que le traían malas nuevas y que se sucedían en la corte de Inglaterra; al enterarse de que el castillo de Vaudreil, donde había acumulado caudales, víveres y máquinas de guerra, se había rendido sin presentar batalla, creyó oportuno dirigir una circular a los barones de Inglaterra en la que afirmaba que dicha rendición se había producido por orden suya… Por si fuera poco, cuando fueron a verle de parte de su señor del castillo, Pedro de Préaux, que estaba sitiado en la ciudad de Ruán, él se negó a interrumpir su partida de ajedrez para recibir a los enviados. La víspera de San Juan de 1204, Ruán pasaba a manos del rey Felipe.

Pero nada de todo esto daba una respuesta a la pregunta que se hacían en la corte de Francia con creciente angustia: ¿qué había sido de Arturo de Bretaña? Para Luis y para Blanca, el enigma que planteó la suerte de este muchacho que durante varios años había sido compañero suyo debía de sentirse con ansiedad. Se sabía que su hermana —a la que llamaban la perla de Bretaña— lloraba su suerte en alguna fortaleza inglesa, probablemente en Corfe; en cuanto a Arturo, algunos afirmaban que Juan, tras haberle hecho encerrar en el castillo de Falaise, había enviado a uno de sus allegados, Huberto de Bourg, al que más tarde había de convertir en su señor de horca y cuchillo, con órdenes de sacarle los ojos y de castrar al joven con objeto de incapacitarle para siempre para reinar; pero Huberto se había negado a este siniestro cometido. ¿Qué era lo que había sucedido a continuación? El avance de los ejércitos de Francia había obligado a Juan a abandonar precipitadamente Falaise. Cuando los franceses entraron en ella, no podían sospechar el drama del que habían sido testigos las murallas de la ciudad; nadie sabía lo que había sido del joven. La inquietud que planeaba sobre su suerte, los malos tratos infligidos por el rey Juan al resto de prisioneros, servían por lo demás a los designios del rey Felipe. Juan se había conducido «tan feamente» con los barones potevinos apresados en Mirebeau que, dice una crónica contemporánea, «aquellos que estaban con él y que asistían a esta crueldad sintieron vergüenza»; uno tras otro los altos señores se dirigían al rey de Francia y le prestaban homenaje. Juan había celebrado las cortes de Navidad en Caen en el año 1202: estas habían de ser las últimas cortes celebradas en Normandía por un rey del linaje de Rollón y de Guillermo el Conquistador.

Para el cristiano medio, en estos primeros años del siglo XIII, la Cruzada forma parte, o casi, de su vida cotidiana. Desde hace más de cien años resuena periódicamente el llamamiento a «pasar a ultramar» y no existe familia, ciudad o campiña, burgo o castillo, que no se haya visto afectado, aunque solo sea por haber oído hablar de ella al azar de los mercados o de las ferias a algún predicador ambulante, o por haber contribuido con algunas limosnas a ayudar a aquellos que parten. En unos tiempos en que, de todos modos, la peregrinación se halla arraigada en las costumbres, esta forma de peregrinación armada, aunque representa esfuerzos y peligros suplementarios, no tiene en absoluto el aspecto insólito que había tenido la primera Cruzada.

Ahora bien, Jerusalén, feudo común de la cristiandad, ha vuelto a caer en manos de los musulmanes; lo cual había ocurrido ya en 1187, el mismo año que vio nacer a Luis. Blanca y su esposo han crecido con la visión familiar de unos grandes proyectos que había que llevar a cabo en ultramar. Aunque, evidentemente, el rey Felipe no tiene ningún interés en evocar los recuerdos de una expedición para él poco gloriosa (no había podido soportar el clima y menos aún la popularidad de su rival, Ricardo Corazón de León), los relatos de los combates, los cantares de gesta de ultramar están en aquel entonces en boca de todos. No hay trovador que no incluya en su repertorio el *Cantar de Antioquía*, el *Cantar de los cautivos* o alguna otra epopeya de la gesta de Godofredo de Bouillón. Para Blanca, relatos y cantares de gesta adquieren un matiz especial, pues su infancia se nutrió de la gran historia vivida en su tiempo, la de la Reconquista de su país contra la fuerzas musulmanas.

Todo Occidente había sentido como una afrenta la pérdida de Jerusalén, y el papa Inocencio III, recién ascendido a la dignidad pontificia, ha exhortado a los cristianos a retomar las armas una vez más en ayuda de Tierra Santa. Se vio con ocasión de un torneo a unos caballeros deponer su yelmo de gala y tomar la cruz**[23]** al llamamiento de un humilde predicador, Foulques, un Pedro el Ermitaño redivivo, párroco de Neuilly-sur-Marne.

Ahora bien, el movimiento que se desencadenó concluye con una singular aventura. Ese mismo año de 1204, que para el rey Felipe es el de la conquista de Château-Gaillard, permanecerá en los anales de la cristiandad como el año en que los cruzados, tras partir para reconquistar Jerusalén, tomaron Constantinopla. Cuando la noticia se extendió por Occidente, primero no se le daba crédito: Constantinopla, la Ciudad Imperial, la Ciudad de las Ciudades, sus palacios, sus iglesias, sus aterradoras murallas contra las que había

fracasado antaño el asalto de los árabes. A medida que llegaban las noticias, el asombro se matizaba de indignación. El papa Inocencio III excomulgó a los cruzados culpables de haber dirigido contra una ciudad cristiana a las fuerzas mandadas para reconquistar Tierra Santa. Algunos cruzados que se habían negado a mezclarse en tan equívoca expedición regresaban a Europa, entre ellos un alto barón llamado Simón de Montfort, que había preferido abandonar de incógnito el campamento de los cruzados antes que prestarse a una empresa que su conciencia desaprobaba. La indignación iba en aumento a medida que se conocían los saqueos y las masacres cometidos por los cruzados de nuevo cuño. El papa, renovando la excomunión contra ellos, iba a darles a conocer no sin horror al conjunto del mundo cristiano: «Estos defensores de Cristo, que no debían tomar su espada más que contra los infieles, se han bañado en sangre cristiana. No bastándoles con saquear los tesoros y despojar a los individuos, grandes y humildes, han querido también echar mano a las riquezas de las iglesias […]. Se les ha visto violar los cementerios, llevarse los iconos, las cruces y las reliquias[24]».

Pero la emoción se iba calmando paulatinamente y los mensajes posteriores de los propios cruzados contribuían a explicar su acción, a dar cuenta de las etapas por las que habían pasado. Según su explicación, no podían obrar de otro modo; los armadores venecianos en cuyas manos se habían puesto exigían sumas tales para pasarles allende el mar que habían tenido, de buen o mal grado, que transformarse en un ejército al servicio de Venecia. El joven emperador destronado de Constantinopla, Alejo, les había suplicado acto seguido que emprendieran por cuenta suya la conquista de la ciudad. A continuación, había sido la población griega la que les había tratado de forma intolerable. Posteriormente el mismo Alejo, para quien habían conquistado primero la ciudad, les había engañado, etcétera. No habían podido actuar de otro modo. Y un emperador latino, el conde Balduino de Flandes, reinaba ahora en la ciudad de Constantinopla, en el Imperio de Bizancio; este había recibido solemnemente, en Santa Sofía, la corona imperial; esos bizantinos insolentes y pérfidos que no habían dejado de poner obstáculos a los occidentales y que en tantas ocasiones les habían traicionado en favor de los sarracenos, se encontraban ahora fuera de combate; su territorio podía servir de punto de apoyo para nuevas expediciones, las dirigidas, efectivamente, hacia Jerusalén.

Estas eran buenas razones que poco a poco tranquilizaban la conciencia de los occidentales, sin mencionar la gloria que iban a conseguir muchas familias señoriales en ese Oriente Próximo donde sonaban ahora ya familiares los

nombres campañeses, flamencos y borgoñones, donde un Luis de Blois era duque de Nicea, un Godofredo de Villehardouin, príncipe de Acaya; en Tebas y Atenas, convertidas en la lengua de los cruzados en *Estiva* y *Satina*, reinaban los duques de la Roche, y en el Peloponeso, convertido en principado de Morea, iban a volverse ilustres los Champlitte y los Villehardouin. Finalmente, el papa Inocencio III, en quien dominaba la esperanza de ver algún día Jerusalén devuelta a los cristianos, levantó la excomunión. Y las galeras de los mercaderes venecianos, señores del Adriático, se multiplicaban y sobrecargaban de estación en estación, trayendo de los establecimientos de allende los mares las riquezas orientales, para el mayor provecho de la Ciudad de los Dux.

En el siglo XIII, no se celebraban los natalicios; nadie se preocupaba en aquel entonces por conocer con exactitud su edad. Los únicos datos que parecían importantes eran los de la muerte de los santos, es decir, de su nacimiento a la vida eterna. En la primavera de 1208, Blanca había cumplido veinte años, su esposo veintiuno. Aunque no tuvieran ningún motivo para tener en cuenta lo que representaba para ellos, esta fecha había de quedar no obstante grabada en su memoria y pesar sobre toda su vida; el 14 de enero de 1208, en efecto, tuvo lugar un acontecimiento a orillas del Ródano por el que todos comprendieron que el reino entero no iba a tardar en verse sacudido violentamente: el legado pontificio, Pedro de Castelnau, fue asesinado por un oficial del conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles.

Para Blanca era ante todo un acontecimiento familiar. El conde de Tolosa había casado con su tía Juana, Juana la Hermosa, muerta en otro tiempo en Ruán y que, tras haber tomado *in articulo mortis* el velo de las religiosas de Fontevrault, descansaba bajo las bóvedas de dicho monasterio junto a su madre Leonor; su hijo, el futuro Raimundo VII de Tolosa, era primo hermano de Blanca. A decir verdad, Juana no había tenido ningún motivo para sentirse satisfecha de ese esposo del que ella era la cuarta mujer (había repudiado sucesivamente a dos de las anteriores) y que se había apresurado a casarse con una quinta tras su muerte. Había sido ella, no obstante, la que le había dado su único heredero legítimo, y huelga decir que había tenido, por otra parte, una multitud de bastardos.

Raimundo VI tiene una bien ganada fama de gozador desvergonzado; se dice de él que es

le comte de Saint-Gilles
qui n’aime mie l’Évangile.

[El conde de Saint-Gilles
que no ama el Evangelio].

¿Cómo pudo llegar hasta el extremo del crimen? No cabe ninguna duda de que fue él quien inspiró el acto criminal y que fue el responsable del asesinato de Pedro de Castelnau, como en otro tiempo Enrique II del de Tomás Becket. El legado pontificio fue a conminarle de parte del papa para que rompiera abiertamente con los herejes, esos cátaros que pululaban por sus dominios; la entrevista tomó un mal cariz, y el conde despidió al legado pontificio Pedro con estas palabras amenazadoras: «Por todas partes por donde vayáis, ya sea por tierra o por agua, andaos con cuidado, pues no os perderé de vista». Al día siguiente, en el momento en que se disponía a cruzar el Ródano, Pedro fue asaltado por un caballero de Beaucaire que le traspasó con su lanza.

¿Qué consecuencias podía acarrear este hecho? Blanca estaba en condiciones de calibrar el efecto de dicha acción violenta, al estar perfectamente informada acerca de lo que ocurría en las tierras del Languedoc atravesadas periódicamente por los correos que le traían noticias de su familia. Sin duda, se había enterado con emoción de la noticia del cambio que acababa de operar en aquellas regiones un clérigo castellano, Domingo de Guzmán, compatriota suyo. Este hombre, educado al igual que Blanca en Palencia, donde el rey Alfonso piensa en fundar una universidad siguiendo el modelo de la de París, ha renovado radicalmente los métodos de predicación; impresionado como tantos otros por el estado de decadencia del clero en las regiones meridionales (desde Vence, donde el obispo vive en concubinato, hasta Narbona, donde el arzobispo vende desvergonzadamente los cargos eclesiásticos), escandalizado por el tren de vida opulento que llevan los prelados enviados para devolver al pueblo a la sana doctrina, con ocasión de su paso por Tolosa hace una observación dictada tanto por su cordura como por su sentido evangélico: «¿Cómo no ha de estar impresionado el pueblo al ver que los Perfectos practican el ayuno y la abstinencia y van a pie, humildemente vestidos, mientras que vosotros os desplazáis a caballo con un gran séquito?». Los Perfectos son, entre los cátaros, aquellos que han sido iniciados y se abstienen de todo contacto con lo que pueda perpetuar la Creación; pues la Creación, a su juicio, es la obra de un dios malo; solo el espíritu es obra de un dios bueno. Ellos no comen más que verduras y fruta, y si por casualidad rozan a una mujer, aunque sea involuntariamente, ayunan a

continuación tres días a pan y agua. En cambio, entre ellos, nada se pide a la multitud de los creyentes salvo recibir antes de la muerte la absolución de un Perfecto, que les permitirá alcanzar la vida eterna. Estos Perfectos gozan, así pues, de un gran prestigio; la gente no deja de contraponer su vida frugal a la de los clérigos, a los que su riqueza ha pervertido.

Domingo, con algunos compañeros ganados por su ejemplo, se ha puesto a recorrer castillos y ciudades. Van descalzos, ataviados con un simple sayal y viviendo únicamente de las limosnas del prójimo. Predica incansablemente, multiplica encuentros y diálogos con los herejes y llega a realizar algunas conversiones. Se afirma incluso que unos Perfectos convertidos por él a la doctrina de Cristo se han reunido y fundado, en Prouille, un convento donde viven en la pobreza y la oración.

Convertir por medio de la palabra, la discusión, el conocimiento de la verdadera doctrina, predicando en primer lugar con el ejemplo, viviendo según el Evangelio, ¿no es el programa de reforma que la Iglesia espera? Pero ¿en qué se convertirán estas tentativas pacíficas?

En tierra cristiana, mandar asesinar al legado pontificio, aquel que representa la más alta autoridad del mundo cristiano, es violar el orden generalmente aceptado y establecido. ¿Cuál será la respuesta del papa, Inocencio III, que precisamente recuerda en toda ocasión que de su jurisdicción depende «el gobierno, no solo de la Iglesia, sino también de todo el orbe»?

2 - LA HERENCIA DE BLANCA

La multitud es densa en las inmediaciones del palacio de Compiègne en ese día de Pentecostés, «una multitud como no se había visto nunca jamás», al decir de un cronista, Guillermo el Bretón, que no es precisamente persona propensa al entusiasmo[25]. Es la multitud de las grandes asambleas señoriales a las que se convoca de tiempo en tiempo a los barones de los dominios reales, pero nunca ha sido tan numerosa porque esos dominios no han sido jamás tan extensos, desde los orígenes de la dinastía reinante. Un buen número de vasallos del rey de Inglaterra son ahora ya vasallos directos del rey de Francia. Aquel domingo de Pentecostés, el 17 de mayo de 1209, habría podido permanecer en la memoria de todos por el solo hecho de que el honor de servir los dos primeros manjares en el banquete real había correspondido al conde de Bretaña, Guido de Thouars. ¿Quién, pues, hubiera ido a pensar algunos años antes que ese vasallo de Juan sin Tierra sería considerado un invitado destacado en la mesa de Felipe Augusto? Al apoderarse de Normandía, el rey de Francia había hecho realidad la ambición de su juventud; un día, al decir de los contemporáneos, exclamó al ver a lo lejos la fortaleza de Gisors en todo el esplendor de sus murallas nuevas: «¡Me gustaría que estos muros fueran de oro, de plata y de piedras preciosas!» y, como ello causó asombro, el muchacho replicó: «¡Así sería todavía más preciosa cuando yo me apodere de ella!».

Sin embargo, los festejos de Compiégne no tenían por motivo, oficialmente al menos, el aplastamiento del rey de Inglaterra y la adhesión de sus antiguos vasallos en torno a la figura del rey de Francia; tenían por objeto celebrar la ceremonia de armar caballero al hijo mayor de Felipe Augusto, su heredero del trono. Luis debía recibir ese día, de manos de su padre, la espada y las espuelas de caballero. De acuerdo a la costumbre, había pasado la noche en oración en la capilla del castillo de Compiègne con cien jóvenes que

habían de ser armados al mismo tiempo que él; luego, por la mañana, tras haber tomado un baño y oído misa, sería investido, conforme al ritual ya consagrado, con una camisa de lino, una túnica de paño de oro y unas calzas de seda. Su padre le ceñiría un tahalí blanco del que prendería la espada que había permanecido toda la noche sobre el altar, con las espuelas de oro que se ataría a las calzas. Seguirían los festejos habituales: festines y banquetes, pero en primer lugar proezas y hazañas de caballero. Al igual que sus compañeros, Luis tuvo que hacer caracolear a su cabalgadura y dar prueba de su destreza en el manejo de las armas delante del estrado de las damas, donde se hallaba Blanca entre sus doncellas.

Blanca debía de estar emocionada; la caballería revestía un significado tanto social como religioso y señalaba la entrada en la vida activa de su esposo —un esposo por el que sentía un gran amor—. La grandeza y la alegría de aquel día se matizaban para ella con una esperanza mezclada de temor. Esperaba un hijo, que había de nacer cuatro meses más tarde. Ahora bien, ya varios años antes, en 1205, había dado a luz una niña, pero esta no había sobrevivido. Las crónicas ni siquiera han conservado el nombre de esta hija, probablemente nacida muerta. Blanca, como su esposo, debía de preguntarse si tendrían algún día un heredero capaz de asegurar el futuro de la dinastía.

Pero lo que ese día llamó sobre todo la atención de los invitados y provocó muchos comentarios fue el juramento que el rey de Francia exigió de su heredero en el momento de su ingreso en la caballería. Luis contaba a la sazón veinticinco años de edad, es decir, que había sobrepasado sobradamente la edad en que se conferían por regla general las espuelas de caballero: normalmente a los dieciocho años, a veces a los quince, como en el caso de Arturo de Bretaña, incluso a los catorce como ocurrió con el propio rey Felipe. También este había preparado una serie de compromisos para su hijo que hizo consignar con todo detalle en los registros de la cancillería. Luis prometía no tomar nunca a su servicio a caballeros u oficiales de justicia que no hubiesen jurado fidelidad a su padre; juraba no ejercer violencia contra los municipios y contra los burgueses del rey, así como tampoco exigir de ellos ninguna ayuda pecuniaria sin su autorización.

Por último —y esta era sin duda la promesa más exorbitante que ningún señor hubiera exigido jamás de su heredero—, Luis tuvo que prometer que no tomaría parte en torneo alguno, contentándose con asistir a aquellos que tuvieran lugar bajo su reinado como simple espectador y, colmo de la precaución, no llevar en ese caso más que la coracilla —el uniforme ligero—

con un simple capacete de hierro, lo que bastaba para excluirle de esas justas peligrosas para las que era de rigor llevar la cota de malla y cubrirse con el yelmo. El joven debía de tener un profundo espíritu de obediencia para prestarse a tan insólitas promesas. ¿Era, por parte del rey Felipe, una simple manifestación de un carácter íntegro y autoritario? En su juventud, había visto morir estando con él al conde Godofredo de Bretaña, que había perdido la vida en París durante un torneo. Y había parecido muy afectado por este hecho; con ocasión de su funerale, en el momento en que se inhumaba a Godofredo en el coro de Notre-Dame de París, recién terminado por aquel entonces, quiso precipitarse dentro de la tumba y había sido preciso retenerle. Por más práctico y positivo que fuese, Felipe no estaba libre de los ataques de nervios. Era evidente que le preocupaba por encima de todo la vida de ese heredero frágil que a menudo le había dado motivos de preocupación. ¿Quién, pues, habría podido prever que ese muchacho que tan dócilmente se prestaba a la voluntad paterna pasaría a la posteridad con el sobrenombre de Luis el León?

Aún era más impensable dejar al heredero de Francia unirse a los cruzados, para quienes la velada de fiesta había sido una vela de armas. En efecto, se encontraban aquel día reunidos en Compiègne la mayor parte de los barones que habían decidido responder al llamamiento del papa Inocencio III. Este les exhortaba a una nueva Cruzada, muy nueva incluso, pues no se trataba ya de cruzar los mares e ir a enfrentarse a los sarracenos, sino simplemente de llegar a orillas del Garona y castigar a los herejes. A la violencia cometida en la persona del legado pontificio Pedro de Castelnau se respondía con la violencia. Eran numerosos los caballeros que habían afrontado sin desagrado la perspectiva de ganarse con el mínimo esfuerzo el título de cruzado, título que se había convertido, en aquel comienzo de siglo, en una especie de seguro en cuanto a la salvación eterna, y que llevaba aparejado en vida en este bajo mundo algunas ventajas materiales. Pero había resultado inútil que Inocencio III exhortase al rey a «tomar la espada para proteger a la Iglesia contra un tirano y un enemigo de la fe». Pese a dejar predicar la Cruzada en su reino, Felipe se había negado a tomar parte y, lo que es más, prohibido a su hijo participar en ella. Un padre autoritario, decididamente.

La única compensación a las exigencias paternas fue que el rey hizo donación de las rentas de algunos castillos para el mantenimiento personal de Luis y de Blanca —entre otros, Château-Landon, Lorris y Poissy—, que fueron solemnemente concedidos al joven durante los festejos de Compiègne.

«Durante el año de gracia de 1209, en el noveno día del mes [de septiembre], a la hora de prima, Blanca ha sido de nuevo madre de un hijo. Este nacimiento tan deseado da un señor a los franceses y a los ingleses, al que se pondrá el nombre de Felipe. Puede, como sucesor de su abuelo, hacer perfectamente honor a su nombre[26]».

Tal es el tenor de una mención en versos latinos hecha por un escribano anónimo en el primer registro de la cancillería de Felipe Augusto. Aunque estos versos pierdan algo en su traducción en prosa, no por ello dejan de expresar el contento de la familia y de los medios allegados al rey, al traer Blanca un bonito niño al mundo, perfectamente sano, portador de esperanzas para una dinastía en auge. 1.1 porvenir de la Corona de Francia está ahora ya asegurado. ¿Qué nombre poner a este heredero? El de Felipe resultaba de lo más adecuado, no solo en consideración a su abuelo, sino también porque, tomado de la historia griega, ese nombre evocaba imágenes de gloria y de conquistas. Era, por lo demás, ya tradicional en el linaje capeto, por haber sido el primer Felipe llamado así unos cien años antes por su madre, Ana, hija del duque de Kiev, gracias a la cual los descendientes de Hugo Capeto tenían algunas gotas de sangre eslava; y Felipe Augusto se lo había puesto a uno de sus bastardos, el que respondía al sobrenombre de Hurepel, por su pelo hirsuto.

«Blanca da un señor a los franceses *y a los ingleses*». La historia entera de los años siguientes está ya contenida en esta frase; el gran asunto que ocupa los espíritus, en el momento de este nacimiento, es la invasión de Inglaterra que el rey de Francia medita. Blanca se ha convertido en una gran baza en su política. La situación está clara: el rey Juan, que se deja derrotar vergonzosamente en el continente y ha sido declarado desposeído de sus derechos por la corte de los pares, ve disminuir día a día su autoridad tanto en sus posesiones insulares como en el continente. Ahora bien, no es el único que posee títulos de sucesión al reino de los Plantagenet, también sus sobrinos pueden legítimamente aspirar a él; Juan era el hijo más joven del rey Enrique II y los hijos de sus hermanos y hermanas mayores pueden creer que tienen más derechos para sucederle en el trono. Uno de sus sobrinos, Otón de Brunswick, ha dado muestras de grandes ambiciones y no piensa más que en la Corona imperial; del otro, Arturo de Bretaña, ¿quién conoce a ciencia cierta su suerte? Pero Blanca no posee menos derechos que ellos[27]. ¿No ha llegado el momento de reivindicarlos?

Si hemos de creer a los contemporáneos, la idea habría germinado repentinamente en la mente del rey Felipe: «Sucedió que el rey Felipe de Francia estaba durmiendo una noche en su lecho y, abandonando este totalmente emocionado, exclamó: “¡Dios mío!, ¿a qué espero para ir a conquistar Inglaterra?”. Sus chambelanes, que dormían allí delante, quedaron muy maravillados, pero no osaron decir nada. Al punto mandó el rey que hicieran venir a fray Guérin, un hospitalario que era ministro de su Consejo, a Bartolomé de Roye, un caballero que gozaba de gran valimiento con él, y a Enrique el Mariscal, un joven caballero que le había servido muy bien, al que él quería mucho y había dispensado grandes mercedes […]. Los chambelanes hicieron venir a los tres a presencia del rey y a varios otros que formaban parte de su Consejo; el rey les ordenó que mandasen gentes por todas sus tierras y puertos de mar e hicieran retener todas las naves que encontrasen y construyeran de nuevas en gran abundancia, puesto que quería pasar a Inglaterra y conquistar el reino[28]».

El plan no tenía en sí nada de extraordinario. Desde hacía siglo y medio, reyes normandos o angevinos reinaban en Inglaterra; estos reyes eran súbditos del rey de Francia por sus dominios continentales y, una vez conquistados estos en parte, ¿no era natural y lógico que la conquista se extendiese a sus feudos insulares? La lengua, las tradiciones, las costumbres eran parecidas en la corte de Londres y en la de París. Durante el reinado precedente, se había pretendido que un angevino, el hijo primogénito de Enrique Plantagenet, uniera la Corona de Francia y la de Inglaterra. La situación se había visto frustrada, pero ¿qué más natural que pensar en unir ahora la Corona de Inglaterra a la de Francia?

¿No era, por otra parte, lo que pensaba la reina Leonor, al cruzar los Pirineos a los ochenta años para llevarle al heredero de Francia una esposa de su misma sangre? Podía decirse que Blanca recogía una herencia sagrada haciendo realidad el deseo de su abuela.

Los allegados del rey, en cualquier caso, no disimularon su esperanza de ver este deseo cumplido: «El cetro de Inglaterra te es debido por el derecho de tu esposa», escribirá uno de ellos, dirigiéndose a Luis de Francia[29]. Se trataba de un derecho que había que hacer prevalecer.

Una noche, un extraño personaje vino a pedir amparo a la corte de Francia: se trataba de un mendigo harapiento, con aspecto de estar extenuado. Decía que era portador de un mensaje de suma importancia para el rey Felipe. En efecto, llevado a su presencia, hizo unas revelaciones terribles.

Este hombre se llamaba Guillermo de Briouze; había sido el instrumento ciego del rey Juan sin Tierra, su compañero de juegos y de placeres, su favorito, su mano derecha; había sido él quien, con ocasión del asunto de Mirebeau, había prendido a Arturo de Bretaña. Juan había asignado al joven funciones en su guardia.

Una noche, en el castillo de Ruán, había visto llegar al rey que venía a pasar, en la mansión real de Moulineux que se hallaba muy cerca, dos días de meditación solitaria, durante los cuales nadie podría acercarse a él. En Ruán, su señor de horca y cuchillo Godofredo Fitz-Pierre, de quien se decía que era duro y cruel, fue a verle. Los dos hombres cenaron juntos; el rey, al término de la cena, parecía «ebrio y poseído por el demonio». Era ya avanzada la noche cuando el rey Juan en persona dio orden a Guillermo de Briouze de que le siguiera. Se dirigieron hacia la celda donde Arturo estaba encerrado. Acompañando al joven mudo y tembloroso, llegaron ante una poterna que daba al Sena; Juan saltó dentro de la barca e hizo seña a Arturo y a Guillermo de que hicieran lo propio. Justo el tiempo de desamarrar la barca de la anilla que la retenía, cuando ya Arturo, estrangulado por su tío, yacía sin vida en el fondo de la barca. El rey ordenó a Guillermo que le atara una piedra al cuello, y los dos hombres arrojaron por la borda al muchacho; era el día de Jueves Santo, el 3 de abril de 1203.

Toda la escena se había desarrollado en un completo silencio, sin un grito, sin un ruido, salvo el del cadáver arrojado al agua. A continuación, Guillermo había guardado el secreto; aunque no lo bastante, sin embargo. Algunos meses antes de su llegada a la corte de Francia, Guillermo, cuyo favor disminuía cerca del rey, había tenido la imprudencia de contraer deudas; el rey Juan había exigido una garantía para ellas, luego había querido que su favorito le dejase a su hijo como rehén, ante lo cual Matilde de Briouze, su mujer, dejó escapar unas imprudentes palabras: «Me niego a entregar a mi hijo al asesino de Arturo». Ello suponía quebrantar una consigna tácita, pero indiscutible: nunca nadie debía pronunciar en presencia del rey Juan sin Tierra el nombre de su sobrino Arturo.

Guillermo, enviado a Irlanda, había de enterarse de que Matilde y su hijo habían sido encerrados en una mazmorra del castillo de Windsor donde se les había dejado morir de inanición; él había conseguido cruzar el mar, disfrazado de mendigo, y así era como había llegado a la corte del rey de Francia.

«Hombre malvado era ese rey Juan; cruel con todos los hombres; codicioso en exceso de las bellas mujeres; causó numerosas humillaciones a

los hombres nobles de su tierra, por lo que fue muy odiado. Nunca dio a conocer su verdadera voluntad; enredaba a sus barones (lanzando a unos contra otros) cuantas veces le era posible. Grande era su alegría cuando los veía odiarse entre sí. Detestaba a todo hombre de bien por envidia. Le desagradaba sobremanera ver obrar bien a alguien[30]».

Así es como un contemporáneo resumió la opinión que se tenía en general del rey Juan sin Tierra.

Ahora, por lo menos, se sabía lo que había sido de Arturo de Bretaña. En realidad, al día siguiente del asesinato, los monjes de un priorato próximo al Sena habían visto flotar el cuerpo en las aguas; lo habían recogido e inhumado en tierra sagrada. Guillermo de Briouze, bien recibido por el rey de Francia, fue a retirarse a San Lorenzo de Corbeil, donde murió al año siguiente.

Tras la terrible revelación que le había hecho, Felipe no podía sino sentirse reafirmado en sus planes de reivindicar la herencia de Blanca. Con el paso de los días, se presentaron nuevos motivos, casi siempre bajo el aspecto de un fugitivo, víctima del rey Juan, que venía a implorar el amparo de la corte de Francia. Tal fue el caso de un tal Roberto Fitz-Gautier, cuya entrevista contó un cronista en los términos siguientes:

«“Señor, una gran necesidad me trae, pues el rey me ha expulsado de Inglaterra y me ha arrebatado todas mis tierras”. “¿Por qué razón?”, preguntó el rey. “Yo os diré la razón, señor: quería a toda costa yacer con mi hija, y porque no quise yo tolerarlo destruyó todo lo mío y me expulsó de mis tierras. Os ruego por Dios que os apiadéis de mí como de un hombre injustamente desheredado”. “¡Por la lanza de Santiago! —exclamó el rey—, este daño os ha ocurrido en buen momento, puesto que me propongo pasar a Inglaterra y, si consigo conquistar el país, vuestro agravio se verá resarcido”[31]».

El rey Juan, por otra parte, había sido excomulgado; estaba en desacuerdo con la mayoría de los obispos de su reino, entre ellos el famoso Esteban Langton, prelado eminente y muy sabio que se había refugiado también algunos años antes en Francia y al que los monjes de Canterbury acababan de elegir para ocupar la silla episcopal para gran furia del soberano. El vacío se hacía alrededor de él y Juan, cuya crueldad se incrementaba conforme los acontecimientos se volvían en su contra, parecía proporcionar como a placer nuevos motivos de queja; a uno de sus funcionarios de la Hacienda Pública, Godofredo, arcediano de Norwich, tras haber decidido dimitir de sus funciones después del interdicto lanzado por el papa sobre el reino de Inglaterra, Juan le hizo apresar, le encerró en una mazmorra y le dejó morir de

inanición, revestido de una capa de plomo que le aplastaba. En los confines del reino, los galeses estaban inquietos; a fin de prevenir la rebelión de uno de los jefes de tribu, Llewellyn, Juan mandó apresar en Nottingham a veintiocho jóvenes, hijos de nobles galeses que él había exigido como rehenes. Unicamente reinaba por medio del terror; los barones ingleses pensaban en ofrecer el reino ya al hijo del rey de Francia, ya a Simón de Montfort, que era por línea materna conde de Leicester. Los rumores se extendían por toda Inglaterra. Un hombre que afirmaba ser vidente, Pedro de Pontefract, se puso a decir abiertamente —esto ocurría a principios del año 1213— «que el rey no sería ya tal de ahí a la Ascensión». El rumor llegó a oídos de Juan sin Tierra. «Sintió un miedo espantoso», al decir de los testigos. Hizo venir a Pedro, y le juró que al día siguiente de la Ascensión, si su oráculo no se cumplía, estaba perdido. El hombre, sin inmutarse, se reafirmó en lo dicho.

Entretanto, el rey Felipe había llevado a cabo minuciosamente los preparativos para una expedición; había hecho acopio de vituallas y de equipos de guerra, y se había apresurado a botar una flota de quinientas naves que concentraba en Gravelines. La hazaña de Guillermo el Conquistador estaba en la memoria de todos, y todo el mundo esperaba verla repetirse; pero, más que Normandía, era Flandes el lugar que el rey había elegido como base de operaciones. Pensaba reunir su ejército en Boulogne.

¿Tomó parte Blanca en esta actividad? Ningún texto así nos lo indica, pero la habilidad que desplegará algunos años más tarde para la continuación de la empresa, cuando tenga que actuar en persona, hace pensar que no carecía de experiencia; no es descabellado suponer que para una expedición que la concernía directamente —¿no se trataba de reivindicar sus derechos y no iba a recibir con su esposo la Corona de Inglaterra?— hubiera participado de cerca o de lejos en los preparativos.

Estos terminaron en torno a la Pascua de 1213. El lunes siguiente al Domingo de Ramos, Felipe Augusto celebró cortes en Soissons para solicitar ayuda militar a sus barones y hacerles partícipes de la expedición proyectada. Estos se adhirieron a ella, a excepción de uno solo, el conde de Flandes, Ferrán. Irritado por su ausencia, el rey le ordenó acudir a Boulogne la víspera de la Ascensión. Aquel día, 22 de mayo de 1213, esperó en vano que Ferrán se presentara o enviase unos mensajeros.

El caso era grave: suponía una ruptura del juramento feudal; pero esta decepción no era nada comparada con la que aguardaba al rey de Francia.

Algún tiempo antes los allegados del rey Felipe habían escoltado hasta Wissant al legado pontificio, Pandolfo, para que se embarcara rumbo a

Inglaterra; este había sido encargado de anunciar a Juan sin Tierra que, a consecuencia de sus crímenes, sus perjurios y su negativa a someterse, el papa le había depuesto solemnemente y que el rey de Francia, o más bien su heredero, recibiría la corona que él no era ya digno de ceñir.

Ahora bien, durante la semana siguiente a la Ascensión, apareció una nave en el horizonte de Gravelines, adonde se había dirigido Felipe. A bordo de dicha nave iba Esteban Langton, arcediano de Canterbury, al que acompañaban varios obispos de Inglaterra. Llevado a presencia del rey, le expusieron el lance imprevisto que se había producido el 13 de mayo, tres días antes de la Ascensión: el rey Juan había cedido al papa, en la persona de su legado pontificio Pandolfo, el reino de Inglaterra.

Todos los planes del rey de Francia se venían abajo. La situación daba, de golpe, un vuelco. El reino de Inglaterra, puesto hasta entonces en entredicho, era a partir de aquel momento inviolable, al estar bajo la protección directa de la Santa Sede. El rey Juan, prometiendo hacer penitencia, había hecho redactar al instante, en presencia del legado pontificio, una carta que ratificaba su acto de cesión: «Donamos y concedemos libremente a Dios, a sus apóstoles Pedro y Pablo, a la Santa Madre Iglesia Romana, nuestra madre, y al Santo Padre Inocencio, así como a todos sus sucesores, el reino entero de Inglaterra y todo el reino de Irlanda juntamente con todos sus derechos y propiedades […]. Prestaremos homenaje al Santo Padre si podemos dirigirnos a su presencia».

En la prisión de Cork donde el rey le había hecho encerrar, Pedro de Pontefract triunfaba amargamente: «El rey va a enviar gente para que me cojan y me cuelguen, lo sé; pero será un error, puesto que hizo donación de su reino al papa antes de la Ascensión. Y dado que ha recibido su reino de un hombre mortal, no es ya, pues, rey». Y el cronista que relata estos hechos añade que Pedro fue efectivamente colgado al cabo de unos días por orden de Juan.

En cuanto al rey Felipe, pudo recobrarse a tiempo para poner buena cara a los que le traían la perturbadora noticia: «Me siento orgulloso, pues gracias a mí Roma ha sometido al reino de Inglaterra[32]».

Pero el golpe era duro, tanto más duro cuanto que entre tanto se había revelado la existencia de enemigos en su propia casa. En primer lugar, Ferrán de Flandes, cuya deserción le había causado inquietud. A Ferrán, sin embargo, no le faltaban toda clase de motivos para estarle agradecido. Pariente de Blanca (era cuñado de su hermana Urraca, reina de Portugal), siendo él un hijo menor sin fortuna, le habían hecho casarse con Juana,

heredera del condado de Flandes, lo que le situaba a la cabeza de uno de los más ricos dominios del reino. Sus nupcias se habían celebrado con brillantez en París en enero de 1212, ¡y he aquí que un año más tarde este advenedizo se permitía afrentar a su soberano! ¡No iba a salir bien parado de ello! Y el rey Felipe se vengó, incontinente, de su desengaño apoderándose de tres ciudades flamencas: Cassel, Ypres y Brujas, dando orden a su flota de reunirse con él en el puerto de Damme.

De todas formas, el rey de Francia no podía demorarse en Boulogne; se encontraba, en efecto, en unas tierras que había confiscado al conde de Boulogne, Reinaldo de Dammartin, poco tiempo antes; en desavenencia desde hacía dos años con el rey, por negarse a comparecer ante la corte de los pares, aquel, que alimentaba viejos rencores contra la dinastía de Francia, había ido a prestar homenaje al rey de Inglaterra; un traidor, pero su ejemplo se volvía peligroso. Efectivamente, cuando el conde Ferrán de Flandes vio a los ejércitos del rey Felipe poner sitio a la ciudad de Gante, prestó complacientemente oídos a los consejeros que le sugerían que enviase él también un mensajero al rey Juan, y despachó a este uno de sus caballeros, Balduino de Nieuport[33].

Así la situación daba un giro radical; el rey Juan sin Tierra, en el mismo momento en que se creía que había agotado todos sus recursos, abandonado por todos, y a punto de ver desencadenarse una Cruzada contra él por orden del papa (se había hablado de ello en Roma), se convertía en el árbitro de la situación y, bajo la protección de la más alta autoridad moral de la cristiandad, abría su corte a los barones «víctimas» del rey de Francia.

Aún no había dicho su última palabra. Desde la semana de Pentecostés, una flota inglesa al mando de Guillermo Larga Espada, conde de Salisbury, el hermano bastardo de Juan sin Tierra, Hugo de Boves, y Reinaldo de Dammartin en persona, atacaba las naves del rey de Francia, prendía fuego a cuatrocientas de ellas y dispersaba al resto. El rey Felipe tuvo que abandonar precipitadamente el sitio de Gante y consiguió poner en fuga a los asaltantes, pero no le quedaba más que dispersar o quemar el resto de su flota, cosa que hizo antes de regresar a París, mientras que, el 31 de mayo, Ferrán de Flandes prestaba homenaje al rey de Inglaterra en presencia de sus enviados. La expedición de Boulogne, que había costado unas sesenta mil libras al rey de Francia, concluía con la mayor de las decepciones que hubiera sentido nunca y con la traición de dos de sus más poderosos vasallos.

A la decepción general se añadía, para Blanca, una pena más personal. El 26 de enero de ese año 1213, había dado a luz dos niños gemelos que no habían sobrevivido; verdad es que el heredero del trono, el pequeño Felipe, era un bonito niño entonces de cuatro años de edad; pero no por ello esta maternidad frustrada resultaba menos dolorosa.

Una sola compensación a estos sinsabores: las noticias que le llegaban de España. Una carta de su hermana mayor Berenguela, cuyo texto ha llegado hasta nosotros, debió de causarle una profunda alegría: «Tengo cosas agradables que comunicaros —escribía—. Por la gracia de Dios, de quien proviene toda fuerza, nuestro señor padre el rey ha vencido en combate a campo abierto a Miramamolín [así es como llama ella a Mohammed-al-Nasir]. Honor insigne, pues es cosa inaudita que un rey almohade haya sido vencido en un enfrentamiento a campo abierto; sabed que un allegado de la casa de nuestro padre me lo había anunciado, pero yo no quise creerle hasta que vi las cartas de puño y letra de nuestro padre[34]».

La continuación de la carta relata las peripecias de un combate que había de hacerse célebre; se trataba, en efecto, de la batalla de Las Navas de Tolosa que decidía el destino de España. Por primera vez la derrota de los moros en ese país era total: «Nuestro padre les persiguió con su ejército hasta pasada la puesta del sol […]. El botín que se hizo en el campamento de los moros, en oro y plata, ropas y animales resulta inestimable por lo enorme del mismo; sabed que veinte mil acémilas apenas si podrían llevar solo los carcajes de flechas […]. Haced saber esto al rey de Francia», añadía Berenguela.

Blanca se había apresurado, efectivamente, a comunicar la noticia no solo al rey de Francia, sino también a todos aquellos, ya fuesen próximos o lejanos, que podían estar interesados en ella. Contamos con la carta que escribió para narrar el acontecimiento a su pariente Blanca de Navarra, la hija del rey de Navarra Sancho VI, que había casado con el conde de Champaña Teobaldo III. Entretanto, ella había recibido sin ninguna duda otra carta con nuevos detalles, pues relata la batalla con tanto entusiasmo como lo había hecho Berenguela, pero con mayores precisiones: «[Los cristianos] comenzaron a avanzar por el puerto el jueves antes de la fiesta de los santos Justino y Rufino [10 de julio de 1212] y, llegados a la cima del monte, encontraron a una multitud de moros». Era, en Sierra Morena, el famoso desfiladero de Despeñaperros, angosto, agreste y muy bien guardado por el enemigo. «Al día siguiente, sábado, encontraron unos guías que conocían bien

el lugar, los cuales condujeron al ejército por la otra vertiente hacia un paso menos difícil, y allí se encontraron cara a cara con el ejército de Miramamolín». Este paso atravesado dando un rodeo había de excitar en lo sucesivo la imaginación popular; una leyenda atribuyó su gloria a san Isidro Labrador, muerto unos cincuenta años antes: su sombra habría guiado milagrosamente al ejército a través de unos senderos desconocidos y permitido el encuentro con los ejércitos almohades en unas condiciones que estos no habían previsto.

La victoria ponía punto final a las amenazas que se cernían sobre el país de Blanca desde el desastre de Alarcos en 1195. Los moros de España y de África del Norte se habían envalentonado, habían preparado contra Castilla una ofensiva de envergadura, y todo el esfuerzo de la Reconquista se había visto comprometido. En el año 1211, el arzobispo de Toledo —Rodrigo Ximénez de Rada, una personalidad excepcional, gran constructor (a él se debe la construcción de la actual catedral) y gran clérigo también (había dado un vivo impulso a la universidad de su ciudad alentando la traducción de los filósofos árabes)— había recorrido Occidente para despertar la atención sobre el peligro que amenazaba a los cristianos de España: su propia ciudad corría el riesgo de verse sitiada y Castilla invadida por esta nueva ofensiva; así también, en el ejército que acababa de obtener la victoria de Las Navas de Tolosa, se encontraban cruzados de toda procedencia, entre los que Berenguela cita el nombre de un trovador de Francia, Teobaldo de Blazon, cuyo valor subraya.

Es evidente que un gran afecto unió a Blanca y Berenguela. Las dos hermanas llevaron, por otra parte, una existencia paralela, ejerciendo, cada una en su país, una influencia comparable. Los contemporáneos se muestran unánimes en decir de Berenguela que era «una mujer llena de cordura, capacitadísima, prudente, sincera en sus consejos, dotada de las más variadas prendas; todo el mundo se dirigía a ella y todos se dejaban guiar por sus opiniones», el tipo de elogios que se oirán de la reina Blanca. Berenguela dejó tras de sí fortalezas e iglesias; es a ella a quien se debe la reconstrucción de la catedral de León; ella quien hizo emprender la construcción de la de Burgos y también, de acuerdo con el arzobispo Ximénez, la de Toledo. Fue ella la que introdujo la reforma cisterciense entre los benedictinos de San Vicente de Segovia, e instaló a los templarios en Guadalajara. Por lo demás, la enumeración de las iglesias fundadas por Berenguela sería prolija, pero conviene mencionar al menos la de Osma, puesto que su historia está, por la persona de su obispo Diego, compañero de santo Domingo, ligada a la de los

frailes predicadores. Pero no paró aquí la actividad de Berenguela, que puede decirse que fue incansable. Atenta a las necesidades de su tiempo, multiplica las libertades municipales, toma la defensa del pueblo llano contra los señores y funda con su esposo la Universidad de Salamanca. Había tenido que separarse, por otra parte, de este esposo, Alfonso IX de León, pues —y tal es la paradoja de su vida— esta mujer irreprochable pasó gran parte de su vida excomulgada: Alfonso era su pariente en un grado prohibido; los cuatro hijos que habían tenido no habían de ser sino tardíamente legitimados por el papa; ahora bien, el mayor de ellos, Fernando III, será un santo, como Luis, el hijo de Blanca.

Resulta para nosotros algo notable que las cartas de dos hermanas, en las que se trasluce un indiscutible acento personal (no encontramos en ellas ninguna de esas fórmulas por las que sienten apego los funcionarios de las cancillerías), sean en latín; el latín sigue siendo, en esos comienzos del siglo XIII, la lengua de la escritura, mientras que el francés como el castellano se convierten en las lenguas del habla común, incluso en la corte. Todo el mundo es aún más o menos bilingüe en la época, aunque las lenguas vulgares hayan experimentado un enorme progreso desde que la Biblia, que es entonces la base común de la cultura en todo el Occidente y el Oriente cristiano, fuera traducida a la lengua del habla diaria. Por lo demás, desde los siglos anteriores se había impuesto la costumbre, mientras que se conservaba el latín para las ceremonias litúrgicas, de no predicar más que en francés; un cuentecillo edificante explica que un párroco, tras haber dicho su sermón en una hermosa prosa latina, vio aparecérsele en sueños un ángel a la noche siguiente, el cual le decía con tono severo: «¡Ese sermón lo expiarás en el purgatorio!». Pero no será sino más tarde, y precisamente bajo el reinado de Blanca, cuando se vean aparecer las primeras cartas en francés.

La carta original de Berenguela no ha llegado hasta nosotros; pero podemos hacernos una cierta idea de la manera en que se presentaba gracias a esas cartas de los Grandes de España, posteriores en algunos años, dirigidas a Blanca y a Luis y que siguen conservándose en los Archivos Nacionales[35]. Son misivas de formato modesto, trazadas con grandes caracteres y, hecho único, llevan un sello de plata. En Francia, como en la mayoría de los países de Occidente, se limitaban a sellar las cartas con cera; solo los emperadores, el de Bizancio y el emperador germánico, sellaban con oro, y lo mismo hacía la ciudad de Venecia; mientras que el papa, en prueba de humildad, sellaba con plomo. Excepcionalmente, el sello de plata acompañaba cartas firmadas por nobles castellanos con nombres sonoros: Rodrigo Díaz de los Camberas,

Gonzalve Pedro de Molina, Gonzalve de Orvaneza, etcétera, que, descontentos de tener a su mando a una mujer por regente, proponían a Luis y a Blanca el reino de Castilla. Esta mujer no era otra que Berenguela, que ejercía la regencia en nombre de su hijo Fernando todavía infante.

Estas cartas selladas con plata quedaron sin respuesta. Blanca sentía demasiado afecto por Berenguela para erigirse en rival de su hermana; pero semejantes misivas no por ello dejan de demostrar los estrechos lazos que unieron entonces al reino de Francia y el de Castilla. Por la persona de Blanca y la de Berenguela son dos realezas hermanas —y sería comprender mal a Blanca si se olvidara el lugar que tiene, a lo largo de toda su vida, en su corazón y su pensamiento, su familia castellana.

El horizonte era sombrío, y había llegado el momento para el heredero de Francia de estar a la altura de las circunstancias. Burlado por el rey Juan sin Tierra, Felipe había tenido que abandonar, de buen o mal grado, sus objetivos relativos a la herencia de Blanca; pero ahora se encontraba con otros dos enemigos a los que combatir: Ferrán de Flandes y Reinaldo de Dammartin, conde de Boulogne. Aquel invierno la guerra iba a causar estragos en las regiones flamencas. Provincia entonces excepcionalmente rica y activa era Flandes, cuyos recursos se complacen en enumerar sus contemporáneos: Gante, habitada por un pueblo orgulloso con sus casas adornadas de torres; Ypres, fastuosa, cuya población es diestra en esquilar la lana; Brujas, que calza de botas a todas las piernas principescas, rica en frutos y prados, con su puerto muy próximo; Arrás, ciudad poderosa y antiquísima, rebosante de riquezas, sedienta de ganancias y que se complace en la usura; y por último, todo Flandes, poderoso en la guerra, desbordante de bienes, ahorrativo, cuyos habitantes, de rostro encarnado y blancas carnes, son sobrios, activos, trabajadores[36]…

Este país de Flandes acaparará la atención de la corte de Francia durante los años venideros. Los acontecimientos que se desarrollan allí en esos años de 1213-1214 tendrán una importancia decisiva para el rey y para su reino, siendo el principal protagonista de estos acontecimientos el príncipe Luis. Sería más exacto decir Luis y Blanca, pues si Flandes reviste en aquel entonces una importancia semejante es en parte debido a que la traición de los dos compadres, Ferrán y Reinaldo, ha puesto en peligro al reino de Francia, pero también porque Flandes es una base de operaciones indispensable para la conquista del reino de Inglaterra, herencia de Blanca. Esta ha seguido con

pasión las peripecias de los combates en los que ella habrá de intervenir en persona. Durante el invierno de 1213-1214 estaba nuevamente encinta, pero no por ello había disminuido la atención que prestaba a los planes de su esposo, a juzgar por la prontitud y decisión con que desempeñará más tarde su papel.

Luis no estaba haciendo sus primeras tentativas; ya había dado prueba brillantemente, a comienzos de aquel año, de su valor en Damme y derrotado al conde Ferrán. Durante el invierno que se avecinaba iba a llevar a cabo una serie de hazañas. Establecido en Lille con su fiel mariscal Enrique Clément, «pequeño de cuerpo pero grande de corazón», vigilaba la región. Tras haber sabido que el conde Ferrán había mandado reunir a sus tropas en Courtrai, hizo una incursión rápida, pero radical. Cuando Ferrán de Flandes y Reinaldo de Dammartin se presentaron ante la ciudad, esta estaba ya en llamas, y Luis había partido hacia Lille con un cómodo botín.

Justo el tiempo de regresar a París para ir a rendir cuentas a Blanca y a su padre del éxito de la operación, Luis volvía a retomar en Flandes los combates que adquirían rápidamente un cariz salvaje: matanzas, pillajes, incendios. En Bailleul, a punto estuvo el príncipe de perecer quemado vivo en el incendio provocado por sus propias tropas: «Sabed —escribe el cronista anónimo que fue testigo ocular de la lucha— que no hubo hijo de rey o de otro tan arrojado que no temiera por su vida». En Steenvoorde, que los franceses pronunciaban Estanfort (era el nombre de una variedad de paño muy apreciada), fray Guérin, un fraile hospitalario al que el rey Felipe había nombrado consejero suyo, exclamó con tono feroz frente a la ciudad en llamas: «¡Señores, mirad si visteis nunca *estanfort* mejor teñida de escarlata!».

Una serie de hazañas, pero que no desembocaban sino en volver la guerra más cruel aún y más crítica la situación. A los pillajes respondían con otros pillajes, Luis atacaba en Niewpoort, Hazebrouck, Cassel; Ferrán hacía lo propio en Souchez, Houdain, Bouchain y saqueaba hasta la famosa abadía de Saint-Omer. Las poblaciones pagaban los platos rotos y el conflicto se iba extendiendo. Reinaldo de Dammartin se dedicaba a reunir contra el rey de Francia a los barones del Norte, de Holanda, de Alemania y hasta al emperador germánico Otón de Brunswick. La partida fue, por otra parte, relativamente fácil ya que Otón era sobrino del rey de Inglaterra; pero la razón no hubiera sido suficiente por sí sola, y la intervención de Otón muestra hasta qué punto el conflicto que se había entablado amenazaba con sacudir a Europa entera. Casi inmediatamente después de su coronación en 1209, Otón

se había visto en pugna con el papa. Era ya una tradición perfectamente establecida entre los emperadores germánicos esta lucha contra el Papado, pero el que ocupaba la cátedra de San Pedro, Inocencio III, no era hombre que soportase los abusos de poder del emperador: se había apresurado a crearle un rival en la persona del joven Federico de Hohenstaufen. Ahora bien, la hostilidad reinante entre los dos reyes de Francia y de Inglaterra les incitaba a buscar alianzas en el exterior. Luis, cuando se había dirigido con anterioridad a Artois para reivindicar la herencia materna, había podido echarle el guante a un emisario que el rey de Inglaterra le enviaba a su sobrino Otón de Brunswick. No hacía falta nada más para que Federico se convirtiera en el aliado natural del rey de Francia; el príncipe Luis había solicitado una entrevista; se habían encontrado en Vaucouleurs. ¿Qué clase de alianza habían sellado? Aunque no se sabía, en los dos bandos enfrentados, la suerte misma del Imperio se hallaba comprometida de antemano.

En esto, se recibía en la corte de Francia la noticia de que Juan sin Tierra en persona había desembarcado el 15 de febrero en La Rochelle, a la cabeza de un ejército de mercenarios reunido costosamente contra aquel que él llamaba «su principal enemigo, el rey de Francia».

El reino se veía ya atacado por dos flancos a la vez, por el nordeste y por el sudeste. ¿En qué medida podían contar con la fidelidad de los barones normandos convertidos muy recientemente en los vasallos directos del rey Felipe y que en su mayoría poseían en Inglaterra feudos que no les preocupaba comprometer? Aunque el rey Juan se había vuelto odioso para los barones potevinos, ¿cabía esperar una fidelidad inquebrantable en esas regiones que eran la cuna de los Plantagenet?

Nunca, sin duda, los descendientes de Hugo Capeto se habían visto en tan peligrosa posición. Felipe no podía esta vez contar solo con su hijo; tomó personalmente, junto con él, la dirección del oeste. Juan sin Tierra se había encaminado hacia el condado de la Marca para lograr la sumisión de los Lusignan, que eran los barones más poderosos de Poitou. Luis y Felipe intentaron una atrevida operación: cortarle la retirada hacia el mar. Cruzaron el Loira y se dirigieron hacia el Aunis, con el propósito de ocupar el puerto de La Rochelle. Pero el rey Juan barruntó la operación y se escabulló hábilmente, batiéndose en retirada hacia Saintes, luego hacia La Réole. En el momento en que se planteaba la pregunta de saber hasta dónde habría que ir para encontrar al escurridizo adversario, llegó la noticia que cabía temerse: la guerra había vuelto a estallar en Artois. Había que hacer frente a partir de ahora a dos flancos.

Felipe celebró consejo en Châteauroux y decidió regresar a Flandes sin detenerse en ninguna etapa; dejaba al príncipe Luis la tarea de combatir a Juan sin Tierra.

La inquietud estaba en su culmen en la época en que Blanca dio a luz un niño, el 25 de abril. Le puso por nombre Luis, por su amadísimo esposo, que en aquellos mismos momentos medía a solas sus fuerzas con el rey de Inglaterra. Era el día de las «cruces negras», aquel en que se hacía las procesiones de las primeras rogativas para implorar la bendición de Dios para las cosechas futuras. Blanca se hallaba a la sazón en Poissy. Cuentan que, molestada por las campanas de la iglesia abacial, se retiró para su alumbramiento a unas tres leguas de allí, a Neuville-en-Hez, una alquería propiedad del priorato de Poissy. El recién nacido fue de todas formas bautizado en la iglesia abacial y fue amamantado por una nodriza llamada María la Picarda, a la que Blanca lo confió durante sus primeros meses de vida.

Las noticias debían de llegarle de forma bastante regular, al no hallarse muy lejos el teatro de las operaciones, y los nombres mismos de los lugares donde se combatía debían de serle bastante familiares. Su esposo estaba instalado en el castillo de Chinon, que había sido una de las residencias favoritas de los Plantagenet. Su situación era cada día más peligrosa. El rey Juan, tan pronto como tuvo noticia de la partida de Felipe, volvía con redoblada fuerza. Un feliz golpe de mano le había hecho dueño de Nantes; se había apoderado casi sin encontrar resistencia de Ancenis, de Oudon, y posteriormente de Angers, que en aquella época no tenía aún sus murallas; por último, sus tropas ocupaban el castillo de Beaufort-en-Vallée, que dominaba, como su propio nombre indica, la región circundante. ¿Iba, tal como había prometido, a reconquistar de golpe todas las tierras que le había arrebatado una a una el rey de Francia? Godofredo de Lusignan, tras haber visto cómo se apoderaban de sus dos castillos de Mervent y de Vouvant, ya había prestado homenaje al rey de Inglaterra. Este, convencido de su triunfo, ponía sitio a otro castillo, el de La Roche-aux-Moines, que había hecho erigir recientemente su antiguo vasallo convertido en su enemigo, Guillermo des Roches. Este castillo dominaba la ruta de Nantes, donde ya había sido hecho prisionero uno de los barones más allegados del príncipe Luis, Roberto de Dreux, su primo. ¿Qué hacer? ¿Batirse en retirada? ¿Arriesgarse al combate contra los mercenarios de Juan, muy superiores en número a sus propias fuerzas? Consciente de la importancia de lo que se jugaba, Luis despachó a su

padre un mensajero, quien trajo la respuesta: «Vuestro padre os manda que cabalguéis contra el rey de Inglaterra y le hagáis abandonar el sitio».

Y Luis, una vez más, se comportó como un hijo obediente: cabalgó contra el rey de Inglaterra y le hizo efectivamente «abandonar el sitio».

A decir verdad, la cosa resultó más fácil de lo que había supuesto. Tal como exigía el honor feudal, lanzó a su adversario un desafío en toda regla. La guarnición que defendía La Roche-aux-Moines estaba en las últimas, dispuesta a la rendición; ahora bien, contrariamente a lo que cabía prever, Juan, ante el anuncio de que se aproximaba Luis, de quien todos los testimonios de la época afirman que tenía unas fuerzas muy inferiores a las del rey de Inglaterra, levantó de inmediato el sitio y «salió huyendo cobardemente». Se esperaba un combate y no fue sino una persecución alocada; Juan había abandonado sobre el terreno sus máquinas de guerra, sus tiendas de campaña, todos sus pertrechos y almajaneques, y se puso a huir «a matacaballo». Era el 2 de julio; el 4, se encontraba ya en Saint-Maixent, a unas treinta leguas de allí, lo que da una idea de la rapidez de su huida. Había de ganarse el apodo de «Corazón de Muñeca», recuerdo paródico del de Corazón de León que había sido concedido antaño al rey Ricardo, mientras que el príncipe Luis se convertía a partir de aquel momento, para sus contemporáneos, en Luis el León.

Este se apresuró a enviar un mensajero a su padre para decirle que había cumplido lo que él le había «mandado». Afirma la leyenda que en Villemétrie, a la entrada del camino adoquinado, cerca de Senlis, este mensajero se encontró con otro, enviado por el rey Felipe: traía la noticia de la victoria de Bouvines. Aún hoy es posible ver las ruinas de la abadía que fue erigida, en el lugar donde se encontraron los dos mensajeros, para conmemorar el doble acontecimiento: la abadía de la Victoria.

«¿Qué palabras podrían dar cuenta, qué corazón pensar, qué pluma, qué pintura, qué cuadro detallar los aplausos de gratitud, los himnos de triunfo, la multitud innumerable de gentes que pataleaban de alegría, los cantos melodiosos de los clérigos, los sonidos armoniosos de las trompetas en los cortejos, los adornos solemnes de las iglesias, tanto fuera como dentro de ellas, en las aldeas, en las casas, en las calles, en todas las ciudades y plazas fuertes, colgaduras y paños de seda, por doquier alfombras de flores, de hierba y de ramas de árboles verdeantes? Todos, cualesquiera que fuese su condición, su sexo o su edad, acudían al espectáculo de tal triunfo: campesinos y segadores interrumpían su labor, y con su hoz, su rastrillo henificador y su horca colgados al hombro, se precipitaban en grupos hacia

los caminos, tratando de ver a Ferrán encadenado, aquel al que antes temían con sus armas. Pero estos campesinos, viejos y jóvenes, ahora se burlaban de él a causa de las bromas a que daba pie su nombre, pues el nombre de Ferrán designa tanto a un caballo como a un hombre y, por una casualidad, eran dos caballos *ferrands* los que le llevaban en una litera. También le gritaban que ahora ese Ferrán estaba encadenado, que no podría ya dar más coces, él que, henchido de orgullo, había coceado con anterioridad y había levantado la pezuña contra su señor. Y así fue por todas partes hasta el momento en que llegaron a París. Los parisienses, y mucho más aún que todos los demás, la multitud incomparable de los estudiantes, el clero y el pueblo, salían al encuentro del rey con himnos y cánticos, gritando todos y dando muestras del júbilo que embargaba su alma. Y no les bastaba con estar así exultantes durante el día, sino también por la noche, y durante siete noches seguidas continuaron con innumerables luminarias encendidas, hasta el punto de que la noche era tan clara como el mismo día. Y sobre todo los clérigos no cesaban de organizar infatigablemente, con la mayor diligencia, festines, coros, danzas, cantos[37]».

Reinaba una inmensa alegría: una sensación de liberación, de ver desaparecer el peligro que había amenazado al reino, la exultación de una doble victoria. Todo ello se expresaba en una alegría popular tal como Blanca no había tenido ocasión de ver jamás, como no se había visto sin duda nunca en Francia. No sin razón: la víspera de la victoria de Bouvines, en que, decían, las filas enemigas eran cuatro veces más nutridas que las de los franceses, se habían repartido por adelantado el reino: Otón de Brunswick concedía al conde de Flandes Ferrán la ciudad de París, a Reinaldo la de Péronne, a Guillermo Larga Espada, el hermano natural del rey de Inglaterra, la de Dreux, al conde de Nevers el condado de Gátinais, etcétera, dejando bien claro que él «sería coronado sobre todos ellos». Francia no sería ya más que un anexo del Imperio.

El conde Ferrán, crecido por sus anteriores éxitos, lo estaba también esta vez, decían, por el oráculo que había mandado consultar para él su suegra Matilde, hija del rey de Portugal: «Habrá lucha y en el combate el rey de Francia será arrojado a tierra y pisoteado por los caballos, y no recibirá sepultura. Ferrán, tras su victoria, será recibido en gran pompa por los parisienses». Y el cronista que cita la anécdota añade socarronamente que el oráculo solo resultaba exacto a condición de que se interpretara de forma correcta[38]…

Blanca, al igual que su esposo, quien debió de enterarse con alegría del nacimiento de aquel que llevaba su nombre, disfrutaba de los detalles que se habían vuelto populares de la batalla librada por el rey Felipe en Bouvilles el 27 de julio. Era un domingo; el emperador Otón había enviado por la mañana un mensajero al rey para hacerle saber que iba a entablar combate. El rey pidió que por respeto a la tregua de Dios ese combate fuera pospuesto para el día siguiente, y todos interpretaron esta respuesta como una espantada. En las filas enemigas, se hicieron alzar los estandartes; el de Otón representaba un dragón con las fauces abiertas apuntadas en dirección al reino de Francia «como si fuera a comérselo entero[39]». El enemigo era superior en número, pero —casualidad o astucia— los franceses, a la hora de combatir, tenían el sol a sus espaldas, mientras que en las filas enemigas lo tenían de frente. Escasa ventaja, pero que contaba en unos tiempos en que cascos, cotas de malla, espadas y escudos proyectaban sin cesar un juego movedizo de reflejos y resplandores. Con el sol como aliado, el rey de Francia había ganado la batalla; este, por un momento había corrido peligro, había sido desarzonado, arrojado al suelo, y si sus hombres no le hubieran prestado inmediata ayuda, probablemente habría sido hecho prisionero. Pero ahora era él quien tenía en prisión a Ferrán de Flandes, que en la torre del Louvre podía divisar de lejos esa ciudad de París que había codiciado. Y también a su compañero de armas Reinaldo de Dammartin. En cuanto a Otón de Brunswick, había logrado salvarse emprendiendo la huida, igual que había hecho un poco antes Juan sin Tierra, quien ahora, encastillado en Parthenay, aguardaba no sin temor cómo se iban a desarrollar los acontecimientos.

El rey Felipe se dirigió hacia el oeste y recibió en Loudun a los barones que venían a implorar su clemencia; Juan sin Tierra le envió un mensajero, Renouf de Chester, y el papa un legado, Roberto de Courçon, que, al ser inglés de nacimiento, supo defender la causa del rey. También él, por otra parte, no aspiraba sino a la paz tras las peligrosas alarmas de esos últimos meses. Se firmó finalmente una tregua en Chinon, el 18 de septiembre de 1214; los dos reyes se juraban la paz por un período de cinco años.

«No hubo nadie ya que se atreviera a hacerle la guerra; así vivió en adelante en gran paz[40]», escribe un cronista de la época al referirse al rey Felipe, ahora ya Felipe Augusto. Pero otro cronista, un inglés este, Mateo Parisiense, observa por su parte: «Sabed que los franceses se alegraban menos de la victoria obtenida en Bouvines que de la derrota infligida al rey de Inglaterra por Luis, porque concebían la esperanza de tener en él a un soberano valiente que confundiría a ese mismo rey[41]». De hecho, tanto para

Luis como para Blanca, la victoria de la Roche-aux-Moines —victoria decisiva, pues si Juan sin Tierra hubiera podido sumar sus fuerzas a las de sus aliados, no cabe duda de que el reino de Francia hubiera sucumbido— no era aún más que una etapa en el camino de este otro reino que de nuevo esperaban conquistar.

Pero importaba, en primer lugar, recuperar fuerzas y, dado que los dos reyes se habían jurado la paz, esperar a que finalizase la tregua. El clima de alegría general debió de permitir a Blanca sobrellevar el duelo por partida doble que vino a ensombrecer para ella ese año de 1214; con algunas semanas de intervalo murieron, en efecto, su padre, el 6 de agosto, y su madre, fallecida de tristeza el 31 de octubre. Habían dado en el trono el ejemplo de una pareja perfecta, sostenida por el amor intachable que se habían profesado mutuamente. Para Blanca, un ejemplo semejante no debía echarse en saco roto. Como tampoco olvidaría sus últimas voluntades: ser enterrados en el monasterio de Las Huelgas, que ellos mismos habían fundado no lejos de su castillo de Burgos. La idea de reunir así las tumbas familiares en una abadía será para Blanca transmitida a su hijo el rey de Francia, quien convertirá Saint-Denis en un panteón real. Todavía hoy, los monjes de Las Huelgas se reúnen cada día en la bonita sala capitular erigida por Alfonso y Leonor, en cuyos muros hay enmarcada una tela de seda escarlata con suntuosos bordados de oro: el pendón tomado al emir almohade con ocasión de la batalla de Las Navas de Tolosa.

El príncipe Luis de Francia será de ahora en adelante para sus contemporáneos Luis el León. Pero este sobrenombre que se ganó en La Roche-aux-Moines no significa ya gran cosa desde el momento en que se encuentra reducido a la inacción. Enojosa tregua que le impide ponerse a prueba. Es el momento de recordar que en otro tiempo había tomado la cruz contra los herejes del Sur. Ocurría esto en el año 1213; su padre, con su autoridad, había prohibido su partida y él no tenía otra preocupación en la cabeza que reivindicar la herencia de Blanca.

Ahora bien, he aquí que de nuevo, a comienzos de aquel año de 1215, el obispo de Carcasona, Guido, viene a solicitar contra los herejes del Sur la ayuda del rey de Francia. La situación era poco clara en estas regiones en las que solo se sabía que el caudillo designado para la Cruzada, Simón de Montfort, se quejaba de no recibir más que refuerzos temporales, ya que los caballeros regresaban a sus hogares una vez cumplida su cuarentena. Luis se

puso, en efecto, en camino con algunos señores allegados a él y llegó al valle del Ródano, no sin despertar algunas aprensiones: ¿Qué iba a hacer «el León»? El papa acababa justamente de enviar a estas regiones a un legado, Pedro de Bénévent, el cual tenía grandes temores de que el heredero del rey de Francia «quisiera ocupar o destruir las ciudades y los castillos que la Iglesia Romana había tomado bajo su protección»; pero cuando en Valence el legado fue llevado a presencia del príncipe, se sintió totalmente tranquilizado: Luis era «bondadoso y muy benigno».

Una benignidad ejemplar; Luis lo acepta todo, aprueba cuanto se le pide que apruebe, va de ciudad en ciudad; en Montpellier, en Béziers —donde había tenido lugar, a comienzos de la Cruzada, una espantosa masacre— asegura a los habitantes su protección; a solicitud de Simón de Montfort, obliga a los habitantes de Narbona a destruir ellos mismos las murallas de su ciudad; le confirma la posesión de la ciudad de Tolosa que el papa ha tratado de sustraer a su rapacidad; luego regresa a la île-de-France, provisto de una reliquia: la mandíbula de san Vicente, regalo del caudillo de la Cruzada. Una mandíbula…

Cuando Luis de Francia se encuentra de nuevo con su padre el rey Felipe, le cuenta su paseo por el Mediodía, y como, sin decir nada, lo ha visto todo, no deja de contarle «que Simón de Montfort ha sabido medrar y enriquecerse». El rey «no replica ni dice nada[42]».

El León se ha trocado momentáneamente en un manso cordero, pero una noticia no tardará en devolverle todo su ardor combativo. Una vez más se trata de la herencia de Blanca; en septiembre y octubre de 1215, el ir y venir de mensajeros es incesante de uno y otro lado del Canal de la Mancha. Esta vez, no se trata ya de tomar iniciativas aventuradas: son los barones de Inglaterra los que vienen expresamente a pedirle al rey de Francia que se convierta en su soberano y a ponerse bajo su tutela; la herencia de Blanca es ofrecida por ellos a su esposo.

Inglaterra vive, en efecto, horas dramáticas; los acontecimientos que tuvieron lugar el 12 de junio de 1215 marcarán para siempre su historia. Aquel día, los barones ingleses se revelaron abiertamente contra el rey Juan sin Tierra. Con una audacia que asombrará al mundo, han emplazado al rey a comparecer y le han obligado a estampar su sello en la Carta Magna, un acta solemne en la que se encuentran enunciadas las libertades de las que quieren disfrutar en adelante. Ocurría esto en Runnymede, entre Staines y Windsor; el viejo Guillermo el Mariscal sirvió de intermediario entre los barones —a la

cabeza de los cuales se encuentra Roberto Fitz-Gautier, el fugitivo de antaño — y el rey Juan, que ya solo tiene de su lado a siete leales caballeros.

A su vuelta de Poitou, desacreditado por la doble derrota sufrida en La Roche-aux-Moines y en Bouvines, no había dejado, con una inconsciencia absoluta, de reclamar unos tributos arbitrarios a los barones que no le habían seguido a Poitou. Era la gota de agua que colmaba el vaso. Acordándose muy oportunamente de una carta concedida antaño por el rey Enrique I, los señores ingleses, con el apoyo de los burgueses de Londres, habían optado por la ruptura abierta. Sus exigencias se encontraban expuestas por escrito y, de buen o mal grado, el rey Juan se había visto obligado a firmar la Carta Magna.

«El rey de Inglaterra se quedó solo […]. Esa noche se retiró al castillo de Windsor, a fin de descansar pero sin lograr conciliar el sueño y, por la mañana, escapó antes del amanecer a escondidas, con el espíritu turbado y agitado, hacia la isla de Wight, donde, en medio de la angustia de su espíritu, se puso a reflexionar para tratar de encontrar los argumentos y el tipo de venganza que podía tomarse contra sus barones[43]». Era un hombre acabado.

La Carta Magna llegaba al extremo de imponerle incluso lo que él podía considerar como un tutelaje: un cuerpo de veinticinco barones encargados de vigilar su cumplimiento. Estos, dándose cuenta de que eran dueños de la situación, aprovecharon la ocasión para afrentar al hombre execrado que tenían a su merced.

«Un día vinieron los veinticinco barones a la corte del rey para celebrar un juicio. El rey yacía en aquel momento en su lecho enfermo de los pies, y no podía andar. Mandó a los veinticinco barones que fueran a su cámara a celebrar el juicio, pues él no podía desplazarse hasta donde ellos estaban. Estos mandaron responderle que no irían, puesto que ello iba contra su derecho, pero que, si no podía andar, que se hiciera llevar. El rey, que nada pudo hacer contra esto, se hizo llevar a presencia de los veinticinco barones, allí donde estaban. Pero estos no se levantaron a su llegada, pues se les dijo que si lo hacían actuarían contra su derecho. De muestras de orgullo y de ultrajes de este tipo le hacían en gran número».

Si bien el rey de Inglaterra no podía valerse en absoluto, no carecía de astucias. Le quedaba un último recurso: apelar al papa. Al fin y al cabo, ¿no le había prestado homenaje de su reino en unas circunstancias tan críticas como estas? Añagaza suprema, hizo voto de ir a una Cruzada; sabía positivamente que eso le haría ganarse de entrada el favor de Inocencio III, que no tenía más que un objetivo, una idea en la cabeza, que dominaba todas las demás: liberar los Santos Lugares. El efecto esperado iba a ser alcanzado plenamente.

«¡Así, los barones de Inglaterra quieren expulsar de su reino a un rey cruzado y que está bajo la protección de la sede apostólica! ¡Quieren traspasar a otro el dominio de la Santa Iglesia! ¡Por san Pedro, no podemos dejar esta injuria sin castigo!».

La Carta Magna había sido firmada en el mes de junio; a partir del mes de septiembre los barones estaban excomulgados. Necesitaban un caudillo, un garante, un rey; de forma natural se decantaban por Luis de Francia; era a él a quien correspondía venir a hacer valer cuanto antes los derechos de su esposa. Un buen día, el rey de Francia vio llegar, no a unos simples mensajeros, sino a una solemne embajada encabezada por el conde de Winchester, Sehier de Quincy. Esta empezó con un golpe de efecto: el conde declaró que venía en su propio nombre y en el de sus pares a prestar homenaje a Luis de Francia. En ese mismo momento, se presentó un mensajero solicitando ser recibido en audiencia real. Asombro general: la carta que entregó al rey Felipe Augusto decía que el rey Juan acababa de concertar un acuerdo con sus barones. Luis de Francia no tenía por qué molestarse; por lo demás, se le indemnizaría por los gastos que hubieran podido ocasionarle sus planes de cruzar el mar. La carta llevaba el sello y estaba suscrita por los principales barones a los que Sehier de Quincy declaraba representar.

Tras algunos minutos de silencio angustioso, furor del rey Felipe. ¿Qué significaba aquella comedia? ¿Quién trataba de embaucarle? Reaccionando, Sehier de Quincy pidió examinar la carta y los sellos: estos eran falsos, forjados por el rey Juan. También había enviado otra similar a los barones del norte de Inglaterra, como más tarde se supo, diciéndoles en nombre de Robert Fitz-Gautier que había firmado la paz.

La asamblea se disolvió tras un intercambio de promesas. No obstante, ahora prudente, el rey Felipe exigió unos rehenes, y al poco veinticuatro jóvenes, hijos de los barones insumisos, desembarcaban en Francia e iban a hospedarse en el castillo de Compiègne, garantes de la vida de Luis, que se dispuso, por su parte, a hacerse a la mar.

Luis y Blanca tenían unos derechos incontestables para reinar en Inglaterra; eran reclamados de forma expresa tanto por la nobleza como por los artesanos y mercaderes de Londres, cuya voz comenzaba a contar. Desde el punto de vista militar, la empresa se presentaba con tantas posibilidades de éxito por lo menos como antaño la de Guillermo el Conquistador, o incluso la de Enrique de Plantagenet en el siglo anterior. «Al punto mandó Luis a través de Francia a todos los donceles que pudo reunir y él se marchó a Hesdin, su castillo. Allí, les pidió a los barones de sus tierras que le prestaran su ayuda

con sus caballeros para pasar a Inglaterra y les rogó a varios de ellos que le acompañaran en persona».

Ya no había ningún rasgo de «benignidad» en este hijo de Francia impaciente por reinar. A los señores feudales se les planteaba un problema de conciencia, ya que los barones ingleses estaban excomulgados. Luis no tiene esto en cuenta y pasa por encima de todos los obstáculos que encuentra en su camino. El duque Eudes de Borgoña protesta que él ha hecho voto de partir para Tierra Santa: pues muy bien, que parta, pero que pague mil marcos de plata por los gastos de la expedición inglesa. La condesa Blanca de Champaña objeta que no puede prestar una ayuda contra un príncipe cruzado (la astucia de Juan sin Tierra producía su efecto): Luis ordena enviar una tropa de caballeros armados que la amenaza sin ningún miramiento, hasta el punto de que Blanca, aterrada, se refugia en su cámara, no sin antes haber prometido todo cuanto ellos querían. El rey Felipe, a quien chocó el procedimiento, tuvo que pedirle a su heredero más moderación.

Desde los primeros días de diciembre, un primer contingente de ciento cuarenta caballeros desembarca en Orewell y se dirige a Londres, «donde fueron muy bien recibidos y luego se dieron muy buena vida. Pero —añade el cronista— sintieron una gran contrariedad, puesto que se acabó el vino y no pudieron beber más que cerveza, que no les gustaba[44]». A este había de seguir un segundo convoy de ciento veinte caballeros, «que, tras larga navegación por mar, entraron por la desembocadura del Támesis y llegaron hasta el puente de Londres», esta vez a comienzos de enero de 1216.

«Luis, primogénito del rey Felipe, a todos sus leales y amigos que están en Londres, salud y sincero afecto. Tened por cierto que el mismo día de la próxima Pascua estaremos en Calais, prestos, si Dios quiere, a embarcarnos. Por haberme prestado vuestro apoyo con celo y valor en todos mis asuntos, os doy las más rendidas gracias y os pido encarecidamente y con insistencia de nuevo que, tal como habéis hecho siempre, continuéis demostrando valor y celo para conmigo. Queremos, en efecto, que estéis seguros de que, en breve, contaréis con nuestra ayuda, y os pedimos encarecidamente que, a este respecto, no prestéis oídos a ninguna otra falsa sugerencia o carta o mensajero, pues creemos que, acerca de todo esto, recibís falsas cartas o mensajeros fementidos. Dios os guarde[45]».

Esta carta debió de ser enviada por Luis hacia finales de marzo o a comienzos de abril de 1216 —Pascua caía ese año el día 10 de abril—. Sus

caballeros, enviados a Londres tres o cuatro meses antes, debían de comenzar a encontrar largo el tiempo e insulsa la cerveza. Los barones ingleses, sin embargo, y los ciudadanos de Londres, de acuerdo con su alcalde, Serle el Mercero, no descuidaban nada que pudiera hacerles la vida grata. Los torneos se sucedían. Hubo uno incluso que tuvo un desenlace trágico. «Los caballeros se pusieron a justar por simple distracción. Godofredo de Mandeville, que era conde de Essex, estaba allí con los demás. Pero no se había puesto la cota ni el farseto. Un caballero de Francia, al que llamaban Cogemoras, apuntó hacia él. El conde exclamó, cuando le vio venir en dirección suya: “Cogemoras, no me golpees, pues no llevo puesto mi farseto”. Pero aquel hizo caso omiso de su advertencia y le golpeó en el vientre, con tanta fuerza que le mató. Hubo grandes manifestaciones de duelo, pero nunca el joven fue castigado por su acción[46]». Godofredo de Mandeville, antes de morir, había rogado expresamente que no se le creara problemas.

Ahora bien, mientras los caballeros entretenían la espera justando Juan sin Tierra se defendía esta vez con la energía de la desesperación. Había hecho venir a unos mercenarios flamencos, galeses y otros, reclutados a alto precio. Algunos de estos cabecillas de partida, como el potevino Savary de Mauléon o el normando Fauquet de Bréauté, prefiguran ya los terribles salteadores de caminos de las guerras francoinglesas de los siglos XIV y XV. Podía contar con algunas adhesiones, como la de Pedro des Roches, obispo de Winchester, también potevino, muy malfamado por otra parte y al que ambos bandos acusaron de traición; pero también la de Humberto de Bourg, de Felipe de Aubigné, de Guillermo el Mariscal, que, sobre todo este último, encarnaron durante toda su vida la fidelidad debida a su señor a cualquier precio. Por su lado, los barones rebeldes habían podido sellar una alianza tanto con los caudillos galeses como con el rey de Escocia, Alejandro II, pero no se atrevían a pasar a la acción en tanto Luis, al que habían elegido ahora como su jefe, no estuviera presente entre ellos, y, sin pérdida de tiempo, Juan sin Tierra multiplicaba los estragos en la región. Es decir que, a cada lado del Canal de la Mancha, la impaciencia iba en aumento. Sin embargo, todavía otros obstáculos iban a retrasar el tan esperado desembarco.

Alguien, en efecto, seguía los acontecimientos con una atención desesperada y este no era otro que el papa Inocencio III. De nuevo se encontraba ante uno de esos casos imposibles de atajar que no le habían sido ahorrados a lo largo de su pontificado: «Si el rey de Inglaterra es vencido, Nos también nos sentiremos confundidos por su propia confusión, pues es nuestro vasallo y estamos obligados a defenderle. Si el señor Luis es vencido,

cosa que Dios no quiera, la Iglesia Romana se verá golpeada con el mismo golpe y sentiremos como nuestra su propia herida. Nos le hemos considerado siempre —añadía— y le seguimos considerando como el brazo, el consuelo y el refugio de la Iglesia Romana en toda circunstancia, en la desgracia y en la persecución».

Para tratar de interrumpir el curso de los acontecimientos había enviado a Francia a su legado Galón de Beccaria; una elección significativa por lo demás; el legado era considerado un hombre poco acomodaticio y había sido él quien, ocho años antes, había venido a defender, contra Felipe Augusto, los derechos de la reina Isambur. No fue recibido por ello con menos honores en la corte de Francia, donde se decidió celebrar una asamblea solemne en Melun, el 24 de abril. ¿Figuraba en ella Blanca? Esta estaba de nuevo encinta, esperando un hijo, Roberto, que había de nacer en el mes de septiembre siguiente. Aunque no asistiera en persona a ella, era sin embargo de sus derechos de lo que se trataba; estaba en el centro mismo de los debates que agitaban la asamblea.

Debates sin benevolencia. Delante del legado pontificio que destacaba, vestido con el hábito encarnado que era entonces el color pontifical (los legados en viaje representaban al papa y llevaban sus mismos ornamentos sacerdotales), el rey de Francia presidía la sesión, rodeado de sus barones. Luis fue a tomar asiento al lado de su padre, no sin echar al pasar, dicen los textos, una torva mirada hacia el legado pontificio[47]. Este fue el primero en tomar la palabra, repitiendo la petición que ya el papa había hecho por escrito: «Que Luis renuncie a desembarcar en Inglaterra y a apoderarse del patrimonio de la Iglesia Romana; que su padre no se lo permita».

«Siempre he sido devoto y fiel al Santo Padre y a la Iglesia de Roma —respondió Felipe—, y en todas mis acciones hasta ahora siempre he hecho lo posible para que llegaran a buen fin sus asuntos; también hoy, no será con mi ayuda y consejo que mi hijo atente de la forma que sea contra la Iglesia de Roma. Sin embargo, si Luis tiene algún derecho que hacer valer en el asunto concerniente al reino de Inglaterra, deseo que se le oiga y le sea concedido lo que se considere justo».

Tras lo cual, un caballero designado por Luis para ser su representante en aquella circunstancia se levantó y repuso: «Rey, mi señor, sabido es por todos que Juan, que dícese rey de Inglaterra, fue condenado a muerte por el juicio de sus pares a causa de la traición hecha a su sobrino Arturo, a quien dio muerte con sus propias manos, en vuestra corte. Y, a continuación, los barones de Inglaterra renegaron de él por sus múltiples crímenes y otras

grandes fechorías que allí hizo; ellos no han querido que reine sobre ellos, y esta es la razón por la que esos barones comenzaron a hacerle la guerra a fin de expulsarle sin esperanza de las tierras de su reino. Fue entonces cuando el dicho rey, sin pedir el consentimiento de sus barones, hizo entrega de su reino de Inglaterra al Santo Padre y a la Iglesia de Roma, para recibirlo de nuevo de sus manos y tenerlo mediante el pago de un tributo de mil marcos anuales. Aunque no podía entregar la Corona de Inglaterra a nadie sin el consentimiento de sus barones, sí podía sin embargo rechazarla y, tan pronto como hizo esto, dejó de ser rey y el reino se encontró con el trono vacante. Ahora bien, el reino no podía permanecer vacante sin el consentimiento de los barones. Ha sido por ello por lo que los barones han elegido al señor Luis en razón de su esposa, cuya madre, es decir, la reina de Castilla, era la única que seguía con vida de todos los hermanos y hermanas del rey de Inglaterra».

Iba a seguir una viva discusión, arguyendo el legado pontificio el hecho de que el rey Juan era cruzado y enumerando el representante de Luis los crímenes de que era culpable ese mismo rey Juan. Galón de Beccaria esgrimió la amenaza de la excomunión. En vista de lo cual, Luis se dirigió a su padre: «Mi señor, aunque yo soy vuestro vasallo por el feudo que me concedisteis en vuestra tierra de allende el mar, no os corresponde a vos decidir de ningún modo acerca del reino de Inglaterra. Por ello me someto en este asunto al juicio de mis pares, a saber, si debéis obligarme a no hacer valer mi derecho, un derecho respecto al cual no poseéis sobre mí el poder de juzgarme. Os pido, por tanto, que no me impidáis que haga valer este derecho si la necesidad me fuerza a ello y que luche hasta la muerte por la herencia de mi esposa».

Dicho esto, Luis se retiró de la asamblea con los suyos. El legado pontificio pidió al rey de Francia un salvoconducto para ir hasta el mar. A lo cual el rey respondió: «Os daré para mis propios dominios un salvoconducto, pero si por casualidad cayerais en manos de Eustaquio el Monje o de algún otro de los hombres de Luis que controlan las rutas marítimas, no me hagáis a mí responsable si os ocurre alguna desgracia». El legado pontificio, furioso, abandonó la corte[48].

Luis solo esperaba para cruzar el mar que hiciera buen tiempo; pero aquella primavera del año 1216 se revelaba desastrosa; las tempestades se sucedían; una flota enviada por el rey Juan contra Calais fue dispersada y se alegraron por ello, «pues bien valía una de sus naves por cuatro de las de Luis[49]». Se

afirmaba ya de hecho la superioridad de la Marina inglesa; es cierto que Luis poseía una baza en la persona de ese Eustaquio el Monje, del que había hablado el rey Felipe. Personaje asombroso al que sus hazañas habían de hacer pasar por brujo, disfrutaba, como pirata y lobo de mar, de una tal fama que no podía dejar de componerse sobre su vida un poema épico, el *Román de Eustaquio el Monje*; recibía su sobrenombre del hecho de que había entrado primero en religión en el monasterio de Saint-Vulmer antes de colgar los hábitos. Al igual que otros muchos, se había comprometido al servicio del rey de Inglaterra, pero había sido tan maltratado por él, que, tan pronto como pudo, fue a ofrecer sus servicios al heredero de Francia.

La alianza de marinos del temple de Eustaquio el Monje representaba una ayuda inapreciable para el éxito de la empresa francesa: «Mucho me temo que el rey no pueda oponerle resistencia cuando se presente» —escribía con posterioridad al 7 de enero de 1216 un señor inglés a uno de sus amigos refiriéndose al príncipe Luis—; debe de venir con tan poderosos efectivos que mucho me temo que la tierra sea completamente devastada. Hace entrega de las tierras de aquellos que están contra él, por lo que se me dio a entender[50] La perspectiva de verse despojado de sus tierras tal vez habría bastado para ganarse a aquellos barones que el rey Juan sin Tierra no había conseguido atraerse a su lado; la burguesía de Londres, cuya voz comenzaba a contar en el país, era completamente partidaria del heredero de Francia. En cuanto al pueblo de las ciudades y de los campos, dudaba entre estos sentimientos contradictorios, que expresan con igual vehemencia unos cronistas ingleses de la época; el uno, Mateo Parisiense, afirmando al enumerar las ciudades tomadas: “Los disolutos franceses se bebieron en ella muchos toneles” (¡no precisa si se trataba de vino o de cerveza!); el otro, Giraud de Barrí, exclamando lleno de entusiasmo: “Regocíjese la raza inglesa, sobre la que la benevolencia suprema ha arrojado finalmente una mirada favorable; regocíjese y que, agachando como siempre dócilmente la cerviz, sepa servir a quien le ha procurado dicha felicidad”. Lo cierto es que, por una parte, Juan sin Tierra era unánimemente detestado y que, por otra, los ingleses estaban acostumbrados a ver venir a un rey del continente para reinar en Inglaterra.

Quedaba el clero: su posición era delicada. Alguien, en efecto, había desembarcado casi al mismo tiempo que Luis de Francia y no había cedido: era el legado pontificio Galón de Beccaria; este, incontinente, había tomado la defensa de Juan y excomulgaba a Luis. El arzobispo de Canterbury, Esteban Langton, previamente, había sido suspendido por el papa por haber abrazado el partido de los barones y desempeñado un papel primordial en la

elaboración de la Carta Magna. Muchos se preguntaban con inquietud qué podían significar unas sanciones tomadas de aquel modo contra un prelado irreprochable y un príncipe intachable, mientras se persistía en defender a un hombre como Juan sin Tierra, cuyos crímenes eran ya incontables; además, en Londres se distinguía entre las parroquias en las que «se decía misa cantada» y aquellas en las «no se decía misa cantada» para ajustarse al interdicto pontifical. Pronto no hubo ya en la ciudad más que cinco parroquias en las que «no se decía misa cantada».

Sin embargo, las tempestades parecían amainar. Luis, tras haber reunido naves y caballeros, señaló la partida para el viernes 20 de mayo de 1216 a las nueve de la noche. «Hizo sonar las trompetas y mandó hacerse a la mar». Ahora bien, durante la noche, volvió el mal tiempo. Algunos tuvieron que regresar a puerto, entre otros Enguerrand de Coucy y Hervé de Donzy, conde de Nevers, que, por lo demás, mientras duró esta empresa temeraria, iba a tener un papel bastante equívoco (había sido durante algún tiempo aliado de Juan sin Tierra y se habían iniciado unos planes de matrimonio entre su hija Inés y el hijo del rey). Luis, siempre arrojado, había decidido zarpar a pesar del tiempo, pero no tenía ya más que siete naves con él cuando, al día siguiente, avistó las costas inglesas. Suponiendo que el puerto de Sandwich debía de estar guardado por las fuerzas reales, se decidió por Stonor, en la isla de Thanet.

En cuanto al rey Juan, estaba completamente «descorazonado». El autor de la *Historia de los duques de Normandía*, que probablemente había sido también un mercenario a sueldo suyo, le describe en un estado de completo abatimiento a la llegada de Luis. «Cabalgó un poco por la ribera adelante y atrás, hizo sonar las trompetas, pero apenas si despertó a sus hombres y los confortó; tenía muy mal semblante. Tras permanecer allí unos instantes, tomó el portante y se marchó a galope tendido hacia Douvres. Estaba ya a una legua de distancia cuando la mayor parte de sus gentes se enteraron de ello […]. Cuando supieron que el rey se había ido, sintieron gran disgusto; no se atrevieron a quedarse allí, sino que se fueron tras él llorando, pues estaban muy dolidos y enfadados; le encontraron en Douvres muy desconsolado[51]».

El desenlace de los acontecimientos parecía seguro. Luis, por otra parte, mostraba una actividad en completo contraste con la espantada de Juan. Tras entrar en Londres el 2 de junio y ser recibido «con gran alegría» por los burgueses de la ciudad, se ponía en campaña el 6. El 7, recibía la sumisión de

varios castillos en el Sussex; el 8, la de Guildford en Surrey; el 11, la de Farnham. A continuación se dirigió hacia Winchester, donde Savary de Mauléon se vio obligado a capitular. La nobleza de Inglaterra acababa de cerrar filas en torno a él. Le prestó incluso homenaje el hermano bastardo del rey, Guillermo Larga Espada, conde de Salisbury, que, hasta aquel entonces, se había mantenido leal a los Plantagenet. Solo quedaban empecinadamente fieles a Juan, contra viento y marea, el conde de Chester y Guillermo el Mariscal, el viejo; su propio hijo, por el contrario, se había pasado al servicio de Luis. El joven rey de Escocia, Alejandro II —tenía dieciséis años—, vino también a prestar homenaje a Luis.

En resumidas cuentas, hacia finales de julio, Luis podía considerarse como el dueño y señor de Inglaterra. Solo tres fortalezas seguían siendo leales a Juan: Lincoln, Windsor y Douvres. Lincoln estaba defendida por una mujer, Nicole de la Haya, que había resistido denodadamente a un primer ataque. Windsor fue sitiado sin resultado y se sospechó que el conde de Nevers, que no había abrazado con mucha convicción la causa del soberano de Francia, había llegado a un entendimiento con el castellano para no seguir adelante con el sitio. Quedaba Douvres, que Luis iba a sitiar inútilmente por espacio de cerca de dos meses. Finalmente, se firmaron unas treguas con su defensor, Huberto de Bourg: si el rey Juan no enviaba ninguna ayuda, Huberto capitularía; esto ocurría el 14 de octubre de 1216.

Cinco días más tarde tenía lugar un lance imprevisto: Juan moría el 19 de octubre, en la abadía de Swineshead, de una indigestión de guisantes, dicen unos, de un ataque de disentería causado por el exceso de sidra, según otros.

Nunca la herencia de Blanca había estado tan cerca: al alcance de la mano, literalmente. ¿Qué puede oponérsele a Luis? Juan ha tenido varios bastardos, pero los tres hijos legítimos tenidos de Isabel de Angulema son todavía muy jóvenes; el mayor de ellos, Enrique, acaba de cumplir nueve años. Antes de morir, su padre lo confió a aquel que le había puesto a él mismo en el trono, Guillermo el Mariscal —de ochenta años a la sazón—: «Por Dios, rogadle al Mariscal que me perdone por todos los daños que le he causado y de los que estoy totalmente arrepentido; siempre me ha servido lealmente; nunca ha actuado contra mí, fuera lo que fuese lo que haya podido hacerle o decirle. Por Dios, señores, rogadle que me perdone y, como estoy más seguro de su lealtad que de la de ningún otro, os ruego que le confiéis la guarda y custodia de mi hijo, que no conseguirá nunca mantenerse firme si no es por él[52]».

Un niño de nueve años, un octogenario; ¿no debía, por propio interés del reino, corresponder Inglaterra a Luis y a Blanca?

C'est toi seul qu'il demande,
c'est á toi qu'il reserve
les devoirs dus á toi seul
selon les droits de ton épouse,
pour lesquels le choix unánime
du clergé, du peuple et des grands d'Angleterre
t'ont préparé un droit exprés.

[Es solo a ti a quien reclama,
a ti a quien reserva
los deberes solo a ti debidos,
según los derechos de tu esposa,
para los que te han preparado un derecho expreso,
por elección unánime,
el clero, el pueblo y los grandes de Inglaterra].

Así se expresa el cronista oficial de la corte de Francia, Guillermo el Bretón, dirigiéndose a Luis; y su súplica resume sin ninguna duda los sentimientos de todo el mundo, empezando por la propia Blanca: si el padre ha sido desposeído de su derecho, no puede transmitirlo a su hijo.

Solo el terrible legado pontificio, el cardenal Galón, no es de este parecer.

En cuanto a Guillermo el Mariscal, es hombre de su señor a cualquier precio, y que ese señor resulte ser en ese momento un niño indefenso no es para él sino una razón añadida para prestarle homenaje.

Tiene lugar una escena extraordinariamente conmovedora en la llanura de Malmesbury, donde se han reunido algunos barones que han permanecido fieles al rey Juan. «Allí estaba Raúl de Saint-Sanson, que era el ayo del joven príncipe y que le llevaba en sus brazos. El niño, bien enseñado, saludó al Mariscal y le dijo: "Señor, sed bienvenido: me encomiendo a Dios y a vos; ojalá quiera Dios concederos la gracia de protegerme como es debido". El Mariscal respondió: "Señor, juro por mi alma que no ahorraré esfuerzos para serviros de forma leal mientras me queden fuerzas". Todos se deshicieron en lágrimas, tanto el Mariscal como los demás, y a continuación reanudaron el camino hacia Gloucester». Los barones, con el apoyo del legado pontificio, deciden hacer coronar de inmediato al pequeño rey y confían a Guillermo el Mariscal el honor de armarle caballero: «Ninguno de nosotros está a su altura;

es él quien debe ceñir la espada a aquel, y así habrá armado caballeros a dos reyes». En otro tiempo, en efecto, el Mariscal había armado caballero a aquel que seguían llamando el Joven Rey, hijo mayor de Enrique Plantagenet. «Se revistió al niño con regios ropajes de su talla: fue un apuesto caballerete […]. El legado pontificio Galón dijo una misa cantada y le coronó, asistido por los obispos que estaban allí reunidos[53]».

¿Qué hacía en esos mismos momentos la reina Isabel, en otro tiempo Isabel de Angulema? Ningún texto la menciona. Por otra parte, estaba encinta y había de traer pronto una hija al mundo. Pero había una mujer que seguía de lejos los acontecimientos y daba muestras al rey-niño del mismo apego obstinado que le mostraba también Guillermo el Mariscal: Nicole de la Haya, que decían era «una muy ingeniosa, malévola y vigorosa anciana». El año antes había querido entregar a Juan sin Tierra, de visita a Lincoln, las llaves de su castillo: «Soy ya anciana; he sufrido muchas fatigas y angustias aquí, y no quiero vivir otras parecidas». El rey Juan se había negado: «Querida señora, quiero que sigáis guardando este castillo, tal como lo habéis hecho hasta ahora». Era probablemente la mejor decisión que hubiera podido tomar, como iban a demostrar a continuación los acontecimientos. Recia normanda, oriunda de La Haide-du-Puits, cerca de Coutances, Nicole iba a revelarse del mismo temple que la famosa Arlette, madre de Guillermo el Conquistador, o que su mujer, Matilde.

Sin embargo, Blanca debió de recibir con contento a su esposo que había regresado para pasar con ella las fiestas de Navidad. Durante sus últimas semanas en Inglaterra, había tomado dos plazas fuertes, Hartford y Ely. El invierno no favorecía las expediciones militares; y, por otra parte, consideraba la conquista militar lo bastante avanzada ya para tomarse su tiempo desde ahora. Había, pues, concertado una tregua hasta la Pascua siguiente.

La única cuestión preocupante para Luis y Blanca seguía siendo la cuestión religiosa; mientras estuvieran excomulgados, no podían pensar en hacerse coronar rey y reina de Inglaterra. El papa Inocencio III había muerto entretanto y cabía esperar de su sucesor Honorio III, un anciano bonachón, un poco más de comprensión.

No fue, sin embargo, nada comprensivo: «Juan […] puso en nuestras manos y bajo nuestra tutela a sus hijos y a su reino: no conviene que nos comparen con el mercenario que a la vista del lobo abandona a sus ovejas y sale huyendo[54]». Y envía unos legados al rey de Francia con apremiantes

instrucciones: «Suplicadle por la sangre de Cristo que perdone a nuestros protegidos las ofensas que su padre el rey Juan pudo hacerle; suplicadle que se aplique con corazón puro a hacer volver a su hijo Luis[55]». La coronación del joven Enrique en Gloucester había disgustado al primado de Inglaterra, Esteban Langton: era él quien, en calidad de arzobispo de Canterbury, estaba facultado para coronar al rey; pero Galón de Beccaria le había excomulgado también y el legado pontificio acababa de dar prueba de su astucia reuniendo en Bristol a algunos prelados y barones ante los que el rey-niño había jurado respetar la Carta Magna.

Cuando Luis de Francia volvió a hacerse a la mar en Calais, el 22 de abril, su intención era terminar con aquello rápidamente. Sin embargo, su padre, nada interesado en buscarse problemas con la Iglesia, fingió desinteresarse de los preparativos; pero Luis y Blanca contaban con recursos suficientes para permitirles proseguir la lucha.

¿Dónde dar el golpe decisivo? Nicole de la Haya, en su castillo de Lincoln, seguía resistiendo y había hecho saber que recibiría a todos los señores ingleses rebeldes que desearan someterse al pequeño rey. Su ejemplo fortalecía los ánimos y ganaba partidarios para este. Luis envió contra Lincoln al castellano de Arrás, que devastó el lugar, pero fracasó ante el castillo. Al enterarse de que Guillermo el Mariscal reunía allí jinetes y ballesteros, envió refuerzos: seiscientos jinetes y mil soldados de infantería, con orden de entablar combate.

Se encontraba en Douvres cuando recibió noticias de la batalla que se había desarrollado el 19 de mayo.

Un desastre: dos veces más numerosos que sus adversarios, los franceses habían creído que podrían dar el asalto al castillo de Lincoln. Estaban atacando enérgicamente las murallas, y estaban estas a punto de ceder, cuando desde lo alto de las almenas, una lluvia de flechas les obligó a retroceder: Nicole de la Haya había enviado unos mensajeros a Guillermo el Mariscal, indicándole que por el lado norte la entrada se hallaba desprotegida, lo cual permitió a los ballesteros enviados a toda prisa instalarse en las posiciones que se elevaban por encima de las murallas. Una parte de los sitiadores había podido, no obstante, penetrar en la plaza; la batalla iba a ser encarnizada cerca de las puertas de la ciudad. Guillermo el Mariscal se batía como un león y, pese a ser octogenario, se fue directo hacia el pendón del conde de Perche que mandaba a los sitiadores: se produjeron algunos minutos de lucha dramática, al cabo de los cuales vieron al conde de Perche caer de su caballo; sus compañeros le levantaron «recién muerto».

La batalla terminaría con un episodio bufo: el ejército francés estaba arrinconado delante de la puerta de Wigford, baja y estrecha hasta el punto de no permitir el paso de dos caballos de frente; ahora bien, una vaca, escapada de no se sabe dónde, quedó empotrada en esta puerta. Fue preciso sacrificarla y durante este tiempo los hombres de Nicole de la Haya hacían prisioneros a mansalva; hubo cuatrocientos —tantos como caballeros en el ejército que había seguido siendo fiel a Enrique III—. Una batalla encarnizada —que hay que imaginarse, no obstante, según las normas de la época, pues al final de esta jornada quedaron sobre el terreno tres muertos, entre ellos el conde de Perche.

Era el 19 de mayo de 1217. En Lincoln la situación sufrió un vuelco repentino; el rey-niño Enrique III aparecía ahora ya como el vencedor y este éxito inesperado había de hacer que se le unieran numerosos vacilantes.

Luis se apresuró a enviar a su padre «y a su mujer, la señora Blanca» mensajes para informarles de la situación. Era consciente de la pérdida de prestigio que acababa de sufrir y veía a su alrededor a los barones unirse poco a poco al hijo de Juan sin Tierra. Este último había sido execrado (se solía decir que el infierno se había visto deshonrado al recibirle); pero la idea de que «la iniquidad del padre no podía ser imputada al hijo», tal como escribe Mateo Parisiense, se abría paso. «He de haceros saber que no tengo posibilidad de resistir, ni de alejarme de Inglaterra, si no me enviáis con la máxima urgencia ayuda militar», les escribía Luis a su padre y a su esposa.

Cuando el rey de Francia tuvo noticia de la derrota de Lincoln, preguntó: «“¿Sigue vivo Guillermo el Mariscal?”. “Sí”, le respondieron. “Pues, entonces, no temo nada por mi hijo”[56]». Esto era un homenaje al Mariscal, tan leal enemigo como fiel vasallo. Pero a los ojos de Felipe, habituado como estaba a calibrar el alcance de los acontecimientos, la partida estaba perdida.

Blanca era menos propensa a sentirse tranquilizada, así como a caer en el desaliento; iba a demostrar de lo que era capaz. El alegre trovador de Reims, que es el creador de las «vidas noveladas», cuenta a este respecto una anécdota citada por todos los historiadores y a la que no podemos dejar de referirnos a nuestra vez, puesto que resulta elocuente, si no en cuanto a los hechos, sí en cualquier caso acerca del carácter de Blanca: «Micer Luis […] mandó decir a su padre que, Dios mediante, le prestase ayuda y le mandara dinero. Y el rey respondió que, por la lanza de Santiago, no haría tal cosa y que no tenía ningunas ganas de ser excomulgado por su culpa. Cuando la señora Blanca supo esto, fue a ver al rey y le dijo: “¿Dejaréis morir a vuestro señor hijo en tierra extranjera? Mi señor, si Dios quiere, él debe reinar

después de vos. Enviadle lo que precisa, al menos las rentas de su patrimonio”. “Tened por cierto, Blanca —dijo el rey—, que no haré nada de ello”. “¿No, mi señor?”. “De verdad que no”, dijo el rey. “En el nombre de Dios —dijo doña Blanca—, pues entonces, ya sé lo que voy a hacer”. “¿Qué pensáis hacer, pues?”, preguntó el rey. “Por la Santa Madre de Dios, tengo unos buenos hijos de mi señor, los dejaré en prenda y así encontraré quien me preste dinero por ellos”. Entonces dejó al rey como fuera de sí; y cuando este la vio irse de este modo, pensó que era muy capaz de hacer lo que había dicho. La mandó llamar de nuevo y le dijo: “Blanca, os daré de mi tesoro tanto dinero como queráis y haced con él lo que bien os parezca y lo que creáis con veniente; pero tened por cierto que yo no le enviaré nada”. “Señor —dijo doña Blanca—, habéis hablado claro”. Y entonces le fue entregado el gran tesoro a doña Blanca, que se lo envió a su señor[57]».

De hecho, Blanca en persona fue a recorrer los dominios de Luis, a alertar a los barones y a los burgueses de Artois y «se esforzó denodadamente», dicen los textos, en prestar a su esposo una eficaz ayuda. «Estaba doña Blanca, la esposa de Luis, en Calais, donde reunía a todas las gentes y caballeros de que podía disponer para enviar a Inglaterra socorros a su señor. Roberto de Courtenay había venido para cruzar el mar, así como también Miguel de Harnes y otros caballeros, pero en total no había reunido ni siquiera a cien». El biógrafo de Guillermo el Mariscal se rinde ante la energía que ella supo desplegar. «Si cuantos ella había juntado hubiesen venido armados a Londres, habrían conquistado el reino». La flota reunida llegó a Douvres. «Al día siguiente, cuando creían que se dirigían hacia la desembocadura del Támesis, se desencadenó un temporal y una mar brava que les hizo retroceder hacia Boulonnais y Flandes, y les causó gran espanto».

Esta vez, los partidarios de Enrique, recuperando la confianza, marcharon sobre Londres. Los franceses salieron a su encuentro e hicieron ademán de combatir, tras lo cual, cuenta la crónica de Normandía, el legado pontificio montó en su palafrén, «pero sin olvidar sus espuelas. Huyó de un tirón hasta Windsor». Las negociaciones, sin embargo, no cesaban. Un cisterciense, penitenciario del papa, multiplicaba los pasos para conseguir firmar la paz, y la propia reina, Isabel, tras volver a entrar en escena, tuvo, a este fin, un «parlamento» con el conde de Nevers. Guillermo el Mariscal, sin embargo, se inquietaba por la actividad de Blanca, que seguía en Calais. De hecho, consiguió hacer partir, el 24 de agosto, cerca de ochenta naves «tanto grandes como pequeñas». No puede decirse que fuera este un contingente muy grande, pero estaba mandado por Eustaquio el Monje y se podía confiar en él.

Hubo una batalla en el mar, no lejos de esa isla de Thanet en la que había desembarcado una primera vez el heredero de Francia. Eustaquio el Monje vio rodeada y atacada su nave por otras tres. «Los ingleses los asaltaron duramente y les arrojaron piedras y cal que les cegaron a todos. Tanto les acosaron que les apresaron por la fuerza[58]». Eustaquio el Monje fue abatido; un marinero que sirviera antaño a sus órdenes, llamado Esteban Trabe, le cortó la cabeza. Así terminaba la arriesgada incursión inglesa.

Esta vez se entablaron conversaciones personales entre Luis, Guillermo el Mariscal y la reina. Estas tuvieron lugar en la isla de Staines, a orillas del Támesis, cerca de Kinston. Las gentes de Luis estaban en una margen del río, los partidarios de Enrique en la otra, con la reina y el legado pontificio, «todo vestido de encarnado», en medio de ellos. La continuación de la historia se desarrolla como siempre en aquel tiempo. Se jura la paz por una y otra parte, se promete a Luis una indemnización de guerra, y, al día siguiente, tras haber plantado las tiendas de campaña para hacer una capilla, se intercambian solemnemente los juramentos ante el altar. El heredero de Francia fue escoltado a continuación por el legado pontificio y los barones de Londres hasta el mar y se hizo «proclamar a voces la paz del rey» por toda Inglaterra.

Una decepción, ciertamente, para Luis y Blanca, pero no quedaba más remedio que aceptarla: los derechos del rey-niño, apoyado por ese viejo héroe que no conocía el miedo que era Guillermo el Mariscal y por ese otro anciano que, desde Roma, le había brindado su apoyo, estaban ahora ya consagrados.

Luis había abandonado Douvres el 28 de septiembre de 1217. Su derrota no tenía nada de vergonzante y la indemnización de guerra —6000 marcos, para cuyo pago había mediado un burgués de Saint-Omer con el significativo nombre de Florencio el Rico— venía a compensar los gastos que había tenido que hacer en equiparse y armar a sus hombres.

Pero la ruina de sus ambiciones se iba a ver duramente acentuada para la regia pareja: en efecto, al año siguiente, 1218, Luis y Blanca vieron morir a su hijo mayor Felipe. Muerto, aquel en cuya persona Blanca había «dado un señor a los franceses y a los ingleses»; muerto, aquel a quien le habían sido prometidas, en la hora del nacimiento, las dos Coronas, la de Francia y la de Inglaterra. No tenía más que nueve años, y se ignora la causa de su muerte.

Al otro lado del Canal de la Mancha fallecía también ese mismo año Guillermo el Mariscal, aquel cuya fidelidad había asegurado por dos veces en el reino de Inglaterra la supervivencia de los Plantagenet. Podía morir: su

tarea estaba cumplida; Enrique III había reunido ahora ya en torno a él a todos los barones de su reino.

3 - EL REINO DE LOS LISES

Joies pour nous bienheureuses
que nous raméne la tige royale!
Le premier-né du roi Philippe
illustre des actes de son pére
non dépourvu de gloire personnelle.
Aprés tant de labeurs pénibles,
apres tant d'fosues bienvenues,
la Gaule t'est bien due,
toi dont le régne en ses débuts,
roi dé signé du doigt de Dieu,
aspire vers ta clémence.
Viens, Esprit-Saint.

[¡Alegrías nos trae, para nuestra dicha,
el tronco real!
El primer hijo nacido del rey Felipe,
ilustre por los hechos de su padre,
y no carente él tampoco de gloría personal.
Tras tantos trabajos penosos
y tras tantos resultados positivos,
a ti te es debida la Galia entera,
cuyo inicio de reinado,
rey designado por el dedo de Dios,
aspira a tu clemencia.
Desciende, Espíritu Santo].

Versos en honor de la coronación de Luis VIII incluidos en el antifonario de Pedro de Médicis[59].

No es ya a un rey, sino a una pareja real a la que se corona en Reims, ese 6 de agosto de 1223, fiesta de la Transfiguración. Luis y Blanca son coronados juntos tal como habían sido unidos veintitrés años antes.

El rey Felipe ha fallecido tres semanas antes, el 14 de julio. En su lecho de muerte da las últimas recomendaciones a su hijo: «Temor de Dios, exaltar a su Iglesia, impartir justicia a su pueblo, proteger a los pobres, a los humildes, contra la insolencia de los orgullosos».

II lui manda qu'il tint justice
sur haut et bas et pauvre et riche

[Le mandó que impartiera justicia
a los grandes y a los humildes, al pobre y al
rico].

Y añadió en un impulso de afecto: «Nunca, hijo mío, me has causado el menor pesar[60]».

Era cierto: ese hijo al que no se podía negar que tuviera espíritu de iniciativa, ni que sintiera inclinación por la acción, incluso por la violencia que le había hecho merecedor del sobrenombre de Luis el León, era un hijo abnegado, que seguía la línea trazada por su padre. El acuerdo entre ellos era total y absoluto. El galés Giraud de Barrí, comparando la dinastía de Inglaterra y la de Francia, celebraba a los buenos reyes piadosos, modestos y castos del «reino de los Lises». En su entusiasmo oponía la insignia del rey de Inglaterra, el Leopardo, al Lis de Francia. Decían que el perfume de la flor de lis tenía el poder de poner en fuga a las bestias salvajes[61]; y cabe imaginarse el símbolo que podía extraer de esta leyenda el cronista galés, que detestaba a los Plantagenet. Es cierto que estos habían dado el espectáculo de una familia cuyos miembros no perseguían nada más que destruirse mutuamente. ¡Sin embargo, los epítetos de «modesto» y de «casto», dedicados a Felipe Augusto, olían a parcialidad! Una leyenda contemporánea a su muerte pretendía que el rey había sido arrancado *in extremis* por la intervención de san Dionisio de las garras del demonio que le arrastraba al infierno. Sibila de Beaujeu, la cuñada del rey (hermana de su mujer Isabel de Hainaut), la contaba a quien quisiera oírla: decía que un cardenal de Roma había recogido

el relato de boca de un monje que tuvo esta visión en el momento mismo en que el rey expiraba[62].

Diez años antes de su muerte, en 1213, Felipe había restituido a la reina Isambur el lugar que le correspondía en la corte de Francia. Había agotado para repudiarla todas las argucias del derecho civil y del canónico, todas las maniobras de intimidación, las amenazas, apelaciones y dilaciones; la reina había sido alternativamente encerrada en la abadía de Cisoing, cerca de Tournai, luego en una torre de Etampes. El matrimonio había sido disuelto varias veces por unos prelados complacientes y otras tantas restablecido por los legados pontificios. Isambur perseveró durante veinte años, reclamando su derecho con tal obstinación que, por más que fuese el rey, Felipe tuvo que ceder.

Elle ne voulait consentir
que du rol s'en dût départir
et disait, comme dame fine,
qu'elle mourrait toujours reine.

[No quería consentir
a que se la separara del rey
y decía, como gran dama que era,
que moriría siendo reina].

Reina era y reina seguiría siéndolo. Lo fue efectivamente hasta su muerte, acaecida mucho después de la de su consorte, en 123 6. Durante los últimos años de su vida se la llamaba la reina de Orleáns; pues, tras su viudedad, Orleáns o Corbeil se habían convertido en sus residencias favoritas. Esta reina de Orleáns era de recio temple, como la mayor parte de las personalidades femeninas de la época.

Parece, por otra parte, que durante sus últimos años el rey Felipe le había sido relativamente fiel; al mencionarla en su testamento la llama su *caris sima uxor*, su esposa queridísima. En cuanto a Luis, según el testimonio unánime de sus contemporáneos, la trataba «no como a una madrastra, sino como a una madre».

Luis estaba, por otra parte, dotado por lo que se refiere a los afectos familiares y los lazos personales: era un hijo lleno de respeto, un esposo sumamente afectuoso. En la primera carta en que se menciona su nombre, cuando manda jurar a los habitantes de Aire y de Saint-Omer que le sigan

doña Blanca», y la fórmula pasa al juramento que prestan, a petición suya, los burgueses de estas ciudades.

Blanca, en el momento en que recibe la corona al lado de su esposo, sabe que es la única que reina en su corazón. Es una pareja irreprochable la que el arzobispo de Reims, Guillermo de Joinville, consagra por medio de la unción. Los peores enemigos de Luis en Inglaterra no han encontrado nada que decir acerca de su conducta personal. Contrariamente a su padre, es hombre de un solo amor. Blanca lo sabe. Y otros también: lo que la gente desea obtener del rey, se lo pide a la reina. El propio papa, bien informado por sus legados, recurre a Blanca cuando tiene alguna solicitud que presentar a Luis.

¡Cuántas esperanzas puestas en esta pareja que accede al trono en el apogeo de su madurez! Blanca y Luis tienen treinta y cinco años, la edad de las empresas bien meditadas y fecundas, la edad en que uno se convierte en lo que es. Y para hacer realidad unas grandes ambiciones cuentan con un poder del que jamás habían dispuesto sus antepasados. ¡Qué progresos realizados durante los cuarenta años que separan la coronación de Luis y de Blanca de la de Felipe! El rey de Francia se siente ahora como en su casa en unas regiones en las que no hace mucho se desafiaba impunemente su voluntad: desde París a Calais, pasando por las tierras fértiles de Artois y de Flandes, desde Orleáns a Ruán, pasando por la feraz Normandía, Tours, Anjou, Berry, ¡cuántos antiguos dominios del rey de Inglaterra son ahora feudos directos del rey de Francia! Todo hace prever un reinado glorioso. Y en los medios allegados al rey se complacen en subrayar que con Luís VIII es el linaje de Carlomagno el que vuelve al trono. El poeta Gilíes de París dedica al príncipe Luis su obra, que titula el *Carolinus*, y, recordando que por línea materna (Isabel de Hainaut) Luis desciende del gran emperador, cuenta la leyenda de san Valerio que se apareció antaño a Hugo el Grande para anunciarle que, al cabo de siete generaciones, el reino volvería a la línea de Carlos. Para confirmar las posibilidades de este linaje, son cinco los hijos que rodean a la pareja real: Luis, convertido en el heredero del trono a la muerte de su hijo mayor Felipe, Roberto, Juan, Alfonso —cuyo nombre castellano recuerda a la familia de Blanca— y otro Felipe, nacido el año anterior y al que, extrañamente, han añadido el nombre de Dagoberto.

Blanca es una madre feliz, una mujer colmada. Cuando con Luis llevan a cabo según la costumbre la ronda del reino después de su coronación, por doquier sus súbditos salen a su encuentro; por doquier recogen sin vanas demostraciones los juramentos de fidelidad. En septiembre visitan así Turena, Anjou, Normandía; en noviembre el norte, la región picarda, Artois, Douai,

Anjou, Normandía; en noviembre el norte, la región picarda, Artois, Douai, Saint-Riquier, Abbeville. «No hay nadie que se subleve y que alce sus armas contra su Majestad Real; Normandía no levanta la cresta; Flandes no se niega en absoluto a doblar humildemente la cerviz bajo el yugo de un tal señor[63]».

Es en estas dos provincias de Flandes y de Normandía donde hubiera podido más fácilmente producirse alguna rebelión a la muerte de Felipe Augusto; desde Bouvines el conde Ferrán de Flandes permanecía, en efecto, encerrado en la fortaleza del Fouvre; en cuanto a Normandía, era una conquista reciente, una herencia del Conquistador que su descendiente, el joven Enrique III, no iba a dejar de reivindicar.

Sin embargo, este no parecía preocupado aún por las reivindicaciones; algunos años antes se había declarado incluso una especie de tregua sagrada entre Francia e Inglaterra, con ocasión del reconocimiento del cuerpo del santo Tomás Becket, que había tenido lugar en Canterbury en 1220. Había sido el arzobispo de Reims quien presidiera en aquella ocasión el oficio divino y celebrara una misa cantada. Fa ceremonia se desarrolló en presencia de la reina Berenguela, que había sido la mujer de Ricardo Corazón de León. Se pudo constatar la cortesía de los barones ingleses, que se abstuvieron de alojarse para la circunstancia en la misma ciudad de Canterbury a fin de dejar los mejores lugares a los extranjeros y en especial a los franceses llegados en gran número. Solo Guillermo el Mariscal el Joven se quedó en la ciudad, donde hacía las veces un poco de señor de la casa: su padre le había hecho ganarse tal derecho.

Todo parece, pues, propicio a la pareja real en los comienzos de su reinado. Residen a menudo en Saint-Germain-en-Laye; cuando se dirigen a París, a la amada ciudad de Felipe Augusto, Blanca debe de constatar los progresos de la catedral que se alza poco a poco. La nave, en la época de la coronación, estará ya terminada; la fachada llega hasta el piso del rosetón que se ha comenzado a construir: procedimiento osado que los maestros canteros no temen ya abordar, el círculo calado se halla sostenido por unos finos radios de piedra en estrella y guarnecido de vitrales que se inspiran en temas cósmicos, en los ciclos del tiempo, a los que se ajusta la liturgia, desarrollando su significación simbólica. Las conquistas técnicas de los constructores les permiten estas audacias que sus predecesores de la época románica no podían realizar completamente en la piedra: el círculo, la figura perfecta, que es la propia del mundo.

Al igual que todos los parisienses, Blanca puede admirar ahora ya las esculturas de los dos pórticos de la entrada, el del norte y el del sur, mientras

que se está trabajando aún en el pórtico central. En el del sur figura la historia de san Marcelo, presidida por la Virgen que destaca en toda su majestad. El escultor ha representado a su lado al obispo Mauricio de Sully, que quiso esta catedral y puso la primera piedra, y también al deán de su Capítulo, Barbedor. En el del norte figura también la Virgen, la Virgen coronada por su Hijo; es un tema que ha visto la luz en los dominios del rey, en el pórtico de Senlis, y por el que la piedad de los fieles tiene ya querencia: aquella que trajo a Cristo al mundo es ya reina en este mundo y en el otro.

Blanca comparte totalmente la piedad de su tiempo; una piedad en la línea de la vocación cisterciense por la que siente una atracción especial. La voz de san Bernardo, violenta y tierna a la vez, se corresponde con su personalidad. El año que precede a su coronación, Blanca ha estado asociada a petición suya a las plegarias y a las buenas obras de la Orden del Císter, con ocasión de la reunión del Capítulo general. Es, en nuestros Archivos Nacionales, el acta más antigua concerniente a ella, la que la une así a las oraciones de los cistercienses, y en ella puede leerse la tendencia espiritual dominante de una reina que fundará también dos conventos de monjas cistercienses.

De ese mismo tiempo data la primera obra que le fue dedicada de forma expresa: *El Espejo del Alma*. «Muy noble y poderosa señora, doña Blanca, por la gracia de Dios reina de Francia, os envío este libro titulado *El Espejo del Alma*, que he hecho escribir para vos», dice la dedicatoria. Más tarde se retomará el término, y habrá toda una literatura de «espejos»: espejo del mundo, espejo de historia; se emplea aquí por primera vez, por lo menos en francés, y el autor da unas explicaciones acerca de este título: «De por qué el título de *Espejo del Alma* existe una buena razón. Pues así como vemos a un hombre, a una mujer mirarse en el espejo corporal para desprenderse de todo cuanto pueda desagradarles, también conviene que el alma tenga un espejo por el que pueda eliminar de sí los vicios y los pecados que nacen del cuerpo y la llevan a la muerte en el infierno, y pueda adornarse mirando ese espejo de las buenas virtudes que llevan al alma y al cuerpo a la dicha del paraíso».

Tal como ha llegado hasta nosotros, este *Espejo del Alma*[64] (no poseemos el original regalado a Blanca) se presenta bajo la forma de un pequeño manuscrito modesto, pero cuya inicial está adornada con una miniatura con fondo de oro, que representa a una reina sentada, recibiendo un espejo de manos de una religiosa postrada de rodillas, que lleva el hábito blanco y el velo negro de las monjas cistercienses. No sería de extrañar que fuera obra de una mujer, de una religiosa: se dirige a la reina con una especie de familiaridad llena de gentileza; en el momento en que le recomienda ser

espléndida en sus limosnas y generosa, añade: «No quiero decir con eso, señora, que no obréis bien en todas estas cosas, sino que lo digo para que seáis cada vez más entusiasta en hacer el bien». Sin duda se trataba de una religiosa que conoció ella misma la generosidad real. El análisis de los sentimientos al que se entrega no carece de finura ni de poesía: «El corazón, así pues, es tal que no va de acuerdo consigo mismo; salta de un propósito a otro, cambia de voluntad, muda de opinión, hace cosas nuevas, rompe con las viejas, rehace las que ha roto […]. Quiere y no quiere, como quien no puede permanecer en un único estado […], se prenda aquí y allá de muchas cosas y busca dónde hallar reposo». Y enumera sus vicisitudes: «La vanidad le decepciona, le mueve la curiosidad, ansia el robo, le atrae el placer, le acicatea la lujuria, la envidia le atormenta, le perturba la ira, le aflige la tristeza».

Para terminar, «las vanidades del mundo son más débiles y más ligeras que el sueño o que una sombra o un vientecillo que sopla en el aire, y poca gracia se halla en ellas». A esta confusión se contrapone la dicha del cielo, que la mayor parte del tratado está consagrado a evocar: «Seréis burguesa de esta Santa Ciudad cuyos ángeles son los burgueses, Dios Padre es el Monasterio, Dios Hijo la Luz, y el Espíritu Santo la Claridad». Y se extiende sobre esta visión de Dios: «Él, que es la Luz de los iluminados, el Reposo de los trabajadores, la Paz de los suplicantes y la Vida de los vivos, la Corona de los vencedores». El tratado termina con entusiastas consideraciones sobre las alegrías del cielo: «Afectísima señora, pensad, pues, qué noble puede ser esta ciudad, ya que es una casa segura, un país que contiene todo cuanto puede ser grato y deleitoso para todos, donde todos los habitantes están en paz y armonía y donde no existe la murmuración, ni dolor ni enfermedad […]. Señora, ¿qué luz pensáis que pueden tener las almas, cuando la luz del cuerpo es semejante al sol? […]».

¿Qué influencia pudo tener este tratadillo en la reina a la que estaba dedicado? Lo ignoramos, pero contribuye a crear un clima; en la delicadeza de tono, en el lugar preponderante que se reserva en él a la vida «consagrada al bien» («consagrada al bien de la dulzura de amor y de la quietud de contemplación […]»), respira un optimismo amable y risueño que es muy de su tiempo —la seguridad contemporánea de los ángeles tallados en las arquivoltas de Notre-Dame, y de esas Vírgenes llenas de gracia que, en el tímpano de las catedrales, reciben de sus Hijos la corona triunfal.

Nos gustaría ir más lejos en el retrato íntimo de Blanca y poder reconstruir también su aspecto externo, sus rasgos, sus costumbres. Pero por desgracia nos faltan prácticamente todos los elementos para ello. Ninguno de sus contemporáneos nos la ha descrito tal como apareció, ese día de la coronación, al lado de su esposo. Se limitaron en conjunto a decir que era hermosa: «Bien hecha de cuerpo, de bello aspecto, agraciada con las más nobles prendas de la naturaleza», lo que es positivo, pero poco detallado.

La imagen que nos ha quedado de ella, en especial su sello, la marca de su persona, no desmiente este juicio. Ella se halla de pie, figura noble y grave, de una extrema elegancia, arropada con el manto real flordesilado, cuya mano izquierda sostiene la juntura; el gesto descubre lo que debía de ser en su cuello un bonito broche de orfebrería; la mano derecha sostiene una flor de lis. Un ceñidor, situado bastante bajo, alarga su talle; los faldones subrayan el movimiento del cuerpo que se intuye debajo de los pliegues del traje. La corona, el velo que enmarca el rostro, completan la impresión de gracia y de firmeza. Mateo Parisiense, cronista carente de benevolencia y que no ahorrará críticas a Blanca, la caracterizó, sin embargo, con una sola palabra: la reina magnífica. Y el término le cuadra bien, sobre todo entendido en el sentido que tenía entonces, es decir, que implicaba, además del aspecto personal, el gusto por lo bello y la generosidad.

Que Blanca fue generosa es indudable. Las cuentas nos revelan al hilo de los días sus donativos y limosnas, cosa que era habitual en la época, pero los de Blanca son a todas luces más numerosos que los de las casas reales contemporáneas. Da mucho: a los pobres, a los religiosos, a las monjas, a los leprosos, a los hospitales, a los mensajeros que vienen de España o de otras partes, a los allegados, ya se trate de su secretario, de su cocinero Guillermo, de su palafrenero Girardin, a quien hace entrega de diez libras con ocasión de su boda, de su familia, entre la que distribuye pellizas, joyas, como ese cinturón de oro regalado a su hermana Leonor, reina de Aragón. Hay donativos habituales: diez sueldos diarios a los pobres, lo que asciende a veintiocho libras desde la Candelaria a la Ascensión; pan, que se reparte a diario por valor de una libra. Y también donativos ocasionales: cien sueldos a los pobres de Corbeil en el momento en que ella llega a esta ciudad, ciento sesenta libras para la compra de blanquetas y otras telas a las monjas de Pontoise, diez libras a los leprosos de Dourdan, veinte sueldos a dos ancianas de Montargis y otros tantos a otras dos de Nemours, cien sueldos a la priora

de Oursan para la pensión de una muchacha pobre, ocho libras al correo que trae la noticia del feliz alumbramiento de la reina de Navarra, etcétera. Los donativos en metálico y los donativos en especie, como ese breviario que debía de estar, a juzgar por su precio (catorce libras), ricamente iluminado, regalado a Hugo de Athies, o también el juego de ajedrez regalado a Luis, o ese otro, de marfil, cuyo beneficiario desconocemos.

Por desgracia, no podemos conocer, por falta de detalles, sus gustos de manera precisa: de esa cota de arquero que Blanca compra por veinte sueldos se dice simplemente que está «pintada», sin más pormenores; del hecho de que ella haga drapear su carro de azul no cabe deducir que sienta una predilección personal por este color, ya que es el color de Francia. A lo sumo cabe pensar que no es una mera casualidad que los dos báculos de abadesa que regalará sucesivamente a Maubuisson y a Notre-Dame-la-Royale sean de cristal —un bonito cristal de roca admirablemente tallado—. Y las páginas iluminadas del salterio que muy probablemente fue el suyo están entre las más hermosas de un siglo seducido por la belleza armoniosa.

Las compras de trajes y de ropajes aparecen bastante a menudo en las cuentas de Blanca para que no quepa duda sobre su muy femenino gusto por el aderezo; y los testimonios de la época nos hablan del cuidado que ella ponía en hacer «vestir noblemente» a los infantes reales. También en esto le cuadra el epíteto de «magnífica». En 1234, la vemos gastar ciento cincuenta libras en trajes y, en dos alfombras destinadas a su cámara, veinticinco sueldos; compra asimismo un jarrón de plata que asciende a ciento ocho sueldos. Manda realizar un número considerable de compras en la feria de Lendit; así, en 1241, Juan de Ermenonville, posiblemente un criado de la reina, adquiere para ella un paño pardillo, un paño azul, camelote (ese tejido de pelo de camello que se llama a veces *triple* porque proviene de la ciudad de Trípoli), pieles de liebres y otras pieles por sesenta y cinco libras, una suma elevada, por tanto; otra adquisición de pieles, el mismo año, asciende a cuarenta y dos libras.

Y se podría también suplir la pobreza de detalles de las cuentas que se han conservado con lo que sabemos acerca de los cuidados de belleza que se practicaban en la época, unos cuidados que Blanca conocía muy bien, ya que, tal como atestiguan sus contemporáneos, siguió siendo bella y atractiva hasta sus últimos días. Está, por supuesto, toda la gama de perfumes que se hace traer de Oriente, lo más frecuentemente a base de almizcle; pero también están, más simplemente, las pequeñas recetas de uso común en aquel entonces. La suprema elegancia consiste en evitar mostrar un rostro tostado

en una época en que se vive mucho en el exterior y en que se practicaba por necesidad la marcha y la equitación. Para blanquear el rostro se recurre también a los baños de vapor, tras los cuales se extiende un preparado de afeite blanco (a base de trigo molido o de albayalde) diluido en agua de rosas. Para avivar la tez se utiliza el aceite de huesos de melocotón o también, según un libro de recetas titulado *El acicalamiento de las damas*, de guisantes y garbanzos majados, que se mezclaban con clara de huevo, se secaban y se reducían a continuación a polvo y se aplicaban en lociones con agua tibia. Los herpes se combaten a base de oropimente, jugo de romanza y de ajenjo, y agua de jabón; las arrugas con la ayuda de decocciones de malvas y de violetas hervidas en vino. Se blanquean los dientes con harina de cebada, mezclada con alumbre en polvo, un poco de sal y una pizca de miel fundida. Para cuidar los cabellos, se ungen estos con aceite de oliva, de miel, de alumbre mezclados, en cantidades iguales, con mercurio; las infusiones de hojas de sauce los hacían crecer más fuertes, el aceite de oliva y de granos de lino impedían que se cayeran**[65]**.

Algunos meses después de la coronación de su hijo, los barones ingleses habían rogado, cortésmente pero con gran firmeza, a Isabel de Angulema que abandonase Inglaterra. Ella no había insistido, sabiéndose impopular: la llamaban, haciendo un juego de palabras con su nombre de pila, la reina Jezabel. Regresó, pues, al continente.

«La reina cruzó Poitou y fue a Angulema, su ciudad, que era su herencia, y recibió los homenajes de su tierra y fue desde entonces señora de Angoumois. Hizo casar a su hija con el duque de Lusignan, que era hijo de Hugo el Moreno, conde de la Marca, para poder contar con su ayuda; a continuación deshizo este matrimonio y le tomó ella misma por esposo, lo cual dio mucho que hablar**[66]**».

No faltaban, en efecto, motivos para la murmuración; menos sin duda por el descaro con que Isabel tomaba para sí a aquel que había destinado en primer lugar a su hija, que por el hecho de que volviera a su primer amor de forma tan repentina como cuando se había separado de él veinte años antes para unirse en matrimonio a Juan sin Tierra. Isabel, a decir verdad, era todavía muy joven; apenas si tenía treinta años a la muerte de Juan; pero no dejaba de ser algo sorprendente el ver a un barón como Hugo de Lusignan olvidar así la afrenta que ella le había infligido antaño. La continuación de la historia iba a demostrarlo: Hugo de Lusignan estaba literalmente subyugado

por Isabel, y los barones potevinos iban a sentir que de ahora en adelante tenían a su cabeza a una reina.

Ahora bien, no hacía seis meses desde su coronación cuando ya Luis había entablado muy activas negociaciones con Hugo de Lusignan. Su esposa reclamaba inútilmente en Inglaterra la viudedad —las posesiones dótales— que Juan sin Tierra le concediera antaño. Luis se apresuró a proponer en compensación una renta anual y las tierras que pudiera conquistar en Poitou. Se reservaba incluso, eventualmente, entregarle como presente la ciudad de Burdeos. Las negociaciones progresaron tanto y tan bien que pronto Hugo de Lusignan prestaba homenaje al rey de Francia.

Una especie de paseo militar iba a conducirle a continuación a Tours, y posteriormente a Montreuil-Bellay, y por último a Niort y a Saint-Jean-d'Angély. Estas dos últimas ciudades se rindieron al rey sin haber presentado una fuerte resistencia. ¿Qué iba a ocurrir en La Rochelle? Poseer un puerto en el océano era, para la dinastía capeta, una estimable ayuda y sobre todo cuando se trataba de ese puerto de La Rochelle que proveía de vino y de sal a todas las regiones del Norte. Pero La Rochelle estaba defendida por un experto hombre de armas, Savary de Mauléon, que había dado prueba de sus aptitudes con ocasión de las luchas franco-inglesas; resistió denodadamente. En París, no dejaron de inquietarse al tener noticia de las dificultades del asedio. «Savary de Maulèon y trescientos caballeros y varios soldados que dentro estaban defendieron y resistieron en el castillo con fuerza y valentía contra el rey y sus gentes. Como el sitio y la guerra llevaban durando ya dieciocho días, el clero y los religiosos y el pueblo de París se conmovieron y fueron solemnemente, descalzos y en camisa, en procesión, desde la iglesia de Notre-Dame hasta la abadía de San Antonio, para que Dios concediera la victoria al rey de Francia. Y fueron en esta procesión tres reinas: la señora Isambur, en otro tiempo madre del rey Felipe, la señora Blanca, mujer del rey Luis, la señora Berenguela, mujer del rey Juan de Jerusalén[67]».

Ocurría esto el 2 de junio de 1224. Al día siguiente, la ciudad de La Rochelle se rendía al rey Luis. En el origen de esta rendición hubo un incidente tragicómico: Savary de Mauléon habría hecho abrir un cofre que le había enviado el rey Enrique III y que creía lleno de dinero; no contenía sino piedras y salvado. Tal vez la anécdota traduce de manera gráfica la penuria de recursos en que el rey de Inglaterra, agobiado por muchas dificultades, dejaba a los defensores de La Rochelle. El caso es que Savary, desencantado, decidió capitular.

Luis pensó durante algún tiempo en conquistar, tras Poitou, Gascuña. Por doquier no se encontraba sino sumisión y adhesiones. En Limoges, los burgueses de la ciudad se le habían rendido; lo mismo que en Pui-Saint-Front y Sarlat; esta ciudad llevó en adelante en sus armas una flor de lis. Secundado por el conde de la Marca, Luis se veía ya señor de Burdeos, pero la ciudad rechazó con firmeza toda propuesta de paz francesa, declarando que no habría paz ni tregua con los enemigos del rey Enrique. Tras lo cual, el rey de Francia volvió a las riberas del Sena donde le reclamaba una extraña historia que tenía a Flandes por escenario. Un puerto abierto al océano, Poitou enteramente sometido a su obediencia, una alianza sellada con los terribles Lusignan y Savary de Mauléon que ponían en adelante su espada a su disposición, todo esto lo había conseguido en unos pocos meses: más que nunca se había hecho merecedor de su sobrenombre de «el León».

El conde de Flandes, Ferrán, hacía ya cerca de diez años que era prisionero del rey de Francia, pero su mujer, Juana, no por ello dejaba de conservar el gobierno de la región. Ahora bien, he aquí que circulaban unos curiosos rumores: el conde Balduino, padre de Juana, había vuelto, decían, de Tierra Santa. Este conde Balduino, que había partido para la Cruzada en 1204 con los señores cuya odisea ha sido narrada por Villehardouin, había sido el primer emperador latino de Constantinopla. Dos años más tarde, caído en una emboscada, había desaparecido.

Vivía por aquel entonces un misterioso ermitaño en el bosque de Glançon, entre Tournai y Valenciennes, al cual algunos caballeros flamencos encontraban un asombroso parecido con su difunto conde. «Vino un hombre a Flandes y dijo ser el conde Balduino de Flandes, antaño emperador de Constantinopla, y que había escapado de milagro de la prisión de los griegos. Distintas personas grandes y chicas del condado de Flandes vieron que se parecía asombrosamente al conde Balduino […] y le recibieron como a conde y señor. Y por el odio que sentían hacia la condesa Juana, hija del conde Balduino, la expulsaron y le arrebataron casi todo el condado de Flandes y se entendieron a las mil maravillas con el falso Balduino. Cuando la condesa se vio de este modo expulsada de sus tierras, que eran su herencia, se quedó sumida en gran desconsuelo y fue por ello a ver al rey Luis de Francia y le rogó, por el amor de Dios, que se apiadara de ella y le diera la razón, por lo cual podía y debía sentirse conmovido y restablecerla en sus tierras y en su condado».

Una escultura muy conocida, que se conserva en la iglesia de los Cordeleros de Nancy, recrea de manera sorprendente lo que podía ser el regreso de un cruzado: el escultor representó en ella a un caballero harapiento, fundiéndose en un abrazo con su mujer[68]. Se ha creído reconocer en él al conde de Vaudémont, Hugo I, que partió para Tierra Santa con el rey de Francia Luis VII hacia 1147 y al que, durante mucho tiempo, se dio por muerto. Su consorte, Ana de Lorena, rehusó volver a casarse y tuvo la ventura de ver regresar a su esposo casi veinte años más tarde, en 1163. Desaparecer en un combate era la suerte de muchos caballeros que podían a continuación, por una extraordinario concurso de circunstancias, encontrarse entre los supervivientes de una matanza, malvivir largo tiempo en las cárceles sarracenas o al servicio de algún emir y reaparecer posteriormente cuando ya todos los creían muertos. El ermitaño de Flandes debía de recordar por sus rasgos al emperador de Constantinopla. A los que se equivocaron podía haberles movido la buena fe, al haber conocido en otro tiempo al conde Balduino y verse engañados por un parecido fortuito. Algunas personas, comolos abades de San Juan de Valenciennes y de Saint-Vaast de Arrás, creyeron muy sinceramente que habían reencontrado a su antiguo señor. Se decía, sin embargo, que el verdadero Balduino era más alto; y su antiguo *clerc* (nosotros diríamos su secretario) Gualterio de Courtrai se presentó ante él sin reconocerle. Sea como fuere, algunos trataron de sacar partido de ese movimiento de curiosidad y luego de entusiasmo que no tardó en crearse en torno al misterioso ermitaño, para provocar dificultades a la condesa Juana. Esta no era querida y, ya se tratase de los grandes burgueses de las ciudades o de los pequeños señores del campo, muchos encontraban en ello una oportunidad de manifestar su independencia. Finalmente, el movimiento adquiría la importancia de un golpe de Estado. El falso Balduino era llevado de ciudad en ciudad, en triunfo a través de Flandes; representaba a la perfección su personaje y mostraba las cicatrices en su cuerpo, afirmando que eran las del antiguo emperador de Constantinopla. Finalmente, el día de Pentecostés, ceñía solemnemente la corona condal, nombraba caballeros, concedía feudos y se comportaba como dueño y señor de la región. A la condesa Juana, que se había negado a reconocerle, no le quedó más remedio que ir a refugiarse en París e implorar contra el impostor la justicia del rey.

El conde Balduino era el tío del rey de Francia, hermano de Isabel de Flainaut. Luis quiso rodearse de toda clase de garantías respecto a aquel y envió primero a su tía, Sibila de Beaujeu, hermana de Balduino y de Isabel, que partió para Flandes y enseguida comprobó que estaba ante un impostor de

marca mayor. Sin embargo, aconsejó al ermitaño, en calidad de hipotético hermano, que fuera a ver al rey y le declaró que, si de verdad era emperador de Constantinopla, este le recibiría con todos los honores debidos a su rango. Era entonces a Luis a quien le correspondía actuar. Este fue con Blanca, que sentía un interés personal por el caso, a instalarse en Péronne «y mandó ir a buscar a aquel que fingía ser el conde Balduino». Este aceptó el desafío y se presentó ante el rey. «Mostró un dominio de sí grande y orgulloso». El obispo de Beauvais, que se hallaba presente, le preguntó: «¿Dónde os casasteis con vuestra esposa?». Él no respondió; ante lo cual, según la crónica, el rey vio que era un «charlatán»; pero no por ello dejó de proseguir con el interrogatorio, preguntándole dónde había prestado homenaje al rey Felipe por su condado de Flandes y dónde le había armado este caballero. Eludiendo la pregunta, el hombre «pidió su cena para esa noche y su yacija, y dijo que respondería al día siguiente[69]». Luis «se percató deda locura y del orgullo» del falso ermitaño y se sintió irritado por ello. «Le ordenó que abandonase en el plazo de tres días sus tierras y su reino y le dio un salvoconducto para que partiese». Balduino no insistió. Abandonó aquellos lugares y, mientras el rey regresaba a Valenciennes, trató de escapar y llegó a Borgoña. Allí, sin embargo, un caballero le reconoció y le entregó a la condesa de Flandes, que, a comienzos de octubre de aquel año (1225), le hizo colgar en Lille sin ningún tipo de proceso previo.

La aventura tuvo como consecuencia un acercamiento con Flandes. Juana se puso a negociar con el rey de Francia la liberación de su esposo. Luis estaba tanto más dispuesto a concedérsela cuanto que para Juana se trataba de hacer anular su primer matrimonio y de casarse con el conde de Bretaña, Pedro Mauclerc. Se acordó que Ferrán sería liberado para Navidad del año siguiente (1226), no sin algunas garantías y el pago de un rescate. Aunque la liberación tuvo lugar, fue en unas circunstancias muy distintas a las que había previsto el rey Luis.

La reina, sin embargo, estaba de nuevo encinta; había dado a luz, el año 1225, una hija, Isabel —la primera hija de la pareja real—. Su último hijo, Carlos, había de nacer en 1226[70]. Este año, que iba a ser tan duro en la vida de Blanca, comenzó con el anunció de una nueva Cruzada en un país meridional. Desde el año anterior, en efecto, el legado pontificio Romano Frangipani, enviado por la Santa Sede, recorría Francia y trataba de conseguir una leva de armas para acabar con la herejía albigense que causaba perturbaciones en las regiones del Languedoc.

Luis se había dirigido por dos veces al Sur: unas breves estancias que más habían parecido una visita de soberano que una expedición de Cruzada; la segunda, no obstante, había estado marcada por el espantoso episodio del saqueo de Marmande que cuenta con inspiración feroz el *Cantar de la Cruzada albigense*:

' Les barons et les dames et les enfants menus,
hommes et les femmes, tout dépouillés et nus,
es tranchent et les taillent de leur fer émoulu,
ı chair et le sang, la cervelle et le brucz,
nembres et les corps assommés et fendus
:s foies et les cceurs arrachés et rompus
nt parmi les places com s'il en avait plu,
de leur sang épars qui là s'est répandu
'a terre vermeille, le sol et le palud,
reste homme ni femme, ni jeune ni chenu,
ulle créature, si ne s'est rescondue[71] *et la ville est détruite et le feu répandu.*

] A los barones, a las damas y a los niños pequeños,
s hombres y mujeres, que habían despojado de sus ropas,
:ercenan y los cortan con sus afiladas hojas.
:arne y la sangre, el cerebro y el tronco,
miembros y los corazones arrancados y partidos
en en las plazas como llovidos del cielo,
s la tierra, el suelo y el pantano
s están por la sangre derramada,
queda hombre ni mujer, joven ni viejo,
riatura humana alguna, si no se escondió,
da la ciudad está destruida y presa del fuego].

Esta segunda parte del *Cantar* concluye con los preparativos del sitio de Tolosa que Luis de Francia había emprendido a continuación, dejando ver a los arqueros apostados en el puente de Bazacle, la admirable «obra de arte», a la vez presa y fuente de alimentación de los molinos, que se estaba construyendo por entonces sobre el Garona. Pero Luis había abandonado el sitio sin llevarlo a término, ya por haber fracasado, ya simplemente porque su «cuarentena» —el tiempo de servicio militar normal— se había cumplido.

En realidad, al igual que su padre el rey Felipe, tampoco él había prestado demasiada atención hasta entonces al Sur albigense. Sus verdaderos intereses

estaban en otra parte: en Flandes, en Normandía y en Inglaterra, esa «herencia de Blanca» que en aquella fecha de 1219 representaba para él una reciente y dura decepción.

En seis o siete años, la situación había evolucionado. Luis, convertido en rey, ha de preocuparse de ese Languedoc del que es soberano, y Blanca debe de acordarse de que el joven conde de Tolosa, Raimundo VII, es su primo hermano: ¿no es hijo de Juana, también ella hija de Leonor de Aquitania? Ha sido criado, por lo demás, en parte en Inglaterra; fuera lo que fuese su padre Raimundo VI («seguidor del diablo, hijo de perdición, enemigo de la cruz, adversario de la Iglesia, defensor de herejes», si hemos de creer a Pedro de Vaux-de-Cernay[72]), no se le puede considerar en modo alguno responsable de las faltas cometidas por este. Así, por otra parte, lo había decidido el papa Inocencio III; y el Parlamento reunido en París en 1224 en presencia del rey «declaró y demostró que Raimundo VII, conde de Tolosa, es un buen cristiano y vive de acuerdo con la ley de Dios y la fe cristiana[73]». Es hora ya de intervenir en esas regiones donde la guerra se ha instalado como en su casa y ha tomado un cariz terrible:

[…] Cette guerre ne fut pas jeu:
Qu'on ardait Albigeois en feu.

Et aux chrétiens tranchait-on
nez et baulèvres et mentons
et pieds et poings et les oreilles
pour regarder eux à merveille
et pour Français détruire mieux
leur tranchait-on aussi les yeux,
fût chevalier ou fût sergent,
et les jetait en feu ardent[74].

[[…] No fue esta guerra ningún juego:
se mandaba a los albigenses a la hoguera.
Y a los cristianos se les cortaba
nariz, labios y barbilla,
pies, muñecas y orejas
para que fueran objeto de horror,
y para destruir a los franceses
se les sacaba también los ojos,
sin importar si eran caballeros o soldados,
y se les arrojaba dentro del fuego ardiente].

¿En qué punto se encuentran, en ese comienzo del año 1226, los asuntos del Sur?

Recordemos que los cruzados del año 1209, tras el saqueo de Béziers y la toma de Carcasona, habían puesto a su cabeza al conde de Leicester, Simón de Montfort; más tarde se pudo ver en este hombre —que unos años antes se había negado a tomar parte en la toma de Zara («No he venido aquí para destruir a los cristianos»)[75] y se había visto por ello amenazado de muerte por los venecianos— el desarrollo de una ambición que había de llevarle finalmente a su perdición, pero no sin menoscabo de la causa de la Cruzada que, a decir verdad, estaba comprometida ya desde un buen principio. Esta no había tardado en degenerar en rivalidad personal entre el conde de Tolosa Raimundo VI y Simón, mientras que las poblaciones meridionales, incluidas las que no habían sido ganadas por la herejía (como era el caso de la misma Tolosa, donde solo el burgo de los mercaderes era favorable a los herejes, la ciudad propiamente dicha les era hostil), estaban cada vez más indignadas por el cariz político que tomaba la empresa.

Una gran batalla librada en Muret (12 de septiembre de 1213) contra las fuerzas coaligadas de tolosanos y del rey de Aragón Pedro II, que había venido en su ayuda con un contingente impresionante de fuerzas, había permitido a Simón extender su dominación sobre la propia Tolosa y sobre el conjunto de las riberas del Carona. Pero en el momento mismo de su triunfo salían a la luz las dificultades de una conquista que ponía de manifiesto el desvío de la Cruzada. Simón, golpeado por una piedra en la frente durante un nuevo sitio a Tolosa —la ciudad que había que reconquistar permanentemente — había muerto en 1218. Su hijo Amaury no tenía talla para hacerse cargo de la pesada sucesión que le dejaba. Raimundo VI había muerto en 1222, pero su hijo, tras haber reconquistado el Agenais, recuperaba sucesivamente, aparte de Tolosa, Lavaur, Puylaurens, Montauban, Castelnaudary, Moissac y Carcasona.

En resumidas cuentas, el arreglo de una situación que se había vuelto inextricable correspondía al rey de Francia, soberano natural de los señores meridionales y heredero declarado de Amaury, quien, en 1225, renunciaba en favor suyo a los derechos que tenía de su padre. Un Concilio reunido en París el 28 de enero de 1226 excomulgó, una vez más, al conde de Tolosa, cuya conducta había creado entretanto inquietud en el legado pontificio:

Et 1’apostóle fit mander
au roi de France que, pour Dé!
Allât a Toulouse et qu’il prít
toute la terre, s’il vousît
et fût sienne comme conquête
sans ce qu’Amaury en eût quête.
Et bien le devait le roi faire
car Toulouse est de son affaire
et de lui la doit-on tenir[76]*!*
[Y el Romano Pontífice mandó a su legado
al rey de Francia para que, por Dios bendito,
fuese a Tolosa y tomase posesión
de todas las tierras, si así lo quería,
y fueran suyas como tierra de conquista,
sin que Amaury se lo tuviera que pedir.
Eso debía hacer el rey,
pues Tolosa es parte de su reino
y él debe conservarlo].

El legado enviado por el papa, Romano Frangipani, cardenal de Saint-Ange, era persona de fuerte personalidad que muy pronto había adquirido un gran ascendiente sobre Luis —con el que estaba, por otra parte, emparentado — y más aún sobre Blanca. A su juicio, era preciso retomar sin más tardanza la Cruzada; los herejes volvían a levantar la cresta; se les veía recorrer todo el país predicando su falsa doctrina, tal como lo hacían Pedro Garcías o Raimundo Niort, el castellano del país de Sault; el obispo cátaro Gilberto de Castres oficiaba en Fanjeaux y acababa de presidir un verdadero Concilio de la herejía en Pieusse. Su predicación ponía en peligro a las almas; era preciso intervenir.

Luis estaba tanto más dispuesto a escuchar este lenguaje cuanto que sabía, por otra parte, que el joven conde de Tolosa Raimundo VII estaba en negociaciones con el rey de Inglaterra.

La concentración de los cruzados fue fijada sin más tardanza en Bourges para la primavera siguiente. El rey de Francia había de reunir a su lado en esta ocasión a la mayor parte de los grandes señores del reino: su primo Humberto de Beaujeu, su hermano bastardo Felipe, el conde de Saint-Pol, Archambaud de Bourbon, Enguerrand de Coucy, Roberto de Courtenay, Teobaldo de Champaña, el conde de Bretaña Pedro Mauclerc, Juan de Nesle y, por supuesto, Amaury de Montfort, así como a algunos prelados, entre los que

figuraban fray Guérin, el cual ya había acompañado a Felipe Augusto a Bouvines. Si bien es verdad que estaba muy lejos de tener consigo a los cien mil caballeros que le atribuye un cronista de imaginación exaltada, incluso los cincuenta mil que otro le atribuye[77], Luis no dejaba de contar con un ejército impresionante y muchos pequeños señores meridionales juzgaron que lo más prudente era ponerse de entrada bajo su protección.

«Estamos ansiosos por ponernos a la sombra de vuestras alas y bajo vuestro prudente mando», le escribía Bernardo Otón, señor de Laurac. Y lo mismo hacían las gentes de Béziers, las de Saint-Antonin y muchos otros, como Raimundo de Roquefeuil, Pons de Thézan, etcétera. Los aliados tradicionales del conde de Tolosa, Nuño Sánchez, conde de Rosellón, y Jaime I de Aragón, se declararon también a favor del rey de Francia. Parecía evidente que el tiempo normal de una campaña (cuarenta días) bastaría para asegurar la dominación del rey sobre las regiones antaño rebeldes.

Luis dudó un poco acerca del camino que convenía seguir y optó por el valle del Ródano, tal como había hecho la primera vez; este era el itinerario más cómodo, puesto que la ruta fluvial seguía siendo la más rápida y la de más fácil acceso.

El descenso se efectuó sin incidentes dignos de mención. En Montélimar, el rey recibió a los embajadores de la ciudad. Beaucaire enviaba por delante a unos embajadores. Aviñón hacía otro tanto; esta era una ciudad fuerte, de negocios prósperos y que, hasta entonces, no había dejado de dar prueba de su alianza con los condes de Tolosa. Raimundo VII se había ganado a los aviñonenses eximiéndoles de todo peaje en sus dominios. No se creía, sin embargo, que se fuera a encontrar allí una seria resistencia. El rey plantó sus reales en Pont-de-Sorgues el 7 de junio. Recibió allí a una delegación de aviñonenses. ¿Qué sucedía exactamente dos días más tarde? La ciudad que había prometido el libre paso cambiaba de repente su decisión; el rey estuvo a punto de caer en la celada; los cruzados llegaron a las manos con sus habitantes y estos se creyeron en la obligación de destruir el puente de madera por el que había cruzado ya una parte del ejército. Ello significaba la ruptura, y comenzaba al punto el sitio: un obstáculo inesperado en un camino que no parecía problemático. Las dos torres de Aviñón —Quiquenparle y Quiquengrogne— hacían de esta una fortaleza con unas excelentes defensas; sus burgueses, ricos y prósperos, habían hecho abundantes aprovisionamientos e incluso —cosa que hacía creer que la ruptura no tenía nada de casual— contratado a su costa una partida de mercenarios brabanzones y flamencos. Además, el conde de Tolosa había procurado crear

un desierto delante del ejército del rey de Francia, haciendo roturar incluso los prados a fin de privar a los caballos de forraje. Contrariamente a lo que sucede por regla general durante un sitio, los sitiados no carecían de nada y eran los sitiadores los que pasaban hambre. El calor era tórrido aquel año; el ejército no tardó en sufrir unas epidemias inevitables, como la disentería, entre otras. Un intento de asalto, el 8 de agosto, se trocó en confusión para los cruzados: el puente por el que estaban pasando se vino abajo debido a su número y casi tres mil hombres, aseguran, se ahogaron en el Ródano; en cambio, los aviñonenses, algunos días más tarde, realizaron una salida justo en el momento en que los franceses estaban comiendo —salida que costó la vida a un gran número de sitiadores—. Blanca debía de recibir desolada las noticias de este asedio, tan inesperado como interminable, hasta el punto de que en los medios allegados al rey se hablaba seriamente de emprender la retirada.

Luis, en medio del desánimo general, dio de nuevo prueba de su energía; tomó las medidas necesarias para mejorar las condiciones higiénicas, hizo arrojar al Ródano los cadáveres que atestaban el campamento y ordenó abrir entre la ciudad y su propio atrincheramiento un inmenso foso al objeto de impedir las salidas por sorpresa; por último, hizo saber que el sitio se alargaría tanto tiempo como fuera necesario. El «León» se despertaba: su actitud impresionó al adversario. Hacia el 15 de agosto, los aviñonenses entablaban negociaciones. Estos exigieron rehenes; gracias a lo cual, el 9 de septiembre, el legado pontificio hacía su entrada en la ciudad. Sus defensores salvarían su vida, pero las murallas serían derruidas. Se cuenta que los campesinos de los alrededores se pusieron a demolerlas con gran contento, pues el poderío de Aviñón era temido por doquier, y los burgueses se lo hacían sentir duramente al pueblo llano.

Luis VIII dejó la ciudad bajo la custodia del señor Guillermo de Orange, cuyo padre había sido otrora descuartizado vivo y masacrado por sus habitantes. Se decidió la construcción de una fortaleza en Villeneuve-lés-Avignon a fin de hacer frente eventualmente a las posibles revueltas. Este fue el castillo de Saint-André.

Sin embargo, tanto durante el sitio como después de su victoria, el rey de Francia continuaba recibiendo los homenajes de los señores meridionales. La continuación de su Cruzada no había de ser ya más que una marcha triunfal por Béziers, Carcasona, Castelnaudary, Pamiers, Puylaurens. Su poderío era reconocido por todas partes.

Con todo, el episodio de Aviñón había de pesar sobre la expedición. Fatiga, descontento, murmuraciones —muchos barones habían estado casi a punto de abandonar a su soberano y hubo una grave defección: la del conde Teobaldo de Champaña—. Durante la primera quincena de agosto, en un momento en que la situación parecía desesperada, levantó el campo, arguyendo que su cuarentena había terminado; el rey le amenazó si partía con ir él mismo más tarde a asolar e incendiar Champaña: Teobaldo no le hizo el menor caso; sin embargo, no se atrevió a partir sino de noche; sus caballeros fueron abucheados por los criados, carniceros y zapateros del ejército, «que les llamaron a gritos insensatos y falsos». Esta marcha olía a traición. Causó escándalo. Paralelamente, desaparecieron personas vinculadas al rey. El arzobispo de Reims, Guillermo de Joinville, que le había coronado tres años antes, murió de enfermedad al igual que Felipe, conde de Namur, y Bouchard de Marly, uno y otro consejeros suyos. El rey mismo parecía en un estado de gran fatiga cuando emprendió, durante el mes de octubre, el camino de vuelta hacia su dominio. Había encomendado a su primo Humberto de Beaujeu la guardia y custodia de la región que se podía considerar, en definitiva, pacificada.

Reinaba la inquietud. Era evidente que el rey se había fatigado y gastado sus fuerzas en exceso durante ese sitio llevado a cabo en medio de un calor sofocante. Se había puesto en camino el 29 de octubre: cabalgaban en pequeñas etapas. Llegado al castillo de Montpensier, Luis sintió que no podía seguir.

El 3 de noviembre, reunió en torno a sí a sus compañeros más fieles: su hermanastro Felipe Hurepel, Enguerrand de Coucy, los mariscales de Francia Roberto de Coucy y Juan ('demente, los condes de Blois y de Montfort y, por último, a varios prelados como el arzobispo de Sens, Gualterio Cornut, los obispos de Beauvais, de Noyon y de Chartres. Les hizo jurar solemnemente que reconocerían a su hijo mayor Luis como heredero del reino. Se levantó un acta de la sesión y fue sellada por cada uno de los asistentes a ella. El rey había hecho testamento el año precedente, antes de partir para la expedición meridional. En él había precisado que en caso de que le sucediera alguna desgracia, su mujer Blanca aseguraría el gobierno del reino; había repartido entre sus hijos diversas posesiones, lo que se llamaba *apanages* (infantados): a su segundo hijo, Roberto, las tierras recibidas de su madre, Isabel de Hainaut, es decir, Artois; al tercero, Juan, el condado de Anjou; al cuarto, Alfonso, el condado de Poitiers y Auvernia. Los segundones entrarían en religión, como lo hacían muchos hijos menores en la época.

«El rey murió el domingo tras la octava del día de Todos los Santos. Que en santa gloria esté, pues era buen cristiano y fue siempre de gran santidad y de gran pureza de cuerpo mientras vivió, pues nunca tuvo nada que ver con mujer alguna salvo la que tomó por esposa. Muchos afirman que con la muerte del rey se vio cumplida la profecía de Merlín cuando dijo: "*In monte ventris morietur leo pacificas*", es decir: "En el monte del vientre morirá el pacífico León". El rey Luis fue en vida fiero como un león para con los malvados y asombrosamente pacífico para con los buenos. Y no ha habido otro rey de Francia salvo este que muriera en Montpensier (en el monte del vientre, *monte ventris*[78])».

El magnífico ejército que se había puesto en marcha seis meses antes se había trocado en un cortejo fúnebre y este cortejo no solo sentía el peso de los restos mortales del rey: una pesada atmósfera de rencores, calumnias, comadreos lo ensombrecía, y parecía oscurecer de manera siniestra ese camino otoñal.

Se murmuraba que el rey había muerto envenenado. Le habrían servido un mal vino. ¿Por quién? Por su enemigo, Teobaldo de Champaña, que tan vergonzosamente había desertado de sus filas. Los vacíos que la enfermedad había dejado en torno al rey daban crédito a estas leyendas —simples leyendas, sin embargo, pues no es preciso recurrir al vino envenenado para explicar las enfermedades causadas por la falta de higiene y las epidemias latentes en todo ejército—. Como Teobaldo de Champaña había abandonado el sitio en la primera quincena de agosto, era difícil imputarle una acción criminal cuyo efecto había sido tan tardío. Pero su defección, que tenía toda la apariencia de una traición, había impresionado vivamente los espíritus y no iba a tardar en dejarse sentir su repercusión en la propia Blanca.

El rey Luis VIII dejaba, en cualquier caso, una reputación intacta. Había guerreado bravamente; se había batido como un león cada vez que su honor, su ambición, su dominio se veían puestos en entredicho; pero, contrariamente a su padre, cuyas aventuras amorosas fueron la comidilla de la época, no se encontraba nada que reprocharle en tanto que hombre. Se contó incluso posteriormente, que, en el momento en que se sintió enfermo, su compañero, Archambaud de Bourbon, había introducido en su lecho a una muchacha complaciente, con la idea de que el rey enfermo se encontrase caliente y revigorizado; en palabras de la época: un remedio a la enfermedad. Tal vez el gesto del vasallo, de ser cierto, reflejaba simplemente el deseo de distraer al soberano de las sombrías preocupaciones que le dominaban, después de tantas penas imprevistas que se habían visto agravadas por la partida de Teobaldo.

Pero el rey la rechazó y, remedio o «reposo del guerrero», declaró que quería prescindir de todo aquello que pudiera mancillar su alma.

On avait dit à la reïne
que le roí vient, saín, et chemine.
Elle a fait son car attourner
pour ses fils encontré mener[79]

[Habían dicho a la reina
que el rey estaba de camino, sano y salvo.
Ella mandó enganchar su carro
para llevar a sus hijos a su encuentro].

Blanca, en esos comienzos de noviembre, había hecho «enganchar» su carro[80] y se había puesto en camino con su familia para ir a recibir al rey. Fray Guérin, el canciller, precediendo a los barones, fue el primero que se encontró con el cortejo de la reina. El principito Luis cabalgaba por delante; le hizo volver sobre sus pasos y reunirse con su madre.

Loca de dolor, el término no es excesivo para definir la desesperación de Blanca. Se asegura que, bajo el impacto de la noticia, se habría dado muerte con sus propias manos si no la hubieran refrenado «contra su voluntad».

Blanca es de una naturaleza impulsiva, sin término medio; esta muerte que de manera tan imprevista

s'était dressée emmi la route

[Se había alzado en medio del camino].

la alcanzaba de pleno, en cada una de sus fibras. El esposo tiernamente amado, el rey aún muy joven, el padre de sus hijos: Luis lo era todo para ella; su muerte venía a arruinar dos vidas; todo se venía abajo para ella y alrededor de ella. Sus violentas crisis de llanto abrumaban a cuantos la rodeaban. Los cronistas de la época dicen de fray Guérin que sentía un «pesar rabioso». Y era grande el trastorno en la corte de Francia, que había tenido, en tres años, tres reyes, uno de ellos un niño.

No obstante, en medio de la inmensa tristeza, se impuso una decisión muy rápida: había que hacer coronar al infante.

¿Se acordó entonces Blanca del santo obispo que, cuando tenía ella misma la edad del joven Luis, le había exhortado a que enjugase sus lágrimas pues «una reina no llora»? Resulta para nosotros algo extraordinario, a la distancia de siglos, poder relacionar dos fechas: el 8 de noviembre, día de la muerte de Luis VIII en Montpensier, Auvernia, y el 29 de noviembre, día de la coronación del joven Luis IX en Reims; veintiún días, tres semanas exactamente habían pasado entre un acontecimiento y otro. En unos tiempos en que una etapa normal no excedía nunca los sesenta kilómetros diarios, si se piensa en todos los preparativos que requiere una coronación, en todos los barones que hay que convocar:

Et le jeune duc de Bourgogne
et tout le clergé à merci
et les trois frères de Coucy,
comte de Bar, comte de Blois,
les Normands et les Hurepoix […]

[Y el joven duque de Borgoña
y el clero al completo,
y los tres hermanos de Coucy,
conde de Bar, conde de Blois,
los normandos y los de Hurepoix […]].

en la cantidad de correos y mensajeros que había que enviar en todas las direcciones, portadores de cartas parecidas a las que han llegado hasta nosotros, provistas con los sellos de todos los barones y prelados que habían asistido al rey en su lecho de muerte: el obispo de Chartres, el arzobispo de Sens Gualterio Cornut, el hermano bastardo Felipe Hurepel, los condes de Blois y de Montfort, etcétera; si se pasa revista a los detalles de una ceremonia cuyo rito comienza a fijarse —desde el alojamiento de la familia real hasta los ropajes de la coronación y a la corona que había que ceñir al chiquillo que estaba llamado a llevarla— cabe concluir que Blanca supo dominar muy pronto su dolor y mostrarse tanto reina como mujer.

Su esposo le ha confiado de forma expresa la administración del reino, cosa que, por otra parte, no suponía ningún problema en aquel tiempo, ya que las mujeres en la práctica sucedían en los feudos —el derecho feudal no conocía acerca de este punto las restricciones del derecho romano—. Blanca iba a ser, pues, ella sola reina, igual que lo había sido durante un tiempo su hermana Berenguela en el reino de Castilla y de León. Es totalmente inexacta,

dicho sea de paso, la afirmación hecha por los historiadores posteriores en cuanto a que se trataba de una «regencia». Las actas están firmadas indiferentemente por Blanca o por su joven hijo el rey y sería muy difícil distinguir entre las decisiones que deben atribuirse a uno y a otra. En los años inmediatamente posteriores, en cualquier caso, al no ser Luis más que un niño de doce años, es Blanca la que gobierna.

«Conservad a nuestra reina y salvad a sus hijos». Así se expresa la voz popular a través del sermón en verso que compuso, «el mes que el buen rey Luis pasó a mejor vida», un sacerdote de Sancerre llamado Roberto[81].

Es al final de este mismo mes, el día de San Andrés (29 de noviembre), cuando tiene lugar la ceremonia, que resultó emocionante, de la coronación «*sin música ni poema*». El niño que va a recibir la unción ha sido llevado en un carro

Mais á l'entrée de la cité
l'ont sur un grand destrier monté

[Pero a la entrada de la ciudad
le montaron en un gran corcel].

Un niño hermoso,

Blond fut et il eut le chef beau
comme tous les hoirs de Hainaut.

[Fue rubio y tuvo una hermosa cabeza
como todos los herederos de Hainaut],

Ha heredado de su abuela Isabel esa belleza que en los condes de Hainaut es un legado familiar: belleza rubia, frágil, refinada. Luis, montado en ese gran corcel que le lleva hasta las puertas de la catedral, despierta ciertamente la emoción de la multitud; un cronista de la época nos lo muestra sintiendo en ese día al mismo tiempo «alegría y pesar». La víspera o la antevíspera, en Soissons, ha sido armado caballero; se trata de una ceremonia improvisada para la ocasión: la caballería no es conferida por regla general más que a

aquellos que han alcanzado la mayoría de edad, de dieciocho a veinte años, puesto que implica llevar y manejar las armas; pero un rey debe ser caballero.

El joven Luis pone pie en tierra, ayudado por fray Guérin, quien a su lado encarna el servicio leal, el del buen y fiel vasallo, igual que al lado del rey Enrique III de Inglaterra estaba, algunos años antes, Guillermo el Mariscal. ¿Y cómo no sentirse impresionado por la similitud de las dos ceremonias? En ambos casos una mujer, un anciano y también un representante de la Iglesia —en esta ocasión el cardenal Romano de Saint-Ange— velan por el destino del niño. Blanca no ha podido, durante los pocos momentos de respiro que le han dejado esas tres semanas agotadoras, llenas de emoción —los funerales de Luis tuvieron lugar en Saint-Denis el 15 de noviembre—, en las que también se ha sentido atormentada por los desvelos y las preocupaciones materiales y morales, dejar de establecer un paralelismo entre la situación de su hijo y aquella en la que se encontró, diez años antes, el joven Enrique III: diez años casi exactos (28 de octubre-29 de noviembre).

Contamos con un testimonio sobre las angustias vividas por ella en aquellos trágicos momentos. En los Archivos Nacionales se conserva un pequeño fragmento de pergamino muy simple, con un sello de plomo que pende de una cuerdecilla de cáñamo con el aspecto habitual de las actas pontificales de aquel tiempo, que guarda, al menos en la forma, algún recuerdo de la pobreza de Pedro, siendo el plomo y el cáñamo los materiales más vulgares que se utilizaban para sellar. Se trata de una bula del papa Gregorio IX que, el 7 de diciembre de 1227, en su palacio de San Juan de Letrán, exime a la reina Blanca de un voto que había hecho irreflexivamente y que no podía mantener. ¿Qué voto era este? ¿Qué promesa había hecho Blanca que se revelaba imposible de cumplir? ¿En qué circunstancia y con qué fin lo había pronunciado? Nunca lo sabremos. La carta del papa no da ningún detalle, y sin duda fue oralmente, por medio de un fiel mensajero, como Blanca debió de implorar al papa, guardián de los juramentos, que la desvinculara del suyo; pero parece imposible que este voto no esté relacionado, de una u otra forma, con los acontecimientos trágicos de ese mes de noviembre de 1226. Y por más que siga siendo para siempre el secreto de la reina, al menos nos revela un rasgo profundo de su carácter: en el momento en que ella se enfrenta a este período de su vida que va a exigirle la entrega total de su persona a las cargas del reino, saca fuerzas de una fuente oculta, la misma que hará de su hijo un santo.

«REGOCÍJATE, FRANCIA FELIZ»

Las fiestas de la coronación son tradicionalmente una ocasión para cantos nuevos y el conocido como el «acompañamiento del rey», el tema principal de la música compuesta para la coronación de Luis IX, se ha conservado: es el *Gaude, Felix Francia*. Regocíjate, Francia feliz. Este canto acompaña la procesión de la Santa Ampolla[82] que lleva el abad de Saint-Remi, bajo un palio portado por cuatro monjes, mientras que ya el jovenzuelo que van a coronar ha llegado al estrado levantado delante del coro, que está reservado para él así como para los grandes barones del reino. Pronuncia el juramento exigido: conservar las costumbres de la Iglesia, impartir justicia a su pueblo, mantener la paz; obedientemente, la delgada figura se arrodilla para prosternarse a continuación cuan larga es delante del altar, mientras que se canta sobre ella la letanía de los santos,

Ainsi le veuille Dieu qui en la Croix fut mis,
vous garde, gentil roi, avec tous vos amis
et vous donne, seigneur, et vertu et pouvoir
de garder votre régne et de teñir vos droits.

[Quiera Dios, que murió en la cruz,
guardaros, gentil rey, con todos vuestros amigos,
y os dé, señor, virtud y poder
de conservar vuestro reino y de mantener vuestros derechos].

Luego estalla en la catedral el canto del *Te Deum*. Sobre el altar han sido desplegados los ropajes reales, la corona, la espada envainada, las espuelas de oro, el cetro de oro rematado de una flor de lis; las calzas de seda morada, bordadas de flores de lis de oro; también la cota y la sobrevesta, una especie de capa. Da comienzo la ceremonia. Luis se despoja de su traje, dejándose puesta la camisa abierta; Bartolomé de Roye, el camarero mayor de palacio, le pone las calzas; el duque de Borgoña, jovencísimo, le ciñe las espuelas. A falta del arzobispo de Reims, muerto al lado de su padre, es el obispo de Soissons, Santiago de Bazoches, quien le entrega a continuación la espada desenvainada y quien dentro de poco le ungirá. El joven rey, con grave continente, ofrenda la espada al altar, luego se da la vuelta hacia su tío Felipe Hurepel y se la entrega para que la lleve; recibe a continuación la unción de la coronación, esa unción que recuerda la coronación de los reyes de la Biblia: sobre la cabeza, los hombros, los brazos, las manos, el pecho. Luego se le reviste con la túnica morada y la capa; se le pone el anillo en el dedo, se le

reviste con la túnica morada y la capa; se le pone el anillo en el dedo, se le coloca el cetro en la mano derecha; el obispo toma la corona, y se la pone sobre la cabeza; acto seguido todos los grandes barones del reino ponen la mano sobre ella y la sostienen simbólicamente. El rey es así conducido hacia su trono adornado de paño de seda bordado de flores de lis de oro, y allí recibe el ósculo del obispo que acaba de coronarle; luego el de los barones, sus pares. «Todos lloraban, incluso la condesa Juana de Flandes», cuya fidelidad resultaba, sin embargo, dudosa y de la que decían que era poco sensible.

Mientras se decía la misa, con el gesto del rey aportando un pan de plata y trece escudos de oro en el momento de la ofrenda, igual que para una boda, Blanca podía, de una sola mirada a los presentes, calibrar los riesgos y peligros a los que habría de hacer frente: hay muchos sitios vacíos entre los asistentes; algunos de los barones habían hecho saber que no se presentarían «por el luto debido al padre y por el desconsuelo del reino». Simple excusa, pero una amenaza también. ¿Podía el pesar por el padre eclipsar la fidelidad debida al hijo? Blanca podía contar con sus leales; aparte de Felipe Hurepel y Hugo de Borgoña, estaban los dos hijos de la casa de Dreux, Roberto y su hermano Enrique de Braisne, que poco después iban a recibir el arzobispado de Reims; también los señores de Coucy, de Bar y de Blois, fieles al juramento que habían prestado a su difunto soberano. Solo estaba presente un gran personaje: Juan de Brienne, rey de Jerusalén, que había regresado hacía poco de la peregrinación a Santiago de Compostela, tras la cual había casado con una nieta de Blanca llamada Berenguela, como su madre; también estaban Juana de Flandes y Blanca de Champaña, su pariente; y, por supuesto, todo el grupo de los fieles de una lealtad sólida y sin ambigüedades —aquellos que se había visto en Bouvines o en La Roche-aux-Moines, que se encontraban tres años antes en una ceremonia parecida y que, ahora, trastornados, se reagrupaban en torno a la figura de fray Guérin—. La lealtad de estos era segura: Bartolomé de Roye, el camarero mayor, Roberto de Courtenay, el copero mayor, Mateo de Montmorency, el condestable, Juan Clemente, Juan de Beaumont, Guillermo de Barres el Joven, Juan de Nesle y ese Miguel de Harnes cuya vida era toda una epopeya, ligada a la de sus soberanos, una especie de Guillermo el Mariscal, que, por desgracia para nosotros, no tuvo como este un biógrafo. Sobre todo, Blanca tenía a su lado al cardenal Romano de Saint-Ange, el legado pontificio, que durante aquellos trágicos días fue para ella un sostén y un consuelo inesperados.

Vous aurex haut confort de Dieu le roi puissant
qu'il vous ait en sa garde, et tous vos beaux enfants.

[Tendréis gran consuelo de Dios, el rey todopoderoso,
que os guarde, así como a todos vuestros hermosos hijos].

Junto a estas adhesiones seguras y sólidas, muchas ausencias inquietantes: Hugo, conde de la Marca, y su esposa Isabel, no habían respondido a la invitación, igual que el conde de Bretaña, Pedro, que se apodaba el mal clérigo, «Mauclerc»; y cuántos otros también, entre los cuales algunos habían tenido el impudor de mandar decir que antes de cualquier coronación era preciso liberar a los condes de Flandes y de Boulogne, prisioneros desde hacía más de diez años.

Otro lugar vacío era también el de Teobaldo, conde de Champaña; pero por lo menos Blanca conocía la razón de esta ausencia. Al enterarse, la víspera, de que Teobaldo había enviado a sus servidores para que le preparasen un alojamiento en Reims, ella les había hecho saber su expulsión, sin contemplaciones, por medio del señor de la ciudad; sus pendones habían sido arrojados a la calle y sus servidores literalmente expulsados.

Le comte s'en est retourné
tout courroucé etforcené.

[El conde volvió sobre sus pasos
muy enojado y furioso].

Blanca no iba a perdonarle tan pronto el comportamiento que había tenido con su esposo.

«Regocíjate, Francia feliz». De nuevo, se cantaba el «acompañamiento del rey» mientras que, izado sobre su caballo por fray Guérin, el pequeño Luis IX, cetro en mano, ceñida la cabeza con la corona (para el cortejo se había previsto una corona más modesta que la de la ceremonia), respondía a las aclamaciones de la multitud.

Regocíjate, Francia feliz: ¡qué singular elección habían hecho al elegir esta antífona el clero y los chantres de Reims! ¿Podían regocijarse en esa coronación ahogada en lágrimas que ponía a la cabeza del reino a un niño, a una mujer y aun anciano? ¡Qué lúgubre contraste entre esta aclamación y el invierno que ya se anunciaba, con las ráfagas de viento que hacían caer las

últimas hojas muertas de noviembre! Regocíjate: delante de aquel cielo cargado de amenazas, en aquel país donde, en todos los horizontes, unos barones rebeldes tenían ahora ya el campo libre para tomarse una revancha sin duda largo tiempo meditada, ya se tratase del Sur albigense, del Poitou inglés, de Flandes o de Champaña, por no mencionar a Inglaterra, cuyo rey Enrique III se había guardado mucho de venir a cumplir con sus deberes de vasallo en la coronación de su soberano.

Regocíjate, Francia feliz: ¡qué error!

¡O qué extraña presciencia!…

4 - JAQUE A LA REINA

No ser ya la que secunda, sino la que decide. Pedir consejo y no ya aconsejar. Sentirse responsable de un rey, de un reino al propio tiempo que de sus casas, de sus tierras, de sus hijos, de todo ese mundo de parientes, de aliados, de clérigos, de servidores, de dignatarios con títulos diversos que gravitan entre y en torno a una familia señorial, tal es la tarea que aguarda a Blanca[83]. Las miradas antaño dirigidas hacia la pareja real ya no se encuentran más que con la mirada de ella. Miradas claras de Luis, de sus hermanos, de su hermana pequeña. Miradas de los íntimos que preguntan por la tarea del día; miradas de los mensajeros a los que se confía una misión delicada o que vienen a rendir cuentas de lo que han llevado a cabo. Miradas de los consejeros, unas veces aviesas, otras graves. Miradas taimadas o humildes de las gentes del común que vienen a «reclamar justicia» al Parlamento; miradas obsequiosas de los que imploran confirmación de privilegios; miradas ambiguas de tal o cual barón que presta juramento; miradas de soslayo, sorprendidas al desplazar una colgadura; miradas de rencor, de burla, de compasión a veces; miradas que desmienten las palabras, o que las apoyan.

Blanca está ahora ya sola para calibrar estas miradas, sola para discernir lo que revelan o lo que esconden; sola para leer en ellas la buena fe, la adulación, la codicia contenida; sola para intuir hasta qué punto una sonrisa puede ser fingida, lo que un saludo disimula de perfidia, lo que puede haber de rectitud en una actitud arrogante; sola para hacer frente a las miradas que excitarán sin motivo su piedad, con razón su indulgencia. Sola, sola, sola…

Como es mujer, muchas de esas miradas van a herirla, a turbarla, a engañarla; pero tal vez también, por ser mujer, sabrá más fácilmente distinguir entre esas miradas las que conviene aceptar y las que conviene ignorar; no ver más que lo que hay que ver, ver más allá de lo que mira. Y a

veces también —ese será su secreto desquite contra la soledad— su mirada sabrá despertar la turbación necesaria, imponer el respeto debido, provocar la emoción, serenar la pasión.

Sola, sola, sola… Pero la vida al lado de su esposo la ha preparado para tales enfrentamientos; él no le ocultó nada de los asuntos del reino: es esto lo que le va a permitir tener el reino bajo control.

Sola, pero no sin apoyos ni recursos personales. Los consejos expertos del cardenal de Saint-Ange, las sabias advertencias de fray Guérin, la afectuosa amistad que sabe puede inspirar, el afecto de sus hijos, el de Luis sobre todo, «al que ama más que a nada en el mundo» —otros tantos consuelos en su soledad—. Privada de lo esencial en su vida de mujer y de esposa, sabrá al menos reconocer, y aceptar, las ayudas que se le ofrecen, prestarles atención, extraer su fuerza de ellas. El acontecimiento que más que ningún otro podía temerse se ha producido, imponiéndole de paso una vocación que ella no ha elegido: la de tomar en su manos las riendas del destino del reino para llevarlo a buen puerto. Ahora bien, en esta tarea que deberá asumir a su pesar, que hubiera rehusado de haber podido elegir, he aquí que Blanca encontrará su verdadera vocación, la que habrá de darle, en la Historia, el renombre de la reina Blanca.

Los barones del reino fueron mantenidos largo tiempo a raya por el rey Felipe Augusto y por su hijo el León. Pero el orden no excluye los descontentos; estos no esperaban sino una oportunidad para estallar y el episodio del sitio de Aviñón así lo había demostrado; ahora iban ya a manifestarse de forma abierta.

Una gran partida de ajedrez se organiza por todo el reino. Aquí un castillo, allá una provincia —la rebelión un poco por todas partes—. Habrá que devolver golpe por golpe, un peón por otro peón, estar atento a la partida, al conjunto y a los detalles, imaginar las jugadas y neutralizar las audacias.

La primera decisión de la reina, una vez coronado su hijo, es una liberación: la puesta en libertad de un célebre prisionero, dado que se trata de Ferrán de Portugal.

Un gesto que, sin duda, era esperado; había sido preparado incluso por su esposo; y la coronación de un rey era por norma general una ocasión para conceder amnistías. Pero sí se considera en conjunto la vida de Blanca y el episodio que había de marcar sus últimos años, el gesto adquiere valor de símbolo; desde ese momento ya no resulta indiferente que fuera la *primera* decisión de su reinado.

Ferrán había, así pues, de abandonar, el día de la Epifanía del año 1227, la prisión del Louvre: volvería, con su consorte la condesa Juana, a su dominio de Flandes. Se le restituían, en efecto, todos sus derechos; Blanca iba incluso a hacer entrega al conde de la mitad de su rescate —veinte mil libras— y a dejarle disfrutar de las tres ciudades que eran su prenda: Lille, Douai, L'Ecluse; ella no conservaba en prenda más que el castillo de Douai; era añadir a los arreglos anteriormente previstos un favor suplementario. Previamente ella había enviado por prudencia a dos de sus allegados, Aubry Cornu y al panetero Hugo de Athies, a hacer prestar juramento de fidelidad al rey y a la reina a los habitantes de las principales ciudades de Flandes en el caso de que Ferrán y su mujer traicionaran de nuevo su deber. Pero ¿podía el conde de Flandes seguir pensando en traicionar? No era fácil que pudiera olvidar sus doce años de reclusión, así como tampoco el gesto de Blanca con él.

¿Tendría ella la misma indulgencia con Reinaldo de Dammartin, el conde de Boulogne? Este probablemente así lo esperaba. De la dura prisión de Péronne, donde le había hecho encerrar Felipe Augusto, había sido trasladado al castillo de Goulet, en Normandía, y llevaba mal su reclusión. Pero, contrariamente a Ferrán, había cometido un acto de felonía imperdonable; además, Blanca no podía liberarle sin desposeer a su cuñado Felipe Hurepel, a quien le había sido entregado el condado de Boulogne. Reinaldo no tardó en comprender que no le cabía esperar nada; el desventurado se suicidó en torno a la Pascua de 1227. Siniestras leyendas han circulado largo tiempo sobre el asunto del castillo de Goulet, testigo de este suicidio que en aquel entonces era un acto más bien raro y que conmocionó a los contemporáneos.

Bien est Y ranee abâtardie,
seigneurs barons, entendez,
quand femule l'a en baillie
et telle que vous savez…

[Quiero que sepáis, señores barones,
que muy bastardeada está Francia
cuando una mujer la tiene en bailiazgo
y tal como vosotros sabéis…].

Blanca está al acecho: los sitios dejados vacíos con ocasión de la coronación son los de los señores revoltosos. Hugo de Lusignan no ve nada,

no escucha nada, no hace sino lo que quiere su mujer Isabel de Angulema; ahora bien, esta no olvida que ha sido reina de Inglaterra y tiene a las gentes allegadas a ella a su merced. Hugo acaba de firmar un tratado de alianza con otros dos poderosos señores del Oeste, el vizconde de Thouars y el señor de Parthenay. Unos nombres que resultan familiares para quienes tomaron parte, aunque fuese a distancia, en los acontecimientos de La Roche-aux-Moines; desde Poitou hasta Inglaterra, a pesar de la geografía, solo hay un paso, paso que ha sido ya dado, ya que el propio hermano del rey Enrique III, Ricardo de Cornualles, que desembarcó en el continente dos años antes, hace ostentación con insolencia del título de conde de Poitiers; afirma haberlo recibido de su tío, su predecesor por el nombre, Ricardo Corazón de León.

Ahora bien, hay alguien que está dispuesto a hacer de lazo de unión entre los barones del Oeste e Inglaterra; y este no es otro que Pedro, el conde de Bretaña, «Mauclerc».

Un ser peligroso donde los haya, ese Mauclerc: uno de esos hijos segundones insaciables, cuyo apetito se ve agudizado en proporción a cuanto se les da para apaciguarlos. Pedro ha sido bien provisto. Son tres hermanos: el mayor, Roberto, apodado Gâteblé[84], ha recibido el condado de Dreux; el más joven, Enrique de Braisne, que entró en religión, acaba de ser elegido por los canónigos arzobispo de Reims; queda Pedro que, a falta de herencia personal, ha sido bien provisto por su matrimonio: el rey Felipe, en efecto, le hizo casarse con la heredera de Bretaña Alix. Esta había muerto cinco años antes, dejándole tres hijos: Juan, llamado el Pelirrojo, Arturo y Yolanda; el mayor de ellos recibirá el ducado de Bretaña, cuya custodia tiene su padre. Una custodia que no dejaría a nadie del mundo, pues se comporta allí como barón autoritario, incluso como déspota. La iglesia de Nantes bien duramente que lo ha experimentado. Pedro ha hecho demoler parroquias para levantar las murallas de sus castillos y manda a prisión a los clérigos que murmuran; ¡ha amenazado incluso a un párroco, que se negaba a dar tierra sagrada a un usurero, de hacerle enterrar vivo con el cadáver de este último! ¿Debe su apodo de «mal clérigo» al hecho de que entró primero en religión? ¿Es cierto que había estudiado en la Universidad de París? No lo sabemos. El caso es que la noticia de sus diferencias con el clero ha acabado por llegar hasta la misma corte de Roma. Vasallo fiel, por lo demás, combatió al lado de Luis VIII con valentía irreprochable: ya fuese en Flandes, en Anjou o en Inglaterra.

Pero la estancia en Inglaterra, precisamente, despertó en él su ambición. Los duques de Bretaña son también condes de Richmond, ¿y de qué acaban de enterarse? ¡Pues de que Pedro ha prometido a su hija Yolanda con Enrique

III, el mismísimo rey de Inglaterra! Uno y otra no esperan sino la autorización pontificia para celebrar las nupcias, pues son parientes en un grado prohibido por la Iglesia. Ahora bien, circula una leyenda a la que Pedro Mauclerc no puede sino prestar oídos complaciente: la casa de Dreux, de la que desciende, es de origen real; Roberto, primer conde de Dreux, era hijo de Luis VI el Gordo. No falta quien murmura: es el hijo mayor, pero se le descartó en favor de Luis VII, por ser menos inteligente que este. Así las cosas, en un momento en el que Francia se encuentra gobernada por una mujer y un niño, ¿no hay una reivindicación que hacer? Pedro Mauclerc es el hombre de las reivindicaciones; se pasa la vida reivindicando.

Blanca, que le conoce lo bastante como para desconfiar de él, ha sido mantenida al corriente de las alianzas selladas en el antiguo reino Plantagenet y he aquí que ante las últimas noticias se perfila una verdadera conjura: Mauclerc ha atraído a sus redes al mismísimo conde de Champaña, Teobaldo. Es un motivo más que suficiente para lamentar el ataque de ira que le impidió comparecer en la coronación.

Su aliado Enrique de Bar ha sido ganado también para la causa; dentro de poco tiempo el dominio real se encontrará atrapado entre dos frentes enemigos.

Blanca no esperará a la primavera. A partir de finales de enero convoca a sus vasallos y no tarda en ponerse ella misma en camino, con su hijo el rey, pero también con los barones leales: en primera línea su cuñado Felipe Hurepel y Roberto Gâteblé, el hermano mayor de Mauclerc. Blanca y Luis son recibidos el 20 de febrero en la iglesia catedralicia de Tours y realizan una peregrinación al monasterio de San Martín, por quien toda la región siente gran devoción. Al día siguiente, están en Chinon, el antiguo castillo de los Plantagenet, luego se dirigen a Loudun. Los rebeldes han concentrado su ejército en Thouars; es decir, que fuerzas reales y fuerzas señoriales se espían de muy cerca. Comienza entonces un asombroso movimiento de peones sobre el tablero de ajedrez; las cinco o seis leguas que separan una ciudad de otra son pronto recorridas por mensajeros cuyo lugar de encuentro favorito ha sido fijado no lejos de Curçay, a la vuelta de un excelente punto de observación sobre el valle del Dive. ¿A quién confiar las negociaciones? En el bando de los conjurados la elección recae en Teobaldo de Champaña; es un allegado de la corte. Pronto se les provee, a él y al conde de Bar, de sendos salvoconductos en regla; a ellos les corresponde negociar. En efecto, negocian y Blanca los recibe en persona.

Ahora bien, ¿qué sucede al cabo de unos días? En el campamento de los rebeldes han comenzado a preguntarse si las negociaciones no marchan quizá demasiado bien; el conde Teobaldo se muestra dispuesto en todo momento a cruzar el Dive, y Ricardo de Inglaterra, que ha conseguido sublevar al inquietante personaje medio barón, medio salteador de caminos, que responde al nombre de Savary de Mauléon, se pone de acuerdo con este último. Ambos tienen la misma impresión: desde el momento en que Teobaldo de Champaña ha podido volver a ver a Blanca, su prima y su Dama, no las tiene ya todas consigo. Su inquietud contagia al resto de señores levantiscos, hasta el punto de que un buen día Teobaldo y Enrique de Bar, de regreso a Curçay, se huelen una emboscada y se dan media vuelta; cuando se presentan de nuevo en Loudun, ya no es como negociadores, sino esta vez para pedir asilo y el apoyo del ejército real; reciben, inútil es decirlo, la más benevolente de las acogidas:

Dame en qui est tout honneur assagi
[…] Si Fine Amour vous a de moi saisie
ne me mettez pour ce de vous arrièr
Votre hom devins loyal, de vrai courage
d'une chanson rendue à héritage
un jour de mai.

[Dama que todo honor conoce.
[…] Si Perfecto Amor me ha hecho cautivarme de vos,
no por eso me releguéis.
Vuestro hombre se volvió leal, de un valor verdadero
por una canción dada en herencia un día de mayo].

¡Qué gran despecho para Mauclerc! No le faltaba razón al conde Ricardo; en lo que a Teobaldo se refiere, Blanca posee un arma secreta; este deja de mostrarse seguro no bien se encuentra en presencia de la reina.

¿Cómo terminar una partida mal planteada? Blanca ofrece la posibilidad a los conjurados de venir a encontrarse con ella en Loudun. Ellos se niegan y proponen Chinon. Se acepta Chinon; pero el día fijado los barones, que no han digerido el agravio sufrido, no se presentan; se establece una nueva cita en Tours, pero de nuevo no hacen acto de presencia. Esta vez la reina Blanca pierde la paciencia: les ordena comparecer en Vendôme, si no el ejército real entrará en acción. Mauclerc se resigna. Presenta su sumisión en Vendôme juntamente con su compañero Hugo de la Marca. Todo termina el 16 de marzo de 1227 con un tratado en debida regla. Como siempre en la época, las

discordias se saldan con enlaces matrimoniales. En Vendôme se da buena prueba de ello: hay previstos tres matrimonios. Yolanda, la hija de Mauclerc, en vez de con el rey de Inglaterra casará con un hijo de Francia, Juan, al que le han sido prometidos Maine y Anjou. Su joven hermano Alfonso se unirá con Isabel, la hija que Isabel de Angulema ha tenido con el conde Hugo de Lusignan, y otra Isabel, la única hija de Blanca, casará con otro Hugo, hijo del anterior. Así dos infantes y una infanta reales se unirán en matrimonio con los hijos de los señores rebeldes; la amenaza del matrimonio inglés se ve alejada, y Poitou vuelve a encontrarse dentro de la órbita del dominio real. Ricardo de Cornualles, sintiéndose desde ahora un tanto aislado, no tiene más remedio que firmar una tregua y regresar a Inglaterra. Tras lo cual, Blanca, comprendiendo que no es momento aquel de hacer economías, se apresura a entregar tierras a Roberto de Dreux, dinero a Felipe Hurepel y, a los burgueses de La Rochelle que han permanecido fieles al rey de Francia en medio de muchas tentaciones, concederles exenciones de impuestos.

La primera partida ha sido indiscutiblemente ganada por la reina. Sin derramar una gota de sangre, ha desbaratado una verdadera conjura. Pero sería desconocer quién es Mauclerc si no esperara de él un desquite. ¿Qué le ha faltado para tener éxito? Haber podido contar con Teobaldo; este lo pagará muy caro algún día. Mientras, el gran daño sufrido por los rebeldes se ha debido a su propia falta de acuerdo. Cada uno de ellos temía que el otro fuera a eliminarle en caso de vencer. No había, por tanto, nada mejor que hacer que dirigir los ataque contra el joven Luis IX: asegurarse su persona, alejarle de su madre. Mantener al rey, pero gobernar en su nombre el reino: programa a buen seguro más hábil y sutil que el que consistía en rebelarse abiertamente.

Roí, ne croyez míe
gens de femenie,
mais faites ceux appeler
qui armes sachen porter[85]

[Rey, no creáis
al género femenino,
sino mandad llamar
a quienes saben empuñar las armas].

Avergonzando a este muchacho por seguir pegado a las faldas de su madre será probablemente fácil hacerse escuchar. El joven Luis está

justamente haciendo la ronda de sus dominios y llega de visita a Orleáns. Los barones le han hecho saber «que su madre la reina Blanca no debía gobernar algo tan grande como era el reino de Francia y que no le correspondía a una mujer hacer tal cosa». Manda responderles el rey que él no tiene necesidad para gobernar de otra ayuda que la «de las buenas gentes de su Consejo». Pero está en guardia y cuando, al llegar a Chatres (Arpajon), tiene noticia de que un poderoso ejército se ha concentrado en Corbeil, juzga, prudente pese a los trece años con que solo cuenta, que su exigua escolta no estará en condiciones de darle protección. ¿Qué hacer? El castillo de Montlhéry se encuentra allí muy cerca, con sus imponentes torres; este castillo, cuya historia el joven Luis ha oído contar en más de una ocasión, así como también los desvelos que causara en otro tiempo a su antepasado Luis VI el Gordo, impidiéndole circular en paz entre París, Etampes y Orleáns, se convertirá en el refugio de la dinastía. Luis se dirige a él a toda prisa, hace levantar el puente levadizo y proteger las almenas, y a continuación envía a su madre, que se ha quedado en París, dos mensajeros para que le den cuenta de lo que sucede.

Como siempre, Blanca se hará una rápida composición de lugar de la situación. No le da tiempo de convocar a los vasallos y no está dispuesta a dejar que los conjurados pongan sitio en toda regla a Montlhéry. En París, ella se sabe amada; ha pasado allí la mayor parte de su infancia y de su juventud. Ella, que no ha dejado de vigilar amorosamente los progresos de la catedral próxima a palacio, cuya fachada acaba de ser terminada y que ahora se levanta hasta una bonita galería abierta con unas finas columnitas, ha sido recibida poco tiempo antes en la llamada Cofradía de Notre-Dame de los sacerdotes y burgueses, una asociación caritativa que reúne a clérigos y seglares. Apelará al pueblo de París. Convoca a los burgueses, les informa de la emboscada en la que ha estado a punto de caer su hijo; todos se declaran dispuestos a prestarle ayuda. Y aconsejan a la reina que convoque también a «los municipios de Francia», es decir, de la Île-de-France. «La reina envió al punto sus cartas por toda la región circundante pidiendo que acudieran en ayuda de las gentes de París a fin de liberar a su hijo de los enemigos. Así se reunieron de todas partes en París caballeros de toda la región y otras buenas gentes. Una vez juntos todos ellos, se armaron y salieron de París con los estandartes desplegados y se pusieron en camino yendo directamente a Montlhéry. Tan pronto como se pusieron en marcha, llegó la noticia a los barones; estos temieron grandemente la llegada de tales gentes y se dijeron que no contaban con fuerzas suficientes para poder combatir contra ellos.

Partieron, así pues, y se fueron cada uno a su región, y los de París llegaron al castillo de Montlhéry. Encontraron allí al joven rey; le llevaron a París en apretadas filas y prestos a presentar batalla si era preciso[86]».

Blanca había apelado al pueblo, y no lo había hecho en vano; la fallida emboscada se transformaba en un triunfo popular que impresionó vivamente a los contemporáneos, empezando por el propio joven rey; mucho más tarde, era uno de esos recuerdos sobre los que volvía con agrado en sus conversaciones con el señor de Joinville: «Desde Montlhéry, el camino estaba totalmente abarrotado de gentes de armas o sin ellas hasta París, y todos exclamaban que Dios Nuestro Señor me diera feliz y larga vida y me defendiera y me guardara de mis enemigos[87]».

Pocas escenas sin duda más adecuadas para impresionar la imaginación y la sensibilidad de un muchacho de aquella época; cuando más tarde Luis IX «ponga en peligro su vida por su pueblo» —cosa que Joinville le vio hacer en cuatro ocasiones, según dice él expresamente—, al sentimiento del cumplimiento del deber de su cargo se suma sin duda el de haber contraído en otro tiempo una deuda de gratitud con este pueblo.

Aunque derrotados por segunda vez por una fuerza que no sospechaban, los barones rebeldes no deponen las armas. Su furor se redobla contra «Doña Hersent» —tal es el nombre de la loba en el *Román de Renart*, que hace furor en aquel momento entre la burguesía—. Y también hace furor la maledicencia contra la reina; esa extranjera que gobierna el reino, ¿acaso no ha hecho impúdicamente alarde de su relación con el conde de Champaña? ¿Y quién sabe, después de todo, si el conde no estaba en connivencia con ella para eliminar a su esposo, el rey Luis VIII, a quien aquel traicionara cobardemente en el sitio de Aviñón? Por otra parte, despilfarra los bienes del reino; predica el ahorro a su hijo el rey, pero ella se muestra muy generosa con la corte de Castilla y con el conde Teobaldo.

De ma dame vous dis-je voirement
qu'elle aime tant son petit enfançón
que pas ne veut quil travaille souvent
a départir l'avoir de sa maison.
Mais elle en donne et départ à foison,
moult en envoi en Espagne
et moult en met a renforcer Champagne[88].

[De mi dama os digo de verdad
que ama tanto a su hijo pequeño
que no quiere que se dedique a menudo
a repartir los haberes de su casa,
cuando ella los da y reparte a manos llenas,
mucho envía a España
y mucho emplea en reforzar Champaña].

La atención de Blanca se había visto despertada por la insólita actividad que se manifestaba desde hacía algún tiempo en las tierras del conde de Boulogne Felipe Hurepel; este hacía fortificar Boulogne; levantaba un recinto amurallado y un castillo en Calais; ampliaba las fortificaciones de Hardelot y también de otros lugares. Tal cúmulo de piedras y vigas no auguraba nada bueno. Desde la muerte de Reinaldo de Dammartin, Hurepel no tenía ya que temer que se le obligara a restituir su condado; ¿no se encontraba por ello más inclinado a prestar oídos al conde de Bretaña, el cual, pese a los acuerdos de Vendôme, no había depuesto realmente las armas? En suma, ¿por qué la guarda y custodia del reino y la del joven rey no podía ser ejercida por un barón como Felipe, designado por razones de sangre, aunque fuera bastardo, más que por una mujer? ¡Y por si fuera poco extranjera! O entonces, ya que hacía falta un rey, ¿por qué no uno de los barones? Varios de ellos se sentían totalmente dispuestos a asumir la carga real en un tiempo en que la dinastía parecía recaer sobre una hembra; y entre todos ellos el nuevo aliado que Mauclerc, infatigable conspirador, había conseguido poner de su lado: Enguerrand III de Coucy. Este era un pariente próximo, descendiente también de Luis VI por línea materna, al ser hijo de Alix de Dreux. Lo que convenía era urdir una conjura de gran envergadura, y actuar esta vez por medio de las armas, sin dejarse ya embaucar por «Doña Hersent». No faltaban los descontentos en el reino, y fuera de él había alguien que no aguardaba sino el final de las treguas para reanudar las hostilidades: el rey de Inglaterra. Para las fiestas de Navidad, cuando celebró cortes en Oxford, en 1228, el joven

Enrique III recibió unas delegaciones de gentes de Burdeos, de Guyena, de Poitou, de Normandía que le rogaron que diera prueba de su fuerza desembarcando en el continente.

Blanca, alertada por los preparativos y las idas y venidas insólitas que sorprendía aquí y allá, disponía también a sus peones sobre el tablero; ella había experimentado ya lo que podía ser el apoyo de los municipios y es a las gentes de estos a las que se dirige. Durante el mes de octubre de 1228, se ruega a los bailes reales de entre el valle del Sena y las fronteras de Flandes que se presenten ante los regidores y alcaldes de las principales ciudades y que se obtenga de ellos un juramento de fidelidad a la reina y a su hijo. Era ya un signo de que, entre la burguesía y el rey, se iniciaba una alianza de la que el tiempo se encargará de demostrar hasta qué punto estaba cargada de promesas. ¿Qué hará más tarde un rey como Luis XI, sino retomar el ejemplo dado por la reina Blanca? Sin hablar, claro está, de Luis XIV, que elegirá a todos sus ministros sin excepción de entre los burgueses del reino. Las circunstancias son evidentemente muy distintas en cada caso, pero con una constante: tener en jaque a una nobleza cada vez más levantisca, insoportable, y que solamente persigue sustraerse a la autoridad real.

En unos cartapacios de los Archivos Nacionales se encuentra, actualmente, bajo forma de pequeños fragmentos de pergamino, provistos cada uno de ellos de los correspondientes sellos del municipio, el testimonio de la fidelidad prometida en otro tiempo por los burgueses, los de Amiens y los de Compiégne, los de Senlis y los de Arrás, los de Montreuil-sur-Mer y los de Tournai; todas estas ciudades (son veintiocho, cuya acta original de prestación de juramento se puede encontrar así fácilmente), que han rechazado por sí mismas y a veces en una época muy anterior (era algo que se había hecho unos doscientos años antes para San Quintín) la autoridad de su antiguo señor o bien comprado su libertad, se declaran dispuestas a defender a su joven rey y a su madre.

Esta se siente más fuerte ante la idea de los apoyos prometidos, y prometidos sin poner condiciones, lo que prueba la confianza que las gentes de los municipios tienen en la dinastía[89].

Por su parte, los barones se organizan y establecen entre sí una línea de conducta muy precisa para evitar de este modo que se repitan las decepciones anteriores: Pedro Mauclerc tomará la iniciativa de las hostilidades. Es de prever que la reina, para responderle, convoque a la «hueste» señorial, la ayuda militar que le deben sus barones. Estos no dejarán de responder a este llamamiento; se dirigirán a la convocatoria de la corte, pero cada uno no

llevará consigo más que a dos caballeros y de este modo no podrán ser acusados de haber faltado a su juramento para con el rey. Pero «Doña Hersent» se verá burlada y, al no disponer de fuerzas armadas sino en un número ridículamente insuficiente, deberá o bien capitular o bien pasar por el aro. Jaque mate. ¿No es hora ya, al fin y al cabo, de que la dinastía de Hugo Capeto, elegida por los barones y que les debe su entronización, ceda en la actualidad su sitio a otra dinastía más joven y más fuerte?

Se acercaba el final del año. Debiendo celebrar cortes por Navidad en Melun, el joven Luis IX convocó a Pedro Mauclerc para el 31 de diciembre. Este no se presentó. Era el inicio de las hostilidades previstas. Blanca no espera nada más. Segura ahora ya de la fidelidad de los municipios y del pueblo llano en toda la región del norte y del este del dominio real, ha decidido ir a sorprender a Mauclerc en sus propias tierras. Y no será poca su sorpresa, pues contrariamente a las previsiones de los conjurados, el ejército que ella envía es imponente. ¿De dónde salen estos imprevistos refuerzos? Cabía suponerlo, el conde de Champaña está allí, y ha llevado con él no a dos caballeros como era el caso de los rebeldes, ni tampoco a trescientos como escribirá más tarde Joinville, que no conoció el episodio más que de oídas, por ser entonces demasiado joven, sino a unos ochocientos caballeros tal como lo prueba la lista de inscripción que ha llegado hasta nosotros[90].

Más allá de Chartres y de Nogent-le-Rotrou, en el camino de Bretaña, en plena región del Perche confiada antaño por el rey Felipe a Pedro Mauclerc, se alza el castillo de Belléme, que, no obstante los compromisos contraídos con su soberano, el conde se ha apresurado a fortificar hasta el punto de que se considera inexpugnable. Este será el objetivo de la primera expedición militar llevada a cabo personalmente por Luis IX; no cuenta aún quince años, pero sabe que a su edad su abuelo Felipe libraba también sus primeros combates.

Su objetivo es, por otra parte, audaz: sin hablar de las defensas del castillo, estamos en pleno mes de enero, y el invierno promete ser crudo. El duque de Bretaña, que ha comenzado a asolar aquí y allá las tierras del rey de Francia a su alcance, no se esperaba una reacción antes de primavera. El rey sabe que el sitio puede ser largo. Sienta precavidamente sus reales, siguiendo los consejos del mariscal de Francia —probablemente Juan Clemente, viejo guerrero curtido—, en las casas de las aldeas de los contornos o bien en tiendas de campaña, que era lo corriente; se organizan los vivaques; se hace traer de los caseríos de alrededor todo lo que hombres y caballos precisan. Saint-Martin-du-Vieux-Belléme, Saint-Jean-de-la-Fóret, Saint-Ouen-de-la-

Cour, Sérigny y otras aldeas se ven obligadas a hacer su contribución. Y, mucho más tarde, con ocasión de las investigaciones reales, la población enumerará siniestros recuerdos de los daños sufridos: tanto los parroquianos de San Salvador y de San Pedro de Belleme, que vieron arder sus casas por orden del conde de Bretaña, como los que tuvieron que responder a las requisas de los servidores del rey. Se instalan, pero no con ánimo alegre, pues está cerca también el invierno; hace un frío de helarse las piedras; hay que romper el hielo de los abrevaderos; los sitiadores están literalmente paralizados por el helor.

Blanca ha venido a supervisar en persona las operaciones. Es consciente de la situación crítica en que se encuentra, y con ella su hijo y todos cuantos ella ha expuesto a los peligros de una expedición que debe ser un éxito; la suerte del reino depende de ella.

Así lo consideraría cualquier jefe de ejército. Pero ella no es un jefe de ejército cualquiera y en ese mismo momento, más que un reflejo de estratega, tiene una reacción de mujer: esas gentes padecen frío, ante todo hay que procurar que estén caldeadas. La cordura, reforzada por el sentimiento maternal: «Hizo tanto frío que hubiera resultado muy peligroso para hombres y caballos de no haber estado la reina Blanca al frente del sitio del castillo. Hizo dar voces entre el ejército de que todos los que quisieran ganarse unos dineros fueran a talar árboles, nogales y manzanos, y todo cuanto encontraran de madera para quemar, y la trajeran al campamento. No bien lo hubo mandado, los más modestos servidores del ejército fueron a talar lo que encontraron y lo enviaron en carretas y a lomos de caballo al campamento. Y los soldados hicieron grandes fogatas cerca de las tiendas y de los pabellones, para que el intenso frío no afectara a hombres y caballos**[91]**».

El bosque de Bellême, que está allí muy cerca, e incluso en la ciudad y en el burgo vecino de Sérigny las vigas de las viejas casas proporcionan combustible al ejército, y las «grandes fogatas» que se encienden por todas partes devuelven los ánimos a los hombres y a los caballos. Belléme, la fortaleza inexpugnable, se rendirá al cabo de dos días de asalto. Al tiempo que perdona la vida a la guarnición, Luis puede decirse que el primer éxito militar se lo debe a un gesto maternal de la reina Blanca. Y los habitantes del lugar, conscientes de lo que le deben, levantarán posteriormente una cruz en recuerdo de ese sitio llevado tal como puede hacerlo una mujer; a través de los siglos se la sigue llamando «la Croix-feue-Reine» [‘la Cruz-fuego-Reina’].

La noticia no ha tardado en correr por los contornos; el señor del castillo de La Perriére, al oeste de Belléme, Hugo el Rubio, se apresura a hacer entrega al rey de las llaves de la fortaleza, mientras que Blanca envía contra uno de los aliados de Mauclerc, el señor de la Haie-Paynel, que posee importantes tierras en Inglaterra, a su baile de Gisors, Juan de las Viñas. Le basta con presentarse en nombre de la reina para que, muy sorprendido al tener noticia del éxito alcanzado por la tenacidad de Blanca en pleno invierno, la Haie-Paynel se rinda igual que La Perriére.

«Me decíais que ese joven rey no conseguiría ayuda alguna de sus hombres: veo que cuenta con más gentes de las que vos y yo tenemos», escribía agriamente, al conde de Bretaña, el rey de Inglaterra al cabo de un cierto tiempo.

Un fuerte ejército, pero ¿de dónde nace dicha fuerza? La rabia que sienten en su corazón desde su derrota tanto Mauclerc como sus compañeros la dirigen contra aquel al que hacen responsable de ella, el conde Teobaldo de Champaña. Ha sido él, ese gordinflón enamorado, quien ha hecho fracasar el dispositivo preparado. Le va a costar caro. «Conde Teobaldo, dorado de envidia y adornado de felonía, no debéis la fama a vuestras hazañas de caballería, sino a vuestro conocimiento quirúrgico». Ya se le consideraba un envenenador en la época; «si vuestro señor hubiera seguido con vida, habríais sido desheredado». Y los barones dirigen sus armas contra Champaña. Precisamente Teobaldo, que carece de todo instinto político, se ha malquistado recientemente con el conde Hugo de Borgoña; peor aún, en un injustificable ataque de cólera, Teobaldo mandó prender a Roberto de Auvernia, el arzobispo de Lyon, a quien acusa de conspirar contra él con los borgoñones. Un rapto en toda regla; el arzobispo fue asaltado en el momento en que atravesaba Champaña; tras ser apresado, fue trasladado de noche, con los ojos vendados, a un castillo donde le mantuvieron como rehén, y allí se habría quedado probablemente algún tiempo de no haber tenido un liberador inesperado, el conde de Bar, quien, indignado por aquel modo de proceder, le hizo liberar. De golpe, el conde Teobaldo se encuentra con tres nuevos enemigos: el duque de Borgoña, el arzobispo y el conde de Bar, que hasta aquel momento había sido aliado suyo. Se convierte en el blanco de las burlas, de los epigramas y romances que circulan desde los castillos hasta las ferias contra el barón, «viejo y sucio y abotargado» (la gordura de Teobaldo que, dicho sea de paso, no tiene treinta años en aquel entonces, será toda su vida objeto de bromas).

¡Y si aún se hubieran limitado a las palabras y a los poemas! Pero sin más pérdida de tiempo el duque de Borgoña y el conde de Nevers se han puesto a invadir Champaña; han saqueado Saint-Florent, prendido fuego al castillo de Ervy y atacado Chaource. Un nuevo romance corre por castillos y burgos mostrando a Teobaldo, desnudo, en busca de amigos que puedan venir en su ayuda.

Lors dit le comte á son ribaud[92]*:*
«Compagnon, je vois bien á plein
que d'une denrée de pain
rassasierais tous mes amis;
je n'en ai nul, ce m'est avis,
et je n'ai en aucun fiance
hors quen la reïne de Franee».
Elle lui fut loyale amie:
Bien montra quel ne le hait mie,
par elle fut finée la guerre
et conquise toute la terre.

[Cuando dice el conde a su ribaldo:
«Compañero, bien claro veo
que una hornada de pan
bastaría para saciar a todos mis amigos;
yo no dispongo de ninguna, me parece a mí,
y no tengo puesta ninguna confianza
más que en la reina de Francia».
Ella le ofreció su leal amistad:
le dio prueba de no odiarle en absoluto,
por ella terminó la guerra
y fue conquistada toda la tierra].

Y el rimador concluye con dos versos llenos de sobreentendidos:

Maintes paroles l'on dit en
comme d'Yseult et de Tristan.

[Mucho se habló de ello
como de Tristán e Iseo].

Es evidente que, si Blanca sabe actuar como madre, también sabe hacerlo como mujer —entendido esto en el sentido que cabe entenderlo en el siglo del amor cortés—. El caso es que, sin más tardanza, ella y su hijo dirigen sus huestes hacia Champaña. Al cabo de algunos días, ella se encuentra en Troyes. Por otra parte, contra Felipe Hurepel, que se ha aliado abiertamente con los enemigos del champañés, Blanca ha lanzado a ese antiguo enemigo que ha convertido en amigo suyo, Ferrán de Flandes. Ferrán ha emprendido la ofensiva a su llamamiento, marchando sobre Calais, incendiando de paso el castillo de Marck y la alquería de Oye. El trovador de Reims había de contar poco más tarde las vacilaciones de Felipe:

«Aconsejaron a la reina que ayudara a defender las tierras de Champaña y de Brie, pues el conde de Champaña era pariente suyo y hombre del rey. Ella mandó reunir un gran ejército a cuatro leguas de Troyes, y hacia allí se fue el rey con ella. Mandó decir al conde de Boulogne y a los barones que no osaran destrozar nada en el feudo del rey, y también que estaba dispuesta a interceder ante el conde si sus demandas eran justas. Y ellos le respondieron que no pleitearían, y dijeron que era algo propio de mujer el preferir de buen grado a aquel que había sido la causa de la muerte de su esposo a otro.

»Entonces, el conde de Boulogne, que había caído ya en la cuenta de su traición, respondió diciendo: "A fe mía, que estáis en un error. Es inaceptable lo que le reclamáis al conde. Y, por otra parte, cometeríamos perjurio para con el rey si en adelante actuásemos indebidamente a pesar de la ayuda que él nos ha prestado. Además, el rey es mi sobrino, hijo de mi hermano; es mi señor y yo su vasallo. Por eso os hago saber que ya no soy vuestro aliado ni estoy de acuerdo con vosotros, sino que estaré con el rey con todo mi leal poder". Cuando los barones oyeron hablar así al conde, se miraron unos a otros boquiabiertos y le dijeron al conde que era su jefe: "Señor, nos habéis dejado malparados, pues vos vais a tener paz con la reina, mientras que nosotros perderemos nuestra tierra". "En el nombre de Dios —dijo el conde —, más vale abandonar esta locura que proseguirla". Al punto, manda escribir una carta diciéndole a la reina que no es su deseo infringir sus órdenes ni las del rey, sino que está totalmente dispuesto a cumplirlas. En cuanto la reina supo esto, sintió gran contento, y el conde de Boulogne se separó de los barones y estos se marcharon, yéndose cada uno a sus tierras con el corazón encogido. Pues no habían conseguido lo que pretendían y se habían ganado la inquina de la reina que sabía odiar y amar a aquellos y a aquellas que se lo merecían, y pagar a cada uno según sus obras[93].

De hecho, Felipe no se había mostrado con los poco sagaces barones un aliado muy resuelto; el ejemplo de Ferrán fue una lección provechosa para él; no insistió. Por su parte, Hugo de Borgoña no tenía ningún interés en ir al encuentro del ejército real: firmó la paz. Hubo un verdadero cruce de alianzas renovadas y de alianzas rotas, de propuestas de treguas y de amenazas de guerras. Algunos barones llegaron, si hemos de creer a los cronistas de la época, a pedir incluso en persona a la reina Blanca licencia para dirimir sus diferencias con el conde de Champaña mediante un duelo judicial. Fue sin duda en esta ocasión cuando el bilioso poeta llamado Hugo de la Ferté compuso un nuevo romance mostrando a la reina tan altiva que no se digna responder siquiera a la petición hecha por los señores:

Car tous les hait et dédaigne.
Bien y parut l'autre jour á Compiègne
quand les barons ne purent droit avoir:
Ne les daigna regarder ni voir.

[Pues a todos los odia y desdeña.
Bien se vio el otro día en Compiégne
cuando los barones no pudieron hacer valer su derecho:
no se dignó siquiera mirarles ni verles].

A comienzos del siglo XIII, el duelo judicial era un tipo de solución ya muy en desuso: ¡designar a unos campeones y quitarle la razón a aquel de ellos que fuera vencido, era como volver a los tiempos merovingios! Se comprende que Blanca no opusiera más que un silencio desdeñoso a estas reaccionarias propuestas. Lo cual prefigura curiosamente el día en que, por medio de una simple ordenanza, su hijo el rey pondrá fin en las instituciones a una práctica ya desaparecida de las costumbres.

Pero Mauclerc no se daba, sin embargo, por vencido; en el mes de octubre de 1229, llegaba a Inglaterra. Se trataba de despejar las últimas dudas de Enrique III y de convencerle de que llevara a cabo un desembarco. Era, esta vez, la típica traición. Es cierto que el rey Enrique hacía de todas formas preparativos para recuperar lo que su padre perdiera en otro tiempo, y la invasión tendría lugar tarde o temprano. Precisamente, acababa de tener una escena espantosa con su señor de horca y cuchillo Huberto de Bourg —el que antaño defendiera tan lealmente la fortaleza de Douvres e hiciera posible su coronación—, a quien le reprochaba haber preparado la partida con desidia:

las naves que había reunido en Portsmouth distaban mucho de ser suficientes para el transporte del ejército que se necesitaba para la invasión. ¡En su furor, el joven rey llegó a acusar a su viejo ministro de haberse dejado comprar por la reina de Francia! ¡Ella, siempre ella!

La llegada de Mauclerc devolvió el optimismo al rey. Los dos compadres decidieron preparar conjuntamente la invasión para Pascua del año siguiente y, mientras tanto, Pedro regaló a Enrique III su ducado de Bretaña.

Había que retomar de nuevo las armas y, a ser posible, adelantar el desembarco inglés. Enrique III llevaba a cabo los minuciosos preparativos y ya no disimulaba su ambición de ver pasar la corona de Francia a su propia cabeza: entre sus bagajes, junto a la vajilla de plata que se llevaba, había mandado incluir un manto real de paño de seda blanca, un cetro, un bastón de mando de plata sobredorada, unas sandalias de gala y unos guantes. Si Enguerrand de Coucy seguía teniendo aspiraciones al trono, era evidente que iba a tener un competidor.

Pero allí estaba Blanca, y desde el mes de enero de 1230 el rey Luis se encontraba en Saumur a la cabeza de las tropas reales; luego llegó a Angers. A él le correspondían las armas, a Blanca los tratos. Ella conseguiría separar de Mauclerc incluso a sus allegados, como su cuñado Andrés de Vitré, y pronto, ¡oh sorpresa!, firmó un tratado con el conde de la Marca en persona, que parecía ganado fácilmente para la alianza con los Plantagenet. Otros dos señores de Poitou, Raimundo y Guido de Thouars, se sumaron muy pronto a este tratado de Clisson. Al mismo tiempo, Luis IX arrebataba sucesivamente al conde de Bretaña Ancenis, Oudon y Champtoceaux, mientras Enrique III —¿prudencia o inconsciencia?— se dedicaba a hacer en el Oeste de Francia un paseo militar sin parecer tener ninguna prisa por encontrarse con las tropas reales. Pone sitio y toma en el mes de julio la pequeña fortaleza de Mirambeau, baja hasta Burdeos y se queda allí durante algún tiempo, para regresar posteriormente a Nantes y, por último, se vuelve a embarcar hacia Saint-Malo para volver a encontrarse el 28 de octubre en sus dominios insulares. La expedición anunciada de manera tan clamorosa se había visto abortada; era el parto de los montes.

Sin duda, la defección de Felipe Hurepel —que tuvo lugar en otoño tras un nuevo ataque contra los dominios del conde Teobaldo y un avance de los ejércitos reales sobre Troyes— tuvo algo que ver en la espantada del rey de Inglaterra. Dejaba, en cualquier caso, a sus partidarios decepcionados, furiosos e inquietos. «La reina de Francia ha jurado que me desheredará», escribió Reinaldo de Pons al soberano inglés. Enguerrand de Coucy se

retiraba a sus posesiones y se consolaba con la orgullosa divisa en la que se adivina algo de sus antiguas ambiciones:

> *Roi ne suis,*
> *prince, ni duc, ni comte aussi:*
> *Je suis sire de Coucy.*
>
> [Rey no soy,
> ni príncipe, ni duque, ni tampoco conde:
> soy señor de Coucy].

Fue entonces cuando emprendió la construcción del espléndido torreón que había de permanecer hasta nuestro siglo XX como el más hermoso y grande de Europa[94].

Mauclerc, lleno de rabia, seguía sin deponer las armas; pero se empezaban a componer sobre él romances satíricos. Uno de estos, que tiene la forma de un debate en el que dos interlocutores se responden en estrofas alternadas, da perfectamente la tónica de esos combates irresueltos y de las conclusiones que la gente sacaba sobre los barones rebeldes, incapaces a todas luces de dar jaque mate.

«Gauthier, que de Francia venís y habéis estado con esos barones, decidme si sabéis cuáles son sus intenciones. ¿Durarán siempre sus disputas y no los veremos nunca ponerse de acuerdo? ¿No llegarán nunca las manos lo suficientemente cerca como para perforar un escudo blasonado?

»Pierre, si hemos de creer a nuestro conde Hurepel, y al bretón, y al arrojado Barrois, y al señor de los borgoñones, antes de que pasen las rogativas, veréis a los vascos tan por los suelos, con tan pocos humos, que no habrá rey con ánimo de defenderlos.

»Duran ya demasiado tiempo, Gauthier, estas amenazas, no sirven de nada, no parece que ellos tengan ningún deseo de venganza, y sin embargo sí lo tienen, a fe mía. Cada día los veo juntarse, vienen de lejos, en nutrido grupo, para apoderarse de sus bienes, de su honor, de su dinero, como hombres que no saben hablar ni callar.

»Pierre, vemos que el exceso de desasosiego trae a menudo mucha desgracia. Ha sido con toda intención que han hecho los honores al cardenal y al rey, quien les ha sorprendido por consejo de Doña Hersent. Pero pronto acabará todo en humo y cada uno tendrá que pensar solo en él.

»Gauthier, no me atrevo a fiarme; mucho me parece que se demoran en empezar, han dejado pasar el buen tiempo, y ahora va a llover y a nevar, y cuando los veo tan irritados, cuando por despecho se marchan de la corte, dejan tras ellos a dos o tres para que sigan trabajando bajo mano en prolongar las treguas[95].

En medio de tantas preocupaciones, Blanca había llevado a cabo la acción tal vez más importante de su reinado, aquella que, vista con la perspectiva del tiempo, sin duda ha influido más profundamente en el destino del reino de Francia. En cualquier caso, vista con la perspectiva de su tiempo, se trata de la acción que mejor marca su política, una política que rompe decididamente con la que se había seguido hasta entonces: ha hecho la paz con Raimundo de Tolosa.

Esta paz no depende evidentemente solo de la reina. Ante todo, la guerra contra los albigenses había sido emprendida por una decisión del papa y para combatir a los herejes. Pero en los veinte años que dura, ¿quién sabría decir qué papel corresponde a la política y cuál a la religión, cuál a la ambición y cuál a la codicia, cuál a los señores y cuál a los prelados? En varias oportunidades, los concilios han querido decidir la suerte del Languedoc. Los condes de Tolosa han sido unas veces excomulgados y otras absueltos, pero una cosa es cierta: todos están cansados de una empresa que comenzó mal, ha sido mal llevada y nunca terminada. ¿Quién sabría decir ahora por qué se lucha en las regiones meridionales, donde aquellos mismos que habían tomado partido contra los herejes están ahora exasperados contra los buenos cristianos? Hay que actuar *de otro modo*. El perpetuo recurso a las armas solo ha conducido a la muerte del rey de Francia.

Y Blanca actuará de otro modo; en esto, va a verse maravillosamente secundada por el cardenal de Saint-Ange, que, encargado por el papa Honorio III de llevar a buen fin la guerra contra los albigenses, acabará por imponer la paz.

En primer lugar, el prelado se emplea con energía en hacer pagar al clero los subsidios que le han sido impuestos: si se trata de una guerra religiosa, lo más normal es que los clérigos paguen su parte. Él sabe las dificultades a las que se enfrenta la reina y que todos sus recursos le son indispensables para mantener al ejército real y aplastar el orgullo de los barones. Blanca, furiosa de ver a los Capítulos de las catedrales de su dominio encontrar indefinidamente pretextos para negarse a pagar el tributo establecido con

ocasión de la Cruzada, se queja al legado pontificio; este le responde que, para poder entregarle el «diezmo» (una décima parte de las rentas de la catedral), estaba dispuesto a llegar hasta el extremo de vender incluso las capas de los canónigos. Estos se lo toman a mal y presentan una queja al papa; malentendidos irritantes, quejas, apelaciones e impugnaciones terminarán con el pago de una contribución de cinco mil libras tornesas por parte de los Capítulos recalcitrantes, los de Reims, Tours y Ruán. Blanca se ganará algunas sospechas de anticlericalismo, pero también obtendrá los recursos necesarios para llevar a buen puerto los asuntos en el Languedoc, como es su propósito.

El condestable Humberto de Beaujeu, dejado en el lugar con quinientos caballeros tras la muerte de su soberano, ha llevado a cabo en el ínterin algunas operaciones de resultado incierto; ha sido derrotado en Castel-Sarrasin, donde el conde de Tolosa, advertido de los movimientos de sus tropas, ha preparado una emboscada: «Cuando los franceses vinieron al lugar donde les había tendido la emboscada, apareció de improviso contra ellos con su ejército. No estaban avisados. El combate fue muy reñido. Más de quinientos caballeros fueron apresados y muchos de los franceses murieron. Hubo en torno a dos mil hombres de armas hechos prisioneros; se les despojó de todo hasta dejárseles desnudos y, a algunos de ellos, el conde les mandó hacer cortar pies y manos, y los devolvió así vergonzosamente mutilados a los suyos para ofrecer a los franceses ese espectáculo de abominación[96]». El cronista inglés que cita el hecho probablemente lo ha exagerado; pero el caso es que los franceses se hallaban sin duda alguna en muy mal trance.

Algún tiempo después, sin embargo, un éxito venía a compensar este revés: la imponente fortaleza de Termes, que había causado antaño tantas dificultades a los cruzados y cuyo nombre aparece a cada paso en el *Cantar de la Cruzada*, es devuelta al rey de Francia; sus dos señores, Oliviero y Bernardo, la conservan tras haberle prestado homenaje. ¿Se trata de una defección? ¿De cansancio? Algún tiempo antes de la Navidad de 1228, Raimundo de Tolosa enviaba al abad del monasterio de Grandselve, Elias Guérin, para decirle a su prima Blanca que deseaba volver a la obediencia del rey. Mientras el cardenal Romano de Saint-Ange celebraba sucesivamente dos concilios para solucionar el asunto con los eclesiásticos, Teobaldo de Champaña tomaba las riendas de las negociaciones; finalmente, veía llegar un buen día a sus tierras, a Meaux, al conde de Tolosa con la mejor de las

disposiciones: este deseaba reconciliarse con la Iglesia y aceptaba las condiciones del tratado preparado por sus enviados. Al cabo de algunos días dedicados a las necesarias discusiones, Raimundo de Tolosa era recibido en París, y Blanca trababa conocimiento con este poderoso vasallo que era su primo hermano por línea materna. Los términos en los que Raimundo le escribirá a continuación no dejan margen a la duda de que había habido entre ellos simpatía, incluso afecto, hasta el punto de serle reprochado a Blanca.

El asunto realmente importante era el levantamiento de la excomunión. Raimundo tuvo que someterse a una ceremonia expiatoria y, tal como había hecho en otro tiempo su padre delante del pórtico de Saint-Gilles-du-Gard, se presentó el Jueves Santo, 12 de abril de 1229, delante del pórtico de Notre-Dame de París, descalzo, en calzas y camisa. En presencia del cardenal, juró solemnemente obediencia a la Iglesia. Entonces, revocando todas las sentencias que pesaban sobre él, Romano Frangipani le tomó de la mano y le condujo ante el altar. Al día siguiente, a fin de confirmar sus resoluciones, el conde de Tolosa declaraba su compromiso de tomar la cruz: prometía consagrar cinco años de su vida a la defensa de Tierra Santa.

Se había pasado una página, se había cerrado un capítulo, que había abierto, veinte años antes, el asesinato del legado pontificio. Tal vez Blanca se había beneficiado de unas circunstancias favorables, aunque todo se hubiera desarrollado en un tiempo en que se hallaban aún en plena pugna con los barones, y en que se esperaba como próximo el desembarco del rey de Inglaterra. Queda el hecho de que, interviniendo en una lucha tan dolorosa en la que habían tomado parte, antes que ella, todas las autoridades o casi del Occidente cristiano, su intervención resulta la más positiva: allí donde su esposo no había sabido sino recurrir a las armas, con consecuencias unas veces desastrosas, como en Marmande, otras dolorosas, como en Aviñón, ella trajo la paz.

Como de costumbre, los tratados preveían un matrimonio: uno de los hermanos del rey se casará con Juana, hija del conde de Tolosa. No tenía otro hijo; Juana sería su única heredera, pero él recuperaría mientras viviera el disfrute pacífico de su dominio; al menos en su mayor parte: la región de Tolosa, la mitad del norte de la región de Albi, una parte de Quercy y de Agenais y, por último, Rouergue. Cedía al papa los derechos que poseía sobre el marquesado de Provenza, dependiente del Imperio, y la dote de Juana estaba constituida por el ducado de Narbona, el sur de la región de Albi y los dos señoríos de Castres y de Mirepoix. Por último, el rey conservaba bajo su dominio directo Carcasona y Beaucaire. Diversas cláusulas garantizaban la

ejecución de este tratado; en particular la ciudadela de Tolosa, lo que se llamaba Château-Narbonnais, recibiría durante diez años una guarnición compuesta por gentes del rey y veinte burgueses de la ciudad vendrían a quedarse como rehenes en tanto no hubieran sido destruidas las murallas de la ciudad tolosana. Pero la prenda más preciada era evidentemente Juana de Tolosa, entonces una niña de nueve años que de acuerdo con la costumbre, sería criada en la corte de Francia al lado de su prometido.

Blanca debió de verla llegar sin excesiva ilusión: los matrimonios bretones habían resultado unos fracasos, abortados no bien proyectados; ¿qué valdría el matrimonio tolosano?

El conde permanecía en el Louvre en espera de la llegada de su hija. Iba a tener otras ocasiones de volver a la corte de Francia, y los regalos que recibe son siempre prueba de una acogida benévola.

La misión del legado Romano Frangipani tocaba a su fin; este había tenido la alegría de poder cumplirla en su integridad: «Romano, cardenal por la misericordia divina de Saint-Ange […]. Teniendo en cuenta su humildad y devoción de hombre noble, Raimundo, hijo de Raimundo, en otro tiempo conde de Tolosa […] hemos resuelto dispensarle el beneficio de la absolución según la forma ritual de la Iglesia […]»**[97]**. Y fue sin ninguna duda también él quien tuvo el papel más importante en la redacción del tratado. Se ha observado, en efecto, que este tratado**[98]** de Meaux-París fue el primero en presentar una forma ordenada en unos tiempos en que las distintas cuestiones abordadas se mencionaban por lo general sin una gran preocupación por la lógica y de forma bastante embrollada; en sus distintas cláusulas tenía la claridad de un tratado de Derecho; dos de ellas, por otra parte, eran de una importancia que nadie en la época sospechaba: aquella por la que el conde Raimundo VII se comprometía a poner su poder al servicio de la represión de la herejía, y la que estipulaba que entregaría una suma de cuatro mil marcos a los profesores de la Universidad de Tolosa, que aún no existía, pero que había de ser creada para permitir precisamente luchar contra la herejía.

Ahora bien, en el mismo momento en que preveía la fundación de una Universidad en Tolosa, el cardenal de Saint-Ange, así como la misma reina Blanca, iban a vivir un enfrentamiento en toda regla con el mundo universitario.

Todo había comenzado de manera banal. El lunes de carnaval, aquel año (26 de febrero de 1229), «algunos estudiantes de la Universidad de París se

dirigieron a Saint-Marcel para tomar el aire y entregarse a sus habituales esparcimientos. Una vez allí, tras haberse distraído y solazado un rato, encontraron por casualidad en una taberna un vino excelente, delicioso al paladar. Pues bien, estalló una discusión entre los estudiantes que bebían y los taberneros acerca del precio de este vino. Se enzarzaron y se liaron a puñetazos hasta que, acudiendo las gentes del burgo, liberaron a los taberneros de las manos de los estudiantes; pero hirieron a estos, que se negaban a soltar su presa, y les obligaron a emprender la huida tras haberles dado una buena somanta de palos. Vueltos estos a la ciudad con las ropas hechas jirones, excitaron a sus compañeros para que los vengaran. Al día siguiente, tras volver a Saint-Marcel con espadas y garrotes, irrumpieron violentamente en la taberna, rompieron todos los vasos y derramaron el vino por el suelo. Luego, yendo por calles y plazas, echaron el guante a todos cuantos encontraron, ya fuesen hombres o mujeres, y les dejaron medio tundidos». Así cuenta el cronista inglés Mateo Parisiense los hechos[99].

El deán del Capítulo de Saint-Marcel —era este entonces un burgo de los arrabales— tomó de inmediato la defensa de sus gentes contra los estudiantes y presentó una queja ante el legado pontificio, Romano de Saint-Ange, y el obispo de París, Guillermo de Auvernia. Uno y otro no podían sino prestarle oídos, complacidos.

No hacía tres meses que el obispo ocupaba la silla episcopal de París cuando estaba ya a malas con los estudiantes del colegio de Saint-Thomas-du-Louvre: un pequeño grupo de exaltados había forzado una noche las puertas de un convento de religiosas. En cuanto al cardenal, sus relaciones con los universitarios parisienses habían sido desastrosas. En efecto, algunos años antes (ocurría esto en vida del rey Luis VIII, en 1225) estos le habían pedido la confirmación de sus privilegios, que no se remontaban más que a unos quince años atrás. El cardenal, muy pagado de la autoridad que le confería el mandato del papa, había convocado a los profesores y delante de ellos, sin prestarles oídos, rompió el sello de la universidad. Estupefacción, luego furor: el sello era la marca de la persona; romper el sello significaba negar la autonomía del cuerpo universitario; ahora bien, esta autonomía había sido reconocida tanto por el rey como por el papa y el anterior legado pontificio, Roberto de Courgon. La noticia de lo ocurrido corrió de inmediato por todo el mundillo de los estudiantes. Profesores y estudiantes tomaron enseguida las armas y asaltaron la casa episcopal, adonde el cardenal se había retirado tras su desatino. Afortunadamente para él, el rey se hallaba entonces en París y, tras haber llegado el ruido del tumulto hasta palacio, se apresuró a enviar unos

hombres a caballo y unos alguaciles para restablecer el orden; pero dos hombres del séquito del cardenal fueron asesinados. El mismo abandonaba a la mañana siguiente discretamente la ciudad y se apresuraba a excomulgar a sus atacantes. Pero no había transcurrido un mes cuando los ochenta profesores excomulgados eran absueltos. Inútil decir que entre la universidad y el legado subsistía una profunda enemistad. El caso del burgo de Saint-Marcel era una excelente oportunidad para tomarse una revancha contra ese mundo universitario en permanente ebullición.

Obispo y legado se van conmocionados a ver a la reina. Esta parece haber estado completamente dispuesta también a escuchar sus quejas; salta a la vista que los universitarios no son de su agrado; acaso se acuerda de esas noches de algaradas que espantaron su infancia y su juventud. Pero demos la palabra a Mateo Parisiense:

«La reina, en un arranque muy femenino [tenía un carácter de natural arrebatado], dio orden en el acto al preboste de la ciudad y a algunos de sus hombres de confianza de que salieran inmediatamente armados de la ciudad para castigar sin apelación a los causantes del altercado. Aquellas gentes, dispuestas a cometer cualquier tropelía, al cruzar armados las puertas de la ciudad, encontraron a extramuros, entregándose a sus francachelas, a unos estudiantes que no habían participado en absoluto en los violentos hechos. En efecto, los que habían provocado tales escenas de tumulto y de luchas provenían de las regiones lejanas de Flandes —en lengua vulgar se les conoce como picardos—. A pesar de lo cual, las gentes de armas, abalanzándose sobre los que allí se encontraban y que eran inocentes e iban desarmados, matan a unos, hieren a otros, muelen a palos a algunos, tratándoles sin ninguna consideración. Algunos emprenden la huida y se refugian donde pueden […]. Entre los heridos, hubo dos estudiantes estimados y de gran autoridad que perecieron; uno de ellos era flamenco y el otro normando.

»Este monstruoso desmán llegó a oídos de los profesores de la universidad. Se reunieron todos en presencia de la reina y del legado pontificio, tras haber suspendido previamente sus clases y sus "disputas"; piden con insistencia que se les haga justicia por un agravio semejante. Les parecía indigno, en efecto, que por tan leve motivo, la culpa de algunos estudiantes censurables recayera sobre toda la universidad […]. Al serles negado todo tipo de justicia tanto por parte del rey como del legado pontificio y del obispo de la ciudad, todos los profesores y estudiantes se dispersaron en su totalidad, interrumpiendo el estudio de los doctores y la disciplina

escolástica, hasta el punto de que no quedó uno solo de ellos en la ciudad y esta se vio privada de los estudiantes de los que tanto solía gloriarse.

París sin estudiantes, interrumpidos los cursos, terminadas las «disputas» que resonaban en las casas de los doctos: era algo grave. El portavoz de la universidad no temió emplazar a la reina: si para la próxima Pascua (15 de abril), profesores y estudiantes no habían obtenido una reparación, se decidiría una huelga general por seis años. Como puede verse, la época no admitía medias tintas. Ocurría que, en efecto, en virtud del privilegio estudiantil otorgado por el rey Felipe, les estaba prohibido a los alguaciles reales levantar la mano contra los estudiantes.

Blanca se sentía apoyada por el legado pontificio y también por el obispo del que habían dependido en otro tiempo las escuelas de París. Quiso hacer frente a los estudiantes como si de unos barones rebeldes se tratara. Mal le salió la cosa: la huelga fue general; los estudiantes abandonaron París; algunos se marcharon a las escuelas de Reims, otros a Orleáns, muchos a Angers, que entonces dependía de Pedro Mauclerc, el duque de Bretaña. Los profesores de la nueva Universidad de Tolosa iban a sacar partido de las circunstancias. Se apresuraron a dirigir a los estudiantes unas circulares ofreciéndoles acogida en la ciudad del Languedoc. Hubo también alguien más que intentó sacar provecho del movimiento: el rey Enrique de Inglaterra, quien, el 16 de julio de 1229, prometía a los profesores y a los estudiantes de París todas las facilidades deseables para venir a instalarse en su reino. Las calumnias corrían un poco por todas partes, llevadas por los cantos goliárdicos: ese legado pontificio que se veía sin cesar al lado de Blanca, que con tanto entusiasmo tomaba su defensa en cualquier oportunidad, tirano de la universidad, perdonavidas de los estudiantes, sin duda el amante de la reina…

«Entonces se alzaron palabras oprobiosas que no debían repetirse. Decíase que micer, el legado pontificio, se comportaba con doña Blanca de manera poco decente; pero sería una injusticia dar crédito a esto, por ser un rumor difundido por los enemigos de la reina. Ante la duda, un espíritu benevolente debe más bien creer lo bueno». Y como Mateo Parisiense, a quien se deben estas líneas, era todo menos benevolente, afirma más adelante que si algunos barones se habían negado a asistir a la coronación fue por culpa del legado pontificio y de las relaciones de que se le acusaba mantenía con la reina. Acusación ciertamente falsa, pero que había de tener larga vida. Imposible citar aquí, incluso en latín, los cantos de los «goliardos» —que en otros tiempos hubieran acabado colgados o encarcelados por un delito de lesa majestad—. Mucho después del acontecimiento (escribe a finales del reinado

de Luis IX), el chistoso trovador de Reims se hacía eco de ella en una escena contada a su sabrosa manera:

«La buena y prudente reina se puso a reflexionar con gran cordura; no había olvidado la villanía […] que habían dicho de ella, por lo que, despojándose de todas sus ropas menos de la camisa, se arrebujó con un manto y salió de su cámara de esta guisa. Y se fue a la sala donde estaban los príncipes y prelados y mandó a los porteros que impusieran silencio; y una vez hubieron cesado las voces, se subió a una mesa fija de dos pies y dijo […]: “Señores, miradme todos; algunos afirman que estoy embarazada de un hijo”.

Y deja caer su manto sobre la mesa y se da la vuelta hacia un lado y hacia otro hasta que todos la hubieran visto bien y quedó patente que no tenía ella ningún hijo en su vientre. Cuando los barones vieron a su señora que estaba desnuda, se adelantaron y la arroparon con su manto, y la llevaron a su cámara y la hicieron vestir; y luego reanudaron su charla y mucho se habló de esta y otras cosas[100]».

Inútil añadir que la anécdota no tiene nada de histórica.

Cabía esperar que, puesto al corriente del asunto, el papa quitaría la razón a los provocadores de los altercados. Ocurrió justamente todo lo contrario. El 24 de noviembre de 1229, Gregorio IX dirigía al rey de Francia y a su madre una carta severa; había escrito, por otra parte, en los mismos términos al obispo de París Guillermo de Auvernia. Desaprobando a uno y a otro, tomaba el partido de los estudiantes y los profesores.

En el momento en que Blanca recibió esta carta, ya había hecho lo que estaba en su mano para apaciguar las diferencias, pues desde el mes de agosto su hijo el rey había renovado el privilegio otorgado por Felipe Augusto a la universidad; el preboste de París había prestado incluso juramento de respetar en adelante las inmunidades universitarias. La huelga no por ello cesó; había de durar aún durante dos años.

Finalmente, en una carta fechada el 14 de abril de 1231, el papa se mostró dispuesto a un arreglo amistoso aunque mantuvo sus exigencias en favor de los universitarios: el rey debía renovarlos privilegios de que estos gozaban, cosa que se hizo a partir del mes de agosto de 1229; fijaría una tarifa máxima para los alojamientos alquilados a los estudiantes en París y en sus suburbios: Montaña Sainte-Geneviève y el «Barrio Latino» en general; por último, pagaría las oportunas indemnizaciones. El curso normal de los estudios se reanudaría durante ese año de 1231.

Amanece. En el palacio de la Cité todos duermen aún. Blanca, ya lista, escucha la lectura que le hace un sacerdote predicador, uno de esos que fray Domingo ha ganado para su causa, y que acaban de instalarse en un convento de París, en el camino de Santiago. La reina tiene por costumbre aprovechar el silencio matinal para el recogimiento y la oración, pues sus jornadas demasiado ocupadas no le dejan apenas tiempo de ocio. De repente el monje, arrodillado cerca de la ventana, le hace una señal. Blanca se acerca y mira, tal como él le indica, por la ventana, al patio de palacio, que está abierto a todo el que llegue, y los pobres, harapientos, mendigos, vagabundos de la ciudad se dirigen allí por la mañana en busca de alguna limosna. Ahora bien, a esa hora en que se cree que todo el mundo está durmiendo en sus habitaciones de la vasta residencia real, un muchacho, ataviado como un simple caballerizo, ha entrado por una puerta en el patio; circula entre los pobres miserables, dándole a cada uno moneda menuda. Blanca, asombrada, tarda unos momentos en reconocer, con sus cabellos rubios que lleva medio largos, siempre muy bien peinados, a su propio hijo, el rey Luis.

Cuando este se dirige a su cámara, en el pasillo, el fraile predicador le para y le hace entrar en el aposento de la reina: «¡Mi señor, he visto vuestra mala acción!». Luis, sorprendido, se ruboriza ligeramente y responde: «Hermano, estas gentes son los verdaderos soldados del reino; combaten por nosotros contra nuestros adversarios; son ellos quienes mantienen en paz el reino de Francia. A decir verdad, no les hemos dado la soldada que se merecen[101]».

Blanca conoce a su hijo mejor que nadie; sabe que semejantes gestos forman ya parte de sus jóvenes hábitos. Ve crecer maravillada a este hijo que supera todas sus expectativas. Ella pone, por supuesto, toda su atención, todo su cariño en darle una buena educación, en prepararle con esmero para la gran tarea que le aguarda; le proporciona los mejores maestros, vigila sus estudios y se ha encargado de confiarle a unos clérigos que sabe piadosos e irreprochables tanto como sabios. El rey y sus hermanos han recibido la educación que parecía normal en su tiempo, es decir, que oración y ejercicios religiosos forman parte de su vida diaria; cada día asisten a misa y oyen cantar vísperas. Pero para la familia real, para Blanca y sobre todo para Luis, no se trata de simples ritos o de formalidades sociales: han adoptado, aceptado hasta lo más profundo de su ser, la oración diaria, el seguimiento de la liturgia que marca entonces la existencia entera tanto de momentos culminantes como de anodinos, de penitencias y de alegrías, de días «de vigilia» y de días de fiesta, acompañados de festines. El joven Luis bebe con

entusiasmo en una fuente muy íntima, muy secreta, que constituirá la urdimbre de su existencia. No hay ninguna necesidad de obligarle a cantar los salmos y a frecuentar la iglesia. Luis siente una especie de inclinación natural por esta vida mística, y más tarde sus allegados declararán que en los peores momentos de su existencia «estaba siempre de oración». Tenemos una prueba de ello en la atención que manifiesta desde la edad de la adolescencia, normalmente llena de otros intereses, a los más pobres, a los más humildes. Los pobres, de los que dice que son «los soldados del reino y sus protectores», son para él la encarnación misma de Cristo en la tierra. Un sentimiento semejante no puede beberse más que en la fuente del Evangelio.

Pero estas disposiciones espontáneas sin duda no se habrían desarrollado sin la educación llena de ternura y de vigilancia que Blanca da a sus hijos, y muy en especial a «aquel que amaba por encima de todos los demás». Hay que hacer notar que las dos hermanas, Blanca y Berenguela, tendrán una y otra un santo entre sus hijos: Luis IX y Fernando III; ellas no son ni la una ni la otra santas, pero han sabido ser madres.

El único rasgo que la posteridad ha conservado de Blanca como educadora es el que nos menciona Joinville: este afirmaba de la reina «que hubiera preferido a su hijo antes muerto que verle cometer un solo pecado mortal», lo que implica una alta idea de perfección, pero muy escasa sensibilidad. Si nos centramos en la narración de Godofredo de Beaulieu, el fraile predicador que fue confesor del santo rey y que, mejor que su compañero de armas, discierne los matices de la vida espiritual, la anécdota se presenta de forma un poco distinta. Refiere este que el propio rey le contó que un religioso había oído decir por falsos testimonios que antes de su matrimonio Luis tenía mancebas con las que pecaba ocasionalmente, y esto a sabiendas de su madre, que ocultaba tales desenfrenos. Este religioso había ido a ver a Blanca y le había expresado su escandalizado asombro. «Aquella, con gran humildad, rebatió semejante falsedad, añadiendo estas palabras que la honran: que si su hijo el rey, al que ella quería por encima de cualquier otro mortal, estuviera mortalmente enfermo y le dijeran que se curaría yaciendo con otra mujer que no fuera su esposa, preferiría antes verle muerto que pecar mortalmente aunque solo fuera una vez ofendiendo al Creador[102]».

Situada así en su contexto, la anécdota adquiere su verdadero sentido. No conviene tampoco olvidar lo que se cuenta de Luis VIII en el momento de su muerte. Ello está en consonancia con el sentir, generalizado en la época, de que es preferible la muerte del cuerpo a la del alma, y no hace sino traducir, con unas violentas imágenes habituales en esos tiempos, el precepto

evangélico: «No temas a quienes pueden quitarte la vida del cuerpo», o también: «Si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti». San Luis retomará también este pensamiento bajo otra forma al hacerle a su senescal la famosa pregunta: «¿Qué es mejor, cometer un pecado mortal o ser leproso?».

Para volver a Blanca, podemos imaginarnos bastante bien su reacción vehemente ante las habladurías que le hacía saber ese monje un poco simplón. Nos han quedado otros testimonios que aportan indicaciones algo más positivas acerca de la educación que hacía impartir a sus hijos. Ante todo tenemos ese salterio cuyos grabados iluminados son aún de inspiración muy románica y que contiene una mención para nosotros emocionante: «Este salterio perteneció al señor san Luis, que fue rey de Francia, en el que estudió en su infancia». El salterio era el libro de lectura. La gran capitular que adorna la primera página es una B, la de *Beatus*, Bienaventurado el que […]. El comienzo de la oración habitual durante siglos para el pueblo cristiano es también el comienzo de la iniciación escolar. De niño, Luis, como todo escolar de su edad, ha aprendido cómo encontrar en el manuscrito las palabras que ha oído cantar en el oficio religioso, día tras día. Toda instrucción comienza por la Biblia, tesoro de oración, de poesía y de elevada sabiduría, que era la base común de las humanidades de entonces, y se dice indistintamente saber leer o saberse los salmos. Tanto el joven rey como sus hermanos o su hermana —esta se volverá tan sabia que será capaz más tarde de reprender a sus capellanes cuando cometan una falta en latín— eran, así pues, personas instruidas; o dicho de otro modo, habían aprendido latín, «las letras». Debieron de estudiar también ese arte musical que la misma miniatura del salterio evoca con cinco instrumentos: una viella, una cítara, un arpa y dos especies de violas con arco. Era aquel un tiempo de gran expansión musical, de un perfeccionamiento en el arte de la escritura, tanto de la melodía como de la caligrafía, y durante toda su vida san Luis sentirá amor por los libros: será él quien cree el primer embrión de lo que es hoy la Bibliothèque Royale. Este don, está fuera de toda duda, se lo debe a su madre, ya que el *Salterio de Blanca de Castilla* es uno de los más bellos manuscritos de su tiempo, solo igualado por el famoso *Salterio de san Luis*.

No contamos, por otra parte, con detalles sobre cuál podía ser el empleo del tiempo de los infantes reales, pero sí sabemos que en sus horarios se incluían las salidas y el esparcimiento. Más tarde el primer biógrafo de Luis contará que, a iniciativa de su madre, el rey no ponía «nunca ningún empeño en querer ir al bosque y a los ríos[103]»; y el mismo biógrafo anotó el esmero que ponía la reina «en hacerle andar noblemente y con sus mejores galas,

como convenía a tan gran rey». Es cierto que ninguna época ha sabido como la suya aliar el amor a la pobreza con el gusto por la magnificencia.

El 24 de octubre de 1227, Blanca y su hijo el rey se encuentran en Longpont, no lejos de Soissons, adonde a petición del abad habían ido para asistir a la consagración de una nueva iglesia abacial que venía a sustituir a la que había sido edificada algunos cientos de años antes con ocasión de la fundación misma de la abadía por el obispo de Soissons, Jocelyn de Vierzy. Esta era una espléndida nave —de ciento cinco metros de largo—, cubierta de esas bóvedas de ojiva cuya construcción se estaba volviendo algo habitual. A pesar de sus vastas dimensiones, habían bastado apenas veintisiete años para levantarla: triple nave, transepto y deambulatorio sobre el que se abrían siete capillas resplandecientes. La abadía de Longpont había sido fundada por unos monjes cistercienses venidos de Claraval en 1132 y había dado a los anales de la Orden algunos santos personajes, por uno de los cuales se sentía una veneración especial en la corte de Francia: Juan de Montmirail, antiguo condestable que había entrado en religión en Longpont a los cuarenta y cuatro años. Había muerto allí en olor de santidad doce años antes, en 1217, y su recuerdo permanecía vivo bajo las bóvedas nuevas que él había visto levantar.

La ceremonia litúrgica estuvo seguida como de costumbre de un gran banquete. Correspondió al conde Raúl de Soissons, copero, el honor de trinchar las carnes para su regio señor. Para ello se sirvió de un cuchillo de mango de oro cincelado, regalado dos años antes en Longpont por el abad de Westminster, Ricardo de Berking, entonces en misión diplomática en Francia.

Hoy en día, no subsisten más que unas ruinas de la abadía de Longpont. Este edificio, el más amplio y probablemente el más bello de Soissonnais, fue salvajemente destruido durante, pero sobre todo, después de la Revolución —la época de las destrucciones más sistemáticas y demoledoras, porque fueron obra de comerciantes que aprovecharon la piedra—. Pero, cosa curiosa, el cuchillo que había servido para trinchar la carne servida al rey se ha conservado. Fue, en efecto, encontrado en una tienda de ultramarinos de Villers-Cotteréts en los postreros años del siglo XIX. Aunque había desaparecido su mango de oro, nos ha quedado su hoja de acero que conserva rastros aún de su antiguo dorado con la inscripción que no deja lugar a dudas sobre su origen. Es el único testimonio de ese día que había de ser señalado en los anales de la historia del arte.

En efecto, poco después de esta consagración, el joven rey —contaba ala sazón catorce años— compraba, cerca de la residencia de Asniéres-sur-Oise, que era uno de los castillos reales donde normalmente vivía la familia, una

propiedad: unas tierras llamadas Cuimont. Hacía saber su decisión de fundar allí una abadía para cumplir el deseo de su padre. Luis VIII había precisado, en efecto, que las perlas y joyas de la Corona fueran vendidas para fundar una abadía. Y así fue cómo nació Royaumont (‘el Monte Real’). Blanca, cuya predilección por la Orden del Císter era bien conocida, tuvo, sin lugar a dudas, algo que ver en la fundación de Royaumont y su destinación a una comunidad cisterciense. El testamento de Luis VIII estipulaba, en efecto, que la abadía fuese confiada a los monjes de Saint-Víctor; el cambio se había hecho, por otra parte, de pleno acuerdo con esta Orden, ya que el mismo abad de Saint-Víctor, Juan el Teutón, es uno de los ejecutores testamentarios del rey, así como también el cisterciense Gualterio de Chartres, y uno y otro aprueban esta fundación.

Fundando Royaumont, el joven Luis cumple el deseo expresado por su padre y, ciertamente, hace también realidad el deseo de su madre. No cabe ninguna duda de que esta asistió a esta fundación con los mismos sentimientos que había tenido al descubrir que el joven caballerizo que daba limosna no era otro que su hijo el rey. Los trabajos de Royaumont, que dieron comienzo enseguida, se hicieron a tan buen ritmo que ya desde al año siguiente, 1229, algunos monjes podían instalarse en el lugar. Luis manifiesta desde muy temprana edad un gusto por la edificación que marcará su reinado tanto como su gusto por los libros. Va en persona a presenciar los trabajos, los supervisa, ordena la disposición de las estancias y en caso necesario no duda en hacer de peón. En Royaumont precisamente tuvieron lugar varias de esas escenas que mucho más tarde sus biógrafos gustarán de evocar al referirse a la juventud del rey.

«El rey, que permanecía en aquel tiempo en su morada de Asniéres, que está bastante cerca de la mencionada abadía [dos kilómetros], iba a menudo a esta a oír misa y otros servicios divinos y a visitar el lugar. Y como los monjes salían, según la costumbre de su Orden del Císter, después de la hora de tercia para trabajar y llevar las piedras y la argamasa al lugar donde se levantaban esos muros, el rey cogía la parihuela y la llevaba cargada de piedras, yendo él en la parte de delante y un monje en la de atrás. Lo cual hizo varias veces en aquel entonces. Y también en ese tiempo hacía llevar el rey la parihuela a sus hermanos, el señor Alfonso, el señor Roberto y el señor Carlos. Y con cada uno de ellos había un monje que llevaba la parihuela por el extremo opuesto. Y esto mismo mandaba hacer el rey a otros caballeros de su séquito. Y cuando sus hermanos querían a veces charlar un rato y ponerse a jugar, el rey les decía: “Los monjes guardan en este momento silencio, por lo

que también nosotros debemos hacerlo”. Y cuando los hermanos del rey cargaban demasiado su parihuela y querían tomarse un descanso a medio camino, antes de llegar al muro, él les decía: “Los monjes no descansan, por lo que tampoco vosotros debéis descansar”. Y así el santo rey arrastraba a su mesnada a obrar bien[104]».

«Ella quería que todos obrasen como es debido y se alegraba de todo bien, y de buen grado hacía todas las buenas obras que podía», dice, hablando de Blanca, Guillermo de Saint-Pathus, a quien debemos los relatos precedentes. Su hijo le dio en más de una ocasión motivos de satisfacción.

En la Navidad del año 1230 Luis celebra cortes en Melun. En cuatro años de reinado ha conocido ya muchas dificultades y en más de una ocasión su poder ha estado a punto de hundirse. Sin embargo, la mayoría de los vasallos del reino están en ese día reunidos en torno a este soberano de dieciséis años. Allí están los fieles y los menos fieles. Está Felipe Hurepel, partidario decidido de su sobrino, el conde de la Marca que no se encontraba cuatro años antes en la coronación, y Teobaldo de Champaña, a quien le hubiera gustado encontrarse allí. Está Amaury de Montfort que ha hecho cesión al rey de todo cuanto ha podido adquirir en el Languedoc, el duque de Borgoña, el conde de Vienne y Macón, Juan de Braisne (uno de los hermanos de Mauclerc), Enguerrand de Coucy en persona, y también otros muchos. Encontramos el sello de todos estos señores rodeando el sello real en la ordenanza que se dictó en esta ocasión. Dicha ordenanza, que se ha vuelto famosa en nuestro tiempo, prohíbe a todos la práctica de la usura, es decir, del préstamo con interés; a todos y muy en especial a los judíos a los que se acusa normalmente de dedicarse al tráfico de dinero. Las deudas contraídas con ellos les serán reembolsadas sin ningún interés. Todos ellos pasan a estar bajo la dependencia del señor del lugar donde residan. Podrán permanecer en sus dominios solo a condición de que se abstengan de toda práctica usuraria.

Pero, por más importante que pueda ser por su contenido, esta ordenanza de Melun reviste para Blanca también un significado especial. En su presentación material, un simple rectángulo de pergamino, ha conservado, y ello hasta nuestros días, en su casi totalidad, los dieciocho sellos de los señores presentes que la suscriben; es decir que, acompañando al sello real, del tipo propio de la majestad —el rey sentado en su trono, ceñida la corona y cetro en mano—, desfila una deslumbrante cabalgata, siendo los sellos de los señores del tipo ecuestre, cada uno de ellos montado sobre su caballo encaparazonado con sus armas[105]. Cabe imaginar la mirada complaciente con la que la reina Blanca debió de seguir las operaciones a que dio lugar esta

carta: cada uno de los señores presentes mostrando por turno la matriz de su sello al canciller encargado de la operación. Entre estos dieciocho señores, ¡cuántos se encontraban, no hace tanto tiempo, en el bando de los «negros»; los adversarios que se combatía arma en mano! La mayor parte se han pasado al bando de los «blancos», entre quienes antes apenas si se contaban algunos nombres, Amaury de Montfort —se le acaba de nombrar condestable de Francia—, Roberto de Courtenay y, por supuesto, Teobaldo de Champaña.

Esto no significa, por supuesto, que las luchas se hayan acabado. Pero en adelante la ofensiva ha cambiado de bando; es el joven rey quien tomará la iniciativa de las operaciones y, sintiéndose fuerte por el apoyo de estos señores que cabalgan a su lado y que seguirán haciéndolo por los siglos de los siglos en la carta de Melun, le bastará, al año siguiente, con una simple exhibición de fuerza militar, sin librar un solo combate, para que a falta de paz se firme una tregua en Saint-Aubin-du-Cormier, el 4 de julio. Una tregua de tres años, lo que significaba que hasta San Juan del año 1234 (24 de junio), quedaba suspendida toda la hostilidad entre Francia por una parte, y por otra Inglaterra y Bretaña.

No por ello Blanca afloja su vigilancia; sin cesar lleva a cabo con tino en favor de su hijo nuevas alianzas que terminarán por atrapar a Mauclerc como a una araña en su tela. Uno a uno los castillos de los alrededores de Bretaña prestan su homenaje al rey de Francia; es Raúl, el señor del castillo de Fougéres, es Enrique de Avaugour, el jefe de la casa de Penthiévre, quien, por haberse convertido en hombre ligio del rey, recibe un castillo cuyo nombre pasará a la Historia, el de Du Guesclin, no lejos de Cancale (llamado entonces Guarplic); y cuando Amaury de Montfort se convierte en condestable de Francia, ella toma la precaución de obligarle a renunciar a cualquier pretensión sobre el condado de Leicester. Ha sacrificado sus derechos en favor de su hermano segundón, llamado Simón como su padre: han surgido demasiados descontentos por el hecho de que los nobles de Normandía, de Bretaña o de Poitou posean feudos en Inglaterra. Simón el Joven, cuya ambición es equiparable a la que manifestó el primer Simón de Montfort, ha cruzado de inmediato el mar para ir a reivindicar sus derechos; ha sido recibido, por otra parte, con los brazos abiertos por el rey Enrique III que cuenta con ganarse un aliado a costa de la reina de Francia, y no sospecha el veneno que él ha inoculado al mismo tiempo en sus propias venas.

Y Blanca comienza a ver el futuro con más seguridad; los descontentos, de buena o mala gana, se van callando uno por uno, mientras que sigue cantando para ella la voz del príncipe de los poetas, Teobaldo el Trovador:

Très haute Amour qui tant s'est abaissée
que dans mon cœur se daigna héberger […]

[Altísimo Amor se ha rebajado tanto
que en mi corazón dignó albergarse […]].

Blanca se ha acostumbrado a sus declaraciones amorosas, incluso a sus reproches:

Trop êtes trouble, et avez si clair nom […]

[Muy turbia sois, vos que tan claro nombre tenéis […]].

No le desagradaba en absoluto hacer el papel de Dama y de ser para el castellano de la corte de Troyes, donde vivió aquel otro poeta, Chrétien, la reina Ginebra de un nuevo Lanzarote. Precisamente, un autor desconocido comenzó unos diez años antes a poner en prosa la obra de Chrétien de Troyes y asocia las aventuras de Lanzarote al tema del Grial, la copa misteriosa en pos de la cual iban los compañeros del rey Arturo. Este tema surgido del viejo fondo de las leyendas célticas, que nunca ha dejado de excitar la imaginación de las gentes, será magníficamente desarrollado en tres obras cuya arquitectura ha sido comparada con la de las catedrales contemporáneas. Nadie duda de que *Lanzarote*, *La búsqueda del Santo Grial* y *El rey Arturo* hicieron las delicias tanto de la corte de Francia como de la de Champaña; el héroe de las novelas de caballería se convierte en un personaje sublime y si Lanzarote, por sus yerros, ve vedado su acercamiento al Santo Grial, su hijo, Galaaz el Puro, tendrá la revelación del misterioso presente hecho a los hombres. Galaaz, el caballero intachable, o más bien la encarnación misma del espíritu caballeresco…

Y he aquí que en esto estalla una noticia en la corte de Francia con la misma rapidez con que una torre minada desde hace tiempo se viene abajo a causa de un incendio. Teobaldo, conde de Champaña, viudo por segunda vez desde el año antes, quiere volver a tomar mujer y, ¿a quién ha elegido? Nada menos que a la propia hija de Mauclerc, Yolanda.

Este nuevo despropósito de su trovador hería a Blanca en lo más vivo. Yolanda había sido prometida a un hijo de Francia, con ocasión del primer tratado firmado con el conde de Bretaña y denunciado por él de manera tan desleal. Debía de tener el de Champaña una cierta dosis de inconsciencia para

elegir como prometida justamente a la hija de aquel que había sido su peor enemigo, así como el adversario de la reina. Tal vez, dado que su sentido político fue siempre bastante romo, ¿imaginaba poner fin así a unas desavenencias que llevaban ya durando demasiado tiempo? La reina pensaba de forma muy distinta; sabiendo mejor que nadie hasta qué punto podía ser influenciable el conde de Champaña, veía hundirse de golpe el paciente dispositivo concebido por ella para aislar a Mauclerc.

Este había mandado a su hija a una abadía muy renombrada de Valsecret, de la Orden premonstratense, cerca de Château-Thierry. Por su lado, Teobaldo de Champaña, entregado a sus proyectos, acababa de dejar esta villa para ir a reunirse con ella, cuando fue abordado por un compañero del rey, Godofredo de la Chapelle: «Señor conde de Champaña, el rey acaba de enterarse de que habéis acordado con el conde de Bretaña tomar a su hija por esposa. El rey os manda que no lo hagáis si no queréis perder todo lo que poseéis en el reino de Francia, pues bien sabéis que el conde de Bretaña le ha causado más daño que ningún otro hombre vivo».

Teobaldo, estupefacto de verse así descubierto y adelantado, tuvo un momento de vacilación, luego una breve charla con su escolta; tras lo cual, muy avergonzado, reanudó el camino de Château-Thierry.

Dame, merci! qui tous les biens savez,
toute valeur et toute grand bonté
sont plus en vous qu'en dame qui soit née:
Secourez-moi, que faire le pouvez!

Chanson, Philippe, a mon ami courez
puisquë il s'est dedans la cour bouté;
bien est s'amour en grand haine tourné;
a peine est-on de belle dame aimé[106].

[¡Gracias, señora!, en quien todo bien,
valor y gran bondad se hallan en más alta medida
que en ninguna otra dama jamás nacida:
¡Socorredme, que bien podéis hacerlo!

Apresuraos, Felipe, en hacer una canción a mi amigo
que ha sido expulsado de la corte;
su amor se ha convertido en gran odio
tan pronto como se ha prendado de una bella dama].

Es a un amigo, Felipe de Nanteuil, a quien Teobaldo se dirige así para que interceda, en un momento en que él mismo no se atreve a enfrentarse a la mirada de la reina. ¡Y buena necesidad tenía ciertamente de una intercesión! Luego pudo medir, sin embargo, la magnitud del error en el que le había evitado caer Blanca, al tener noticia de que en el mismo momento en que él concertaba este matrimonio, Pedro Mauclerc, que no se cansaba nunca de ofrecer la mano de su hija, estaba negociando para saber si conseguiría hacerla casar más bien con el rey de Inglaterra […]. Teobaldo se consoló casándose con Margarita, hija de Archambaud de Bourbon, que era uno de los vasallos más leales de la corte de Francia.

Pero ni que decir tiene que, metepatas incorregible tanto como gran poeta, había de pasarse la vida excitando alternativamente el furor y el perdón de la reina. Cuatro años más tarde, Teobaldo, que entre tanto ha sido coronado rey de Navarra en Pamplona, recogiendo así la herencia materna, y que ha declarado estar dispuesto a tomar la cruz para ir a ultramar, tiene de nuevo planes matrimoniales. No se trata esta vez ya de él mismo, sino de su hija; y como sus elecciones son inevitablemente desafortunadas, piensa darla por esposa al hijo de Pedro Mauclerc, a quien le está prometida la herencia de Bretaña, Juan el Pelirrojo. Bonito matrimonio, ciertamente, pero la reina no lo quiere y el rey toma las armas junto con sus dos hermanos, Roberto y Alfonso. Acaba de poner sitio a Montereau, que pertenece a Teobaldo. Este no se atreve siquiera a librar batalla y no le queda más remedio que implorar la intervención del papa: ha sido cruzado, en efecto, dos años antes y los bienes de los cruzados son inviolables. El papa se dirige al rey y, de forma más eficaz aún, Blanca interviene otra vez. Se firma la paz mediante la cesión al rey de Montereau y de Bray-sur-Seine y Teobaldo es invitado a ir a dar una explicación a palacio en presencia de Luis y de Blanca y a renovar el juramento de fidelidad al que ha faltado.

Y es con una escena de comedia como concluye el asunto: Teobaldo llega a palacio y, en el momento en que va a hacer su entrada en la cámara real, ¡recibe sobre su cabeza el contenido de un barreño de leche cuajada, arrojado desde lo alto de una escalera por el criado del conde de Artois, «que nunca le quiso»!

«Nunca se oyó decir que nadie tratara así a rey ni a conde», observa un cronista de la época, Felipe Mouskés. Es lo mínimo que se puede decir. El espectáculo del obeso hombre en traje de ceremonia chorreando leche cuajada era de un cómico de bastante mal gusto. Blanca, «descontenta», ordenó que se buscara a los culpables y hablaba de encarcelarlos en el Chatelet, ante lo cual

Roberto de Artois, sin apenas mostrar arrepentimiento, se desveló; consideraba que el conde Teobaldo merecía un escarmiento. Tal vez también ese muchacho estaba molesto desde hacía tiempo por la actitud del poeta merodeando en torno a su madre. Lo cierto es que después de este episodio de comedia, Teobaldo de Champaña no dijo esta boca es mía. Es entonces cuando las *Grandes crónicas de Francia* refieren el perdón de la reina y el amor del poeta en unos términos que no podemos dejar de citar en el texto original:

«El conde miró a la reina que tan prudente y hermosa era y se quedó prendado de su gran belleza. Él le respondió: "A fe mía, Señora, mi corazón y mi cuerpo y todas mis tierras están a vuestra disposición; no hay nada que pudiera gustaros que yo no hiciera de buen grado; y nunca, si Dios quiere, iré contra vos ni contra los vuestros". De allí partió muy caviloso, y le venía muy a menudo a la mente el recuerdo de la dulce mirada de la reina y de su atractivo continente: entonces su corazón se sumía en pensamientos dulces y amorosos. Pero cuando se acordaba de que era una dama de tan alta alcurnia, de vida tan recta y tan pura que no podría gozar nunca de ella, su dulce pensamiento amoroso se trocaba en gran tristeza. Y como los pensamientos profundos engendran melancolía, algunos sabios varones le aconsejaron que practicase bellos sones de viella y dulces cánticos deleitosos. Compuso, junto con Gace Brulé, las más hermosas canciones y las más deliciosas y melodiosas que nunca se oyeron en cantos ni en viella. Y las hizo reproducir en su sala de Provins y en la de Troyes; y estas son conocidas como las canciones del rey de Navarra[107]». Tras lo cual, Teobaldo había de tomar decididamente la cruz para ir a ultramar y señalarse por muchas hazañas en Tierra Santa, sin dejar de pensar en Blanca.

Dame de qui est ma grande désirée
salut vous mand d'outre la mer salée,
comme á celle où je pense main et soir
n'autre pensée ne me fait joie avoir.

(Dama, a quien mi deseo está consagrado,
salud os deseo desde allende la mar salada,
como a aquella en quien pienso noche y día,
ningún otro pensamiento me hace sentir dichoso].

5 - LAS DOS REINAS

Le roi de France Louis,
qui en tout avait obéi
au vouloir de sa mère Blanche
qui le tenait pour son très proche
et tant l'aimait que nulle mère
pouvait aimer ni fils ni frère,
voulut que ses barons mandassent
gentil femme, et le mariassent,
si que sa mère le louât.
Et elle a dit qu'on lui mandât
la filie au comte de Provence
car elle était de tel naissance
qu'il n'était femme plus gentil
entre deux mers —ce disent cil
qui la connaissent— ni plus belle
ni plus courtoise demoiselle[108].

[Luis, rey de Francia,
que había obedecido en todo
al deseo de su madre Blanca,
quien le consideraba el más próximo,
y le quería como ninguna madre
podía amar a su hijo o hermano,
quiso que sus barones le mandasen
a una gentil mujer, y le casasen,
en un enlace que fuera del agrado de su madre.
Y ella dijo que le mandasen
a la hija del conde de Provenza,
pues por cuna no había otra
entre los dos mares —eso dicen
quienes la conocen— más gentil,
más bella y cortés damisela].

Casar a su primogénito es para todo señor, desde el más humilde hasta el más opulento, siempre algo sumamente importante; en este hijo descansan las

Cuando este hijo resulta que es el rey de Francia, el asunto es más serio aún. Blanca sabe mejor que nadie cuánto dependen las suertes de la Corona y del reino de la elección de la esposa. Luis pronto cumplirá veinte años, es decir, que ha superado con creces la edad del matrimonio. Su madre ha madurado largamente su elección. En el año 1233, los tolosanos solicitan el arbitraje del rey de Francia: el conde Raimundo VII, reconciliado con la Iglesia, había tenido continuas disputas con su clero; en varias ocasiones Blanca había intercedido cerca del papa en su favor y en especial para que le fuera devuelto el marquesado de Provenza que la Santa Sede conservaba en prenda desde el tratado de paz firmado cuatro años antes. Es cierto que a Raimundo no le corría ninguna prisa cumplir con sus propias obligaciones, ya se tratase de los diez mil escudos que estaba obligado a entregar al clero o del voto de Cruzada que no tenía ninguna prisa por cumplir. El caso es que, para tratar de zanjar las disputas, un caballero francés, Gil de Flagy, había sido designado para representar al rey y servir de árbitro entre el conde, el obispo de Tolosa y los otros prelados de su dominio. En el momento en que se ponía en camino, Blanca le mandó llamar; tuvo con él algunos conciliábulos que le hicieron cambiar de itinerario. Para llegar a Tolosa, Gil de Flagy descendió por el valle del Ródano.

El conde de Provenza Ramón Berenguer y su mujer, Beatriz de Saboya, formaban una pareja feliz. Por su madre Gersende de Sabrán, el conde estaba muy arraigado en la nobleza local y, por su padre, estaba emparentado con las principales cortes de Europa, Castilla y Aragón, entre otras. Su mujer Beatriz pertenecía a la poderosa Casa de Saboya que dependía, como también Provenza, del Imperio. Solo había una sombra sobre su unión: no tenían hijos para sucederles —hijos no, pero sí cuatro hijas—. Muy hermosas las cuatro; una leyenda afirmaba que el hombre de confianza del conde, el famoso Romeo de Villeneuve, quien no tenía rival para enderezar unas finanzas que, según se decía, decaían periódicamente, aseguró a su señor que haría de sus cuatro hijas cuatro reinas.

Gil de Flagy pasó algún tiempo en el castillo condal, acaso el de los Baux, entonces en su esplendor; luego siguió la ruta Regordane, que por Nimes y el valle del Aude le llevó a Tolosa; allí cumplió con sus deberes de árbitro y regresó al dominio real. Y de nuevo tuvo con Blanca largas charlas; tras lo cual el rey «mandó al conde de Provenza que le enviase a su hija Margarita, pues quería casarse con ella y tomarla por esposa. Grande fue el contento del

conde por tales noticias y dio muestra de gran alegría e hizo grandes fiestas a los mensajeros, honrándolos mucho. Les entregó a su hija, persona discreta y bien aleccionada desde su infancia. Los mensajeros recibieron a la doncella y se despidieron del conde y, tras larga errancia, llegaron al palacio del rey y le entregaron la doncella. El rey la recibió con gran alegría y la hizo coronar reina de Francia por el arzobispo de Sens»[109]. Es así como las *Grandes Crónicas de Francia* resumen el acontecimiento.

Margarita de Provenza hizo, pues, un bonito día del mes de mayo su entrada en Sens, precedida por seis heraldos que hacían sonar sus trompetas y de un servidor de su padre, el conde Ramón Berenguer. En representación de aquel, el obispo de Valence, Guillermo, acompañaba a la joven princesa.

Blanca había enviado a su encuentro al arzobispo de Sens en persona, Gualterio Cornut, uno de los leales a la dinastía real, así como a un caballero parisiense, Juan de Nesle. Era el 26 de mayo de 1234. El rey esperaba en Sens a su prometida. Había abandonado París a mediados de mayo y, por Fontainebleau, Pont-sur-Yonne y la abadía de Sainte-Colombe, cerca de Sens, se había puesto en camino para recibir a su joven esposa, que, a su vez, había remontado el valle del Ródano, luego el del Saona, y cuyo paso por la abadía de Tournus se había producido el 19 de mayo anterior.

Desde hacía varios días, tenían lugar grandes preparativos en la ciudad de Sens dominada por su aún novísima catedral. Los caminos y ríos que desembocaban en la vieja ciudad estaban abarrotados de barcas, de vehículos, de personas a caballo y de carretas —una animación que más o menos se repite en todos los caminos del reino, pues se han enviado mensajeros en todas direcciones—. Tal jinete va a avisar al conde y a la condesa de la Marca, al arzobispo de Tours y al Capítulo de Poitiers; tal otro, Simón de Poissy, se va por el lado de Soissons; otro, Guillermo de Coqueville, hacia Angers; otro más, Lobert, va a avisar al duque y a la duquesa de Borgoña, así como al conde Archambaud de Bourbon; otro también, Roberto de Chamilly, al conde y a la condesa de Nevers; y no se deja tampoco de despachar hacia España a un clérigo, Garcías, que recibe 32 libras (consignadas en los libros de cuentas) para el camino y los presentes que Blanca hace a su familia en esta ocasión.

La reina misma ha hecho enviar por anticipado a Sens a dos emisarios, Bigot y Pedro de Crespiéres, para preparar el aposentamiento de su hijo y de la Casa Real; las cuentas no dan más precisiones sobre el lugar en que

estuvieron alojados unos y otros, pero es probable, en todo caso posible, que el arzobispo de Sens prestara su palacio en esta ocasión. Se menciona que se requirió un carro especial para llevar los ropajes reales a Sens, así como las alhajas y los objetos de la coronación. Se previo también unos carros especiales para el trasporte de los «caudales», es decir, del dinero que se transportaba entonces por regla general en toneles o en sacas, con la adecuada escolta, por supuesto. Los principales barones hacían igualmente aprestar sus viviendas. En las cuentas reales, vemos que la reina toma a su cargo la de la condesa de Flandes en Sens, y manda construir también unos albergues provisionales, muchos de los cuales debieron de ser simples pabellones o tiendas que albergaban ya a los caballos, ya a los soldados, criados y palafreneros.

Semejantes preparativos no difieren, por lo demás, más que por su amplitud de lo que es, más o menos, la vida cotidiana de una corte en perpetua mudanza. Pues el rey, y los altos barones a ejemplo suyo, se pasan la vida recorriendo sus dominios, y en la época de Blanca el rey no tiene todavía una morada fija. Verdad es que Felipe Augusto mostró por París una marcada predilección, mientras que sus predecesores gustaban sobre todo de estar en Orleáns. Pero incluso el palacio parisién que Luis IX hará reconstruir en parte y agrandar no es más que una residencia como otras muchas, y para toda la Casa Real fue una ocupación habitual emprender el traslado de muebles, lechos, cofres, bancos y caballetes —lo que se llama la cámara— para ir a instalarse a algunas leguas de allí: en Saint-Germain-en-Laye, que había sido la residencia favorita de Luis VIII y de Blanca, en Senlis, en Pontoise, en Compiégne, en Etampes, etcétera. Todos estos castillos son moradas vacías que solo se llenan con la llegada de los aposentadores, los cuales las acondicionan apresuradamente, descargando «rocines», «acémilas» y carros de su «arnés» para colgar los tapices, montar camas, mantas y jergones y, en su momento, «poner la mesa» sobre los caballetes. En la familia real se debía de seguir contando tiempo después la aventura ocurrida a la princesa Isabel, la cual tenía por costumbre, por la mañana, decir sus oraciones en el lecho, acurrucada entre las sábanas; al amanecer, un criado no del todo despierto, que había venido para retirar su cama, no advirtió su pequeña forma delgada, y maquinalmente enrolló sábanas y mantas sin reparar en que la princesa se encontraba literalmente embalada en su interior; se quedó estupefacto al notar que su bulto se agitaba y gritaba, y la gente hizo mucha chacota de su inadvertencia.

Los libros de cuentas que han llegado hasta nosotros sin duda acreditan unos transportes más importantes que de ordinario: hay que comprar dos rocines suplementarios, uno para los utensilios de cocina y el otro para los equipamientos, muebles y colgaduras. Una «acémila» —bestia de carga— lleva la «cámara de la reina», otra es cargada con la fruta que se servirá en las mesas del banquete. El oficial encargado de la panetería y el que se ocupa de las labores de la huerta tienen cada uno un rocín y un palafrén a su disposición, mientras que, bajo la vigilancia del cocinero de la reina llamado Guillermo, se cargan dos rocines, uno con los utensilios y el otro con los dineros necesarios para sus menesteres. Otras «acémilas» (son los caballos de tiro más fuertes; cuestan de catorce a dieciséis libras, más caros que los palafrenes, que son los caballos de gala) transportan una la «cámara» de la joven reina y la otra el lecho del rey.

Blanca ha mandado rehacer un colchón guarnecido con un cubrecama de seda bordada y otros cubrecamas destinados a la reina; cofres revestidos de escarlata contienen las sábanas de tela de lino, las pieles destinadas a adornar los lechos y también un variado surtido de camisas y de ropa interior. Ha mandado preparar igualmente las joyas para la coronación, compradas algunas de ellas al orfebre del conde de Flandes, y ha hecho remozar la corona, puesto que la ceremonia de la coronación tendrá lugar con ocasión de las nupcias, a fin de que la reina sea coronada igual que el rey. Se lleva también, por supuesto, la ropa necesaria para cubrir con manteles blancos las mesas que se montarán en los banquetes —las de los invitados y también las del pueblo llano llamado para tomar parte en el festín—: ochenta y seis manteles, doscientas cuarenta piezas de tela, cien servilletas. La Casa Real tiene a su servicio una lavandera llamada Rosette que cuenta con la ayuda de una sirvienta, Laurence, y que, probablemente, contrata *in situ* durante los desplazamientos el pequeño batallón de lavanderas armadas con su pala.

La víspera del viaje, Blanca se hace sangrar por su médico Godofredo Miniaz —un español sin duda—; precaución usual antes de la fatiga de la cabalgada o tal vez cuidado higiénico en primavera. No se lleva con ella a todo su séquito; una de sus damiselas, llamada Eudeline, vendrá a reunirse con ella en Sens en barca; otra de sus camareras, la señora de Amboise, y Mincia la Española, a la que se menciona muy a menudo en las cuentas, probablemente la acompañan; esta última, inmediatamente después de la boda real, partirá para España y recibirá para su viaje dos rocines, dinero y unos vehículos que la acompañarán hasta La Rochelle. En torno a ella varios de los grandes oficiales de la casa de Francia, entre ellos el camarero Bartolomé de

Roye, al que llaman el «caballero gordo», el chambelán Juan de Beaumont, Ferry Páté, que más tarde será mariscal, la condesa Juana de Flandes y también el conde Raimundo de Tolosa, que ha prolongado su estancia en la corte para poder asistir a las bodas. El séquito incluye veinticuatro ballesteros y veinte hombres de armas que reciben su salario quincenalmente y que tienen que costearse sus caballos. Una forja se desplazaba al mismo tiempo que los ballesteros para reparar sus armas: lanzas, saetas de ballesta, etcétera, por no hablar del herraje de los caballos. Las gentes de armas son, por otra parte, renovadas de tiempo en tiempo y se destina ocasionalmente a unos ballesteros para acompañar a tal o cual señor al que se quiere hacer los honores; así, Andrés de Vitré recibe a cinco de ellos cuando regresa a su casa tras los festejos de la coronación.

Conservamos las cuentas de este año 1234, en el que tiene lugar el gran acontecimiento, y estas se presentan en un desorden que para nosotros es una suerte, pues nos permiten conocer los detalles del equipamiento (los tres «*aumucelles*», probablemente cobijas de caballo, que paga Robin de Poissy) y los incidentes del viaje: los tornos y los fogones preparados para las cocinas en un campamento volante en el bosque; los lobos cazados en Pont-sur-Yonne y en el bosque de Othe; los seis ayudas de cámara, los nueve caballerizos de servicio, más siete de guarnición, que rodean al rey; los pequeños artesanos cuyos servicios se requieren de forma permanente, como Simón de Louvre y el llamado Esteban, que hace las piezas de ballesta; los dos criados encargados de los perros del rey y Simón de Moret que se ocupa de sus halcones, sin mencionar a los monteros y a sus mozos. Se reparte limosnas a lo largo del camino, tanto a las casas de religión como a las monjas del Pré o a las de la Cour-Notre-Dame; el limosnero está, por lo demás, encargado de las pequeñas limosnas durante el viaje; se le entregan sesenta sueldos para que los reparta por el camino de Fontainebleau. En las etapas, estas limosnas son más importantes. En el mismo Fontainebleau, a cien pobres les toca un sueldo por cabeza el 24 de mayo. Se indemniza también a un pobre hombre cuyo caballo mataron en Sens. En todo desplazamiento de la corte se reparten limosnas que resultan a veces bastante conmovedoras, como las cuarenta libras entregadas por medio de un caballerizo llamado Hugo a una muchacha que, estando a punto de casarse, se había apostado en el Grand-Pont de París para solicitar la generosidad del rey a su paso. Blanca dota a menudo a doncellas encontradas casualmente, unas veces la hija de una dama pobre de los alrededores de Anet que recibe cien sueldos parisienses, otra una niña de la castellanía de Nogent, a quien entrega quince libras, etcétera. O están

también los leprosos; con ocasión de las bodas en Sens, Luis manda repartir entre estos veinte libras y trece sueldos; su liberalidad va en aumento y durante la Cuaresma de este año, la de sus veinte abriles, ha hecho distribuir cuarenta y cinco mil arenques a los pobres. Todos los días, no lo olvidemos, se distribuye en la corte pan para los pobres; ello importa la cantidad de una libra parisién diaria, lo que supone un buen número de hogazas.

En Sens se han extremado los preparativos para recibir dignamente a la Joven Reina. Han sido acondicionados los aledaños de la catedral; ha sido necesario incluso derruir un muro, acaso para levantar unos andamios y estrados o dejar suficiente espacio para las mesas del banquete. El interior de la catedral de San Esteban ha sido engalanado con paños y adornado, como es costumbre para las festividades solemnes, con alfombras y colgaduras, y además, afuera, se ha construido pensando en el rey y la reina una «enramada» —un estrado recubierto con ramas y hojarasca destinado a resguardarles durante el espectáculo, consistente en torneos de caballeros y en justas de juglares—; está provista de asientos tapizados de seda.

La afluencia es grande en la ciudad con todos los invitados, ya que cada uno de ellos trae consigo a su séquito y a sus caballos. El fasto desplegado en tales ocasiones se mide naturalmente por los obsequios hechos por el rey a sus allegados. Están las diecinueve sillas de montar entregadas a los nuevos caballeros, más las que ha mandado hacer el rey para sus hermanos y para el que llaman Alfonso el Sobrino, hijo de una hermana de Blanca, Urraca, reina de Portugal; este fue educado en la corte de Francia, en donde se distinguía a los dos Alfonsos diciendo: Alfonso el hijo y Alfonso el sobrino. Luis había recibido de su madre para la ocasión todo un equipo de caballero: cinco sillas de montar, seis cotas de arquero para él y para su hermano Roberto, unas espuelas, mucetas, mantas de cendal (tafetán de seda), y por último unas *chevétres* o bridas, con riendas, bocados y estribos provistos de espuelas de oro, y además, para su joven esposa, dos sillas, cotas, bridas, cobijas y arreos.

Pero sobre todo se reparten «trajes»; los regalos de ropas son de lo más habituales: reyes y señores los regalan a sus allegados con ocasión de las fiestas de Navidad, de Pascua o también para sus natalicios; las nupcias reales y la coronación de la reina son también ocasiones para hacer presentes de este tipo.

Aunque demasiado sucintos para nuestro gusto, no por ello los registros de cuentas dejan de desplegar ante nosotros una profusión de colores que las exquisitas miniaturas de la época atestiguan igualmente. Los miembros de la Casa Real, como Ferry Pâté, Juan de Beaumont y Enrique el Halconero,

reciben unos trajes de púrpura, e igualmente van ataviados de púrpura los dos Alfonsos, el hijo y el sobrino. Las damas de honor de la reina llevan unos vestidos de persiana (color azul) y de escarlata, forrados de bermellón. El conde de Tolosa va noblemente ataviado de morenillo violeta y con otros dos trajes verdes gracias a la munificencia real; tiene derecho, por otra parte, a unas consideraciones especiales durante esta estancia, y recibe un palafrén y una acémila; se sufragan los gastos de su halconero y no se olvidan los pequeños regalos a sus criados. Roberto, al que más tarde se llamará Roberto de Artois, va ataviado de morenillo negro, verde y violeta con escarlata forrado de armiño y vero grueso y delgado. Los infantes, es decir, los más jóvenes de la familia, se han quedado en París; la reina los ha puesto expresamente en manos de los burgueses parisienses. Estos infantes son Isabel, entonces de nueve años de edad, y Carlos, que solo tiene siete; sin duda para consolarles se les ha hecho hacer unos bonitos trajes de morenillo rosa y negro con los que recibirán a su hermano mayor y a su cuñada. Dos duelos sucesivos han venido a ensombrecer, en efecto, a Blanca; ha perdido a dos de sus hijos: Juan y Felipe Dagoberto, uno y otro en el año 1232; ningún detalle nos ha quedado sobre lo que causó su muerte, si enfermedad o accidente.

Volviendo a las bodas del rey, las cuentas nos informan de que su traje del día de la coronación está hecho de tela de persiana, es decir, azul, de morenillo negro, de escarlata roja y de escarlata violeta; la joven reina recibe un manto y una muceta forrada de grueso y delgado vero, de armiño y de marta cebellina. Una verdadera multitud vestida de colores llamativos se apretuja en la ciudad de Sens, en su catedral y en el real de la feria donde tienen lugar los festejos. Los proveedores de Blanca, Yvon, el guantero, y Juan Godriche, el sombrerero, han tenido mucho quehacer cada uno en su especialidad; los jóvenes van tocados con sombreros de fieltro guarnecidos de plumas de pavo real con barboquejos de oro y adornos de seda. Joyeros y orfebres han recibido también muchos encargos: dos sortijas de oro para el rey; para Roberto y Alfonso, cinturones y broches de oro, y para este último un estuche en forma de bacía; pero sobre todo han trabajado en las joyas regaladas a la joven reina. Blanca no ha escatimado nada para que sea acogida fastuosamente. La corona de oro que el rey le regala debe de ser espléndida puesto que no cuesta menos de cincuenta y ocho libras. Asimismo le regala un *chapel* de oro, sin duda una especie de diadema, y dos cucharas de oro, y le obsequia con suntuosas pellizas de armiño y de marta cebellina. Se ha fabricado una copa de oro para el rey y la reina; uno y otra beberán en ella

durante el festín. Esta copa es acto seguido dada como regalo al copero mayor de Francia, siguiendo la tradición. Las copas son, por otra parte, igual que las ropas, regalos usuales, y este mismo año de 1234 Blanca ha hecho donación a su hijo de un «*hanap de madre*»: una copa medieval de dura madera montada sobre un pie de orfebrería del que podemos hacernos cierta idea porque otra copa de madera regalada más tarde por Blanca a la abadía de Maubuisson se conserva todavía en Versalles (museo Lambinet).

Y asimismo podemos imaginarnos bastante bien, al margen de las miniaturas, lo que eran los trajes de la época: nos han quedado sorprendentes muestras de ellos, y figuran en un museo que no tiene parangón con ningún otro, el del monasterio de Las Huelgas en Burgos. Este monasterio —el Saint-Denis de los reyes de Castilla— alberga las tumbas de los padres de Blanca y de sus sucesores; ahora bien, en estos sepulcros de piedra, gracias al clima excepcionalmente sano y seco, han podido encontrarse casi intactos los vestidos con los que fueron inhumados algunos príncipes, como don Fernando de la Cerda.

Hoy podemos contemplar no sin asombro el maravilloso «traje» con que se le revistió para su funeral y que debía de ser su traje de ceremonia: una tela adamascada de dibujos verdes sobre fondo claro, forrada de una seda de color amaranto, un tahalí bordado y enriquecido con hebillas de orfebrería, espuelas de oro y, sobre la cabeza, una especie de solideo bordado con perlas sobre el que destacan, alternados, los medallones con el león y los medallones con el castillo, que evocan los blasones de Castilla y de León. Al lado de estas prendas enteras, muchos fragmentos de seda bordada, o también de fina lana cosida con una increíble destreza dan una idea cabal de la riqueza, de la variedad de las telas medievales; algunas son de fabricación oriental, ya que la seda no se tejía en Europa en la época; algunos brocados, por lo demás, llevan unos caracteres cúficos, aquí tratados como adorno. Pero las prendas de punto de lana, que indudablemente son de factura occidental, no les van a la zaga en cuanto a destreza: prendas de punto hechas con aguja que incluyen diseños a veces muy rebuscados, en lanas de varios colores: verdes, rojos, crema, representan aquí un cisne, allá un grifo, florecillas en otras partes, follajes estilizados, etcétera, todo ello sobre un fondo distribuido en losanges, en los que se alternan los tintes claros y más oscuros. Este museo del tejido de Burgos, sin parangón en Europa —pues en general para esta lejana época solo han sido extraídos y conservados unos ínfimos fragmentos de las tumbas— da un sentido, un color a esas mantas, a esos cubrecamas, a esos tejidos de cendal, de seda, de escarlata que enumeran los registros de cuentas; podemos

imaginarnos al joven rey Luis con un traje largo y tornasolado parecido al de Fernando de la Cerda. Podemos verle en un asiento tapizado de seda parecido a esos damascos deslumbrantes cuando tomó asiento con su esposa, para asistir a los espectáculos que animaron esos tres días de festejos.

Ha sido Roberto, el hermano segundón de Luis —tiene entonces dieciocho años y es con él con quien mejor se entiende, aunque sean muy distintos—, quien ha establecido los detalles de la fiesta con los servidores. Y como le gusta hacer las cosas con esplendidez, le ha costado ciento doce libras con treinta y dos dineros, sin mencionar el obsequio de diez libras hecho al trovador enviado por el conde de Provenza. Por desgracia, nadie nos ha dejado un relato de esos espectáculos a los que asiste la joven pareja debajo de la «enramada» con asientos tapizados de seda de la que nos hablan las cuentas. Solo algunas breves menciones, como la del cronista Aubry de Trois-Fontaines a propósito de una fiesta parecida, evocan a los trovadores y sus espectáculos «de vanidad»: «así, por ejemplo, el que, a caballo de una cuerda, cabalgó en el aire, o también esos que cabalgaban dos bueyes drapeados de escarlata y tocaban la trompeta a cada manjar que se sacaba a la mesa[110]». Decir trovadores es sinónimo de música, canciones y risas; unas veces poemas, que en la época son cantares de gesta, y otras juegos más próximos al circo y a los tablados de feria; e igualmente decir fiesta, en la época, es sinónimo inevitablemente de danzas; no hay ninguna razón para pensar que Luis y su joven esposa no tomasen parte en esas danzas con gran alegría. Hemos conocido a Luis IX, en primer lugar, por unos relatos hagiográficos deseosos de destacar su santidad; estos han recordado sobre todo las tres noches que el rey pasó en oración antes de unirse a su joven esposa, y cómo obtuvo de ella que se uniera primeramente a sus oraciones. Tenemos las cuentas para atestiguar que el fervor, en lo que a él se refiere, no siempre entrañaba austeridad, y que una corte con fama de ahorrativa supo ser pródiga en dicha circunstancia: ciento dieciocho libras para el pan, trescientas siete para el vino, seiscientas sesenta y siete para los manjares y su elaboración y, para el alumbrado, cincuenta. Los gastos, incluyendo los ropajes llevados por la familia real o bien regalados por ella, el estipendio de los servidores y caballerizos, la avena para los caballos, los aposentos para la escolta y los diversos sueldos, alcanzaban la suma, muy alta para la época, de dos mil quinientas veintiséis libras con quince sueldos y siete dineros. Resulta tentador intentar traducir las sumas de entonces a moneda moderna, pero el resultado es invariablemente frustrante. Digamos que, en el siglo XIX, el valor de la libra parisina era de veintidós mil cuatrocientos setenta y cuatro francos;

los gastos habrían, pues, ascendido aproximadamente a cinco mil setecientos francos —oro, cuya evaluación dejaremos a los economistas[111]. En cualquier caso, lo cierto es que desde su primer encuentro, Luis y Margarita se enamoraron instantáneamente el uno del otro y que este amor no se desmentirá jamás. Margarita no tiene aún más que trece años; todos los testigos concuerdan en decir que era muy hermosa y estaba muy «bien enseñada», según la expresión de la época; lo que significaba que estaba perfectamente preparada para su papel de reina y que, al no haber sido descuidado ningún aspecto de su educación, era también culta. Se han conservado de ella algunas cartas personales en latín y en francés, escritas con galanura, y no es de descartar que la joven reina con nombre de flor hubiera inspirado ese *Román de la Rose* que escribe en los años posteriores a la llegada de Margarita a la corte de Francia un clérigo, llamado Guillermo, originario de Lorris, donde la joven pareja real reside a menudo[112].

Podemos preguntarnos en qué lengua conversaban los dos enamorados. La de Margarita es evidentemente el provenzal; ¿aprendió Luis la lengua de *oc*? Es poco probable. Resulta más verosímil que Margarita aprendiera el dialecto de la Île-de-France; su uso forma parte desde esta época de los buenos modales que comporta toda educación esmerada. Un poema, que es una especie de tratado de saber vivir, dice:

Soyez débonnaire et courtois;
sachez aussi parler françois
car moult est lange louée
de gentilshommes et moult aimée[113].

[Sed bueno y cortés;
aprended también francés,
pues es lengua muy elogiada
por los gentilhombres y muy apreciada].

Este tipo de consejo está dirigido en el poema a los gentilhombres, pero no está ya lejos el tiempo en que el estudio del francés forme parte de la educación normal incluso de los no doctos (los que no han estudiado latín), pues Brunetto Latini, italiano de nacimiento, que escribe pensando en estos, compone su *Tesoro* en lengua francesa, que declara a la vez «la más deleitosa» y también «la más común a todas las gentes» (lengua de mayor difusión). Por lo demás, el lenguaje escrito no desempeñaba en aquel tiempo

el mismo papel que en el nuestro o, mejor dicho, podemos apreciar las facilidades de expresión que brinda una época de civilización oral respecto a épocas de civilización escrita como es la nuestra. Si se consultan los textos de la época se tiene la clara impresión de que todos, tanto en el siglo XIII como en el XII, son más o menos bilingües, incluso trilingües; no hay nadie entre el pueblo llano que no chapurree por lo menos algunas palabras de latín; las comunicaciones son de una facilidad sorprendente entre grupos de origen distinto pese a la multitud de dialectos existentes. Cuando se ve, por ejemplo, a un Santiago de Vitry, predicador champañés como su nombre indica, desembarcar en Italia y predicar allí en las iglesias con una fogosidad tal que las mujeres están dispuestas a su llamamiento a tomar la cruz, podemos preguntarnos si esta elocuencia arrebatadora se expresaba en italiano o en francés. No menos convincentes son los múltiples poemas de aquel tiempo en que vemos emplear alternativamente la lengua de *oc* y la de *oil*, sin que ello parezca molestar a los oyentes.

El caso es que Luis y Margarita supieron comprenderse y que su unión, aunque no carente de problemas, es la historia de una felicidad sin nubes.

Sin nubes al menos entre ellos dos, pues para otra persona la presencia de Margarita es una nube.

Para Blanca esta fue una unión deseada; la preparó y se alegró por ella, aunque no midiera como podemos hacerlo nosotros con la distancia del tiempo la importancia que podía tener un enlace gracias al cual la dinastía real de Francia se asentaba más allá del Ródano, respecto al «Imperio», en unos tiempos en que acababa de enriquecerse, respecto al «reino», con las dos senescalías de Beaucaire y de Carcasona, que habían pasado al dominio directo de la Corona. Pero el hecho se le impone de repente: en la corte de Francia hay ahora dos reinas; y —nadie duda de que ello es para Blanca una herida secreta— la recién llegada es para todos «la Joven Reina». Blanca tiene entonces cuarenta y seis años; como toda mujer próxima a la cincuentena se enfrenta a ese mundo de inquietudes y de nostalgias semiinconscientes que supone un paso difícil en toda vida —y más aún en la vida de una mujer—. A sus aprensiones íntimas se añade para ella la consciencia cada vez más aguda de lo que exige el ejercicio del poder. Ese poder que ella no ha deseado, que le ha sido impuesto como una carga y un pesar, le ha tomado gusto ahora a ejercerlo y entiende que a su alrededor en la corte todos consideran este ejercicio como el primero de los deberes, en el que no se tolera ni mediocridad, ni demora, ni diversión, ni excusa.

El castillo de Pontoise no existe ya en la actualidad; imaginamos que, de haber sobrevivido a las destrucciones, habría podido ser un lugar de peregrinaje para todos los enamorados del mundo. En este castillo de Pontoise había una escalera de caracol: la cámara del rey estaba arriba y la de la reina abajo; «Luis y Margarita se habían puesto de acuerdo en encontrarse a mitad de una escalera de caracol que comunicaba una cámara con la otra; y tan bien lo habían arreglado que, cuando los porteros veían venir a la reina a la cámara de su hijo el rey, llamaban a la puerta con una vara, y el rey se iba corriendo a su cámara para que su madre le encontrara allí; y lo mismo hacían a su vez los porteros de la reina Margarita cuando la reina Blanca venía a verla a ella, para que encontrara en su cámara a la reina Margarita».

Pontoise se convierte en la residencia favorita de la joven pareja…

Blanca, esposa y madre perfecta, es a todas luces una suegra difícil. La explicación que se nos ocurre de forma natural, en nuestra época influida por el psicoanálisis, los celos, se ve descartada simplemente por la observación de Joinville, que posee el genio de las verdades abruptas: «La reina Blanca no podía soportar siempre que pudiera evitarlo que su hijo estuviera en compañía de su mujer, excepto por la noche, cuando iba a yacer con ella». Blanca no está resentida en absoluto con Margarita por ser la mujer de Luis; está resentida con ella desde el momento en que su hijo falta por su culpa —simple chiquilla incompetente— a sus deberes de rey. Pero resulta tranquilizador para nosotros ver en Luis a un enamorado como los demás, capaz de concebir esas astucias que han inventado, para demostrarse su amor, los enamorados de todos los tiempos.

Más penosa es la otra anécdota que refiere también Joinville: «Una vez estaba el rey junto a su mujer la reina, y ella se hallaba en gran peligro de muerte, por haber quedado enferma de un hijo que había tenido. La reina Blanca vino allí, y tomó a su hijo de la mano, y le dijo: “Venid conmigo; no hacéis nada aquí”. Cuando la reina Margarita vio que la madre se llevaba a su hijo el rey, exclamó: “¡Ay, no me dejaréis ver a mi señor ni muerta ni viva!”. Y entonces ella sufrió un desmayo y creyeron que había muerto; y el rey, que pensó que se moría, volvió a su lado; y a duras penas se la hizo volver en sí». También en este caso, por más desagradable que sea su actitud, se trata para Blanca de inducir al rey a anteponer sus deberes de monarca a sus sentimientos personales.

Digamos, por otra parte, que, si bien Blanca trata de hacer ceñirse a su hijo al cumplimiento del «austero deber», lo que es la corte no presenta nada de austero, y que una joven como Margarita pudo encontrar en ella su plena

expansión. Terminado el tiempo de los lutos, las fiestas se suceden. Y los trovadores aparecen a menudo en las cuentas de la corte, designados con divertidos apodos: el Desastrado, el Pelón, o ese al que se llama «Cuatrohuevos» y que es trovador del señor de Courtenay.

Tres años después de su matrimonio, Luis hará celebrar la ceremonia de iniciación a la caballería a su hermano Roberto con la misma brillantez o casi que sus propios esponsales. Los festejos, en esta ocasión, tienen lugar en Compiègne, para Pentecostés, en junio de 123 7; eran ciento cuarenta señores los que debían recibir al propio tiempo que Roberto sus espuelas de caballeros. A todos se les regaló trajes de seda en ese fausto día, y se hizo entrega de muchos obsequios a los principales invitados: esmeraldas para las damas, como la esposa del duque de Chátillon y la de Enguerrand de Coucy; para otros, copas de plata; para el rey, un cinturón de oro y otro también para Roberto, que debía de estar soberbio con su traje de seda y de escarlata morada con un manto de escarlata encarnado forrado de delgado vero y de armiño; un broche de oro sujetaba este manto en su hombro; iba tocado con un yelmo de oro. El rey, por su parte, se había revestido ese día con un manto de *samit* (satén) encarnado sobre su traje de escarlata violeta; la joven reina iba ataviada de *estanfort* forrado de armiño y de marta cebellina debajo de una pelliza de delgado vero. Tal vez el rey montaba para la ocasión el hermosísimo palafrén *liará* —tordillo— que había comprado algún tiempo antes por la elevada suma de veintiuna libras, el precio de un corcel, caballo de batalla. En cuando al caballo de Roberto, no tenemos ningún detalle acerca de él, pero podemos confiar en la elección del joven caballero, pues era muy aficionado a los buenos caballos; con ocasión del matrimonio de su hermano, el obispo de Chartres Gualterio creyó que no podía hacerle mejor regalo que un caballo. En estas fiestas, los «infantes», Isabel y Carlos, comienzan a ser tratados como jóvenes; las dos damiselas de la corte, Isabel y su futura cuñada Juana, hija del conde de Tolosa, llevan unos *estanforts* de color rojo y «el señor Carlos», que no cuenta aún diez años, un bonito traje de escarlata listado; de escarlata listado es también el traje regalado en esta ocasión al conde de Tolosa Raimundo VII, invitado a la ceremonia.

Al armar caballero a su hermano Roberto, Luis no sospechaba que consagraba a aquel que iba a ser la encarnación, por primera vez en la historia de la dinastía real, de los defectos que marcarán precisamente la degeneración de esa caballería entonces en todo su esplendor. Una bravura despreocupada, una temeridad algo alocada llevarán a una muerte prematura a este espléndido caballero, y al ejército del rey a la catástrofe. Roberto es pródigo hasta la

insensatez: en las fiestas de Compiégne entrega doscientas veinte libras a los trovadores, sin contar una suma de cien sueldos dada a los trompeteros y otra similar ofrecida a un tocador de *stive*, especie de cornamusa que apreciaba sin duda de manera especial. Pero está lleno también de afecto por los suyos, en particular por su hermano mayor y por su madre Blanca, a quien no dejará de enviar unas cartas llenas de pormenores cuando se vea separado de ella en el momento de la Cruzada.

Al mismo tiempo que su ingreso en la caballería se festejaba, en Compiégne, el casamiento de Roberto con Mahaut, hija del duque de Brabante. Había llegado el momento para el rey de Francia de hacer entrega a su joven hermano de la herencia que el testamento de su padre le destinaba. Esta asunción de sus dominios personales había sido la ocasión para una verdadera redistribución de feudos, según un acuerdo de familia presidido por Blanca. Esta había recibido en otro tiempo en concepto de viudedad —la dotación hecha por su esposo con ocasión de sus bodas— las tres castellanías de Hesdin, Bapaume y Lens, y más tarde ella misma había comprado otra tierra en estas regiones, la de Vilaines, que completaba este conjunto de feudos. Pero si bien para ella tenían el interés de estar próximos a las posesiones personales de su esposo en tiempos de su casamiento, ahora no era ya así; Artois se convertía en el feudo de Roberto y ella prefería vivir en la Ile-de-France, más cerca del rey y de las posesiones de la Corona. Iba a tener lugar un intercambio que poco a poco haría pasar a manos de Blanca varias castellanías a fin de compensar su viudedad de la que hacía donación a Roberto: en los años siguientes vemos que recibe Meulan, Pontoise, Etampes, Dourdan, Corbeil y Melun. El rey añade a ellas Crépy-en-Valois, La Ferté-Milon y Pierrefonds, mientras que Blanca renuncia a su dote constituida antaño por el rey de Inglaterra, Issoudun y Gragay. Ella siempre se había ocupado activamente de la administración de sus dominios personales: en varias ocasiones se la había visto intervenir para hacer construir, por ejemplo, los mercados de Issoudun, indemnizar a los propietarios de las casas derruidas para su construcción, recibir los homenajes de los vasallos en sus tierras, etcétera. Sus nuevas posesiones, más próximas de lo que era el centro mismo de sus ocupaciones, serían más fácilmente administradas. La viudedad era para una reina una fuente de rentas personales que ella iba a tener el cuidado de no descuidar. Margarita, con ocasión de su casamiento, recibió en concepto de viudedad la villa de Mans con sus dependencias, así como Mortagne y Mauves-sur-Huisnes.

Todos los años transcurridos desde el matrimonio de su hijo son para Blanca años en que está ocupada en concertar uniones y en impedir otras. Facilita las que le parecen que propician fructíferos acercamientos de feudos y previene aquellas que parecen peligrosas para el futuro de la Corona, todo ello con una imperturbable energía. El mismo Roberto había estado primero prometido con María, hija de Juana de Flandes y su heredera, pero aquella había muerto. La herencia que habría permitido reunir Flandes con Artois iba, pues, a corresponder a su hermana menor, Margarita, a la que más tarde los flamencos llamarán la Dama Negra. Casándose con Matilde o Mahaut, hija mayor del conde de Brabante, Roberto se aseguraba, a falta de la herencia flamenca, por lo menos cierta influencia en unas regiones próximas a su feudo personal.

Otros tres planes matrimoniales iban a ser fuente de preocupación esos años: el de la misma Juana de Flandes, viuda de Ferrán, y los de los dos Alfonsos, el hijo y el sobrino.

Flandes había planteado antaño demasiados problemas al reino para que Blanca hubiera dejado de prestarle una atención vigilante. Viuda de Ferrán de Portugal, Juana es objeto de solicitaciones nada desinteresadas. Ahora bien, Blanca recibe la noticia, no sin despecho, de que pide su mano un personaje de quien no le faltan motivos para desconfiar: Simón de Montfort. El hermano menor de Amaury ha heredado el nombre de su padre y también su ambición. Recibido con grandes atenciones por el rey de Inglaterra, que le ha confirmado en la posesión hereditaria del condado de Leicester, no por ello ha dejado de volver al continente donde va a todas luces en busca de un buen partido. Juana es considerablemente mayor que él; el detalle no parece molestarle en absoluto, pero Blanca está vigilante. Sin pérdida de tiempo se traslada a Péronne y obliga a Juana a firmar un convenio por el que renuncia a todo proyecto de unión con el conde de Leicester: la amenaza habría sido demasiado seria para el reino. Con uno de sus vasallos más allegados instalado en Flandes, el rey de Inglaterra, siempre en estado de guerra latente, podría llevar a cabo sus planes de invasión permanentemente postergados. Tras lo cual, prudentemente, Blanca, para mayor seguridad, proponía a Juana un esposo elegido por ella, el conde Tomás de Saboya, tío de Margarita, que Juana, resignada sin duda a querer lo que su soberana quería, aceptó. La casa de Saboya comenzaba a entrar en la Historia e iba a manifestarse con alguna turbulencia, sobre todo en el lado italiano, con respecto a la Santa Sede. Por el momento, lo que le importaba a Blanca era una unión que viniera a reforzar aún más los lazos estrechados allende el Ródano. Tomás, convertido en conde

de Flandes, se apresuró a invitar a su hermana Beatriz de Provenza y fue esta ocasión para grandes fiestas en la corte de Francia:

Le comte Thomas de Savoie
en Flandre dont il était comte
sa seeur fit venir en France
pour voir la reïne franche
sa fille, qui moult était belle…
Je ne sais com plus richement
pourrait-on dame recevoir
ni pour beauté ni pour avoir
ni pour nulle autre seigneurie[114].

[El conde Tomás de Saboya,
en Flandes donde era conde,
hizo venir a su hermana a Francia
para ver a su hija la reina franca,
que era muy hermosa…
No sé cómo se podría recibir
a una dama más espléndidamente,
ni por belleza, ni por fortuna,
ni por ningún otro señorío].

Beatriz, por lo demás, prolongó su viaje hasta Inglaterra, pues su segunda hija, Leonor, acababa de convertirse en la esposa de Enrique III y la tercera, Sancha, no iba a tardar en casarse con el hermano del rey, Ricardo de Cornualles; todo ello introduciría un nuevo juego de alianzas que vendrían a complicar las ya existentes. Pero la época abunda en alianzas complicadas que constituyen el verdadero y propio tejido de la vida feudal.

Simón de Montfort, despechado pero no desalentado, vuelve entonces los ojos hacia otra heredera, una dama también madura, pero con una viudedad estimable: Mahaut de Boulogne, viuda de Felipe Hurepel; he aquí a Blanca de nuevo alertada. Como la vez anterior, actúa sin pérdida de tiempo para cortar los puentes delante del conde de Leicester. Mahaut es prometida de inmediato con Alfonso el sobrino, hijo del rey de Portugal y compañero de infancia de Alfonso de Poitiers. La desproporción de edad era grande, pero Alfonso tuvo el buen gusto de no protestar; había sido prácticamente criado en la corte de Francia y no había de abandonarla hasta que, por una serie de circunstancias imprevistas, se convirtió en rey de Portugal. Las posesiones de Mahaut no

presentaban a partir de entonces un gran interés para él, no más que su persona, y él la repudió.

Entretanto, furibundo, Simón de Montfort había vuelto a cruzar el mar y fue sin duda para consolarle de sus dos desengaños sucesivos por lo que el rey Enrique III le ofreció la mano de su propia hermana, Leonor, viuda a los dieciséis años de Guillermo el Mariscal el Joven con quien se había casado a los nueve años.

Convenía también celebrar el matrimonio entre Alfonso el hijo y Juana de Tolosa: otra unión que iba a ser ejemplar, como la de Luis y Margarita. Alfonso, tercer hijo vivo de Blanca, era de salud más frágil que sus hermanos. Forma con Roberto un contraste perfecto, pues si este último es un caballero que no sueña más que con hazañas y fiestas deslumbrantes, Alfonso es un administrador concienzudo, exacto, incluso puntilloso. Sus registros de cuentas son llevados de forma admirable. Es, por lo demás, un hombre tanto progresista como economizador, pues es el primer señor en emplear, para llevar tales registros, el papel en vez del pergamino: un género menos costoso que se consideraba, en la época, algo parecido a las materias plásticas en la nuestra. El papel se utilizaba para el uso corriente, las cuentas, las notas diarias. El caso es que en unos tiempos en que Juan Sarrasin, en la corte de Francia, sigue anotando los gastos diarios en tablillas de cera, Alfonso, en la corte de Poitiers, utiliza el papel a tal efecto.

Su matrimonio ha tenido lugar en 1238, el de su primo Alfonso el sobrino en 123 9. En la corte de Francia de aquellos años, el jolgorio de las fiestas era continuo. Se puebla de toda una juventud alegre; el rey, los príncipes, sus esposas, los barones y las damas, los trovadores y los juglares llevan en ella una vida brillante, llena de color. Es probablemente la corte más animada de Europa.

Aparte de las fiestas profanas, están también las religiosas, no menos coloristas que las anteriores. Una de ellas va a dejar memoria en los anales del reino: la que celebra la llegada a Francia de la Santa Corona de espinas, en el año 1239. Blanca ha querido acompañar a su hijo y se encuentra presente, no lejos de Villeneuve-l’Archevéque, en el solemne reconocimiento de las reliquias más queridas del mundo cristiano. El rey hace abrir una caja que han transportado con gran cuidado dos frailes predicadores, fray Santiago y fray Andrés, y que contiene una arquilla de plata que lleva los sellos del Dux de Venecia y de los principales barones del Imperio de Constantinopla. Se verifican estos sellos comparándolos con los que penden de las cartas patentes que han sido enviadas, por lo demás, para garantizar la autenticidad de la

reliquia entregada a los dos dominicos; después se rompen. Dentro de la arquilla de plata aparece una caja de oro que contiene la Santa Corona; más exactamente, un ligero haz de paja en forma de diadema que lleva atados algunos fragmentos de lo que siempre se ha venerado en Constantinopla como la Corona de espinas de Cristo durante su Pasión.

Este instante de intensa emoción ha estado precedido por toda una serie de negociaciones y tratos entre el rey y el joven Balduino II que preside los destinos, cada vez más problemáticos, de ese Imperio Latino de Oriente que los cruzados fundaran a comienzos de siglo. El emperador, literalmente en una situación desesperada, para conseguir algunos subsidios ha tenido que dejar la reliquia en prenda en manos de un mercader veneciano, Nicolo Quirino. De paso por la corte de Francia, con ocasión de un viaje que ha emprendido por Occidente en petición de ayuda, le confiesa al rey qué tipo de prenda fue intercambiada por él el año anterior, y Luis IX se apresura a indemnizar a su acreedor y a adelantarle al emperador las sumas que necesita con más urgencia. La reliquia ha sido trasladada a continuación de Venecia a Francia. El 11 de agosto, un cortejo hace su entrada en la pequeña ciudad de Villeneuve-l’Archevéque; el relicario de la Santa Corona ha sido depositado sobre una peana que llevan dos hombres en camisa, descalzos, como unos penitentes: detrás va Roberto de Artois, delante su hermano mayor, el rey de Francia. A lo largo del camino el cortejo va a atraer a las poblaciones que escoltarán a pie la preciosa carga y, tres días después de la fiesta de la Asunción, el jueves 18 de agosto, hará su entrada en París. Ha sido preparado un andamiaje en el lugar llamado la Guette, a extramuros, cerca de la abadía de San Antonio. Es allí donde los parisienses podrán ver y venerar a su vez la Santa Corona. Dicen que jamás una multitud tan enorme salió de París. Tras haber sido así expuesta, la Corona, vuelta a poner sobre su peana, llevada de nuevo por el rey y el conde deArtois, hace su entrada en París al canto de los himnos, precedida por una verdadera multitud de clérigos, religiosos, prelados y caballeros que en gran ceremonia la conducen a la catedral parisién, la iglesia de Notre-Dame. Allí se celebra el oficio divino. Luego se vuelve a formar la procesión para llegar al palacio de la Cité, donde la santa reliquia será depositada en la capilla de San Nicolás.

Esta procesión de la Santa Corona tendrá prolongaciones de todo orden: seguirán otras ceremonias, pues Luis no dejará pasar ninguna ocasión para enriquecer su tesoro de reliquias. Al año siguiente compra a los Templarios de Tierra Santa una reliquia de la Vera Cruz que el emperador Balduino, que decididamente trata de sacar dinero de todo, ha dejado una vez más en prenda.

Se repetirán las procesiones y los cortejos solemnes, haciendo confluir hacia París a toda una multitud fervorosa, a la cabeza de la cual caminan las tres reinas: Blanca, la joven reina Margarita y la reina de Orleáns, Isambur. Un poeta, más hábil, a decir verdad, en describir la historia que en manejar la rima, las describe en esta ocasión. Menciona primero a «la reina, nuestra señora» —es decir Margarita—, que es «leal y fina»; luego a la reina Blanca, que es «discreta y franca» y, por último, «a la de Dinamarca», que es «cortés y discreta». Tres reinas, tres rostros evocados en términos de novela de caballerías, en el momento en que siguen a un cortejo que podría creerse salido de la «búsqueda del Grial».

Y cabe preguntarse sobre lo que representan para Blanca las reliquias de la Pasión. Algunos años antes había ocurrido en París un pequeño suceso que nos la muestra prudente, por no decir desconfiada: la historia del Santo Clavo. La abadía de Saint-Denis se vio trastornada de repente por una desoladora noticia: la reliquia del Santo Clavo, que esta guarda, se ha perdido. Perdido entre la multitud que periódicamente abarrota Saint-Denis igual que abarrota otras abadías o iglesias de peregrinación. Esta multitud invasora para la que los santuarios nunca son lo bastante grandes, nunca lo bastante amplios, que circula sin cesar por unos caminos nunca lo bastante anchos, es una característica de aquellos tiempos. Ya antes, el abad Suger, al comienzo de la reconstrucción de su famosa abadía, escribió páginas rebosantes de vivacidad para describir a esta multitud, tan densa a veces que los monjes que presentan las reliquias para su veneración se ven desbordados, derribados, hasta el extremo de que algunas gentes son pisoteadas y lanzan gritos como mujeres presas de los dolores del parto, y no queda más remedio para que el santuario se vacíe que llevarse las preciosas reliquias sacándolas por las ventanas. Fue en el transcurso de una ceremonia y como consecuencia de una afluencia semejante cuando el Santo Clavo desapareció, siendo la reliquia hollada por la multitud. Tanto acaparó el suceso la atención que el canciller de la iglesia de París, Felipe de Gréve, hizo de él un relato circunstanciado. Si hemos de dar crédito a su relación y a la que no dejaron de hacer también los monjes de Saint-Denis, todo el mundo lloraba en París; el rey y su madre se sintieron también muy afectados por ello. Luis habría incluso declarado —tiene entonces diecinueve años— que hubiera preferido ver sepultada la mejor ciudad de su reino; al punto prometió una recompensa de cien libras a quien lo encontrase. Y fue encontrado. El abad informa de ello a la reina, y Blanca le escribe para rogarle prudencia: ¿seguro que el clavo encontrado es el perdido? Cuando los monjes de Saint-Denis organizan una ceremonia para

celebrar el hallazgo del Santo Clavo, Blanca tiene una excusa cortés para no estar presente en la ceremonia, como tampoco lo estará su hijo; este vendrá simplemente algunos días más tarde a la abadía a reverenciar la reliquia.

Sin embargo, en lo que atañe a las reliquias de la Pasión enviadas de Constantinopla, ella no manifiesta la misma desconfianza. Luis ha tomado todas las precauciones para no verse engañado, materialmente hablando; la espina y el fragmento de madera que han trasladado a la capilla de palacio son los mismos que figuraban en el palacio de los emperadores de Bizancio. Cierto que las investigaciones no pasan de ahí; no se pone en duda la autenticidad de la reliquia; tiene a su favor la tradición y esta tradición se remonta a la época de la liberación de la Iglesia, a los tiempos de Constantino y de su madre santa Elena.

En cuanto a la devoción por las reliquias propiamente dichas, no cabe ninguna duda de que Blanca compartía la de su tiempo. Corresponde al nuestro manifestar alguna reserva respecto a un culto que, más que ningún otro sin duda, hace desviar el sentido religioso hacia la idolatría, incluso la magia. No podemos limitarnos a encogernos de hombros ante un sentimiento que hunde sus raíces en el mismo corazón del hombre, y más aún en una época en que toda decisión, toda resolución se traducen en un gesto concreto, en el que la entrega simbólica de un palo, de un terrón, sigue significando la venta de un terreno. La reliquia, en la que una simple porción de hueso simboliza el «cuerpo santo», degenera con excesiva facilidad en superstición; pero, abusiva o no, la veneración que se siente por ella está en consonancia con unos tiempos en que se experimenta, más que una necesidad de exactitud científica, la de unas realidades encarnadas que pueden «verse y tocarse».

La llegada a Francia de las reliquias de la Santa Espina y de la Vera Cruz había de tener, en cualquier caso, consecuencias infinitamente preciosas para nuestra arquitectura y nuestro arte. Poco tiempo después de las ceremonias de su traslado, el rey Luis decidía, en efecto, construir en su honor, para albergarlas en el mismo palacio, un relicario digno de ellas. Este no fue otro que la Sainte-Chapelle, concebida como un relicario en el que la piedra reemplaza a los armazones metálicos y la vidriera a los esmaltes. Ha quedado para nosotros, triunfando sobre destrucciones que no han conseguido afectarla más que parcialmente, como el incomparable testimonio de esos tiempos en que la solidez se adorna de elegancia, en que el muro-luz eclipsa al armazón monumental, en que la gracia magnifica la pesadez. De que esta Sainte-

Chapelle respondía a los gustos más íntimos de Luis, tenemos la prueba en el hecho de que su arquitectura se encuentra reproducida en la obra que haría realizar posteriormente: su salterio, su libro de cabecera. De que asombrara y sedujera a los contemporáneos, y después de ellos a generaciones enteras, tenemos igualmente una prueba, ya que sería imitada no solo en Francia, en el Norte de Francia con la Sainte-Chapelle de Vincennes y en la de la lengua de *oc* con la Sainte-Chapelle de Riom, sino también en países lejanos como Bohemia o Noruega.

Los cinco años que solo se tardó en edificarla, un tiempo récord, de 1243 a 1248, son años, por otra parte, de una intensa expansión arquitectónica. París es un verdadero taller de construcción; aparte de la Sainte-Chapelle, se trabaja en Notre-Dame, donde ahora ya se alza, como un dedo levantado, la torre sur, la que albergará las campanas y se convertirá en la voz de la Cité —obra maestra de robustez y de elegancia, con la doble arquería que aligera su poderosa masa—. Se reconstruye en parte Saint-Germain-des-Prés, se edifican conventos, entre otros el de los Jacobinos y el de los Cordeleros, numerosos hospitales y hospicios, como más tarde el de los Quinze-Vingts; y en esta efervescencia monumental los historiadores de arte más recientes distinguen claramente la influencia de la corte real, el «estilo de corte» que poco a poco va a extenderse y podría decirse que se refleja en todas las construcciones de un tiempo enamorado de la piedra.

Esta actividad de la corte real, imitada por todas partes en adelante, está presidida por la reina Blanca, y no se trata de una simple presidencia de honor o de gala. Al repasar las realizaciones de la época, Joinville pone el dedo en el resorte secreto de esta actividad que no se tradujo de ningún modo en un aumento de tributos para el pueblo. El mismo se asombra de que los gastos del reino, ya se trate de esta pasión por la edificación o de las expediciones hechas por el rey, no estuvieran acompañados, tal como vemos, por ejemplo, en Inglaterra, o como había de ocurrir en tiempos de Felipe el Hermoso cuando el cronista escribió la *Historia de san Luis*, de nuevos tributos: «El rey no exigió nunca contribuciones de las que pudieran quejarse ni a sus barones, ni a sus caballeros, ni a sus hombres, ni tampoco a sus bailes» y, añade, «no hay que extrañarse de ello, pues actuaba así por consejo de la buena madre que con él estaba, la sugerencia de la cual actuaba». El secreto de estas liberalidades reales no es otro que Blanca; hay en ella una faceta de «buena ama de casa»; sabe, cuando es preciso, gastar con largueza, pero también sabe refrenar a la corte para que lleve un tren de vida sencillo, ajustado a sus medios, y llevar una cuenta rigurosa de los ingresos y gastos. Se ha

conservado una ficha con su nombre —una de esas fichas que servían para contar cuando bailes y tesoreros venían a hacer a la corte balance de su administración—; esa ficha puede ser para nosotros el símbolo de la reina magnífica que supo ser también una madre de familia ahorrativa.

«El rey celebró cortes en Saumur, Anjou, y yo, que estuve allí, puedo aseguraros que nunca he visto unas con mejores galas». Estos festejos de Saumur que se desarrollaron antelos ojos del joven muchacho maravillado —tenía entonces diecisiete años— que era Joinville, no habían de dejar un recuerdo menor en los contemporáneos: ellos tuvieron por motivo la ceremonia de armar caballero a Alfonso de Poitiers. Toda la ceremonia fue tan hermosa que había de recibir el nombre de la Sin Par. Reunía a los más grandes magnates del reino. Joinville afirma que detrás de los tres grandes barones, Humberto de Beaujeu, Enguerrand de Coucy y Archambaud de Bourbon, había otros treinta caballeros con cotas de paño de seda. Alfonso de Poitiers había hecho vestir a sus soldados con unas túnicas de cendal (tafetán) con las armas del condado del que acaba de ser investido. También él se había ataviado con un traje de púrpura de España forrado de cendal que su madre le había regalado para la ocasión. Trajes de satén, tejidos de paño de oro, pieles de vero, de marta cebellina, pieles de jineta y de ardilla son regalados en abundancia a los nuevos caballeros armados solemnemente al propio tiempo que Alfonso, entre los que figuran dos meridionales, Pons de Olargues y Sicard de Villemur. La joven reina lleva un vestido corto de púrpura de España y recibe unas pieles de armiño. El regalo del rey a su hermano el conde de Poitiers es un magnífico corcel y dos palafrenes.

Los vinos de Blanc, de Saumur y de Saint-Pourgain corrieron a raudales durante el festín dado en los famosos *halles*, el palacio construido antaño por el rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet. Y la descripción de Joinville nos permite comprender cómo estaban ordenadas esas mesas que se hallaban alineadas a lo largo de la pared, mientras los jóvenes caballerizos, uno de los cuales era Joinville, se atareaban trinchando para su señor las carnes puestas sobre unos aparadores. También él no tiene ojos más que para Teobaldo de Champaña, en adelante rey de Navarra, que destaca en una de las mesas con un manto de satén adornado con un broche de oro, con un capuz de paño asimismo de oro. En otra mesa se sienta el rey, y el muchacho, que ya era un buen observador, ha notado que, detalle un tanto discordante, el rey, magníficamente ataviado de satén azul con un manto de satén bermejo

forrado de armiño, se limita a ir tocado con un sombrero de algodón, indicio de un gusto por la pobreza que irá creciendo en él en medio de los esplendores que le rodean.

Blanca está naturalmente presente en este festín; se ha preocupado de enviar a su cocinero Adán a comprar expresamente la vajilla suplementaria a la feria del Lendit; ha hecho venir a cuatro asadores de su propia cocina y se ha encargado de los manjares que habían de servirse durante el festín «en el que comían —declara Joinville— tan gran número de caballeros que no me fue posible contarlos». La mesa en que se sienta Blanca está enfrente de la mesa real; el servicio corre a cargo de tres jóvenes señores: su sobrino Alfonso, el conde de Saint-Pol y un joven barón germano, el hijo de santa Isabel —esa Isabel, hija del rey de Hungría y esposa de un señor de Turingia, que había muerto muy joven diez años antes y había sido canonizada cuatro años después de su muerte—. Blanca tenía costumbre, cuenta Joinville, de besar a «este joven en la frente por devoción, pensando que su madre le había besado así muchas veces».

Unas fiestas deslumbrantes, estas del 24 de junio de 1241 en Saumur.

Se gastó casi tres veces la suma que había sido destinada, siete años antes, a festejar las bodas reales: más de ocho mil setecientas libras. Había con qué satisfacer los gustos de magnificencia de aquel tiempo. Pero precisamente todo este derroche no podía dejar de tener una razón. Aunque Joinville guarda de la Sin Par un recuerdo deslumbrante, algunos de los convidados deben de haberse dicho que un despliegue semejante de fasto por parte de una corte normalmente sencilla, una cantidad tal de prodigalidades queridas evidentemente por una reina madre que sabe ser ahorrativa, debía de obedecer a alguna razón: razón oscura para la mayor parte de ellos, pero poderosa.

No andaban equivocados: si, allende el Loira, el rey, las dos reinas, el nuevo conde de Poitiers y sus allegados se dejaban ver con tal lujo, en un torbellino semejante de festines, de paños de oro y de seda, de pellizas de gran precio y de nobles séquitos, ello no dejaba de tener una razón, razón cuyos detalles probablemente solo la reina Blanca conocía, pues era la única capaz de discernir, en una maraña un tanto enredada de discordias, de intereses contradictorios, de alianzas equívocas, el, o más bien, los hilos conductores; sabía que en ese 24 de junio de 1241 se estaba en vísperas de serios acontecimientos. Es cierto que no podía prever el resultado, pero conocía al menos, en todos sus entresijos, los precedentes. Y, una vez más, se preparaba para afrontarlos.

Pero es imposible comprender y apreciar plenamente su actitud en estas jornadas de fiesta sin echar un vistazo atrás y hacer, como Blanca podía hacerlo, el inventario de los contrincantes con los que iba a tener que medirse.

«[…] Sepa Vuestra Excelencia por la presente, oh señora, que la ciudad de Carcasona ha sido sitiada por aquel que se proclama vizconde, junto con sus cómplices, el lunes después de la octava de Navidad de Nuestra Señora», así comenzaba una carta dirigida a Blanca en el mes de octubre de 1240 por el senescal del rey de Francia en Carcasona, Guillermo de Ormes[115].

¿Qué sucedía en Carcasona? ¿Quiénes eran el vizconde y sus «cómplices»?

Se trataba de Raimundo Trencavel, vizconde de Béziers: dos nombres que evocaban todo un pasado anterior al nacimiento del joven Luis IX, pero que despertaban en Blanca unos recuerdos más que inquietantes. Y es por ello por lo que sin duda el senescal del rey daba cuenta de los acontecimientos, no al mismo rey, sino a su madre la reina, convencido de ser mejor comprendido por ella.

Tales recuerdos se remontaban concretamente al año 1209, cuando había comenzado la Cruzada predicada por orden del papa Inocencio III. Al responder los cruzados al llamamiento del papa habían visto entonces, no sin cierta sorpresa, al conde de Tolosa Raimundo VI unirse a ellos tras haberse reconciliado apresuradamente con la Iglesia con ocasión de una espectacular penitencia ante el pórtico de la iglesia de Saint-Gilles-du-Gard. Y el primer objetivo de la expedición había sido, a instancias suyas, la ciudad de Béziers, cuyo vizconde Raimundo Roger era desde siempre su enemigo. Béziers había sido el teatro de una espantosa carnicería. Su súbito cambio no había beneficiado en absoluto al conde de Tolosa, quien a pesar de ello se había visto despojado de sus dominios por Simón de Montfort, el cual, tras haberse puesto a la cabeza de la expedición, se había hecho otorgar el título de vizconde de Carcasona y de Béziers.

Pero en el momento en que el senescal Guillermo de Ormes escribía a Blanca se había pasado una página de la Historia. Los principales protagonistas de estos siniestros acontecimientos habían desaparecido. Otra generación les había sucedido y este había sido el primer tratado de paz firmado por Blanca, en el año 1229, que había marcado, para el Sur albigense, el fin de veinte años de guerras.

Ahora bien, el hijo de Raimundo Roger, Trencavel, no había depuesto las armas. Contaba dos años cuando su padre murió prisionero de Simón de Montfort. Había sido confiado por algún tiempo a la guarda y custodia del conde de Foix, luego había encontrado refugio en la corte de Aragón. Al no haber suscrito la paz jurada por Raimundo VII en 1229, era considerado como un proscrito, un *faidit*, pero esta situación al menos le dejaba las manos libres: podía, sin jurar en falso, emprender la reconquista de los bienes paternos. Se le había visto reaparecer súbitamente durante el verano de 1240 y, con el apoyo de una tropilla de caballeros aragoneses y catalanes, encender a su paso unos focos de rebelión. Pequeñas ciudades como Montolieu o Saissac, lugares más importantes como Limoux o Montréal, cuestionaban la autoridad del senescal y sus hombres iban a engrosar las tropas de Trencavel. Era así como, el 7 de septiembre de 1240, este se había presentado de improviso frente a Carcasona con unas fuerzas súbitamente acrecentadas.

El senescal del rey se había encastillado en la Cité. El obispo de Tolosa y el arzobispo de Narbona habían venido a reunirse allí con él y también un cierto número de nobles y sobre todo de clérigos de la región: se sentían más seguros tras las murallas de la ciudad que en los burgos o en la campiña circundante. No andaban errados, como iba a demostrarlo la continuación de los acontecimientos. El 8 de septiembre, en efecto, una parte de los habitantes del burgo de Carcasona —la ciudad propiamente dicha situada a extramuros — prestaba juramento de permanecer fiel al rey de Francia ante el altar de la Virgen de la Iglesia de Santa María. Al día siguiente, Trencavel penetraba en el burgo y una treintena de clérigos refugiados en esta misma iglesia eran masacrados.

¿Cuál era la razón profunda de este brote de anticlericalismo? Sin duda no que el conjunto de las poblaciones meridionales hubieran sido ganadas para la causa de la herejía.

Los horrores de la guerra, los pillajes y las matanzas, consecuencias fatales de esta decisión más fatal aún de erradicar la herejía por medio de las armas, habían dejado en ellas un viejo fondo de rencores y de resentimientos muy comprensibles —pasta amarga que no aguardaba para crecer sino un fermento de rebeldía—. Ahora bien, desde hacía algunos años, la lucha contra la herejía había tomado un nuevo giro, menos violento sin duda que la Cruzada, pero más insoportable para las poblaciones por el aparato de legalidad y el clima de sospechas y de denuncias que lo acompañaban. Funcionaba ya un tribunal permanente, que tenía por misión detectar la herejía y perseguir a los que la fomentaban. Esta decisión había sido tomada

por el papa Gregorio IX en el año 1231[116], Dos años más tarde, había pasado de las palabras a los hechos; el papa había confiado a los frailes predicadores la tarea de encargarse de la persecución de la herejía en el reino de Francia: había nacido la Inquisición, tribunal permanente para la investigación de la herejía. Obispos y arzobispos de Francia se veían liberados de la obligación de interrogar ellos mismos y debían colaborar con los inquisidores designados a tal efecto entre los frailes predicadores. Ahora funcionaban ya tribunales un poco por todas partes: en Aviñón, en Montpellier, en Tolosa. En 1237, se habían instalado igualmente unos jueces en Carcasona. El fraile que presidía allí el tribunal de la Inquisición, un catalán, fray Ferrer, había de ejercer sus temibles funciones con una particular saña que le valió el sobrenombre de «martillo de herejes».

Por lo demás, las regiones meridionales no poseían el poco envidiable monopolio del funcionamiento de estos tribunales. En La Charité-sur-Loire, el papa había confiado esta misión del tribunal de la Inquisición a un fraile predicador llamado Roberto el Pequeño, al que apodaban Roberto el Bribón, ya que se trataba de un antiguo cátaro converso. Ahora bien, este había puesto tal ardor en la represión que, menos de un año después de que hubiera asumido sus funciones, en febrero de 1234, el papa suspendía sus poderes. Estos habían de serle restituidos, sin embargo, al cabo de dieciocho meses, y el terrible inquisidor, en el curso de una ronda que iba a hacer por el Norte de Francia, en Châlons-sur-Marne, Péronne, Cambrai, Douai y Lille, iba a prender por todas partes hogueras, causando un total de cincuenta víctimas. No dejaron de llover las quejas y protestas al papaiy, a consecuencia de una espantosa condena que, en el año 1239, causó en Provins ciento ochenta y tres víctimas, Roberto el Bribón fue definitivamente destituido.

Hay que decir que, en el Sur, la Inquisición ahora ya establecida no hacía sino exacerbar el rencor de las poblaciones. Los sucesos de Carcasona mostraban bastante a las claras que tales rencores no esperaban sino una oportunidad para manifestarse. «Sabed, Señora, que desde que comenzaron el sitio, no han dejado de llevar a cabo asaltos contra nosotros —le escribía Guillermo de Ormes, pero añadía—: contábamos con tan buenos balistas, gentes animadas por una gran voluntad de defenderse, que ellos mismos han tenido muchas bajas en sus asaltos». Su carta terminaba con una noticia tranquilizadora: las gentes de Trencavel, en efecto, al tener noticia de que iban a llegarle al senescal refuerzos, habían abandonado furtivamente el sitio la noche del 11 al 12 de octubre tras haber quemado las casas del burgo de Carcasona y destruido el convento de los frailes mínimos y el monasterio de

Santa María. El sitio había sido, pues, levantado la víspera misma de ese 13 de octubre de 1240, fecha de la carta del senescal, y levantado en unas circunstancias favorables, ya que este escribía: «De los nuestros, en verdad, ninguno, por la gracia de Dios, ha caído muerto o ha quedado malherido». No obstante, la última frase de su carta no dejaba de contener algunos sobreentendidos, pues escribía: «En cuanto al resto de asuntos referentes a este lugar, Señora, esperamos deciros la verdad cuando nos encontremos en vuestra presencia».

La epopeya de Trencavel había tenido fin poco tiempo después del asedio fallido de Carcasona. Blanca, que se había encargado de enviar lo antes posible al senescal refuerzos militares a las órdenes del chambelán Juan de Beaumont, no había mostrado menos solicitud en manifestar su agradecimiento a los habitantes de la ciudad de Béziers, que habían permanecido leales en aquella circunstancia: «Os damos las gracias por vuestra fidelidad […] rogándoos y requiriéndoos que perseveréis así en esta constancia para con nuestro hijo el rey, para haceros merecedores de contar con su ayuda y el favor suyo y nuestro», les escribía en ese mismo mes de octubre de 1240[117]. Encastillado en Montréal, Trencavel no había tardado en capitular. Le fue perdonada la vida y se marchó a Aragón.

Pero Blanca estaba demasiado bien informada de los asuntos del Sur como para pensar que el suceso sería un hecho aislado y sin consecuencias. Y en primer lugar, ¿qué cabía esperar del conde de Tolosa? Se encontraba en Pennautier en el momento del sitio de Carcasona. El senescal le había enviado un mensaje para pedirle ayuda, pero él no había dado sino una respuesta evasiva: tenía primero, decía, que volver a Tolosa y reunir a su Consejo. Cierto que había venido después a la corte real en Montargis, algún tiempo antes de las fiestas de Saumur, presentando sus respetos a su soberano tal como podía hacerlo un fiel vasallo. Pero Blanca conocía demasiado bien a su primo para no intuir, a través de unos gestos y de unas actitudes en apariencia sin cambios, las posibles segundas intenciones. Ella no dejaba de sentir un afecto personal por Raimundo VII de Tolosa (sus contemporáneos, ya lo hemos visto, hasta se lo reprochan), pero este afecto no la volvía sino más perspicaz con respecto a él. Raimundo VII, a decir verdad, le había causado muchos quebraderos de cabeza durante los últimos años. Se había empeñado en obtener una compensación a sus anteriores sinsabores apresando al conde de Provenza, estaba en negociaciones con el emperador Federico II y había conseguido hacerse atribuir por los marselleses el título de vizconde de su ciudad. El conde de Provenza, Ramón Berenguer, había invocado, entre él y

el conde de Tolosa, el arbitraje de la propia Blanca y del rey de Francia, su yerno. Raimundo les había aceptado como árbitros, pero no por ello había dejado de poner sitio a Arlés y devastado Camarga. Finalmente, había intervenido en persona el papa, Gregorio IX: «Nos, a petición del rey de Francia y de nuestra muy querida hija en Cristo Blanca, reina de Francia, si hemos aceptado concederte un plazo para que te hagas a la mar […], no es para que vayas a apropiarte injustamente de los bienes de los fieles y les ataques en contra de toda justicia». Raimundo, en efecto, al volver al seno de la Iglesia, se había comprometido a tomar la cruz, pero encontraba sin cesar nuevos pretextos para retardar su Cruzada[118].

Por último, y sobre todo, más próximo y más amenazador aún que el peligro tolosano era el potevino. Por este lado, Blanca no se hace ninguna ilusión ni siente ningún afecto: desconfía del conde de la Marca, Hugo de Lusignan; desconfía sobre todo de su mujer Isabel, la ex reina de Inglaterra, a quien conoce por haberla visto actuar durante cuarenta años. Tanto desconfía que ha puesto allí a un hombre de confianza, un burgués de La Rochelle, muy introducido en el círculo del conde y de la condesa de la Marca, encomendándole la misión de verlo todo, de oírlo todo y de informarle de todo. Un espionaje en toda regla: el nombre del espía no lo conocemos, pero uno por lo menos de sus informes ha llegado hasta nosotros en forma de una pequeña carta cerrada, hoja de pergamino que, una vez doblada, no mide más que cinco centímetros de ancho y que podía ser fácilmente disimulada, pero que, llena de una apretada escritura con múltiples abreviaturas, contiene un informe extremadamente detallado de los hechos y gestas del conde y de la condesa en los meses siguientes a las fiestas de Saumur[119].

Durante estas fiestas, en efecto, Alfonso, hermano del rey, ha visto que se le reconoce solemnemente el título de conde de Poitiers y que se le da en posesión Poitou y Auvernia. Título que no está fuera de toda discusión, si tenemos en cuenta que cincuenta años antes lo ostentaba Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y que había sido retomado, de manera muy platónica es cierto, por otro Ricardo, Ricardo de Cornualles, hermano del rey de Inglaterra entonces en el trono, Enrique III. Todo ello es más que suficiente para que toda la vigilancia del rey y de su madre se concentre en esta región potevina y en su entorno; desde hacía ya varios años se había emprendido la reconstrucción y la fortificación del castillo de Angers con elevados costes[120] y los gastos hechos en Saumur encuentran en esto su explicación definitiva.

Por lo demás, todo parece presentarse bien. Esta demostración de fasto y de poderío parece haber influido en el conde de la Marca, que, primero reticente, presta finalmente, en el mes de julio siguiente, homenaje a Alfonso de Poitiers en presencia de Luis IX, y les recibe a uno y al otro en su castillo de Lusignan. Tras lo cual el rey se despidió y se dirigió a Orleáns, a Pontoise y a París, mientras que Alfonso se instalaba en Poitiers, en el palacio ducal.

Ahora bien, esta sumisión no cuadraba con Isabel. Tan pronto como partieron Luis y Alfonso, se presentó ella en Lusignan, furiosa, e hizo retirar todos los enseres de las habitaciones en que habían dormido: colgaduras, mantas, cofres, trébedes hasta los calderos y utensilios de cocina, e incluso de la capilla en la que habían asistido a los oficios divinos, manteles de altar, ornamentos y la misma efigie de la Virgen que presidía el altar —y ello ante los propios ojos de su esposo, estupefacto y desolado—. Este le hizo observar tímidamente que si era para enriquecer el castillo de Angulema por lo que vaciaba de ese modo el de Lusignan, se tomaba un esfuerzo inútil: estaba dispuesto a comprarle tantos o más enseres con los que podría darse el gusto de amueblar el castillo de su padre. La observación, hecha con el tono más dulce, tuvo la virtud de exasperar a Isabel: «¡Marchaos! ¡Fuera de mi vista, ser vil dónde los haya! ¡Sois un ser abyecto, el oprobio de todo el pueblo, vos que acabáis de recibir con honores a aquellos que os han desheredado! ¡No quiero veros nunca más!». Y dejando allí a su esposo desconcertado, dio orden de arrancar al carro y se dirigió a Angulema, donde se encerró en el castillo.

Hugo tardó dos días en recobrarlos ánimos, luego se dirigió a Angulema; pero, una vez hubo entrado en la ciudad, se le impidió el acceso al castillo. Durante tres días Isabel no le dejó entrar, negándose a recibirle; el infortunado hombre se quedó en la casa del Temple, acongojadísimo. Incansable, enviaba gran número de mensajeros a su mujer, cargados de regalos, a fin de suplicarle que le admitiera a su presencia: Isabel terminó por rendirse a sus súplicas, pero la entrevista iba a ser penosa para Hugo. A su entrada en la cámara, Isabel rompió en sollozos; a los reproches que siguieron, el conde pudo comprender que el silencio y la soledad no habían atenuado en absoluto el furor de su esposa: «¡Sois una calamidad! ¿No visteis que en Poitiers me hicieron esperar tres días, para gran satisfacción del rey y de la reina; que cuando yo me presenté ante ellos, en la cámara donde el rey estaba sentado, él no me hizo llamar y hacer que me sentara a su lado? Yo estaba allí, de pie, como una vulgar camarera; ni a mi llegada ni a mi partida se levantaron por mí; ¿no visteis el desprecio que me demostraron? No diré más, pues el dolor y

la vergüenza me lo impiden, tanto más por esa manera perversa con que me han desheredado de mis tierras; este dolor y esta cólera acabarán conmigo, si Dios no permite que se arrepientan y sufran por ello. ¡Perderán sus bienes o si no seré yo quien pierda todo cuanto poseo y me muera de pena!». Hugo, trastornado, no supo sino susurrar: «Señora, estoy a vuestras órdenes; haré todo cuanto esté en mis manos, bien lo sabéis». «¡Si no lo hacéis, nunca más yaceréis a mi lado; nunca más os miraré a la cara!». Él juró obedecer, contentarla en todo lo que ella quisiera, y poco a poco la paz se restableció entre los dos esposos.

Esta escena tragicómica le fue contada punto por punto a Blanca. Ella sabía ahora ya que Hugo de la Marca traicionaría su juramento y que Isabel no cejaría hasta haber recuperado ese Poitou del que había tenido la soberanía en tanto que reina de Inglaterra. A fin de contentarla, Hugo iba a convertirse en conspirador. Mantuvo reuniones secretas, una de las cuales, que tuvo lugar en Parthenay, reunió a varios barones potevinos. Isabel, para mayor seguridad, les hizo venir a Angulema («ella les dispensó grandes honores, más de lo acostumbrado, pues no les quería», observa el espía de La Rochelle). Ante sus ojos renovaron el pacto anteriormente firmado por instigación de Hugo de la Marca, prometiendo rebelarse contra el rey de Francia a la primera ocasión que se presentase. Otra reunión tuvo lugar en Pons, Saintonge; aunque el espía de La Rochelle no tomaba parte en ella, había enviado a un hombre de confianza: esta vez la conjura tomaba cuerpo, se hacían planes concretos sobre todo para bloquear el puerto de La Rochelle y cerrar el camino de Niort a fin de impedir la entrada de cereales y de víveres. El espía ponía a la reina Blanca en guardia a este respecto. «Convendría, Señora, que ordenarais […] al alcaide de La Rochelle y de las restantes ciudades que protejan bien las puertas para que no entre nadie que no sea conocido; sé, en efecto, muy confidencialmente, que algunos hombres deben prender fuego a la villa y que han sido pagados para hacerlo […]. Por favor, mandad al alcaide y a los prebostes para que expulsen a los jóvenes ociosos que han convertido sin ningún problema La Rochelle en un lugar de perdición. Ellos han sido los causantes de muchos motines en nuestra ciudad y en este lugar de perdición incluso han muerto dos hombres. Yo mismo hubiera dicho esto al alcaide de la villa, pero no quiero que entre en sospecha de que os he escrito o que he dicho que esto está relacionado con el conde de la Marca».

Por otra parte, Blanca sabía que entre los conjurados que se habían reunido en Pons, Saintonge, se encontraba el senescal de Gascogne,

representante del rey de Inglaterra. La conjura se gestaba, pues, a la vista y a sabiendas de este último, con desprecio de las treguas que había firmado anteriormente con el rey de Francia.

Así, desde el Canal de la Mancha hasta los Pirineos, todo estaba dispuesto para el vasto incendio que una simple chispa bastaría para prender.

Alfonso de Poitiers celebró en Navidad sus primeras cortes. Hugo e Isabel se dirigieron a ellas, pero, lejos de prestar homenaje, fue un desafío en toda regla el que lanzaron a su joven soberano. En unos términos violentos Isabel declaró que retiraba su homenaje y consideraba a Alfonso un usurpador; luego el conde de la Marca y su esposa abandonaron precipitadamente la ciudad, tras haber prendido fuego a la casa en la que habían estado alojados.

La situación ahora era al menos clara y la guerra inevitable. Luis convocó sin más tardanza para la Pascua siguiente al ejército de los barones. Por su parte, Hugo de la Marca se fue a Inglaterra: «Se hizo a la mar y pasó a Inglaterra e informó al rey Enrique de que el soberano de Francia quería desheredarle y apoderarse de sus tierras sin ninguna razón ni derecho»[121]. El 28 de enero de 1242, Enrique reunía en Londres a la asamblea de los barones y decidía con ellos aprovechar la oportunidad que se presentaba para recuperarlas regiones antaño perdidas: Normandía, Poitou, Anjou, así como reconstituir hasta el Atlántico el reino de los Plantagenet; hizo, en esta ocasión, unos preparativos de envergadura. Hugo de la Marca le había asegurado que, una vez en suelo francés, encontraría tanta ayuda como quisiera, pues el deseo de los potevinos no era otro que volver a estar bajo su soberanía. Contrató, no obstante, a unos mercenarios que hizo venir de Alemania, de Dinamarca y de Noruega, luego convocó a sus barones como de costumbre y, gozando de viento favorable, desembarcó en sus dominios de Guyena, en Royan, el 20 de mayo de 1242.

En la orilla, le aguardaba su madre: «“Buen hijo”, le dijo ella besándole muy dulcemente, “sois persona de buen natural, ya que venís a socorrer a vuestra madre a quien los hijos de Blanca de España quieren con malas artes humillar y aplastar. Pero, si Dios quiere, ¡la cosa no sucederá como ellos creen!”».

No cabía engaño al respecto: a las reivindicaciones de la vasalla se sumaba la rivalidad femenina; era a «Blanca de España» a quien Isabel esperaba combatir.

Luis, por su parte, no se había quedado de brazos cruzados; había citado a sus barones el 28 de abril en Chinon. La organización de su ejército ponía de manifiesto sus gustos personales, ya que tenía una verdadera curiosidad de

ingeniero por todo cuanto tuviera que ver con los «ingenios», las máquinas, o dicho de otro modo, la técnica; no sabemos si en esta época su maestro artillero Jocelyn de Cournault estaba ya a su servicio, pero sus contemporáneos observaron que sus preparativos consistieron sobre todo en «construir ingenios para lanzar piedras» y «mandar carpinteros para levantar castillos y barbacanas a fin de disparar de más cerca contra aquellos que estuvieran en los bastiones defensivos». Por lo demás, esta curiosidad de ingeniero corre paralela con el interés por la arquitectura que los contemporáneos observaron asimismo en relación al rey Luis IX, siendo el arquitecto entonces ante todo un ingeniero atento a los problemas de pesos y de contrapesos, de resistencia de materiales y de tornos elevadores.

El caso es que en el momento del desembarco del rey de Inglaterra, el soberano de Francia ya se había apoderado a su paso de algunas pequeñas fortalezas: de Montreuil-Bonnin y de la torre de Béruges desde el mes de mayo, luego a comienzos de junio de Fontenay-le-Comte y del castillo de Vouvant.

Fue entonces cuando tuvo lugar un extraño episodio: dos hombres fueron sorprendidos dentro de la cocina del campamento real, y, si hemos de creer a los cronistas, tras haber despertado sus idas y venidas las sospechas de los mozos de cocina, fueron cogidos con las manos en la masa justo en el momento en que acababan de «echar veneno en la carne del rey». Un «veneno» que les habría sido entregado por la propia Isabel, con el encargo de ponerlo en el plato o en la copa del rey de Francia. Los dos hombres fueron colgados de inmediato y, si hemos de seguir creyendo a la única crónica que hace mención del hecho, Isabel se puso enferma de furor. «La condesa tuvo conocimiento de que sus dos siervos habían sido colgados tras ser cogidos mientras llevaban a cabo su fechoría y se sintió muy irritada por ello, tanto que tomó un cuchillo y trató de clavárselo en el cuerpo; cuando sus gentes se lo quitaron de las manos y ella vio que no podía llevar a cabo su propósito, desgarró su camisolín y se mesó los cabellos, sintiendo tal pesar que estuvo largos días enferma en su lecho sin poder consolarse[122]». Sea como fuere este episodio, lo cierto es que la marcha de las operaciones no se vio retardada por ello, así como tampoco las negociaciones que eran de rigor en la época: envíos de embajadas y cartas de desafío por una y otra parte, etcétera. El rey de Francia consolidaba sus conquistas en Poitou; tenía un aliado sólido en Saintonge, Godofredo de Rancon, señor de Taillebourg; este odiaba al conde de la Marca «por un gran ultraje que se decía le había hecho el conde de la Marca, pues había jurado por todos los santos [las reliquias] que nunca se

haría rasurar a la manera de los caballeros, pero que llevaría unos bandos, igual que las mujeres, hasta que se hubiera vengado del conde de la Marca, bien él mismo o por medio de otro[123]». Sin dar tiempo a dudar a los barones potevinos, siempre vacilantes en sus alianzas, Luis se apoderaba sucesivamente del castillo de Frontenay, que había de recibir en adelante el nombre de Frontenay-l'Abattu; luego de Villiers, Prahecq, Saint-Gelais, Tonnay-Boutonne, Matha, Thors, que la guarnición evacuó, rindiendo las armas sin combatir. Los ejércitos reales habían llegado así al Charente antes incluso de que el rey de Francia hubiera llevado a cabo la menor acción militar. Godofredo de Rancon, entregado a su venganza, había entretenido a Enrique III con unas negociaciones sin objeto hasta el día en que, el 20 de julio de 1242, dejó entrar a los franceses en la plaza:

Les Poitevins, les Gascons, les Anglais
gardérent mal le pont de Taillebourg
que malgré eux passérent les Français
et les chassérent, les mirent en retour,
jusques á Saintes, ne firent onc estour

[Los potevinos, los gascones, los ingleses
protegieron mal el puente de Taillebourg,
que, a pesar de ellos, los franceses cruzaron
y les expulsaron de allí haciéndoles retroceder
hasta Saintes, sin presentar en ningún momento batalla],

dice un cantar de gesta de la época.

El rey de Inglaterra se veía obligado a combatir, pero la rapidez del avance francés le había privado de una parte de los medios con que contaba: «Tras tener conocimiento de que el rey de Francia se acercaba desde Taillebourg, llegamos allí también, pero, no habiendo podido hacer nada porque teníamos a pocos ingleses con nosotros, debido a la evidente superioridad numérica de los franceses, nos batimos en retirada hasta Saintes»; fue así como Enrique III había de relatar los acontecimientos en una carta dirigida posteriormente al emperador Federico II. En ese momento había enviado cerca del rey de Francia a su hermano Ricardo de Cornualles. El embajador había sido bien elegido: Ricardo, de vuelta de la Cruzada, con ocasión de un desastre sufrido por los caballeros occidentales en Gaza, había rescatado a numerosos caballeros franceses de manos de los sarracenos. El rey de Francia le recibió cortésmente, pero no consintió en concederle más

que una tregua de unas pocas horas. Tras volver al lado de Enrique III, su hermano le dijo al oído: «Pongámonos rápido a salvo, rápido, o nos cogerán»; los dos cenaron a toda prisa —«pues los franceses estaban en aquel momento cruzando el puente»— y, seguidos por el ejército en desbandada, no se detuvieron hasta que hubieron llegado a la ciudad de Saintes. El ejército inglés se arriesgaba a verse rodeado por dos flancos, pues, además del puente de piedra levantado sobre el Charente a la altura de Taillebourg, el rey Luis había hecho construir un puente de madera por el que se decía que ya habían pasado quinientos soldados y ballesteros.

Al día siguiente, 22 de julio, Luis IX había de cruzar también Charente y tomar el camino de Saintes. Avisado inmediatamente, el conde de la Marca, que se encontraba en la ciudad, se arma y entabla combate. Hubo de hacer frente al primer choque Alfonso el sobrino, conde de Boulogne; pero enseguida la batalla se vuelve general. Estaban presentes dos reyes; su encuentro era esperado desde hacía tiempo; sus ejércitos se lanzaban los gritos de guerra: «¡Realistas! ¡Realistas!» del lado inglés, y del lado francés: «¡Montjoie! ¡Montjoie!»**[124]**. Pronto el rey Luis fuerza a su adversario a emprender la huida. Enrique se repliega a Saintes. Es perseguido hasta allí con tal ardor que uno de los franceses, Juan des Barres, tras haber entrado en la villa con algunos de los suyos, vio que estaba prisionero una vez que se hubieron cerrado las puertas.

Estos prisioneros debían más tarde contar cómo hubo «*grand descort*», grandes disputas, tras este fracaso, entre Enrique III y el conde de la Marca.

«¿Qué ha sido de tu promesa? ¿No habías prometido que nos ibas a proporcionar tantos soldados que podrían hacer frente fácilmente al rey de Francia?…». «Yo nunca dije tal cosa». «¿Cómo que no lo dijiste? ¡Todavía tengo aquí, en el ejército, tu carta al respecto!». «No fui yo quien la escribió ni la firmó». «¡Qué cosas tengo que oír! ¿Acaso no me enviaste a menudo mensajeros y cartas, hasta llegar a importunarme, para que me presentara aquí, haciéndome continuos reproches por mi tardanza? ¿Dónde están esas fuerzas que me prometiste?». «Nunca hice tal cosa. ¡Echadle la culpa a vuestra madre, mi esposa! ¡Por los clavos de Cristo, fue ella quien maquinó todo esto sin yo saberlo!»**[125]**.

Al día siguiente de la batalla, Enrique III se batía en retirada hacia Pons, luego, al no sentirse seguro, se replegaba de nuevo hacia Barbezieux, y a continuación hacia Blaye: muy prudentemente, pues al punto el señor de Pons, Reinaldo, se fue a prestar sumisión a Luis, que se encontraba en Colombiers. Hugo de la Marca, por su parte, enviaba al rey de Francia a su

primogénito como rehén, luego, el 26 de julio, se presentaba él mismo, con su mujer y sus hijos: «Le suplicaron clemencia con muchos sollozos y lágrimas y se pusieron a decir: “Rey de buen corazón, perdonadnos y tened piedad de nosotros, pues hemos ido malintencionadamente y por orgullo contra vos. Señor, por la gran franqueza y gran misericordia que os distingue, perdonad nuestra mala acción”. El rey, al ver al conde de la Marca pedir tan humildemente perdón no pudo tenerle en cuenta su felonía, y enseguida se mostró clemente; hizo levantar al conde y le perdonó todo el mal que había hecho[126]».

Y la dramática entrevista tiene un epílogo colorista: «Cuando el señor Godofredo de Rancon vio al conde de la Marca, a su mujer y a sus hijos, arrodillados delante del rey, suplicándole perdón, mandó traer unas tijeras, hizo que le quitaran sus bandos, y ordenó que le rasuraran en el acto en presencia del rey, del conde de la Marca y de todos los allí presentes». Se consideraba vengado.

Este suceso provocó muchos cantares y relatos irónicos:

Ils n’y conterent pas Ogier
les Anglais, en buvant cervoise;
mais toute France s’en revoise:
cervoise ne passera vin[127].

[No les dio tiempo a los ingleses de contar
muchas historias sobre ello, mientras tomaban cerveza;
pero toda Francia se alegra:
la cerveza no sustituyó al vino].

Y cabe imaginar la satisfacción de Blanca, al oír estos cantares circular de boca en boca:

Moult fit le roi que preux et que vaillant,
comte d'Artois et comte de Poitiers,
qui là montèrent au secours de leur gens,
armés de fer sur leurs vaillants destriers.
Dieu, gardez nous le seigneur des Français,
Charles et Alphonse et le comte d'Artois!

[Mucho hizo el rey, hombre valiente y arrojado,
el conde de Artois y el conde de Poitiers,
que allí fueron en ayuda de sus gentes,
revestidos con sus armaduras sobre sus briosos corceles.
¡Que Dios nos guarde al señor de los franceses,
a Carlos y a Alfonso y al conde de Artois!].

Al desventurado conde de la Marca le había sido dedicada una coplilla:

Moult fit le comt de la Marche que fou
qui mit son corps et sa terre á bandon
contre le roí: ce fit pour que le loue
sa femme, qui jamáis ne cherche si mal non[128].

[Grandes locuras hizo el conde de la Marca,
que puso su ejército y su tierra
contra el rey: lo hizo para complacer
a su mujer, que no busca sino hacer el mal].

El carácter de Isabel tenía una reputación tan bien establecida como la falta de carácter de su esposo.

Uno y otra habían de tener, por otra parte, un final edificante. Al año siguiente de la batalla de Taillebourg, volvieron a partir hacia sus tierras para reunirse con sus hijos; tras lo cual Isabel entraba en Fontevrault. Es cierto que Mateo Parisiense da una versión bastante prosaica de este retiro entre las religiosas de una mujer tan violenta y apasionada como era Isabel de Angulema; cuenta que a causa de ella Hugo de la Marca se batió en duelo con un caballero que le había provocado lanzándole el guante («a la manera de los franceses», dice). Fue entonces cuando Isabel, «tomando conciencia de tantos males, se retiró a la abadía de religiosas llamada de Fontevrault y allí, en una celda muy secreta, con el hábito de religiosa, se escondió, sintiéndose por otra parte muy poco segura[129]». Pero Mateo Parisiense es un cronista demasiado

acerbo como para aceptar sin más sus alegaciones. Fuera cual fuese la razón que la había llevado a entrar en el convento, lo cierto es que Isabel había de terminar sus días en Fontevrault, donde otras muchas como ella, mujeres fatales o enamoradas apasionadas, habían encontrado un refugio de paz. Terminó allí en 1246 su vida asombrosamente agitada, y allí sigue su efigie yacente: una bonita estatua tumbal de madera que está cerca de la admirable tumba de Leonor de Aquitania.

En cuanto a su esposo, Hugo de la Marca, había de partir, ya viudo, para la Cruzada y morir como héroe frente a Damieta.

Por el momento, la sumisión del conde de la Marca dejaba de lado a aquel que había sido el alma y el instigador de la conjura, pero no por ello cabía considerar terminadas las hostilidades. La victoria de Luis había dispersado a las fuerzas inglesas. Quedaban las del conde de Tolosa, por no hablar de los reyes de Aragón y de Navarra que habían prometido su apoyo, pero a los que la rápida marcha del rey de Francia se había adelantado. Más aún, una circunstancia fortuita estuvo a punto de replantearlo todo en verano: se declaró una epidemia de disentería en el ejército; el mismo rey se vio afectado. Imaginamos que debió de producirse una gran alarma en el bando de los franceses. Mateo Parisiense dice que una verdadera desesperación —no juzgaba demasiado fuerte la palabra— se apoderó del ejército. El recuerdo de la muerte de Luis VIII estaba todavía lo bastante fresco como para pesar sobre los compañeros del rey. ¿Traía el Sur desgracia a la Corona? Cabe imaginarse las angustias por las que debió de pasar Blanca, que se había quedado allende el Loira, esperando a cada instante ver repetirse la escena por la que había pasado trece años antes, escena de la que no había podido olvidar ningún detalle.

Por fin llegó un mensajero trayendo buenas nuevas: el rey se restablecía y se preparaba para regresar a la Ile-de-France. A finales de septiembre, efectivamente, Blanca se reencontró con su hijo gozando de buena salud; no quedaba ya sino festejar su victoria. Uno por uno, los barones del Oeste prestaban sumisión. El primero en hacerlo fue Guillermo el Arzobispo, señor de Parthenay, en cuya fortaleza se había gestado la conspiración; luego Hertold, del castillo de Mirambeau, que no había podido defender, fue como vasallo fiel a pedir licencia al rey Enrique III para prestar sin más tardanza homenaje al soberano de Francia. Pronto Enrique, que se eternizaba en Burdeos, tuvo que reconocer que se había quedado algo solo. La gente hacía

gran chanza del único aliado que le quedaba: la condesa de Béarn, una mujer sorprendente a la que Mateo Parisiense describe como «singularmente monstruosa y de una espantosa gordura»; una especie de «fuerza de la naturaleza», a la que se acusaba de gravar las finanzas reales por su gran apetito en la mesa. Irresoluto, sin resignarse a reconocer su derrota, Enrique se demoraba sin esperanza en las riberas del Garona. Por lo demás, las noticias que le llegaban de Inglaterra no eran precisamente las mejores para incitarle a emprender el camino de regreso: el otoño había sido malo, las lluvias tan abundantes que el Támesis se había desbordado; en su palacio de Westminster las gentes circulaban a caballo: estaba medio inundado por las aguas. Terminó por resignarse a firmar una tregua con el rey de Francia, el 23 de abril de 1243, tras haber tratado en vano de obtener ayudas aquí y allá de la forma que fuese. Mateo Parisiense cuenta de forma chistosa que, en el Capítulo general de los cistercienses celebrado aquel año, el rey de Francia pidió unas oraciones y el rey de Inglaterra lana (era bajo esta forma como los monjes enviaban generalmente sus subsidios).

Cuando, finalmente, en el mes de octubre siguiente, se volvió a embarcar, había de llevar su inconsecuencia hasta el extremo de ordenar un recibimiento triunfal: todos los nobles de su reino debían estar presentes a su llegada con cuatro burgueses de cada una de las grandes ciudades, el clero en procesión, cirios encendidos, etcétera. Mucho se comentó el hecho en Londres y en Winchester donde tuvo lugar semejante ceremonia —pero no en el sentido que el rey hubiese deseado…—. Los barones de Inglaterra habían precedido en mucho al soberano; uno tras otro habían solicitado del rey de Francia, poco tiempo después de Taillebourg, un salvoconducto para atravesar sus tierras con total libertad. Luis IX se lo concedió generosamente. Ello le fue reprochado. No sin humor el rey respondió: «¡Qué partan libremente, con tal de que se larguen! ¿Qué más puedo pedir que ver a los enemigos de mi reino abandonarlo sin ánimo de volver?».

Era más que una simple salida de tono. El verdadero enemigo se encontraba en el interior.

El conde de Tolosa Raimundo VII, en efecto, se había apresurado a unirse a la coalición, vivamente apremiado de hacerlo no solo por Trencavel, sino por otro barón meridional, Roger, conde de Foix. Se había reconciliado desde hacía poco con el conde de Provenza y tenía, pues, las manos libres. Lo ocurrido en Carcasona dos años antes podía repetirse; los numerosos herejes del círculo próximo al conde de Tolosa recobraban la esperanza y encontraban el momento favorable para intentar un golpe de mano.

Poco tiempo después del desembarco de Enrique III en Royan, los días 25 y 26 de mayo de 1242, había tenido lugar en el Languedoc una ronda del tribunal de la Inquisición. Los inquisidores eran un fraile predicador, Guillermo Arnaldo, y un mínimo, Esteban de Saint-Thibéry (los mínimos, o franciscanos, se habían unido desde 1235 a los dominicos en su lucha contra la herejía). Iban con ellos otros dos predicadores, un mínimo llamado Raimundo Carbónnier, un notario, dos ordenanzas, otros dos clérigos, en total una docena de personas que se instalaron en Avignonet, en el castillo del conde de Tolosa y empezaron a recoger las declaraciones de los habitantes tal como lo habían hecho con anterioridad en otras varias ciudades de la región, en Laurac, Castelnaudary, Fanjeaux y Soréze.

Ahora bien, los inquisidores y sus acompañantes habían caído en una emboscada. El senescal de Raimundo VII, Raimundo de Alfar, que era asimismo hermano natural suyo (hijo de una manceba de Raimundo VI), al ver que el conde le confiaba la guarda y custodia del castillo de Avignonet, decidió su aniquilación. Desde la llegada de los inquisidores el senescal había dado aviso al señor de Montségur, Pedro Roger de Mirepoix (entregado en cuerpo y alma a la causa de la herejía, daba asilo al obispo cátaro Beltrán Marty y a numerosos «perfectos») que tenía a sus enemigos a su merced. Al punto Pedro Roger, poniéndose a la cabeza de la operación, marchó con unos cuarenta caballeros, reclutando por el camino a una treintena de amigos que fueron armados con hachas, y apostó a su tropilla. La orden de entrar en acción fue dada la tarde del 28 de mayo, víspera de la Ascensión de Jesús. Pedro Roger permanecía emboscado con algunos hombres en el bosque de la Selve, cerca de Avignonet, donde los conjurados debían venir a reunirse con ellos una vez cumplida su misión.

Esta fue rápida y dramática. La banda penetró sin dificultad en el castillo; los hermanos se encontraban en un alojamiento cuya puerta fue echada abajo a hachazos. Sorprendidos mientras dormían, no pudieron siquiera hacer el más mínimo gesto de defensa y entonaron el *Te Deum*. Todos fueron masacrados.

«¿Por qué no me has traído la copa?», preguntó Pedro Roger al cabecilla de la banda cuando le vio regresar, cargado con los despojos de sus víctimas. Se refería al cráneo del inquisidor Guillermo Arnaldo. Su asesino se excusó diciendo: «Estaba rota[130]».

Como es de imaginar, la matanza tuvo una inmensa repercusión; todos, de forma abierta o no, consideraban más o menos responsable de la misma al

conde de Tolosa. ¿Qué hubiera ocurrido si su aliado el rey de Inglaterra hubiese sido el vencedor?

Lo cierto es que, después de Taillebourg, la situación de Raimundo VII se volvía un tanto espinosa: estaba excomulgado; militarmente hablando, la ayuda que podía esperar estaba aniquilada; además, el clero de Francia se había apresurado a votar un tributo de una veinteava parte para permitirle al rey ir a combatir contra Raimundo VII, «que había mandado dar muerte a unos frailes predicadores[131]». Más aún, el conde de Foix, que le había incitado a la rebelión, se había apresurado, a partir del mes de octubre de 1242, a entrar en tratos con Luis IX y se comprometía a servirle en contra del conde de Tolosa. Sin perder un momento, era enviado un ejército contra este último al mando del condestable Humberto de Beaujeu. Raimundo se sintió perdido.

«Después de Dios, es en la clemencia de vuestra Serenidad en lo que más confío, vos que manifiestamente nos habéis amado largo tiempo con el más elevado candor de vuestra alma —y nos seguís amando y no podéis dejar de amarnos, puesto que guardáis en vuestro espíritu el amor de vuestra madre, de ilustre memoria, por quien estamos unidos a vos con lazos de parentesco». Fue en estos términos como, el 20 de octubre de ese año 1242, el conde de Tolosa Raimundo VII se dirigía «a la serenísima doña Blanca, por la gracia de Dios ilustre reina de Francia», titulándose «su leal y fiel primo dispuesto a prestarle homenaje[132]».

Blanca era su pariente. En todas las ocasiones había intercedido por él; no había temido siquiera desafiar por tal razón la opinión pública, y Raimundo hacía alusión en su carta a «aquellos que hablan contra vos por mi causa»; el tono era apremiante, suplicante incluso: «Vuelven a nuestro corazón las muchas demostraciones de afecto tanto por nuestro parentesco como para con nuestra hija que forma parte de vuestra corte»; suplicaba, pues, a Blanca que fuera su mediadora ante su hijo, jurando que en adelante se comportaría como fiel vasallo. Luego esperó en medio de la angustia. ¿Iba a dejarse conmover Blanca una vez más? La conducta de Raimundo aliándose con el rey de Inglaterra y tomando las armas, no obstante la paz jurada anteriormente, no era mejor que la de Ferrán de Flandes o la de Reinaldo de Boulogne; ¿cómo iban a tratarle? «No faltan quienes han reprochado a la reina doña Blanca, madre del rey, el mostrarse demasiado favorable con su pariente de Tolosa —escribe un cronista de la época, Guillermo de Puylaurens, al relatar los acontecimientos—; sin embargo, no era cierto ni creíble que ella le amase más que a sus hijos y fuera contra sus intereses, sino que actuaba como la

mujer prudente y discreta que era, para ganarle para su causa y asegurar la paz del reino[133]».

Raimundo VII se dirigió, pues, de Penne de Agenais, donde residía, a Alzonne, donde encontró a los enviados del rey, Humberto de Beaujeu y Ferry Pâté, el mariscal, a menudo enviado en embajada. Se firmó una tregua. El conde de Tolosa fue convocado en Lorris, Gâtinais, para renovar ante el rey de Francia la paz de Meaux-París. Debía, esta vez, permanecer fiel.

«A partir de esta época —escribe un cronista—, los barones de Francia dejaron de emprender cualquier acción contra el rey, viendo claramente que la mano del Señor estaba con él[134]». Luis iba a hacerse prestar juramento de fidelidad por parte de las principales ciudades del Mediodía y dio orden de demoler el burgo de Carcasona a fin de castigarlo por su rebelión; la ciudad fue reconstruida según el plano de las ciudades nuevas. En cuanto al castillo de Montségur, que seguía siendo un foco de rebelión, lo hizo sitiar por el senescal de Carcasona[135]. La historia de los pocos islotes de resistencia que subsistían no había de encontrar su epílogo sino hasta mucho más tarde, cuando el último castillo que servía de refugio a *faidits* y herejes, el castillo de Quéribus, fue reducido en 1255 por las tropas reales. Entretanto, Raimundo Trencavel le había prestado también sumisión y se había comportado gloriosamente en Tierra Santa al lado del rey de Francia.

6 - LA REINA MADRE

Aller me faut là où porterai peine en
cette Terre où Dieu fut torturé […].

[Es menester que yo vaya allí adónde he de penar,
a esa tierra donde Dios Nuestro Señor sufrió tormento
[…]].

Es en Rocamadour, el primero de mayo de 1244, donde volvemos a encontrar a Blanca. Llega con gran acompañamiento; sus cuatro hijos, sus esposas y su sobrino Alfonso de Boulogne forman su cortejo. El santuario de Notre-Dame «que se asienta sobre la roca» —quizá el más antiguo consagrado en Francia a la Virgen— ve venir por primera vez a la corte real en peregrinación. Un gran acontecimiento: el abad de Tulle, Pedro de Malemort, de quien depende Rocamadour, ha salido a recibir a Luis IX y a las personas allegadas a él. Su nombre resulta familiar a la reina: ¿no es Pedro, el sobrino de ese obispo de Burdeos, Elias de Malemort, que la acompañó de pequeña desde Palencia hasta Port-Mort, donde había de ser unida al príncipe Luis? Signo de los tiempos, otro de sus sobrinos, que llevaba el mismo nombre, es ahora senescal del rey de Francia en Limoges, «el primer senescal del rey de Francia desde unos tiempos de los que ya no se tenía memoria en este país»[136]. Ello es un claro indicio de la ampliación de influencia que se ha hecho allende el Loira, ya que Limoges formaba parte del dominio de los Plantagenet; e igualmente Rocamadour. Pero Blanca reúne la doble ascendencia: ella es consciente al dirigirse allí de seguir los pasos de su abuela Leonor y de su abuelo el rey de Inglaterra Enrique II, puesto que tanto la una como el otro habían realizado la famosa peregrinación. Ellos vieron ese fresco en las paredes, que representa a uno de los más grandes peregrinos ante

conmovedora de debajo de las arcadas a la moda de antaño, curvadas en medio punto: evoca las dos escenas de la salutación del ángel a Nuestra Señora y de la visitación de Isabel a María.

El que toda la corte se desplace así significa que se trata de una peregrinación de acción de gracias: un acontecimiento alegre, en efecto, tuvo lugar tres meses antes, el 25 de febrero; Margarita, la joven reina, dio a luz al pequeño Luis, futuro heredero del trono de Francia. Era el tercer hijo de la pareja real; sus dos primogénitos habían sido dos niñas, a la primera de las cuales le pusieron el nombre de Blanca en honor de la que sigue con vida: la reina. Al nacer Isabel, la segunda, Margarita pensó que su esposo se sentiría decepcionado y no se atrevía a comunicárselo personalmente, por lo que le rogó al obispo de París, Guillermo de Auvernia, que le anunciara la noticia; y cuentan que este se dispuso a hacerlo sin ambages, diciendo: «¡Alegraos, Señor, pues hoy la Corona de Francia ha ganado un rey; tenéis una hija, por cuyo matrimonio tendréis un reino más!»**[137]**. Ese año de 1244, el nacimiento de un hijo aseguraba el futuro de la dinastía y venía también a compensar un pesar, pues la pequeña Blanca había muerto poco antes, a la edad de tres años. Por lo demás, al año siguiente la pareja real iba a tener un segundo niño, Felipe.

Tal vez la peregrinación ponía de manifiesto una segunda intención política: no era malo que la corte real circulase pacíficamente por estas regiones meridionales adonde no había retornado la paz hasta hacía poco. Era demostrar que los hijos de Francia podían prescindir de toda escolta guerrera en estas provincias que habían sido el teatro de cruentas convulsiones solo dos años antes.

Pero tal vez también el simple gusto por la peregrinación basta para explicar ese desplazamiento en un tiempo en que más o menos todo cristiano deseaba dirigirse hacia la Haute Roche [Alta Roca] donde se alza Notre-Dame.

Blanca tiene un alma peregrina, como todos en su tiempo, y hay en ella un deseo de peregrinación reprimido: ha deseado ir a Santiago de Compostela, adonde, desde hace más de doscientos años, los cristianos de Occidente se dirigen multitudinariamente a través de los caminos montañosos del Norte de España; y los franceses han realizado el viaje ya en tan gran número que se llama precisamente *camino francés* al itinerario marcado de sus etapas. Tras su propia coronación había visto partir, provisto del bordón de peregrino, al rey de Jerusalén Juan de Brienne; este, por otra parte, a su vuelta de Santiago de Compostela, al quedarse en Castilla, se había convertido en pariente suyo

de Compostela, al quedarse en Castilla, se había convertido en pariente suyo por alianza al casar con su sobrina Berenguela, una de las hijas de su hermana Berenguela. ¡Ojalá pudiera ella, a su vez, visitar el santuario y venerar las reliquias de Santiago, y a continuación, en el camino de vuelta, detenerse en su Castilla natal! Pero lo que puede hacer cualquier siervo de su reino le ha sido negado a ella. Se han sucedido demasiados acontecimientos para que pudiera ver realizado alguna vez este magnífico proyecto.

Un día, sin embargo, se va muy contenta a París a ver al obispo Guillermo, que es su confesor. Puede llevar a cabo la tan anhelada peregrinación; todo está listo y no ha escatimado en gastos por lo que se refiere a su alojamiento ya las paradas de largo camino. Ahora bien, la acogida del obispo no es la que ella se esperaba:

«Señora, habéis gastado ya inútilmente por la gloria de este mundo y para mostrar vuestra magnificencia en vuestra tierra natal muchas riquezas que hubieran podido ser mucho mejor empleadas». «Estoy dispuesta a seguir vuestro consejo», le respondió Blanca, desconcertada. Y él añadió: «Voy, así pues, a daros un buen consejo: los frailes predicadores, esos que llaman aquí frailes de Santiago, tienen contraída una deuda de alrededor de quinientas libras; tomad la calabaza y el bordón de peregrino e id a Santiago, quiero decir a su convento, y enjugad su deuda. En cuanto al voto que habéis hecho, lo asumo yo ante el Señor y responderé de él por vos el día del Juicio; eso será mejor que hacer un exceso semejante de gastos y un despliegue de un lujo superfluo». Blanca había seguido su consejo, pero no sin que ello le costara**[138]**. Por otra parte, ¿no necesitaba el reino de su solicitud constante? Ante todo tenía que pensar en los barones recalcitrantes, en la universidad con sus continuas protestas, en las grandes ciudades donde los desórdenes eran cada vez más frecuentes, en los ingleses, en los potevinos…

Sin embargo, en esos días de mayo, por fin reinaba la paz; parecía abrirse una nueva página. También Blanca piensa en retirarse de los asuntos del reino que Luis puede asegurar suficientemente por sí solo. Llegada a la edad de cincuenta años, Blanca entrevé por fin una época de serenidad y de descanso. ¿Por qué no afrontar enseguida el retiro a esa abadía de Maubuisson que ella misma fundara y cuya consagración está prevista para el mes siguiente, en junio de 1244, dos días después de San Juan?

Un reino en paz… Para Blanca, que ha pasado por las experiencias de Bouvines y la de Roche-aux-Moines antes de vivir la de Taillebourg, que ha tenido que hacer frente a tantas hostilidades solapadas o declaradas, que ha sabido evitar tantas asechanzas y afrontar tantas amenazas, esta época de

solo quedan Isabel y el joven Carlos por casar. Pero la primera parece haber hecho ya su elección. En cuanto a Carlos, no tendrá sin duda necesidad de su madre para hacer la suya. A los dieciocho años el muchacho parece considerar que ha nacido para conquistar el mundo. Sin duda, le vendrían bien un poco más de moderación y un poco menos de impulsividad; aun así, es probablemente el más dotado de la familia para la música y la poesía. Si no fuera por esa dureza que a veces puede sorprenderse en su mirada, sería un ser exquisito. Lástima que le cueste tanto entenderse con la Joven Reina. Margarita tiene tendencia a tratarle como el benjamín, lo que irrita sobremanera a Carlos. Pero esta es una preocupación menor: Luis es lo bastante justo y muestra la suficiente voluntad y paciencia para poner fin a esas desavenencias que le hacen padecer.

Un reino en paz… ¡Con solo que la paz pudiera reinar en el exterior del reino igual que lo hace en su interior! Pero parece que las nubes disipadas aquí no son sino más amenazadoras allá. Hacia cualquier lado hacia donde se vuelva la vista, no hay sino motivos para la inquietud, por no decir para la angustia. No se trata ya propiamente de Inglaterra; esta sigue mostrándose hostil, pero dado el carácter del rey Enrique puede darse por descontado que las treguas durarán algún tiempo: las colecciones que atesora, las hermosas joyas a las que es aficionado le ocupan más que la preocupación de reunir un ejército, y no parece que vaya a olvidar pronto la lección que recibiera dos años antes. Las verdaderas inquietudes provienen de otra parte. Están el papa y el emperador germánico cuyo conflicto permanente se exaspera, y a uno y a otro les gustaría mucho atraer a su lado al rey de Francia —¡y a su ejército!—. Hacía cuatro años, el papa había ofrecido la corona de rey de los romanos, es decir, la sucesión del Imperio, al segundo hijo de Francia, Roberto de Artois. No cabe ninguna duda de que el joven, tan ansioso de gloria y que no persigue más que manejar la espada, ¡hubiese aceptado de inmediato! Pero Blanca se opuso a ello rotundamente.

La Corona imperial, que es como decir la aventura —y la aventura sin otro fruto real que un sinfín de discordias y luchas que el reino de Francia habría padecido—. Basta ya de un Imperio bastardo: es suficiente con ver la herida que se abrió en el seno de la cristiandad a causa del Imperio latino de Oriente. Una conquista cruenta, un porvenir más cruento aún. Se esperaba hacer de Constantinopla una base de operaciones para reconquistar Jerusalén, y muy al contrario es a Constantinopla adonde se está obligado a enviar ayuda, hombres, subsidios con los que Jerusalén habría sido probablemente liberada. Blanca es solicitada sin cesar por el desventurado emperador

Balduino: un incapaz, un ser infantil. Las cartas que despacha a Blanca siempre están majestuosamente rubricadas con ringorrangos trazados en cinabrio tal como hubiera hecho el propio emperador Justiniano, pero son para suplicarle que pague sus deudas: ¡peticiones de dinero tal como dirige a su padre o a su familia cualquier estudiante de la Universidad de París! La desgracia quiso que en aquellos tiempos en que el Imperio de Oriente necesitaba para su defensa un combatiente imperturbable, un gobernante de probada prudencia, cayera en manos de un pequeño barón sin talla para ello. Y por si fuera poco, es de una prodigalidad demencial: recién coronado se apresuró a saquear el tesoro y luego se fue a llorar en el regazo de los príncipes occidentales. Hubo que socorrerle, a petición del papa. Blanca devolvió en numerosas ocasiones el dinero a los acreedores; su tesorero de Pontoise, Esteban de Montfort, algo sabe de ello. Cientos de libras han satisfecho los créditos de los prestamistas, sobre todo toscanos instalados en la Villa imperial y que saben hacerse pagar bien sus servicios[139]. Ella ha hecho más aún, puesto que ha recibido en la corte a los llamados «infantes de Acre», los cuñados de Balduino que son sus sobrinos segundos, hermanos de la emperatriz María: los lazos de sangre son lazos sagrados.

Pero el desventurado Balduino no cesa de atosigarla pidiéndole ayuda. No hacía mucho se le había ocurrido una solución para los problemas de los Santos Lugares muy propia de él: en una larga carta le expuso a Blanca, con gran seriedad, que el sultán de Iconium («un sultán muy poderoso, creo que el más rico de los paganos») le había propuesto una alianza y había pedido para firmar dicha alianza casarse con una princesa cristiana, «una de nuestras parientes»; ella podría conservar su religión y tendría a su lado capellán y clérigos de su elección. Por otra parte, ¿quién sabe?

El sultán es de madre cristiana —su padre se había casado con una griega —, y tal vez con el tiempo aceptaría abrazar la religión de Cristo; haría erigir iglesias; ayudaría a Balduino contra sus enemigos de Grecia y de otras partes. ¿No podría enviar Blanca a una de las hijas de Isabel de Montaigu (hermana de Balduino) para convertirse en la esposa del sultán? Cuanto antes mejor, etcétera.

La reina no había dado respuesta a una misiva de una ingenuidad tan irritante. Habiéndole prometido Balduino, en una carta anterior, seguir en adelante dócilmente sus consejos, ella le aconsejó que pusiera un poco menos de entusiasmo en sus quiméricos planes y un poco más de puntualidad en el pago a sus acreedores —¡siempre y cuando los tesoros de Constantinopla bastasen para ello!

¡Qué contraste entre estas ilusiones infantiles y las duras realidades de las empresas orientales! Algunos años antes, una extraña aventura había helado de espanto el corazón de Blanca y arrojado una luz siniestra sobre estos mundos mal conocidos de los reinos de ultramar.

Fue al principio un simple rumor al que se concedió poca importancia: el rey de Francia se hallaba en peligro; se quería atentar contra su vida. Habían sido enviados unos emisarios por un misterioso jeque de las montañas de Siria para darle muerte. Ahora bien, un día, lo que se había tomado por simples habladurías sin importancia se convirtió en hecho cierto. Unos sirios llegados a la corte solicitaron con insistencia una entrevista con el rey: venían a avisarle de que permaneciera en guardia; su señor, al que llamaban el Viejo de la Montaña, había ordenado a unos emisarios secretos darle muerte; luego, cambiando de idea, les había enviado a ellos para que avisaran de la llegada de los primeros, para poner al rey al corriente de la conjura y anular la decisión de asesinarle que había tomado primero contra él. Ocurría esto en 1236. Un año antes, el papa había ordenado predicar una nueva Cruzada para ir en ayuda de Tierra Santa; tal vez el jeque pensaba evitar, dando muerte al joven rey que era también el soberano más poderoso de Occidente, cualquier nueva acción militar.

Fueran cuales fuesen los móviles de su decisión y de su súbito cambio de actitud, no había que menospreciar su alcance. Las amenazas del Viejo de la Montaña no eran nunca vanas. Un rey de Jerusalén había podido experimentarlo en carne propia, una noche, algún tiempo después de la reconquista de la ciudad de Acre; este rey, Conrado de Montferrat, había sido abordado en las estrechas callejuelas de la ciudad de Tiro por dos sirios a los que conocía, pues se habían hecho administrar el bautismo ese mismo día. Uno de ellos le había alargado una petición escrita que Conrado había cogido sin desconfianza; mientras la leía, el otro le hundió una daga en el corazón. Expiró al instante. La entera supervivencia de Tierra Santa había sido puesta en entredicho por este asesinato que llevaba el sello de su autor, el Viejo de la Montaña, encastillado en los refugios inaccesibles de Qadmous, en los montes Alauitas.

¿Quién era, pues, el misterioso personaje? Joinville había de describirle más tarde a partir de las informaciones proporcionadas por un fraile mendicante, fray Ives, «que conocía la lengua sarracena» y que había tenido entrevistas personales con el terrible jeque: «Cuando el Viejo cabalgaba, iba por delante de él un pregonero que llevaba un hacha danesa de largo mango revestido totalmente de piala llena de cuchillos fijados en el mango, y que

exclamaba: “Dejad paso a aquel que tiene la muerte de los reyes en sus manos”. De hecho, era el jefe de una secta chií cuyos seguidores eran, por otra parte, considerados por los demás musulmanes como temibles herejes. Su fundador, Hassan-Sabbah, encastillado en la fortaleza de Alamut —un verdadero nido de águila suspendido en lo alto de unos precipicios— mantenía a su alrededor a unos jóvenes, en su mayor parte raptados desde su más tierna infancia en las poblaciones vecinas e iniciados en una doctrina secreta: hacía de ellos verdaderos “hombres-daga” que dirigía a su antojo. Los llamaba los “abnegados”, los *fidawis*, y podía contar con su absoluta obediencia. El sucesor del rey Conrado, Enrique de Champaña, convertido en rey de Jerusalén, convencido de que era preferible tener al temible jeque como amigo que como adversario, no había temido entrar en relación con él y se cuenta que este último, a fin de honrar a su visitante, le obsequió con un espectáculo inédito: a una orden suya, dos miembros de la secta que montaban guardia en las almenas de la más alta torre se arrojaron al vacío. El Viejo de la Montaña, complaciente, le ofreció a Enrique repetir su gesto, pero este, aterrado, declinó la invitación. Tras lo cual, el señor, acompañando de vuelta a su visitante colmado de presentes, le susurró amablemente al oído que no tenía más que pedirle que hiciera asesinar a alguno de sus enemigos; sería un placer para sus *fidawis* hacerle dicho favor»**[140]**. De tiempo en tiempo, algún sultán o emir, culpables de haber disgustado al Sheik-el-Djebel, caían muertos bajo sus golpes. Los asesinos, cuyo aire dulce y un tanto atontado asombraba a las poblaciones, se dejaban prender, interrogar, torturar con una vaga sonrisa: eran los *fidawis* del jeque, felices de morir a una orden suya; literalmente, eran unos alienados.

Corrían extraños rumores acerca del misterioso poder que le permitía manejar a estos jóvenes. Se decía que el Sheik-el-Djebel no se contentaba con prometerles un paraíso después de su muerte: les procuraba desde esta misma vida unos paraísos artificiales; se hablaba de jardines maravillosos en los que admitía a sus iniciados y los saciaba de placeres, en medio de bosquecillos encantados, de palacios llenos de perfumes por donde deambulaban las huríes semiveladas, dispuestas a satisfacer sus deseos. «Había —cuenta Marco Polo — damas y damiselas, las más hermosas del mundo, que sabían tocar todos los instrumentos, y el Viejo daba a entender a sus hombres que aquel jardín era el Paraíso; y les hacía dar un bebedizo que les hacía dormirse por la mañana; luego mandaba cogerlos y llevarlos al jardín y les hacía despertar y, cuando los hombres despertaban, creían hallarse en el mismísimo Paraíso; las damas y las damiselas permanecían todo el día con ellos, tocando y charlando

y complaciéndoles en todo». En realidad no se trataba sino de unas pobres delicias, magnificadas por las ilusiones de la droga; los hombres-daga eran unos drogadictos.

«Cuando el Viejo quería dar muerte a algún hombre, hacía dar a sus jovenzuelos un bebedizo que les provocaba el sueño y mientras dormían les hacía llevar fuera del Paraíso; y una vez despiertos los hacía comparecer a su presencia y les decía que no volverían a entrar nunca más en el Paraíso si no daban muerte a tal hombre, a tal señor; y que si le mataban les devolvería al Paraíso y les haría quedarse allí donde tendrían más deleites aún que la primera vez», cuenta por su parte Oderico de Pordenone**[141]**. Era el consumo de hachís lo que ponía a estos jóvenes literalmente a merced de su proveedor; la droga se volvía poco a poco indispensable para ellos y, sin embargo, embotaba su sensibilidad; dejaban de temer a la muerte —la de los demás, pero también la suya propia—. Eran los comedores de hachís, los *haschichins*, y este término, deformado por la pronunciación occidental, ha dado en nuestra lengua el de *assassin* (asesino). Así han quedado asociados por los siglos de los siglos la droga y el asesinato.

Así pues, eran unos Asesinos los que habían venido con gran docilidad a cumplir las órdenes de su señor, los primeros para matar, los segundos para impedir que matasen al rey de Francia. En esta época, por otra parte, el poder del Señor de los Asesinos se iba debilitando; el terror que había reinado en tiempos del fundador de la secta, unos ciento cincuenta años antes, disminuía, pero nadie podía prever que la caída de sus fortalezas de Alamut y de Masyáf no iba ya a tardar mucho. Pero mientras tanto, Luis iba a tener de nuevo ocasión de enfrentarse a los Asesinos. En el ínterin, debía enviar de vuelta a estos a su señor después de haberles colmado de presentes: cinco trajes suntuosos destinados al Viejo de la Montaña y dos para los propios mensajeros.

Ahora bien, la causa real del súbito cambio por el que el rey debía de ver perdonada su vida no tardaría en saberse: un pueblo monstruoso venido de Asia del Norte devastaba las tierras musulmanas; el espanto que sembraba ante sí no tardaría en adueñarse de Europa.

Un día, cuenta Mateo Parisiense, la reina Blanca recibió la visita de Guillermo de Auvernia, el obispo de París, portador de una carta que la hizo sobresaltarse: «“¿Dónde estás hijo mío, rey Luis?”. “¿Qué pasa, madre?”. “¿Qué hacer, hijo mío querido, ante este siniestro acontecimiento cuyo rumor aterrador ha traspasado nuestras fronteras? Este ataque impetuoso de los tártaros amenaza con exterminarnos a todos, a nosotros y también a la ¡Santa

Madre Iglesia en nuestros días!”». Y el cronista muestra a Blanca sacudida por los sollozos y repitiendo a su hijo el tenor de la carta que el obispo acababa de hacerle llegar. El rey, sin embargo, mientras calmaba a su madre, habría respondido: «Saquemos fuerza de las consolaciones del cielo; que vengan esos que llamamos tártaros, les rechazaremos hacia sus moradas tartáreas de las que han salido; o bien serán ellos quienes nos manden a nosotros al cielo, e iremos a presencia de Dios, confesores y mártires de Cristo»[142].

Las hazañas de Gengis Khan y de sus sucesores, que se habían iniciado hacia comienzos de siglo con la conquista de China, habían llevado a los mongoles al corazón de Asia, y posteriormente a los confines de Europa. Tras el «terror sarraceno», el terror mongol invadía el mundo, empezando por los mismos turcos.

Los occidentales se habían hecho primero a este respecto algunas ilusiones. Se conocía mal, por razones obvias, cuanto sucedía allende el inmenso mundo musulmán, el de los árabes y más aún el de los turcos. Comprendiendo que estos estaban amenazados por un pueblo extranjero, primero se había creído que este último era el del misterioso Preste Juan, el rey legendario que decían cristiano. La primera victoria de los mongoles sobre los turcos de Jwarizm se había transformado así más o menos en una victoria de un descendiente del Preste Juan sobre el Imperio de Persia. Poco a poco, sin embargo, la verdad salía a la luz; un fraile predicador húngaro, llamado Julián, a quien su infatigable celo misionero había llevado hasta el país del Volga, dio la primera alarma al describir a este pueblo bárbaro que pretendía someter al mundo entero[143]. Los primeros detalles precisos que llegaron a la corte de Francia eran enviados por Ponce de Aubon, maestre de la caballería del Temple, en 1241: «Los tártaros —escribía— han destruido y asolado la tierra que fue de Enrique, duque de Polonia; él mismo ha sido masacrado junto con muchos de sus barones, seis de nuestros frailes y quinientos de nuestros hombres, tres frailes que conocíamos bien lograron escapar». Hungría y Bohemia eran devastadas; tres ejércitos mongoles se dirigían uno hacia el corazón de Hungría, otro hacia Polonia y el tercero hacia Austria. «Y sabed que todos los barones de Alemania, el propio rey, todo el clero, todos los eclesiásticos, los monjes, los conversos han tomado la cruz; dominicos y mínimos, hasta en Hungría, se han sumado a la Cruzada para ir contra los tártaros: y si, como nuestros hermanos nos han dicho, ocurre que por la voluntad de Dios son vencidos, los tártaros no encontrarán nada que pueda hacerles ya de obstáculo hasta vuestra tierra. Y sabed que no perdonan

a nadie; no hacen prisioneros, sino que matan a todos, pobres y ricos, grandes y chicos, salvo a las mujeres hermosas para que satisfagan sus deseos […]. No ponen sitio a castillos ni a plazas fuertes, sino que lo destruyen todo»[144].

El emperador Federico II, por su parte, no tardaría en lanzar un grito de alarma; escribió a todos los príncipes de la cristiandad conjurándoles a abrazar la cruz contra los mongoles; a su vez el rey de Hungría pedía al papa que predicara la Cruzada contra los «tártaros».

Llegaban detalles sobre este pueblo extraño. La gente hablaba de sus armaduras de cuero curtido, de su aspecto salvaje, de su resistencia extraordinaria: «Son capaces de cabalgar en una jornada la distancia que hay de París a la ciudad de Chartres», aseguraba Ponce de Aubon.

Un inglés medio espía, medio intérprete, que había vivido entre ellos (desterrado de su país por una razón desconocida, había terminado por recalar en Acre, había dilapidado su dinero jugando en los garitos de la ciudad y, tras numerosas aventuras, se había introducido entre los mongoles y aprendido su lengua) hizo a uno de sus amigos, un clérigo de Narbona, una descripción que este se apresuró a difundir: «Tienen un pecho recio y robusto, la cara larga y pálida, los hombros anchos y rectos, la nariz chata y corta, la barbilla prominente y puntiaguda, la quijada superior baja y hundida, los dientes largos y escasos, los párpados estirados desde los cabellos hasta la nariz, los ojos vivos y negros, la mirada torva y torcida, las extremidades huesudas y nerviosas, las piernas fuertes también, pero los muslos cortos; sin embargo, su estatura es igual a la nuestra: lo que les falta en las piernas se ve compensado por el tronco»[145].

Luego la oleada de terror remitió súbitamente: los mongoles habían vuelto a partir «solo Dios sabe dónde». El papa Inocencio IV, en 1245, deseoso de ser informado sobre ese lejano Oriente misterioso, envió a cuatro grupos de frailes mendicantes, predicadores y mínimos. Uno de ellos, encabezado por un mínimo, Juan de Plan-Carpin —tenía sesenta años y había sido en otro tiempo amigo personal y discípulo de Francisco de Asís— iba a llegar a través de las inmensas llanuras de Rusia hasta el centro del Imperio mongol donde tuvo la gran suerte de asistir a la subida al trono del tercer Gran Khan, Guyuk. A su vuelta presentaba al papa una relación muy completa que poseemos: la *Historia de los mongoles a quienes llamamos tártaros*; a las leyendas seguía la información de un testigo ocular.

Pero, mientras tanto, otra noticia había venido a sumir a la cristiandad en la pesadumbre. Jerusalén, ocupada de nuevo durante algún tiempo por los cristianos, acababa de caer en manos de una tribu turca, los terribles turcos de

Jwarizm. Esta vez, no cabía duda de que el papa volvería a exhortar al rey y a los señores a tomar la cruz como en otro tiempo. Habían sido enviadas numerosas expediciones en ayuda de Tierra Santa desde hacía unos cincuenta años. Ninguna había supuesto una acción decisiva. Era obvio para todo el mundo que para llevar a cabo una empresa de envergadura era menester que se apaciguase primero el conflicto que renacía sin cesar entre el papa y el emperador.

Ahora bien, en el mismo momento en que Blanca y sus hijos llegaban a Rocamadour, destino de su peregrinaje, el drama se hallaba en su punto álgido. Cabía preguntarse si la cristiandad no sucumbiría a él. Los canonistas y algunos teólogos se habían complacido, sobre todo desde comienzos de siglo, en dar un sentido concreto al diálogo del Evangelio referente al prendimiento de Cristo en el Huerto de los Olivos: «Señor, hay aquí dos espadas». «Es suficiente». Estas dos espadas eran una espiritual y otra temporal: la espada de Pedro —la que debe «permanecer envainada»— y la espada del emperador, a la que se confía el poder temporal. Por la acción de ambas espadas, la justicia y el orden reinarían en el mundo de las almas y en el de los cuerpos.

Pero preciso era reconocer que estas dos espadas no cesaban de cruzarse en unos duelos infinitamente perjudiciales tanto para el orden como para la justicia. Logrado durante algún tiempo bajo el reinado de Carlomagno, el equilibrio no se había alcanzado posteriormente sino en muy raras ocasiones, como, por ejemplo, en tiempos del santo emperador Enrique II. El duelo no había dejado de agravarse en el curso del siglo anterior. Cuanto más se empeñaban los papas en buscar al emperador ideal, el que hiciera plenamente el papel de justiciero y de defensor de la Iglesia, tanto más obstinado se mostraba el sucesor de Carlomagno en volver sus fuerzas contra esta y en hacer alarde solo de las ambiciones más impúdicamente materiales. Con Federico II de Hohenstaufen la decepción llegaba a su culmen. Nunca el patrimonio de Pedro se había visto más abiertamente amenazado por este emperador que pretendía restaurar en beneficio propio el poder de los césares y que se hacía representar cubierto con un manto a la antigua, la cabeza ceñida con los laureles de Augusto.

Blanca adoptó sin duda de una vez por todas —su conducta así lo demuestra— la misma actitud que los reyes de Francia ante el poder imperial desde la subida al trono de Hugo Capeto: una actitud de desapego cortés, pero firme. En vano habían tratado los emperadores de imponer a la dinastía naciente un juramento de vasallaje. En otro tiempo había bastado una

escaramuza para solucionar la cuestión. En los comienzos de la dinastía capeta, todo está listo para el conflicto armado. El 6 de agosto de 1023 el emperador Enrique II estaba acampado en la margen derecha del Meuse, en Ivois; el rey de Francia, Roberto el Piadoso, en la margen izquierda, en Mouzon. Esta dramática espera se había prolongado durante cuatro días, al cabo de los cuales el emperador decidió cruzar el río, no con su equipo guerrero, sino como simple visitante: «Cuanto más te hayas elevado, más deberás humillarte en todo»; y era él, el emperador germánico, quien había venido a ver al rey de Francia. Ya no se trataba de exigir de este que hiciera acto de vasallaje, sino simplemente de que reinase un buen entendimiento entre el Imperio y ese reino de los francos que escapaba a su dominio.

El emperador que había establecido así las reglas de la coexistencia pacífica era un santo. Sus sucesores se habían alejado considerablemente del camino de la santidad, pero de todas formas sus perpetuos conflictos con el papa les habían absorbido demasiado para que les quedara tiempo para guerrear contra el rey de Francia. Lo habían intentado una vez en Bouvines. El pequeño reino del Oeste y el débil rey de la Ile-de-France habían demostrado entonces ser capaces de hacer frente, si no a un Imperio, sí al menos a un emperador. Y ahora era el emperador quien venía a solicitar su ayuda, igual que lo hacía el papa por su parte. Al margen de las dos espadas, había nacido una tercera fuerza.

Cuando Blanca fue para asistir, el 26 de junio de 1244, a la consagración de Notre-Dame-la-Royale, la abadía de Maubuisson, soplaban vientos de optimismo, sin embargo, entre prelados y abades. Parecía que se vislumbraba, por fin, una reconciliación entre el papa y Federico II. El genovés Sinibaldo Fieschi, elegido papa el año antes con el nombre de Inocencio IV, era considerado un hombre moderado y de juicio certero. Ya era hora. Durante el pontificado anterior, el de Gregorio IX, los conflictos no habían dejado de agudizarse. A su muerte, la vacante de la cátedra pontifical se había prolongado por espacio de dieciocho meses; el papa elegido, Celestino IV, había muerto casi de inmediato, y el peso que hacía sentir el emperador sobre la asamblea de los cardenales era tal que, desde el 10 de noviembre de 1241 hasta mediados de junio de 1243, no pudo celebrarse el cónclave; el emperador retenía cautivos a los cardenales para impedirles tomar parte en él.

Ahora bien, las negociaciones que han tenido lugar han llevado finalmente a un relajamiento de la tensión entre los dos adversarios. Y la gente cuenta por todas partes con emoción que el Jueves Santo de este año de 1244, en la plaza de San Juan de Letrán, delante de una inmensa multitud, el papa

Inocencio IV había recibido públicamente el juramento de los enviados del emperador; juraron que este se sometía a su voluntad para llegar a un acuerdo de paz, una paz ardientemente deseada después de esos años de lucha que habían ensangrentado a tantas ciudades italianas. El papa, en la alocución subsiguiente, llamó a Federico II «su hijo abnegado, verdadero príncipe católico». Todo hace prever que va a levantar, pues, las excomuniones lanzadas contra él.

Pero no faltan los que menean la cabeza y, lejos de dejarse impresionar por estos comienzos favorables, recuerdan que, en los primeros años del pontificado de Gregorio IX, pareció igualmente que iba a llegarse a un acuerdo; a tal punto que papa y emperador se habían dado, en Anagni, el ósculo de la paz —lo cual no fue óbice para que estallasen nuevamente los conflictos, seguidos de nuevas excomuniones y de manifiestos clamorosos por una y otra parte—. Gregorio IX tenía a la sazón noventa y dos años; tal vez su sucesor se mostrase más abierto que el obstinado anciano.

Pero, por desgracia, la continuación de los acontecimientos dará la razón a los más pesimistas. Los intercambios de mensajes, de enviados, de negociadores se sucedieron. El papa se dirigió alternativamente a Civitá-Castel lana, luego a Sutri, donde había de tener una entrevista personal con Federico II. Ahora bien, se enterarán, no sin asombro, de que Inocencio IV ha abandonado la ciudad de noche disfrazado, dirigiéndose al galope hacia Civitavecchia; allí le esperaba una galera genovesa, que le condujo hacia su ciudad natal de Génova, donde fue recibido en triunfo. Al cabo de algunos días, el papa, tras caer enfermo, fue a recuperar fuerzas a Sestri, al monasterio cisterciense de San Andrés.

Aquel año, Blanca había sido invitada con su familia a asistir al Capítulo general de la Orden del Císter. El papa le había concedido una dispensa especial para poder entrar en el monasterio con un séquito de doce damas, entre ellas su hija Isabel. El rey y las personas allegadas a él habían sido incluso autorizados a que les sirvieran carne durante su estancia, cosa que estaba prohibida por la Regla, salvo en casos de enfermedad.

Para Blanca, esta estancia en la admirable abadía donde había resonado la voz de san Bernardo, donde se transmitían sus enseñanzas, donde se vivía de acuerdo con su espíritu, fue sin duda alguna una alegría profunda, un tiempo de gracia para su «alma cisterciense». Esas bóvedas de una armonía intachable, esos cantos de una belleza grave, esas ceremonias que se desarrollaban sin prisa, según una pauta reposada, estaban en consonancia con la paz interior a la que ella aspiraba cada vez más con la edad. Una paz que no

excluía la violencia de los sentimientos, una fuerza amorosa que ella era capaz de hacer compatible con su debilidad de mujer.

Era, por lo demás, colmada de atenciones por los religiosos que la rodeaban: su nombre sería incluido de ahora en adelante en el memento de las misas de la Orden, así como también el nombre de su hijo el rey; en toda la Orden se celebraba solemnemente el natalicio de sus padres Alfonso y Leonor de Castilla; se prometían misas y servicios solemnes a la reina, a sus hijos, a sus esposas en el momento de su muerte y con ocasión de la celebración de sus natalicios.

Pero el momento de gran emoción fue aquel en que se vio al padre abad del Císter y a los miembros del Capítulo venir en procesión a arrodillarse delante de la reina Blanca (el rey Luis había decidido mantenerse en un segundo plano y dejar que ella presidiera la asamblea de una Orden que tan querida le era): se le suplicaba igual que a su hijo que diera asilo al papa perseguido por el emperador, que le acogiera en Francia como antaño Luis VII había acogido al papa Alejandro III huyendo del odio de Federico Barbarroja.

Blanca conoce mejor que nadie los episodios de una lucha que puede decirse que es contemporánea a ella. Desde su juventud había oído hablar del emperador Federico II. Eran casi de la misma edad: Federico, nacido en 1194, era seis años más joven que ella, pero había comenzado muy pronto a dar que hablar. Ella sabe que este ha obtenido la Corona imperial comprometiéndose a partir para Tierra Santa al año siguiente (en 1221), y que luego ha eludido permanentemente dicha partida. Conoce el propósito que anima a aquel que se proclama «César de los romanos siempre Augusto», y que declara: «Dios ha establecido nuestro dominio sobre todos los reyes de la tierra». Ha sido testigo de sus esfuerzos por difundir por doquier el derecho romano, instrumento de centralización, de unificación autoritaria; la universidad que fundara en Nápoles está consagrada únicamente a formar estudiantes en esta disciplina contra la que se defiende en cambio el reino de Francia. No cabe duda para nadie de que Federico es un emperador por excelencia

qui du monde et de là entour
voulait être par forcé Sire[146].

[Que quería por la fuerza ser señor
del orbe y de cuanto lo rodea].

Por otra parte, Blanca se vio numerosas veces solicitada por el anterior papa para que tomara parte en el conflicto[147] y probablemente considera poco tranquilizadoras las declaraciones del nuevo pontífice que afirma: «El Rey de Reyes nos ha designado en esta tierra como su mandatario universal». Que es como decir que papa y emperador invocan igualmente la potencia divina en un conflicto que demuestra, por una y otra parte, un apetito ilimitado de poder temporal. Y hasta entonces la línea de conducta en la corte real ha sido de prudente abstención; solo en el momento en que el emperador Federico II encarceló a abades y cardenales para impedirles que se dirigieran al cónclave el rey escribió una misiva muy severa, amenazando al emperador con una intervención armada; y Federico II se apresuró a dejar en libertad a los prelados.

En la presente circunstancia, la decisión dependía de Luis, que tuvo la respuesta benevolente que cabía esperar de su piedad y de su fidelidad a la Iglesia. Estaba dispuesto a prestar su apoyo al papa y a defenderle con absoluta honestidad contra los ataques injustos que sufría. Pero añadió la restricción que cabía esperar también de un rey feudal: antes de comprometerse a recibir al papa deseaba consultar a los consejeros y barones del reino.

Era sin duda difícil de discernir de qué parte se encontraban en semejante lucha la justicia y el recto derecho. ¿Por qué había rechazado Inocencio IV proseguir las negociaciones entabladas con el emperador? Por temor a una asechanza, decían. De hecho, Federico II había dado muestras más que suficientes de que era poco escrupuloso en cuanto a la elección de los medios. Pero ¿por qué pensaba ahora el papa abandonar Génova? ¿No era sobre todo porque el emperador hacía vigilar los caminos que iban de Francia hacia las ciudades italianas a fin de cortar el suministro de víveres a su enemigo? En tal caso, ¿en qué medida las consideraciones más sórdidas se mezclaban con la preocupación de defender a la Iglesia? El papa, cuando se le propuso de nuevo una entrevista personal con Federico II, respondió que no era «su deseo de sufrir martirio ni acabar en una mazmorra». El emperador, por su parte, censuraba no sin razón a «los actuales clérigos que, entregados a la vida del siglo, embriagados de delicias, dejan de lado a Dios porque la abundancia de sus riquezas ahoga su religión», y concluía de manera más inquietante que «arrebatar a tales gentes sus culpables tesoros era hacer una obra de caridad»… Un conflicto semejante con tales adversarios llevaba probablemente a muchas conciencias a las mismas conclusiones que las de ese cura de una parroquia inglesa que, si hemos de creer a Mateo Parisiense,

habría declarado a sus parroquianos que al no saber cuál de los dos debía ser excomulgado, si el papa o el emperador, excomulgaba al culpable y absolvía al inocente.

Resulta evidente que el rey de Francia no tenía ningún interés en comprometerse en tan dudosa lucha salvo como mediador. El papa había realizado diversos sondeos cerca de los principales soberanos cristianos: el rey de Inglaterra, el rey de Aragón, así como el rey de Francia. La decisión que tomó, a fin de cuentas, demuestra por su parte un sagacísimo instinto político: «Hijos míos —declaró al *podestá* de Génova y a algunos notables que habían venido a hacerle una visita—, iré con la ayuda de Cristo a Lyon; antes de morir es preciso que muestre a todos los cristianos, a los príncipes, a los prelados, la angustia de la Iglesia de Dios y la injusticia de la que es víctima; si no puedo ir a caballo, haré que me lleven». Sus compatriotas pusieron sus naves a su disposición, pero el papa, cuya precedente travesía había quebrantado seriamente su salud, prefirió la vía terrestre: unas veces a lomo de mulo, otras en litera, enfermo hasta el extremo de que en Stella creyeron que se mona, no dejó por ello de atravesar, desde Suse, el monte Ceñís, cruzó el Maurienne y se embarcó en Hautecombe y cruzó el lago de Bourget para ganar el Ródano y, finalmente, la ciudad de Lyon, adonde llegó el 2 de diciembre de 1244 tras un viaje extenuante que había durado dos meses.

Lyon dependía del Imperio, pero esta dependencia se había vuelto totalmente teórica, y como desde 1239 el condado de Macón había sido anexionado directamente a la Corona de Francia, el papa no se encontraba lejos del reino en el que sabía que su persona estaría a buen resguardo en caso de peligro inminente.

Pero en ese mismo mes de diciembre la preocupación del conflicto entre el papa y el emperador iba a esfumarse de manera brusca ante otra, infinitamente más próxima y más implacable.

El rey se encontraba en Maubuisson cuando un nuevo ataque de disentería le puso de repente a las puertas de la muerte. El mal que le había aquejado dos años antes volvía a reaparecer de forma virulenta, con una intensa fiebre, y los médicos juzgaban su caso desesperado.

Según los cronistas, Blanca había hecho traer cerca del rey las reliquias de la Pasión y suplicaba en voz alta: «Salva, Señor, al reino de Francia». Ya su hijo se había despedido de sus allegados: «He aquí que yo, que era muy rico y muy noble en este mundo, y más poderoso que todos por mis riquezas, mi fuerza, mis amigos, no puedo arrancar una tregua a la muerte ni a la

enfermedad, aunque solo sea de una hora. ¿Qué valen, pues, todas estas cosas?»[148]. Una de las damas de la corte que le velaban le creyó muerto al poco y, pese a las protestas de otra, cubrió el rostro de Luis con la sábana e hizo abrir las puertas. La gente comenzaba a desfilar por la cámara real cuando debajo de la sábana se oyó un suspiro. El rey recobraba el sentido; gimió un poco. Fueron a toda prisa en busca de los médicos que constataron con sorpresa que el moribundo volvía a la vida. A duras penas, a través de los labios fríos y contraídos, consiguieron hacerle tragar unas pocas gotas de caldo caliente. Poco a poco su respiración se fue normalizando, la vida volvía a animar aquel cuerpo ya rígido.

Blanca, como loca, ahogando su alegría, veía hacerse realidad lo que no se habría atrevido ya a esperar: que le era devuelto su hijo, que vivía.

El 23 de diciembre siguiente, a petición suya, tuvo lugar en la iglesia abacial de Saint-Denis una solemne exposición de reliquias y el pueblo de París se concentró multitudinariamente en ella, viniendo a rezar por el completo restablecimiento del rey. El día de Navidad este estaba curado.

Pero esta prueba anunciaba otra: cuando el rey hubo recuperado el habla, fue para anunciar que tomaba la cruz.

Él mismo le contaba más tarde a Joinville que su madre mostró «tan gran pesar como si le hubiera visto muerto»[149]. Blanca reaccionaba como una madre atenta: era muy poco razonable, tras un impacto semejante, ir a exponer su salud a los azares de un largo viaje, y más aún en una región cuyo clima ponía a prueba a tantas gentes sanas. Luis era, como su padre, de constitución endeble, vulnerable a los fuertes calores, a las fiebres, al paludismo; había soportado mal el clima meridional; ¡qué sería con el de Siria y Palestina!

Por otra parte, reaccionando también como reina, consideraba con gran cordura que los asuntos del reino, en unos tiempos en que la situación aparecía amenazador en todos los puntos del horizonte, reclamaban la presencia del rey. En el ejercicio del poder ella había adquirido ese sentido práctico que caracterizaba también al linaje capeto; algo de la experiencia de su suegro Felipe Augusto había terminado por pasar a sus venas y finalmente la castellana impulsiva, la nieta de Leonor de Aquitania, adoptaba la conducta resueltamente positiva de su círculo francés.

A menos que otro sentimiento no hubiera aflorado también en ella. Muy joven, Blanca había sido testigo, de oídas, pero puntualmente informada a diario por unos mensajeros, de la toma de Constantinopla. Y vio a continuación como este desvío de la empresa pesaba cada vez más sobre la

cristiandad: en vez de reconquistar Jerusalén se defiende Constantinopla. ¿No habrá otro camino que el de las armas, otro recurso que esos ejércitos que parten periódicamente, otros medios que los empleados desde hace siglo y medio?

El emperador Federico II se había enorgullecido de devolver Jerusalén a los cristianos sin haber derramado una sola gota de sangre. Había comenzado por adjudicarse autoritariamente la corona de los reinos latinos y, escamoteando de este modo la labor realizada por los demás en su propio provecho, entabló negociaciones con los sultanes para que los cristianos tuvieran libre entrada en la Ciudad Santa. Mera ilusión: la conquista diplomática no aguantó ni diez años. Más hábiles que su adversario, los sultanes habían puesto como condición para dar su consentimiento que las murallas de Jerusalén fuesen derruidas. Gracias a lo cual había bastado con una incursión de los turcos de Jwarizm para que la ciudad, desprovista de defensa, abierta literalmente a los agresores, fuese de nuevo arrancada a la cristiandad.

Solo un hombre ha encontrado una solución nueva, solo uno ha sabido actuar *de otro modo*: fray Francisco. Por más apegada que estuviera a las tradiciones cistercienses, Blanca no dejó de seguir con emoción la peripecia vital del rico burgués de Asís que abandonó el comercio y los negocios paternos para unirse en matrimonio con Doña Pobreza. Cuando en 1228, dos años después de su muerte, fray Francisco fue canonizado, la alegría fue grande en todo el mundo cristiano. Los monjes del Mont-Saint-Michel que aquel año, sobre su roca batida por el mar, terminaban su claustro a cielo abierto, se apresuraron a colocar con grandes honores su efigie en él.

Ahora bien, fray Francisco fue, como todo cristiano deseaba hacerlo, a Tierra Santa. Hizo incluso más. Se dirigió al campamento de los cruzados, entonces en Egipto: todo el mundo sabe ya a estas alturas que el que detenta la llave del islam es Egipto; que para asegurar la conquista de Jerusalén es en las puertas del Mar Rojo y en las bocas del Nilo donde hay que combatir. Los cristianos llevaban dos años, en aquellos tiempos, asediando Damieta; la lucha se acrecenta. Por una y otra parte, no se hacían ya prisioneros. El sultán de Egipto había prometido un besante de oro por cada cabeza de cristiano que le trajeran.

Un día se había visto, desde lo alto de las murallas de Damieta donde vigilaban los atalayeros con turbante, a dos seres singulares. Caminaban descalzos, los cabellos al viento, vestidos con un largo sayal de burda tela cuyo talle ceñía una cuerda de cáñamo. Y cantaban.

El espectáculo era tan extraño, había tanto candor y descaro en aquellos dos hombres que parecían ignorar todo acerca de las condiciones presentes y dirigían al cielo sus himnos en aquel lugar donde desde hacía dos meses no se oía más que el silbido de las flechas, el rugir del fuego griego y los alaridos de los heridos, que, desconcertados, los arqueros habían bajado sus armas ya apuntadas. Fray Francisco, al llegar a las puertas de la muralla, exclamó: «Soy cristiano, conducidme a presencia de vuestro señor»; y, subyugados, los guardianes le dejaron entrar con su compañero. Y fray Francisco, ante quien toda ira desaparecía, que desarmaba todo odio, fue conducido a presencia del sultán. Conversaron largamente, de hombre a hombre, dedicados ambos a la búsqueda de Dios. Fray Francisco y su compañero fueron así recibidos durante varios días en el palacio del sultán, quien, antes de dejarles partir, quiso ofrecerles «muchos regalos y tesoros»; pero el hombre de Dios los rechazó: despreciaba los bienes terrenales y afirmaba que la divina Providencia cubre las necesidades de los pobres, dice el cronista que refiere la escena. Los dos hombres fueron llevados a continuación de vuelta al campamento del ejército de los cristianos con gran consideración y total seguridad, diciéndole el sultán a Francisco a manera de despedida: «Reza por mí a fin de que Dios se digne revelarme la ley y la fe que más le plazcan[150]».

Ocurría esto veinticinco años antes. En la actualidad, los seguidores de fray Francisco poblaban Occidente e incluso Oriente. Se les llamaba franciscanos o cordeleros, debido a su cinturón de cáñamo. Siguiendo el ejemplo de su fundador, se comenzaba a reverenciar un poco por todas partes, durante la Navidad, al Niño Jesús en su pesebre, como en Belén. Y a veces, en el Oriente cristiano, algún sarraceno se convertía a la voz de los mendicantes que él había mandado a recorrer los caminos del mundo. En Occidente eran innumerables ya aquellos que en el pueblo cristiano, entre los laicos, se adherían a los hermanos de san Francisco y participaban en sus oraciones, lo que se llamaba la «Tercera Orden». Luis quería a los seguidores de san Francisco, y también la reina Margarita; uno y otra los ayudaban con todo su poder y era preferentemente con ellos con quienes la Joven Reina se confesaba.

¿No era ya hora de actuar como lo había hecho fray Francisco[151]? Mas para ello era en Occidente, y en primer término en el reino, donde había que apaciguar las reyertas, acallar las ambiciones personales, hacer entrar en razón a los usureros, sanguijuelas del pueblo, garantizar a todos una justicia mejor. Empezando por los funcionarios reales que muy a menudo abusaban de su poder; ¡cuántas quejas no le llegaban al rey y a ella misma, Blanca,

sobre sus exacciones! ¡Cuántos de ellos, demasiado alejados para que se les pudiera vigilar, abusaban de su autoridad para prevaricar y redondear sus ingresos a costa de las pobres gentes! Por un baile justo y concienzudo, ¡cuántos de rapaces y de injustos!

Una escena dramática, aunque rayana en la comedia, se habría desarrollado, al decir de Mateo Parisiense, entre el rey y Blanca, que para convencer mejor a su hijo había llamado a su lado al obispo de París, Guillermo de Auvernia; este había tratado de hacer retractarse a Luis de su voto de cruzado.

«Señor, mi rey, recuerda que cuando tomaste la cruz haciendo de repente un voto tan duro e irreflexivo estabas enfermo y, a decir verdad, fuera de ti. No te regía la cabeza, no eras dueño de ti, por tanto las palabras que pronunciaste entonces no respondían a la verdad ni a ningún sentido de la autoridad. El papa nos proporcionará de buen grado una dispensa, sabiendo en qué necesidad se halla el reino y que tu salud es débil. Preocúpate en este momento, pues, de la fuerza temible del cismático Federico, de las complicadas asechanzas del rey de Inglaterra; también de la astucia traicionera de los potevinos por más que los subyugaste recientemente, de la obstinación amenazadora de los albigenses. Alemania está agitada, Italia no conoce el descanso; el acceso a Tierra Santa a duras penas está libre, a duras penas se te recibirá allí. A tu espalda tienes el odio inexorable que se muestran el papa y Federico, unos enemigos implacables a los que tú nos abandonas desolados». Y su madre, exagerando expresamente los presentimientos que tenía para conseguir una mayor eficacia, dijo: «Hijo querido, escucha y atiende los consejos de los amigos de verdad; no líes en tu propia prudencia, recuerda que es una gran virtud, y que place a Dios, escuchar a la propia madre y hacer caso de su opinión. Quédate; Tierra Santa no sufrirá daño alguno por ello; se enviarán desde aquí más expediciones militares que si te pones tú personalmente en camino. Dios no es rencoroso ni obstinado. Tienes disculpa suficiente, hijo mío, por lo que te sucedió durante la enfermedad: privado de razón, con los sentidos ofuscados, al borde casi de la muerte, en cualquier caso con el espíritu alienado».

El rey respondió: «Así que, a vuestro entender, fue la debilidad de mi espíritu la que me hizo tomar la cruz; pues muy bien, cedo a vuestros deseos y a vuestros consejos; depongo la cruz; renuncio por vosotros a ella». Y llevándose la mano a su hombro, se arrancó la insignia: «Monseñor, aquí tenéis la cruz que había tomado; os la devuelvo de buen grado». Entonces, cuando todos los presentes, no dando crédito a lo que sus ojos veían, daban

muestras de su alegría por medio de parabienes, prosiguió, cambiando de expresión y de tono: «Amigos míos, convendréis conmigo en que ahora no estoy fuera de mis cabales, ni soy incapaz de una voluntad libre, ni estoy lisiado. Ahora bien, pido que me sea devuelta mi cruz; Él, que todo lo sabe, es testigo de que no aceptaré ningún alimento mientras no la haya recuperado[152]».

El «paso a ultramar» va a ser a partir de ahora la preocupación dominante en la corte real. Los preparativos se llevarán a cabo, metódicamente, sin dejarse distraer por los incidentes políticos que tanto abundarán en los años siguientes ni por los acontecimientos privados: el nacimiento del pequeño Felipe, segundo hijo de los regios cónyuges, en 1245; el de un pequeño Juan tres años más tarde, que no vivió más que unos pocos días y fue enterrado enseguida en Royaumont, donde su tumba estará al lado de la de la pequeña Blanca. Estas dos tumbas, cubiertas con una placa de cobre dorado y esmaltado, se libraron felizmente de la fundición que hizo desaparecer cientos del mismo tipo con ocasión de las guerras civiles y de la Revolución, por lo que puede verse todavía las efigies de estos dos niños, admirablemente enmarcadas por unos medallones de esmalte de colores con unos follajes delicados, y por unos blasones sobre un fondo discretamente cincelado, sobre los que destacan las dos siluetas: Juan, el niño, tiene los pies plantados sobre un león, y Blanca, la niña, sobre un lebrel. Con esta doble sepultura, Luis hacía de Royaumont su abadía preferida, una especie de Saint-Denis reservado a los suyos, testigo de íntimos pesares.

El punto crucial para el gran proyecto que llevaba ya adelante era el puerto de embarque. Ni hablar ya a partir de ahora de tomar la vía terrestre tal como había hecho, cien años antes, su bisabuelo el rey Luis VII La vía marítima, pese a los riesgos de naufragio, se había revelado a todas luces la más práctica, la menos costosa. Tanto más cuanto que la navegación había experimentado mejoras considerables. Las naves, obligadas en otro tiempo a seguir más o menos las costas, se lanzan mar adentro sin temor a desviarse de su rumbo, gracias al ingenioso dispositivo llamado brújula, que aprovecha las propiedades magnéticas del imán; la aguja imantada, puesta en equilibrio sobre una púa, flota en un cuenco de agua y su posición señala el norte. Los marinos utilizan también el doble velamen; el mástil del bauprés permite un avance más rápido y sobre todo las maniobras resultan más fáciles gracias al nuevo sistema de timón que permite girar un navío tan fácilmente como un

jinete hace dar media vuelta a su caballo; unos mapas trazados sobre pergamino ayudan a localizar los accidentes de la costa y los puertos donde es posible atracar; por ello las pesadas naves que abandonan cada año los puertos del Mediterráneo, Montpellier, Barcelona, Génova o Marsella, transportan habitualmente hasta mil peregrinos, además de su carga.

Así pues, el paso se hará por mar. Pero Luis no espera recurrir a los buenos oficios de ciudades extranjeras como Marsella, sita en tierras del Imperio, Génova o Pisa: los puertos de Italia se ven todos más o menos arrastrados en la lucha entre el papa y el emperador. Dirigirse a ellas sería ponerse a merced de rivalidades de las que trata justamente de guardarse. En cuanto a Venecia…, aparte de que está demasiado lejos, ¡todo el mundo sabe a qué precio se hace pagar sus servicios!

El rey no tiene puerto, así que creará uno. Ello no tiene nada de extraordinario en unos tiempos en que las ciudades nuevas crecen y se multiplican en suelo francés. La dificultad estriba en encontrar el emplazamiento conveniente; y costará lo suyo llegar al acuerdo de construirlo sobre un cerro arenoso en medio de las marismas del delta del Ródano: el único punto por el que el dominio real llega directamente al Mediterráneo, pues este lugar, al que los pescadores llaman Aigues-Mortes, depende de la senescalía de Beaucaire. Solo unos monjes han establecido allí su morada y hacen crecer sus viñas en aquel terreno desértico. Pronto los tratos hechos con el abad de Psalmodi permitirán habilitar un puerto provisto de un canal para llegar al mar; y la torre de Constance comenzará a elevarse en medio de los acarreos de piedras, de vigas y de cal, mientras que unos expertos trazan la cuadrícula de las calles de la futura ciudad, los caminos carreteros, las calles transversales, cuya doble red encerrará la plaza pública en la que se edifica la iglesia de Notre-Dame-du-Sablon.

Y para poblar esta ciudad, el rey, siguiendo la costumbre, promulga una carta de franquicias: «Luis, rey de los franceses por la gracia de Dios, hace saber a todos, presentes y futuros, que a los habitantes de nuestra ciudad de Aigues-Mortes, hemos concedido las libertades y privilegios aquí enumerados:

»—que todos los habitantes de este lugar queden libres y francos de todo impuesto, pechos y derechos […],

»—que en ninguna ocasión estén obligados a dar una compensación pecuniaria por la cabalgada militar y que a lo largo del año no estén obligados a ir en cabalgada más que cuarenta días […],

»—que estén exentos perpetuamente de todo peaje por tierra o por agua […],

»—que le sea permitido a la comunidad de la ciudad tener al menos cuatro cónsules […] y que los vecinos de este lugar tengan libertad de elegir a sus cónsules, incluso sin el consentimiento de nuestra corte […], etcétera.

»Dado en París, en el mes de mayo del año 1246.

Blanca, resignada, asiste sin entusiasmo a esta actividad. Ya no sigue sino con una actitud bastante distante los asuntos del reino; los libros de cuentas distinguen cada vez más sus gastos personales de los de la corte. Se entera como todo el mundo de que Luis ha decidido hacer de la isla de Chipre su base de aprovisionamiento y que hace comprar en la oportuna estación, año tras año, trigo y vino. El trigo es entrojado en silos y los toneles de vino se escalonan: se cuenta que unos y otros hacen el efecto de pequeñas montañas que se ven de lejos al acercarse a la costa. En Chipre reina un Lusignan, pariente de los condes de la Marca, excelentemente dispuesto con los cruzados y que es probable se una también a los combatientes. Igualmente, ella se entera de que Luis, según su costumbre, hace preparar un gran número de máquinas de guerra a su maestro artillero Jocelyn de Cournault.

Es testigo asimismo del subterfugio que empleará el rey, si hemos de creer a Mateo Parisiense, para convencer a los barones de que le imiten con ocasión de las cortes de Navidad del año 1245.

Tradicionalmente, para las asambleas de Navidad, reyes y grandes señores hacían regalos de ropajes a los nobles allegados a ellos. Aquel año Luis habría de hacer comprar más que de costumbre y en las capas de paño de precio forradas de delgado vero, habría hecho coser en secreto, por la noche, cruces de orifrés muy fino. Las capas fueron entregadas durante la noche de Navidad a sus beneficiarios y el rey pidió que se las pusieran antes del alba para la misa del día; al asistir a misa, cada uno de ellos pudo ver la cruz en el hombro de su vecino. Cruzados sin saberlo, habrían tenido el buen gusto de no rebelarse contra la piadosa estratagema y de sumarse a la iniciativa del rey al que llamaban «cazador de peregrinos y pescador de hombres».

Aunque no toma parte sino con mucho distanciamiento en los preparativos de las Cruzadas, Blanca asiste, en cambio, a su hijo y le acompaña en persona a las entrevistas que tendrá con el papa Inocencio IV en Cluny.

El papa había elegido para instalarse en Lyon el monasterio de San Justo situado al norte de la ciudad vieja, algo apartado del Saona —lugar que es descrito entonces como «fortificado, poderoso y muy noble»—; su situación

natural, en una colina escarpada y de fácil defensa, tanto como sus fortificaciones, hacían de él una residencia bastante segura incluso en caso de que el emperador se acercara a Lyon. La ciudad no podía tener, por otra parte, motivos de queja por la estancia del papa, ya que este contribuyó poderosamente a hacer reconstruir la catedral de San Juan y a levantar un nuevo puente sobre el Ródano, el puente de la Guillotiére. Los comerciantes de esta próspera ciudad no podían sino alegrarse del tráfico comercial que atraía inevitablemente la presencia de la corte pontifical. La creación de una escuela de Teología y de Derecho desde 1245 representaba también para sus habitantes una apreciable ventaja.

La primera ocupación del papa, una vez en Lyon, fue convocar el Concilio. Lo inauguró con un discurso que es un verdadero grito de angustia, llamando la atención del mundo sobre las «cinco llagas» que ulceraban al pueblo cristiano: la reforma del clero, la reconquista de Jerusalén de manos de los sarracenos, la defensa del Imperio latino de Constantinopla, el avance de los tártaros en Hungría y la persecución de la Iglesia por parte de Lederico II.

En efecto, esta llaga parecía, en la mente del pontífice, la que más urgía, y a la que trataba de poner remedio en primer lugar. El Concilio inaugurado el 28 de junio concluyó el 17 del mes siguiente con una nueva excomunión del emperador —la tercera de su vida—. Había de verse delante de la corte pontifical a su representante, el leal Tadeo deSuessa, legista muy afín a las ideas de Federico II y que estaba a su servicio, darse golpes de pecho, deshacerse en lamentos y protestar enérgicamente contra la sentencia que recaía sobre su señor pese a la defensa muy hábil y persuasiva que él había hecho.

Algunos meses más tarde, el rey de Francia se ponía en camino hacia Borgoña. Federico II se había dirigido a todos los soberanos cristianos para protestar contra la decisión del Concilio de Lyon y Luis se había prestado a un intento de conciliación; la entrevista debía de tener lugar para San Andrés, el 30 de noviembre de 1245, en el marco de la abadía de Cluny.

El cortejo real, reunido frente a las altas murallas dominadas por las siete torres de la iglesia abacial de Cluny, tiene un aspecto decididamente militar. «A la cabeza, un centenar de soldados armados con ballestas, montando caballos con ricas gualdrapas; luego otros cien caballeros con centelleantes cotas de malla, llevando unos escudos redondos y tarjas, los caballos igual que los hombres cubiertos de mallas de hierro; tras ellos un tercer cuerpo de cien hombres armados hasta los dientes, la espada empuñada; el noble rey y la gloriosa caballería de su reino, en número realmente increíble, formaban un

cuarto grupo». El rey ha querido sin duda alguna esta exhibición de aparato guerrero que puede inspirar saludables reflexiones al emperador; este, por otra parte, está muy ocupado al mismo tiempo en desencadenar contra los lombardos alzados en rebeldía una guerra salvaje, multiplicando ahorcamientos y mutilaciones.

Para la abadía de Cluny, este encuentro de la festividad de San Andrés es uno de los grandes momentos de su historia. La iglesia abacial es la iglesia más grande de la cristiandad; lo seguirá siendo hasta la reconstrucción de San Pedro de Roma dos siglos más tarde. Los edificios monásticos guardan proporción con la admirable nave. Los historiadores de la época observan que los dos visitantes, el papa y el rey de Francia, pudieron ser recibidos con su séquito y que, pese a esta enorme afluencia, su alojamiento y comida estuvieron asegurados sin que la vida conventual, la de los monjes que vivían en la abadía, se viese perturbada; estos últimos conservaron su dormitorio común, su refectorio, y celebraron su Capítulo como si se tratara de la acostumbrada multitud de las grandes peregrinaciones; y, sin embargo, el papa estaba rodeado de doce cardenales, de los patriarcas de Antioquía y de Constantinopla y de dieciocho obispos o arzobispos, sin mencionar a los numerosos abades de otras abadías que se habían dirigido a Cluny para la ocasión. En cuanto al rey, se encontraba allí con toda su familia, Blanca la primera, pues iba a desempeñar un papel activo en estas entrevistas; en torno al rey, su hermano Roberto, su hermana Isabel, tal vez también sus otros dos hermanos, Alfonso y Carlos, en cualquier caso, el emperador Balduino de Constantinopla sin duda y varios nobles allegados suyos, como el duque de Borgoña, el conde de Dampierre, los señores de Bourbon y de Beaujeu, etcétera. En total una extraordinaria asamblea que se encontró reunida para la misa de San Andrés celebrada por el papa en persona. En los fastos de la época se observa que es en esa ocasión cuando por primera vez se lleva el «capelo cardenalicio»: los doce cardenales iban, en efecto, tocados con el sombrero rojo, según una decisión tomada en el Concilio anterior. El color rojo significaba que debían estar dispuestos a exponer su cabeza y a derramar su sangre al servicio de la fe y de la Iglesia. A decir verdad, el tratamiento infligido cuatro años antes por Federico II a sus cofrades, encarcelados y retenidos cautivos en el momento en que se dirigían al Concilio, justificaba el símbolo. Por lo demás, varios de los prelados habían tomado la cruz junto con el rey de Francia, entre otros uno de los cardenales, Eudes de Châteauroux, legado pontificio para Tierra Santa, y también los dos obispos de Clermont y

de Langres, Hugo de la Tour y Hugo de Rochecorbon, que habían de acompañar al rey a ultramar para no volver.

Durante toda la semana siguiente, las entrevistas se desarrollaron solo entre tres personas: Blanca, su hijo e Inocencio IV. De lo que se dijo y se decidió entre ellos, nada ha trascendido.

Pero podemos suponer sin riesgo a equivocarnos, tal como hace Mateo Parisiense, que se trató acerca de la concordia que debía ser restablecida entre la Iglesia y el Imperio «y por qué vía se podría llegar a una paz honorable, pues el rey tenía la firme decisión de emprender camino hacia Jerusalén con otros muchos nobles de Francia ya comprometidos con la Cruzada tanto por fidelidad al rey como a Dios. Ahora bien, no podían emprender camino por mar ni por las tierras del emperador en tanto la Iglesia no hubiera sido totalmente pacificada y sin el acuerdo de toda la cristiandad».

Sobre otro punto de la entrevista no cabía ninguna duda: la decisión tomada con respecto al matrimonio de Carlos de Anjou con la heredera de Provenza, Beatriz; la hija más joven de Ramón Berenguer se veía expuesta desde la muerte de su padre a unos pretendientes muy apremiantes. Entre otros, el rey de Aragón, Jaime, llamado el Conquistador, que había juzgado oportuno apoyar su petición con una tropa armada y tenía sitiado en aquel entonces Aix-en-Provence. «En el momento de partir, Luis envió una porción importante de su escolta a liberar, espada en mano, a Beatriz, la hermana más joven de la reina de Francia Margarita, que el rey de Aragón había sitiado con su ejército en pie de guerra […] y que sitiaba impúdicamente para dársela por esposa, decía, a su hijo».

La expedición estaría lista bien pronto: la encabezaba el hermano más joven del rey, Carlos. De camino encontró al enviado del conde de Tolosa Raimundo VII; este, desde que había tenido noticia de la muerte del conde de Provenza, su antiguo enemigo, se había apresurado a repudiar a su mujer Margarita de la Marca, hija de su aliado de Lusignan, la cual por lo demás no se había dado menos prisa en aceptar que se disolviera su unión; esta no había sido consumada. La nulidad del matrimonio había sido confirmada por el papa el 25 de septiembre y Raimundo creyó sin duda poder lograr su propósito obteniendo por matrimonio esa Provenza que no había podido obtener por las armas con la ayuda del emperador. «El enviado que despachaba a la señora reina de Francia para rogarle que se cumpliera lo que había sido anteriormente objeto de negociación entre él y el padre de la muchacha encontró por el camino al señor Carlos, quien tenía prisa por contraer matrimonio con ella». Un matrimonio concertado a espolazos y que

se celebró sin más tardanza en París el 31 de enero siguiente. Carlos era a partir de ahora conde de Provenza.

Blanca no parece, por otra parte, haber recibido como merecía la gratitud de su hijo más joven, cuya ambición se revelaba ya insaciable; este se quejó de que las fiestas celebradas en esta ocasión no hubieran tenido la misma brillantez que las de Sens para el matrimonio de Luis IX: «Yo soy hijo del rey y de la reina, y él no lo era». Es cierto que la anécdota nos la refiere Mateo Parisiense, cuya lengua es siempre viperina. Tal vez, en efecto, no habían tenido tiempo de dar a estas nupcias el brillo acostumbrado: Luis no había abandonado hasta mediados de diciembre el valle del Saona; el 8, día de la Concepción de Nuestra Señora, asistía con su madre y sus hermanos a la consagración de la iglesia de San Pedro de Macón que oficiaba el mismo papa en persona.

Por lo demás, estaba el hecho de que, si Carlos no se mostraba más que medianamente contento, otros muchos príncipes manifestaban sin ambages su descontento: a parte de Jaime de Aragón y Raimundo de Tolosa, a Enrique de Inglaterra y a su hermano Ricardo de Cornualles, uno y otro yernos de Ramón Berenguer, les parecía mal que este último hubiera dejado a su hija más joven la herencia de Provenza, que pasaba así a un hijo de Francia. Margarita se sintió más irritada que nadie por ello; nunca había querido a su joven cuñado, pero a partir de entonces le detestaría. Su desacuerdo iba a hacerse sentir dolorosamente en el ambiente de la corte real, hasta entonces muy unida, y llevaría a Margarita a manifestar abiertamente su predilección por su familia inglesa.

En cuanto a Blanca, ese segundo matrimonio provenzal, que era obra suya, venía a colmar sus deseos; la seguridad estaba en adelante asegurada en las regiones que, en tiempos de su esposo, habían sido teatro de tantos acontecimientos sangrientos. Su plan se había visto facilitado por el papa, que vio en ello una oportunidad para oponerse al emperador al tiempo que se atraía la protección del poderoso rey de Francia.

Para Pentecostés del año 1246, esta vez con todo el fasto deseable, la ceremonia de armar caballero a Carlos se celebró en el marco del castillo de Melun; es en esta fecha cuando comienza a llevar su nombre de Carlos de Anjou, puesto que los dos infantados del Maine y de Anjou que su padre le había reservado por testamento le son conferidos en ese entonces. El joven conde no tardaría en revelar su gran capacidad de administrador —y también de justiciero de mano férrea— en los dominios de su esposa. «Cuando Carlos vino a Provenza tras haberse convertido en conde, se puso a impartir justicia

en sus tierras, castigando a los salteadores de caminos, mandando dar muerte a los ladrones, volviendo los caminos seguros para los mercaderes —señala un observador extranjero—; para lograr mejor su propósito se las ingenió para controlar todas las fortalezas de sus tierras, a fin de que los bandidos no tuvieran a nadie que pudiera favorecerles; hasta entonces los señores de los castillos se asociaban con los ladrones para darles cobijo en sus fortalezas, los alojaban en ellas, los ayudaban con todos los medios a su alcance».

En el dominio real salen a la luz también preocupaciones de orden administrativo. Y parece que Blanca se ocupó de ellas.

En enero de 1247, el rey expide unas cartas patentes. Ha confiado a unos investigadores la misión de «recibir por escrito y examinar, siguiendo la forma que nosotros les hemos indicado, las quejas que pueden esgrimirse contra nosotros o nuestros antepasados, así como los comentarios atinentes a las injusticias, exacciones y todas las demás faltas de las que nuestros bailes, prebostes, guardas forestales, alguaciles y sus subordinados se hubieran hecho culpables desde el comienzo de nuestro reinado».

Medida de carácter completamente excepcional, innovación cuya importancia no es posible subestimar. Hasta entonces, cuando los reyes enviaban por el reino a delegados, bailes o senescales encargados de representarles en la gestión de los intereses locales, era esencialmente en provecho de la propia realeza, a fin de vigilar a los agentes inferiores. Con las investigaciones ordenadas en 1247, no se trata ya de vigilar los mecanismos de su administración —si se nos permite emplear este término todavía anacrónico para la época—. Los «señores investigadores» se dirigirán directamente al pueblo; no son ni grandes prelados ni grandes señores, sino esos frailes mendicantes que vocacionalmente se mezclan con el pueblo: franciscanos, dominicos. Se les llama «los hermanos que se ocupan de las restituciones» y su misión consiste en hacer devolver por los agentes del rey aquello de lo que se hayan apropiado al abusar de su poder.

Ello indica hasta qué punto las investigaciones representan una institución totalmente original, por la que el hijo de Blanca se hará merecedor de su fama de rey justiciero, amigo de los pobres y de los humildes; su amistad hacia estos no se ha manifestado solo por medio de las limosnas, sino también por disposiciones reales, medidas eficaces para oír la voz de esos pobres, para escuchar a aquellos que no consiguen que los poderosos del momento les

presten oídos. Era, en la historia de la administración, una especie de obra maestra.

Los investigadores habían de relacionar, consignados en sus rollos de pergamino, de los que se han conservado un cierto número hasta nuestros días, una multitud de hechos a menudo ínfimos, reflejo de la vida cotidiana y de pequeños dramas, cuyos protagonistas se llaman Guillermo Cara de Sapo, Esteban Malaspulgas, Yves Cara de Burro, Esteban el Perolero, etcétera, en unos tiempos en que el nombre no es aún la mayor parte de las veces sino un apodo.

Reflejo también de las guerras y de los desórdenes que han ensangrentado determinadas partes del país, las investigaciones se llevaron a cabo muy concienzudamente en las regiones que tuvieron que sufrir los acontecimientos de esos treinta años, en particular en Normandía y en las regiones meridionales. Muchas de las quejas provienen de gentes que han visto decomisadas sus tierras por haber permanecido al servicio del rey de Inglaterra o porque se hallaban en Inglaterra en el momento del sitio de Belléme.

Tales confiscaciones se llevaron a cabo a menudo sin ningún discernimiento: Guillermo el Senescal, de Authieux-sur-Calonne, fue víctima de ellas; ahora bien, no fue a Inglaterra sino a reclamar la dote de su mujer y con licencia real; se le privó, no obstante, de una herencia en Normandía que le hubiera supuesto una renta de treinta sueldos anuales. En Artois, los preparativos del desembarco en Inglaterra treinta años antes dejaron amargos recuerdos: se hicieron requisas que jamás fueron reembolsadas. Gualterio Hanikaigne recuerda que a su madre Margarita le fueron confiscados unos cueros y una suma de cuarenta y siete libras, y nada ha sido pagado ni devuelto; ahora bien, Margarita era de Toumai y estaba del lado del rey Felipe. Gualterio Pavio, por su parte, se queja de que cuando el señor Luis pasó a Inglaterra, hizo proclamar por todo el país que si los mercaderes enviaban trigo, vino y otras vituallas por barco a Inglaterra con el fin de aprovisionar a su ejército, les devolvería el doble en caso de que sus mercaderías cayeran en manos del enemigo; pues bien, él envió una nave llena de trigo con objeto de llevarle ayuda; los ingleses la apresaron en alta mar junto con otras muchas naves de Gravelines, los servidores de Gualterio perecieron a manos de ellos, y él mismo perdió quinientas libras y el resto de mercaderes tres mil: toda esta gente reclama ser indemnizada. En Languedoc, Albigeois, la senescalía de Beaucaire y de Carcasona, son numerosas las exacciones de este tipo; están los que fueron desposeídos con ocasión del sitio

de Carcasona, como es el caso de Reina y su hermana, hijas de Ermengaud de Cavenac, que perdieron su herencia paterna durante la destrucción del burgo: todos los demás, dicen, recuperaron su herencia, pero ellas no han conseguido hacérsela devolver por el senescal del rey. Están los campesinos de Tourbes a quienes se gravó con tributos justo en el momento en que se les requería para batirse en el puente del Vidourle al servicio del rey.

A través de un verdadero rosario de reclamaciones a menudo ínfimas —María la Salinera se queja de que le han quitado una manta y una almohada, y a Simón, un pobre judío de Arlés, su abrigo de paño pardo forrado de piel de liebre— puede verse la repercusión de los principales acontecimientos: Guillermo el Viejo y sus hijos vieron cómo les requisaban en Arras sus cinco caballos perfectamente entezados, que se llevaron para la guerra en Albigeois; de ellos no han recuperado más que uno solo, y sin el arnés. Pedro Serda y sus once compañeros, en Roullens, fueron requeridos por parte de un oficial del rey, Teobaldo de Corbeil, para ir una noche al sitio de Montségur a «sacar el almajaneque»; se les prometió una docena de dineros a cada uno que nunca recibieron. Pedro Bordas, de Villemagne, lite acusado de herejía y encarcelado porque había acogido —asegura que a la fuerza, a su pesar— a un ciudadano de Tolosa, un proscrito sin duda, llamado Esteban Massa, y a su mujer. Un judío de Béziers, David, fue expoliado de una masía que tenía cerca de Béziers por el senescal Guillermo de Ormes y pide que le sea restituida para sus hijos. Son numerosos los pequeños señores que se quejan de haber sido desposeídos por haber tomado las armas contra el rey durante la rebelión de Trencavel. Pons, del castillo de Villalbe, vio cómo le confiscaban, en pleno mercado, cuatro bueyes que acababa de comprar, con la excusa de que los había adquirido a unos *faidits*, a unos proscritos, e Isarn Guiffred, de Couffoulens, que había creído poner a buen recaudo su trigo con ocasión de la guerra en Leuc, cerca de Carcasona, tuvo que oír, al ir a recuperarlo tras la vuelta de la paz, que era «botín de guerra del rey».

Todos los sucesos de aquel tiempo están guardados en estos rollos de investigación; tenemos los pequeños delitos por tala de bosques —sin mencionar los que, como en Pézenas, fueron utilizados para hacer máquinas de guerra—, de animales que andan sueltos, como esas vacas confiscadas a Isabel Chaucebure porque habían pastado en unos bosques en los que estaba prohibido hacerlo; reyertas, golpes y heridas, asuntos de moral pública, como el caso de ese Martín el Baboso al que dos aldeanos se llevaron preso a Beaufort-en-Vallée porque una muchacha le acusaba de haberla forzado; o

como esos dos muchachos que le dieron una paliza a la manceba de su padre en una aldea de Normandía.

Lo que llama la atención en estas relaciones de exacciones, desde las más flagrantes hasta las más ínfimas, es ver hasta qué punto se ha escuchado a las gentes más humildes: siervos, judíos, vienen a presentar sus quejas, y estas quedan registradas; también aquellos que no se habían atrevido nunca a hacerlo, o cuyas quejas los agentes del rey no habían querido escuchar jamás, encontraron audiencia; son conscientes de la novedad del hecho. Resulta muy significativa esa declaración de un tal Raimundo Bernard, maestro carpintero de Roullens, que se queja de que el baile del burgo le ha extorsionado las rentas de su tierra y de su viña. Se le pregunta por qué no se quejó de ello en su momento. El responde: «Entonces yo era joven, débil y pobre y nunca el baile culpable ni tampoco sus sucesores quisieron escucharme». La justicia, y ello era algo nuevo en su historia, se acercaba a los humildes; iba a verles a su casa, les permitía expresarse.

Cabe preguntarse en qué medida Blanca inspiró tales investigaciones. No se trata sin duda de atentar contra la renombrada justicia de su hijo, sino de constatar hasta qué punto esta institución corresponde a un rasgo de carácter maternal; los contemporáneos destacan en Blanca esta atención por las gentes humildes: «Velaba para que la gente humilde no fuera pisoteada por los ricos y hacía que se impartiera justicia». Hay en todo ello un no sé qué de femenino, de maternal incluso, que caracteriza a la reina, el mismo tipo de reflejo que le había hecho decir al llegar a Belléme con ocasión del sitio del castillo: «Estas gentes tienen frío, hay que procurar ante todo que estén caldeadas».

Por otra parte, hay que observar que en 1247 las investigaciones se llevan a cabo con gran escrúpulo en los dominios personales de Blanca, los que habían constituido su viudedad hasta 1237: en Hesdin, en Bapaume, en Lens. En repetidas ocasiones las investigaciones muestran también algunos rasgos de su acción personal. Fue la misma reina quien hizo restituir, en una visita a Caen, las treinta libras que se debían desde hacía mucho tiempo a Roberto de Champeaux; ella quien hizo suavizar en un caso determinado la pena de los prisioneros; ella quien intervino para que se devolviera a Pedro Potet de Loudun los ciento seis sueldos que le debía un servidor del rey, Colin de Lorris. Y, por supuesto, es asociada muy a menudo al rey por los demandantes, quienes se dirigen «al actual rey y a su queridísima madre»; es evidente que para esta institución, así como para todas las demás acciones de gobierno, no es posible separar la acción de Blanca de la de Luis[153].

Por lo demás, para la época, era también una forma de preparar la Cruzada restituir los bienes mal adquiridos y hacer reparar toda injusticia. Joinville, la víspera de su partida, actúa en su modesto ámbito igual que el rey en el conjunto del suyo; convoca a sus hombres y les dice: «Señores, parto para ultramar y no sé si regresaré. Ahora adelantaos: si os he causado algún daño, os lo repararé, uno tras otro, tal como ha sido siempre mi costumbre, a todos aquellos que quieran pedir algo a mis gentes […], y para que yo no pudiera influir en nada —añade al referir la escena—, me levanté del Consejo y acepté todo cuanto allí se decidió, sin discusión».

Cada día que pasaba estaba más próxima esa partida para la gran peregrinación; durante algún tiempo se creyó que se vería aplazada. El emperador Federico II pretendía dirigirse a Lyon y acababa de convocar a sus vasallos, ordenándoles que se encontraran armados en Chambéry en los quince días siguientes a la octava de Pentecostés. Grande fue la emoción para el papa y los medios allegados a él. Blanca, su hijo y su familia se encontraban entonces en Pontigny para asistir a una ceremonia conmovedora: san Edmundo, el arzobispo de Canterbury al que la corte de Francia había dado asilo en otro tiempo, acababa de ser canonizado y sus restos debían ser depositados solemnemente en la iglesia abacial; el santo varón había muerto siete años antes en el monasterio de Soisy, cerca de Provins.

Algunos días más tarde, los mensajeros hacían saber a Federico II que, si franqueaba los Alpes, el rey Luis de Francia, su madre Blanca y sus tres hermanos irían a su encuentro, y que ya los caballeros estaban convocados en las riberas del Saona y del Ródano. No insistió. El 17 de junio, Inocencio IV escribía a Blanca, a Luis y a sus hermanos, unas cartas llenas de gratitud: «¡Que los cielos se regocijen y que exulte la tierra!».

«Cuando el rey hubo decidido ponerse en camino, tomó su esclavina y su bordón en Notre-Dame de París; y el obispo dijo una misa cantada en su honor. Y partió de Notre-Dame, él, la reina, sus hermanos y sus mujeres, descalzos; y todas las congregaciones y el pueblo de París los acompañaron hasta Saint-Denis, sollozando y bañados en lágrimas. Allí el rey se despidió de ellos y les envió de vuelta a París, y mucho lloró al separarse de ellos.

»Pero su madre la reina se quedó con él y le acompañó por espacio de tres días en contra del parecer del rey. Entonces él le dijo: “Madre querida, por la confianza que me debéis, regresad ya. Os dejo a mis tres hijos para que cuidéis de ellos, Luis y Felipe e Isabel; y os dejo el reino de Francia para que

lo gobernéis; y sé perfectamente que estarán bajo una buena guarda y que el reino será bien gobernado”. Entonces le respondió la reina entre sollozos:

»“Queridísimo hijo, ¿cómo podrá soportar mi corazón mi partida y la vuestra? En verdad será más duro que la piedra si no se rompe en dos mitades; pues habéis sido el mejor hijo que haya tenido jamás madre alguna”. A estas palabras cayó desvanecida; y el rey la levantó y la besó, y se despidió de ella entre sollozos; y los hermanos del rey y sus mujeres se despidieron de la reina llorando. Y la reina sufrió un nuevo desvanecimiento, y estuvo largo rato sin sentido; y cuando ella volvió en sí, dijo: “Queridísimo hijo, no os veré nunca más; el corazón me lo dice”. Y bien decía, pues murió antes de que él regresara.

Es así como el trovador de Reims describe la separación entre Blanca y su hijo; supo encontrar para ello palabras conmovedoras en su sencillez. Nos imaginamos a Blanca dirigiendo una última mirada a sus cuatro hijos tan distintos entre sí y, sin embargo, reflejando cada uno de ellos algún rasgo de su esposo y de ella misma: «Dos de los hermanos eran muy dulces y sencillos, frágiles de cuerpo y poco aptos para las armas, Luis y Alfonso; los otros dos, Roberto y Carlos, eran hombres muy fogosos, fuertes y robustos de cuerpo, hábiles en el manejo de las armas y muy belicosos». Los cuatro, a decir verdad, se revelaban excelentes caballeros cuando había que combatir, pero el cronista supo discernir muy bien los rasgos dominantes en cada uno de ellos: Roberto y Carlos más impetuosos; Luis y Alfonso más reservados y más dulces. Roberto, por más arrebatado que fuese, era un ser tierno y su hermano mayor sentía una secreta predilección por él; al menos eso pensaba Joinville, al contar más tarde las confidencias del rey. Pero es este último quien se gana el favor de la gente así como la predilección materna: «El rey era alto y frágil, más bien delgado, de una estatura conveniente; tenía cara de ángel y un rostro gracioso», dice el monje franciscano Salimbene, un italiano que presenció el cortejo real en la ciudad de Sens donde entonces residía. Describe este cortejo: «El rey venía a la iglesia de los mínimos, no con pompa real, sino en hábito de peregrino, con la alforja y el bordón al cuello […]. No venía a caballo, sino a pie, y le seguían sus hermanos los tres condes con no menos humildad y una actitud semejante; el rey no llevaba una gran escolta de nobles, sino que prestaba sobre todo atención a las súplicas y a los ruegos de los pobres; a decir verdad, se habría dicho más un monje, debido a la devoción de su corazón, que un caballero que llevara armas de guerra; entró en la iglesia de los frailes, hizo muy devotamente la genuflexión, oró delante del altar y al salir de la iglesia y quedarse un instante delante de la puerta, yo

me encontraba justo a su lado […]. Una vez que nos hubimos reunido en el Capítulo, el rey comenzó a hablar, y encomendándose él, sus hermanos y la señora reina su madre y todos sus allegados a Dios, solicitó las plegarias y el favor de los frailes, y algunos de los frailes franceses que estaban cerca de mí, embargados de piedad y de emoción, lloraban sin poder contenerse». Al buen monje, bastante difícil de contentar (le parece que las mujeres de Francia, al menos las de Sens, tienen todas aspecto de sirvientas), no tiene más que palabras de admiración para describir al rey.

Fue en la Encomienda de los frailes del Hospital, a la entrada de Corbeil, donde tuvo lugar la separación, en medio del doble esplendor de una bonita jornada de junio y de una ciudad en plena prosperidad. Blanca, asistida por su hijo Alfonso que iba a permanecer todavía un año a su lado antes de dirigirse a su vez a Tierra Santa, debió de seguir con la vista el cortejo que descendía la cuesta en dirección al Sena y al Essonne. Al resonar de los cascos de los caballos se suma el ruido ensordecedor de las ruedas de los molinos bajo los arcos de los puentes. El sol juega sobre las agujas de los edificios: la gran iglesia de Notre-Dame, Saint-Spire, Saint-Etienne y la bonita capilla de la Encomienda de Saint-Jean-en-l’Ile. Con todos los pendones desplegados, caballeros y soldados ascienden por la vertiente opuesta de la colina y lentamente el cordón tornasolado se estira por el camino.

A los señores del Norte, muchos de los cuales acompañan al rey, se unirán numerosos señores del Sur, y se verá así caminar codo con codo, marcando profundamente la reconciliación y la paz del reino, a los fieles de siempre y a aquellos cuya sumisión, algunos años antes, no cabía esperar: el conde de Bretaña, Pedro Mauclerc, y barones meridionales tales como Trencavel de Béziers y Oliviero de Termes.

Blanca ha enjugado sus lágrimas. Una vez más debe olvidarse de su tristeza, dominar su pena. Es la reina.

Una orden, y su escolta parte hacia el Norte.

Aller me faut la oú porterai peine.

[Es menester que yo vaya allí adónde he de penar].

7 - «COMO UN LIS»

En la ciudad parisién, la iglesia de Notre-Dame alza ahora sus dos torres —dos brazos levantados al cielo en un gesto de orante—. La torre norte, un poco más maciza, menos elegante que la primera, tal vez por haber sido copiada de esta: no debería hacerse nunca dos veces una obra semejante puesto que la segunda siempre carecerá de la audacia de invención de la primera.

No importa, Notre-Dame es hermosa: hermosa en sus colores flamígeros que llevan a comparar su fachada a la página de un manuscrito iluminado, en su estructura serena y bien asentada, en su masa poderosa y en la ligereza de sus columnitas. A sus dos torres responde la flecha única de la Sainte-Chapelle del Palais, que domina como ella los claustros de las doce parroquias vecinas.

Notre-Dame es hermosa, los parisienses están orgullosos de ella; les gusta contemplar el triple pórtico de entrada donde los apóstoles parecen desfilar en eterna procesión, reconocer a los reyes de Judá en las veinticuatro estatuas que se alinean en la galería alta y observar, en el tímpano central, bajo las legiones de ángeles en las arquerías, a los bienaventurados en medio de los que sonríe un llamativo ser tenebroso de rostro extasiado.

Notre-Dame es hermosa, ha dejado de ser una obra en construcción; la catedral está acabada. Terminada la obra que desde hace ochenta años tantas preocupaciones crea a los obispos sucesores de Mauricio de Sully y al Capítulo. No es un tiempo excesivo una vida humana para levantar la inmensa nave con capacidad para albergar, si no a todos los fieles de la diócesis, sí al menos a la mayor parte de ellos. Pero ¿qué sucede? He aquí que de nuevo, en el lado norte, hacia el claustro, se juntan albañiles y plomeros. Se levanta de nuevo la caseta de las herramientas, la sala de los planos donde el maestro de obras —se trata de un hombre del terruño, Juan de Chelles— va a trazar

planos y dibujos. De nuevo largas mesas que los maestros vidrieros recubrirán de creta para dibujar en ella el bastidor de los vitrales. La catedral no está terminada. Se ha decidido agrandar el transepto e iluminarlo con un inmenso rosetón de tonos azules, espejo de ciencia dedicado a Nuestra Señora.

Y la vida se reanuda, más efervescente que nunca.

Blanca ha retomado su tarea de reina. La vida no se acaba aquí.

El rey, al partir para la lejana peregrinación, le ha confiado el reino. No hay nada sorprendente en ello: Felipe Augusto, al tomar la cruz más de medio siglo atrás, había confiado igualmente el reino a su madre, lo mismo que lo había hecho su rival el rey de Inglaterra por más que tuviera un hermano de edad más que suficiente para poder reemplazarle. Blanca se había ido borrando poco a poco delante de su hijo, pero sin dejar en ningún momento de asistirle del todo. Y a este último le parecía bien que la reina fuese aquella «por medio de la que se trataban todos los asuntos del reino[154]». Lo que sucedía es que, en el momento en que se disponía a retirarse a algún monasterio —tal como había hecho, por ejemplo, la condesa de Macón, que acababa de renunciar a la soberanía de su condado en favor del rey con el fin de retirarse a Maubuisson— tenía que volver a la vida activa. Sin ella el rey no habría podido emprender el paso a ultramar. Él ha partido confiado: el reino no dejará de tener quien lo defienda.

Y Blanca se encuentra, a los sesenta años, dispuesta a afrontarlo. Sin duda con menos aprensión que lo había he cho veinticinco años antes. Conoce cada uno de sus mecanismos y puede descubrir todos sus puntos flacos, tanto en el reino como en sus enemigos. Todo lo que hacía su felicidad ha partido con este brillante ejército que se ha puesto en marcha en contra de su voluntad. No volverá ya a ver más a su amado hijo, el apuesto caballero de ojos de paloma: en el fondo de su corazón lo sabe. Pero es también una prueba de amor representar aquí su papel. Y lo hará. No es la primera vez que se ha armado del «valor de un hombre en el corazón de una mujer».

Su hijo Alfonso se ha quedado a su lado, posponiendo su partida para dentro de unos meses: las treguas con Inglaterra no tardarán en llegar a su término y, ¿cuál será entonces la actitud de Enrique III? Durante algún tiempo se ha esperado que también él tomara la cruz; no lo ha hecho, aunque algunos cruzados hayan abandonado Inglaterra para engrosar el paso a ultramar, entre ellos el conde de Salisbury, Guillermo Larga Espada. ¿Habrá que tomar de nuevo las armas? En tal caso allí estará el conde de Poitiers; cuenta veintiocho

años y puede mandar personalmente una acción militar. Además, le han confiado la tarea de escoltar más tarde hacia Tierra Santa a la esposa de Roberto de Artois, que, al hallarse encinta, se ha quedado en Francia, pero espera participar en la Cruzada al lado de su esposo tal como lo han hecho sus cuñadas.

Blanca se encuentra haciendo de madre para los hijos de Luis y de Margarita: Isabel —la que más tarde será reina de Navarra—, Luis, el heredero del reino, que no tiene más que cuatro años y medio a la partida de sus padres, y el pequeño Felipe, de tres años. La mayor parte del tiempo los niños viven en el Louvre y es al castellano del Louvre a quien corresponde su vigilancia. De nuevo Blanca debe dirigir la educación de un rey.

Tiene a su lado, asistiéndola en sus diversas tareas, a su luja Isabel, «la más noble dama que jamás haya habido sobre la faz de la tierra: era muy graciosa y de gran belleza». Isabel, a los veintitrés años, es una figura excepcional. Físicamente se parece a Luis; es rubia, tan rubia que sus camareras comparan a hilos de oro los cabellos que han quedado en el peine cuando le hacen el tocado —esos cabellos que ellas recogen como si de reliquias se tratara, pues Isabel inspira una verdadera veneración a cuantos la rodean—. Blanca no ha tenido siquiera ocasión de desplegar con ella sus aptitudes de educadora y ha sido con una mirada secretamente maravillada como la ha visto crecer, igual que a Luis. El único defecto contra el que ha tenido que luchar ha sido una tendencia a la ascesis que considera excesiva; se preocupa, pues, de que Isabel se vista de acuerdo a su alto rango y use los aderezos y ornamentos convenientes a una princesa. Esta, cuya vida es totalmente interior, confiará más tarde a las hermanas religiosas que tenía «muy buen corazón y era muy devota de Dios Nuestro Señor tanto cuando iba engalanada de cabeza y de cuerpo como cuando vestía hábitos de religiosa»[155]. Blanca considera también que Isabel practica el ayuno en exceso; desde su más tierna infancia se ha impuesto así privaciones, hasta el punto de que su madre le prometía limosnas para los pobres a condición de que comiera más. Precaución necesaria, ya que Isabel es, también, de salud frágil. Como antaño su padre, como su hermano mayor, dio, en torno a los veinte años, serios motivos de preocupación a sus allegados. Blanca, reclamada en otra parte por los asuntos del reino, la había dejado en Saint-Germain-en-Laye al cuidado de su cuñada Margarita y esta había tenido que llamarla con toda urgencia, así como también al rey; pero, al igual que este último, Isabel, tras haber estado al borde de la muerte, se había recuperado y no había de morir sino el mismo año en que murió su hermano, en 1270, en el

monasterio de las Clarisas de Longchamp, que ella misma había fundado. Su biógrafa, la hermana Inés de Harcourt, la tercera abadesa de este monasterio, resume su vida y su persona diciendo: «Fue espejo de inocencia, ejemplo de penitencia, rosa de paciencia, lirio de castidad, fuente de misericordia».

Extraña época: los sacerdotes, los consagrados parecen demasiado a menudo olvidar que el Señor les ha pedido «abandonarlo todo» para seguirle; y los laicos, por el contrario, no buscan sino con más fervor caminos de santidad. Blanca, en su fuero interno, no puede dejar de comparar a Isabel con esas otras princesas —Isabel de Hungría, Eudiviges de Polonia, Inés de Bohemia— todas ellas mujeres de una belleza radiante y de un rango eminente que prefirieron, a los honores del mundo, el único Esposo, imponiéndose a menudo una ascesis heroica, privaciones que su cordura considera poco razonables, pero que sin duda compensan las carencias de los demás, el lujo de los prelados, el gusto por los goces terrenales de que hacen impúdico alarde una buena parte de aquellos que están encargados de un sacerdocio sagrado; tal vez esas privaciones que ellas se infligen en medio de las riquezas que les rodean sean una condición de la extralimitación que exige toda santidad. Isabel parece haber consagrado su vida al estudio, no participa en las distracciones de la corte real más que cuando se ve realmente obligada a hacerlo y se entretiene bordando paramentos religiosos. Hija única en medio de los muchachos que la rodean, estaba prometida a tener un gran destino; el emperador había pedido su mano para su hijo Contado, pero «ella había elegido en inmaculada virginidad al Esposo perdurable», y Blanca respetó su deseo.

Por el momento, la preocupación más apremiante sigue siendo, todavía y siempre, Inglaterra. Enrique III, poco tiempo antes de la partida de Luis, había reiterado sus reivindicaciones sobre el antiguo dominio de los Plantagenet, exigiendo la restitución de Normandía y del Oeste de Francia; había hecho incluso apoyar su reclamación por el emperador Federico II, que se había casado con su hermana Isabel de Inglaterra. Los bienes del rey de Francia eran en principio inviolables durante su expedición de cruzado; el papa había intervenido para recordarlo. Pero Enrique no dejó por ello de convocar a sus caballeros; les había dado orden de reunirse en Londres para un embarque fijado para el 15 de septiembre en Portsmouth.

Blanca no parece, sin embargo, haberse tomado la manifestación muy en serio: conoce mejor que nadie a su primo de Inglaterra. Es un ser veleidoso.

Sus resoluciones no son más que fuegos de artificio —y sus vasallos ingleses son los primeros en dar visibles muestras de estar hartos de ello—. Blanca no se asombra de recibir el 20 de septiembre al que se convierte cada vez más en el hombre fuerte del reino —Simón de Montfort, cuñado de Enrique—, que viene a verla a Lorris para proponerle renovar la tregua hasta el 27 de diciembre siguiente. De plazo en plazo es preciso mantenerse así hasta el regreso de Luis. Los barones ingleses que han tomado la cruz han visto que su soberano les prohibía su partida con el rey de Francia; ¿van a postergar aún por mucho tiempo su voto para permitirle a su soberano liquidar sus viejas diferencias? ¿No exige la preocupación por Tierra Santa que estas sean olvidadas por algún tiempo, tal como pide el papa?

Es cierto que el propio papa no tiene ninguna prisa por predicar con el ejemplo, y hay en ello para los cruzados un peligro mayor si se piensa en el apoyo que podrían esperar de la potencia imperial. Blanca se mantiene regularmente al corriente del avance del ejército. Sabe que a su llegada a Lyon, por el valle del Saona, Luis se ha encontrado con el papa, pero que no ha podido arrancar a su obstinación el levantamiento, siquiera provisional, de la excomunión lanzada contra Federico. Ha recibido poco después una misiva de Inocencio IV exhortándole a cobrar ánimos y confirmándole su propósito de velar para que la seguridad del reino de Francia no se vea comprometida en ausencia del rey. Este ha podido sin demasiadas dificultades descender ese valle del Ródano marcado por los crueles recuerdos del sitio de Aviñón; ha hecho a petición de los habitantes una labor de justiciero a su paso, ordenando destruir el castillo de la Roche-de-Glun, propiedad de un cabecilla de una partida de bandoleros, Roger de Clérieu, que asalta a los viajeros y les impone unos peajes prohibitivos. Al acercarse a Aviñón, algunos barones cruzados le aconsejan vengar las ofensas inferidas antaño a su padre; el rey les manda callar: «No es para vengar las ofensas hechas a mi padre, a mi madre o a mí mismo, por lo que he tomado la cruz; es para vengar a Dios Nuestro Señor por lo que he abandonado Francia». Aquí y allá tienen lugar algunas escaramuzas, algunos altercados, tanto en Aviñón como más tarde en Marsella, donde se acusa a los armadores de aprovecharse de la situación para hacer fortuna a expensas de los peregrinos. Poca cosa, en resumidas cuentas, y nada que el rey no apaciguara.

En Aigues-Mortes ha salido a su encuentro Raimundo de Tolosa. Este se ha excusado de no poder partir todavía hacia Tierra Santa, pero cuenta con poder hacerlo sin falta al año siguiente. La ciudad nueva comienza a llenarse de toda una población abigarrada: provenzales, gentes de la costa y del

interior, pero también gentes del Languedoc, incluso genoveses y catalanes. Y la Torre de Constance se alza, blanca y recta bajo el sol. Desde ella los atalayeros saludaron el 25 de agosto, en medio de una multitud de resplandecientes velas, a la nave real, la *Montjoie*, danzando sobre el mar hasta que, lejos del país natal, se la llevara el viento.

Aquellos que se han confiado así al oleaje no han temido abandonar sus bienes temporales, ya se trate del rey o de los altos barones que le rodean. ¡Qué contraste entre su conducta y la de un papa que no permite ni paz ni tregua al emperador y que alardea impúdicamente de su apego a los bienes temporales! El año anterior Luis tuvo que protestar en persona contra las exigencias fiscales del pontífice y el reparto de beneficios eclesiásticos hecho por razones poco evangélicas: ¿acaso no se acusa al papa de repartir los cargos de la Iglesia entre sus sobrinos o entre aquellos que le han prestado algún servicio? Lo ha dicho con vehemencia: «La Iglesia romana, que no ha guardado el recuerdo de su sencillez primitiva, se ve ahogada por sus riquezas que han producido en su seno la avaricia con todas sus consecuencias […], el rey no puede tolerar que se despoje así a las iglesias de su reino […], las cosas han llegado a tal extremo que los obispos no pueden ya proveer a sus clérigos y letrados, ni tampoco a las personas honorables de sus diócesis»[156].

Y sin embargo, este mismo Inocencio IV, al que tantos reproches podrían hacérsele, tiene una vista de lince; lo demostró al lanzar al comienzo del Concilio un grito de alarma ante la amenaza mongol; lo demostró al tomar esa iniciativa osada de enviar unos frailes predicadores y mínimos en embajada hacia esos mismos tártaros que podría creerse salidos de los siglos de barbarie; acaba de dar prueba también de su espíritu de tolerancia y de equidad dirigiendo a todos los obispos de Francia y de Alemania una bula en la que les ordena ser benevolentes con los judíos.

Un penoso suceso tuvo lugar, en efecto, el año antes en Valréas, en tierras del Imperio, en ese marquesado de Provenza[157] correspondiente por derecho al conde de Tolosa. Una niña de dos años, Meilla, desapareció el martes de Semana Santa, el 26 de marzo de 1247. Algunos días más tarde se descubría su cadáver en los fosos de la villa. Bastó con que el asesinato tuviera lugar durante la Semana Santa para que se acusara de él a los judíos de Valréas: ¿acaso no se dice que tienen costumbre de inmolar así a un niño en sacrificio ritual en el momento de su Pascua? La investigación condujo a la detención de tres judíos que confesaron el crimen al cabo de siete días: pero mientras tanto habían sido torturados; otros seis fueron interrogados, y solo uno de

ellos lo negó hasta el final pese a sufrir tormento. La conmovida población expulsó a la comunidad judía y varios de sus miembros fueron asesinados.

Informado del hecho, el papa Inocencio IV se indignó. Dos bulas sucesivas dirigidas al arzobispo de Viena ordenaron dejar en libertad a los prisioneros e indemnizar a la comunidad judía: «[Es preciso] condenar la crueldad de estos cristianos que, llenos de codicia por los bienes de los judíos, sedientos de su sangre, los despojan, los mutilan, les dan muerte sin someterlos a juicio; desconocen así la misericordia de la religión católica que les permite vivir a su lado y ordena tolerarlos en el ejercicio de su culto»[158]. Otra bula vino poco tiempo después, el 7 de julio de 1247, a recomendar a todos los obispos tanto de Francia como de Alemania esta misma tolerancia.

Blanca fue ciertamente sensible a este llamamiento que le traía a la memoria un recuerdo personal. No hacía mucho tiempo, en efecto —siete años exactamente—, se vio abocada a tomar bajo su protección a los judíos de París, cosa que hizo con la mayor firmeza. Fue con ocasión de ese famoso coloquio entablado a propósito del Talmud a iniciativa de un judío converso de La Rochelle, Nicolás Donin.

Este, en el tiempo que pertenecía a la comunidad judía, ponía en duda la validez del Talmud. Había sido excomulgado por los suyos, en 1225, mucho antes de su conversión, que tuvo lugar once años más tarde. Sentía un gran interés por la cuestión del Talmud; en 123 8 había ido a Roma, obteniendo del papa Gregorio IX una encíclica para que el Talmud fuera confiscado. Fue entonces cuando nació la idea de un debate público sobre el Talmud. La misma Blanca había tomado la iniciativa y había fijado la fecha del 25 de Junio de 1240 para su discusión, de acuerdo con el maestro de la escuela talmúdica de París, un rabino llamado Yehiel. A decir verdad, en esta época, los coloquios entre judíos y cristianos reunidos para discutir acerca de las Santas Escrituras eran todavía frecuentes, tal como lo habían sido siempre en el pasado. Sin embargo, tendían a espaciarse; el obispo de París, en el año 1200, juzgando que los laicos no siempre eran capaces de tomar como era debido la defensa de su fe, les había prohibido discutir con los judíos, y el papa había ratificado posteriormente dicha prohibición; hacia finales de siglo el diálogo entre judíos y cristianos iba a cesar por completo.

Blanca, muy interesada también por todas las cuestiones concernientes a la fe y a las Escrituras, y originaria de un país en el que los judíos, muy cuantíos, disfrutaban de una completa libertad, había atrapado al vuelo esta oportunidad de asistir a una bonita «disputa» en la que se enfrentarían los mejores especialistas en controversia. Presidió personalmente los debates.

Cuatro rabinos fueron delegados por la comunidad judía: el rabino Yehiel, otro llamado Moisés de Coucy, el rabino Judá, hijo de David de Melun, y el rabino Samuel, hijo de Salomón; cada uno de ellos trajo un ejemplar de la controvertida obra —ese Talmud que cien años antes el abad de Cluny, Pedro el Venerable, había hecho traducir al francés, siendo entonces el ambiente general mucho más abierto de lo que se había vuelto después.

El rabino Yehiel dudaba si entablar o no el debate que tenía lugar dentro del propio recinto del palacio real: «Tú no podrás defendernos contra la furia del pueblo», le había dicho a uno de los consejeros reales; Blanca, indignada, había respondido en su lugar: «No me hables así, pues mi intención no es otra que protegeros, a vosotros y a todos los vuestros; si alguien se atreve a molestaros, ello se considerará un delito y un delito capital además. Por otra parte —había añadido—, conocemos la inmunidad que os ha sido concedida por los propios decretos de los pontífices».

Había intervenido en varías ocasiones en la continuación de la disputa. Nicolás Donin quería obligar a sus antiguos correligionarios a jurar y estos se negaban a hacerlo: el juramento estaba prohibido por su Ley. El rabino Yehiel se había vuelto entonces hacia la reina: «Os lo ruego, señora, pues en toda mi vida he jurado jamás; no voy a empezar a hacerlo ahora». Y Blanca se había interpuesto: «Ya que tanto le cuesta hacer un juramento y nunca ha jurado, dejadle». Se llegó al punto de que el diálogo se desarrolló entre ella y los rabinos en varias ocasiones, y no sin vehemencia, cuando la equidad así lo exigía, ella defendió su causa. Los detalles de esta entrevista seguían vivos para ella; así, se hablaba en el texto del Talmud de un judío llamado Jesus, pero los rabinos protestaban que no se trataba del Jesús de los Evangelios —lo que a toda costa sus adversarios querían hacerles decir—. Blanca, harta, terminó por intervenir: «¿Por qué esta obstinación en haceros odiosos? Él dice —había continuado, señalando al rabino Yehiel— que sus antepasados no se manifestaron en dicha ocasión contra Aquel que honráis y que no es de Él de quien se trataba; ¿vais a intentar sonsacarle algo que os horrorizaría? ¿No os da vergüenza?». Yehiel, encorajinado por esta diatriba, hizo notar que, por más que hubiera muchos Luises en Francia en los actuales tiempos, no todos los Luises eran el rey de Francia. Al final, Blanca le hizo la pregunta con toda claridad: «Quiero que me digas la verdad sobre la fe de tu religión: ¿hay otro Jesús aparte de aquel que nosotros, los cristianos, adoramos?». «No es del vuestro de quien estaba en el ánimo de nuestros antepasados hablar […], no es de él de quien se dijeron tales palabras». Y Blanca declaró zanjada la discusión sobre este punto[159].

Pero no por ello el debate había terminado. Durante dos años, unos prelados —entre los que se encontraban Gualterio Cornut, el arzobispo de Sens, Guillermo de Auvernia, el obispo de París y Eudes de Châteauroux, el canciller de la universidad, entre otros— prosiguieron el examen y emitieron por fin su veredicto. El Talmud era condenado. Veinticuatro carretas transportaron los ejemplares existentes en París para que fueran quemados en la plaza de Gréve. Un rabino de paso por París, rabí Meir, de Rothenburg, compuso para la ocasión una elegía que los judíos recitan el día del aniversario de la destrucción del Templo. Al menos los judíos, incluidos los talmudistas, seguían disfrutando de la protección de la reina. El rabino Yehiel había de abrir a continuación una escuela en Palestina y morir en San Juan de Acre en la muy lejana fecha de 1286. Lo que escapaba al poder de Blanca era esa radicalización de la opinión general respecto a los judíos. Se les acusaba de seguir practicando la usura a pesar de la ordenanza de 1230. Lo cierto era, sin embargo, que los burgueses cristianos, los de Cahors en particular, haciendo de ello una verdadera especialidad, al igual que los lombardos, no tenían nada que envidiarles en su aptitud de exigir intereses económicos; ¿acaso deseaban sobre todo desembarazarse de unos competidores en este terreno, esos burgueses de La Rochelle, Poitiers, Saint-Jean-d'Angély, Niort, Saintes y Saint-Maixent que, en 1249, la víspera de su partida para la Cruzada, enviaban una delegación a Alfonso de Poitiers para rogarle que expulsara a los judíos de sus ciudades? El conde, por otra parte, no dio curso a su petición.

«A su excelente y queridísima madre Blanca, por la gracia de Dios ilustre reina de Francia, Roberto, conde de Artois, su hijo afectísimo, salve […]. Sabemos cuánto os alegraréis de nuestra ventura y prosperidad y de la de los nuestros, y de todos los éxitos que ha tenido el pueblo cristiano, cuando tengáis noticia cierta de ellos. Sepa, pues, Vuestra Excelencia, que nuestro muy querido hermano el rey, y la reina, y su hermana, y nosotros por la gracia de Dios, disfrutamos de una buena salud física, lo que atribuimos a vuestros fervientes deseos. Nuestro queridísimo hermano el conde de Anjou se resiente aún de su cuartana, pero más levemente de lo que es costumbre. Y sepa Vuestra Dilección que nuestro queridísimo hermano y señor, los barones y peregrinos que han pasado el invierno en Chipre, el día de la Ascensión por la noche, embarcaron en sus naves, en el puerto de Limassol, para dirigirse contra los enemigos de la fe cristiana».

Así comenzaba la carta por medio de la cual Roberto de Artois refería a su madre los brillantes comienzos de la expedición y el éxito de los cruzados frente a Damieta. Esta carta estaba llena de detalles susceptibles de alegrar el corazón de la reina: la inmensa multitud de jinetes y de soldados de infantería turcos amontonados en la orilla a la llegada de la flota cruzada; la orden de combate dada por el consejo real; de cómo los combatientes habían tenido que dejar las grandes naves que no podían atracar en aquella orilla arenosa, para desembarcar con unos pequeños bajeles; de cómo el legado pontificio iba en el mismo navío que el rey; de cómo el ejército entero de los cristianos, abandonando las naves, habían saltado todos a una al mar hasta alcanzar tierra firme, armados hasta los dientes; y de cómo los turcos que defendían su orilla habían tenido que retroceder ante el ardor y la embestida de los cristianos, para terminar parapetándose en la ciudad. «Esta ciudad, defendida a la vez por el río, por unas murallas y unas poderosas torres, Dios Todopoderoso hizo que nos fuera entregada, sin ningún esfuerzo humano, al día siguiente de la octava de la Trinidad, hacia la hora de tercia, tras haber huido los sarracenos infieles, que la abandonaron por propia iniciativa. Lo cual fue como un regalo del Cielo y fruto de la generosidad de Nuestro Señor Todopoderoso. Y sabed que los sarracenos han dejado esta ciudad llena de víveres y de carnes en gran abundancia, y también de máquinas de guerra y de toda suerte de bienes». Terminaba exponiendo sucintamente los planes reales: el ejército esperaría a que el caudal del río decreciera, ya que inundaba en aquel momento una buena parte de las tierras, para no poner en peligro al pueblo cristiano. Y añadía: «Sabed que la condesa de Anjou, en Chipre, ha dado a luz un hijo muy hermoso y bien formado, al que ha dejado allí en manos de una nodriza[160]». La carta estaba fechada la víspera de San Juan, el 23 de junio de 1249. La hazaña que refería, la rendición de Damieta, había tenido lugar el 6 de junio anterior.

Apenas acababan de enterarse en la corte de Francia de este inicio glorioso de la expedición cuando Alfonso de Poitiers ponía vela a su vez desde Aigues-Mortes, un año exacto después que su hermano el rey, en una nave genovesa alquilada para él, para su mujer Juana de Tolosa y para la condesa de Artois; la leva general de los cruzados le acompañaba. Blanca le había proporcionado personalmente cuatro mil cuatrocientas libras parisienses en espera de las seis mil libras que el clero le adeudaba. Para el revituallamiento de las tropas se había decidido a apelar al emperador, que no había tardado en responderle en términos de una irreprochable cortesía: la reina conocía bien sus sentimientos; se habría sentido muy contento de tomar

parte también él en la expedición, pero el papa, al excomulgarle, había privado al ejército de una ayuda que él ardía en deseos de prestarle; asimismo habría deseado vivamente proveerle de víveres, pero los precios habían aumentado en Sicilia desde hacía dos años en una proporción increíble; no obstante, como no quería ni podía permanecer sordo a las súplicas de Blanca, se había apresurado a hacer retirar de sus propios graneros mil cargas de trigo y otras tantas de cebada que expedía al conde de Poitiers junto con cincuenta buenos corceles. Y, por supuesto, daba liberalmente al conde permiso de comprar todo aquello que precisara en Sicilia y en otras partes, tanto para él como para mis gentes.

Poco tiempo antes de su partida, Alfonso y Juana habían visto llegar a Aigues-Mortes a Raimundo de Tolosa. ¿Se uniría por fin a ellos? Todavía no, pero su embarque, afirmaba, estaba esta vez muy próximo. El conde Raimundo había tomado la cruz con ocasión de la ceremonia de su absolución en Notre-Dame y desde aquella lejana fecha —hacía de ello exactamente veinte años— representaba la comedia del cruzado-descruzado, mucho más hábilmente aún de lo que lo había hecho su aliado Federico II, ya que cada vez que se veía amenazado de excomunión lograba escapar de ella por los pelos. A decir verdad, no lo hubiera conseguido sin la ayuda de Blanca, quien, cada vez también, intervenía cerca del papa en su favor. Unos doce años antes, en 1236, el papa había dado orden a Raimundo de cumplir su voto en el plazo de un año; a petición de Blanca y de Luis, se le había concedido un plazo suplementario. Ahora bien, Raimundo VII había aprovechado la circunstancia para atacar a Ramón Berenguer de Provenza. Perdiendo la paciencia, Gregorio IX le había intimado a partir sin más demora; no obstante, y siempre a instancias de Blanca y de Luis, le autorizaba a no permanecer en Tierra Santa más que tres años en vez de los cinco a que se había comprometido. En esto, se había urdido la conjura a la que la brillante victoria de Taillebourg había puesto fin. Tras lo cual había tenido lugar el espectacular perdón concedido a Raimundo, siempre a instancias de Blanca, a la que se terminaba por acusar de parcialidad con su primo. Finalmente, el conde Raimundo VII había conseguido que su ex enemigo Ramón Berenguer le prometiera la mano de su hija Beatriz; había recogido así la herencia provenzal que en vano había tratado de conquistar por medio de las armas. Pero Blanca estaba atenta; su afecto por el conde de Tolosa no llegaba hasta el punto de permitirle implantarse allende el Ródano: debía conformarse con haber recuperado, una vez más gracias a ella, el marquesado de Provenza (el que había de recibir el nombre de Comtat-Venaissin); firmemente decidida a

lograr su propósito había intervenido, como hemos visto, una vez más cerca del papa y las tres hermanas de Beatriz habían unido sus ruegos para disuadir a esta de que se casara con Raimundo.

Despojado del condado de Provenza, Raimundo había emprendido la peregrinación a Santiago de Compostela y se contaba que en España se había prendado de una «dama extranjera», pero que esta había rehusado tomarle por marido.

¿Y en cuanto a su voto de Cruzada?… La marcha del rey de Francia hubiera sido una buena ocasión para cumplirlo. Así razonaba también el papa cuando, en 1247, le prometía a Raimundo VII una suma de dos mil marcos, que le serían pagados en Tierra Santa, especificaba prudentemente.

Raimundo VII renueva su promesa de partir: esta vez parece sincera; le llegan ánimos de todas partes; el rey Luis no duda en prometerle veinte mil libras parisienses; el papa escribe en su favor al patriarca de Jerusalén, a los frailes de la Orden del Temple; concede el perdón a todos los herejes de sus dominios condenados a «*mur étroit*» (a la prisión) si aceptan abrazar la cruz. Todos se felicitan de ver a Raimundo con tan buena disposición. Fue el momento que eligió, el 26 de abril de 1249, para mandar a la hoguera en Berlaigues, cerca de Agen, a ochenta herejes: se ha observado que eran más de los que hizo quemar el inquisidor Bernardo Guy en toda su larga carrera.

Pero sigue sin partir hacia Tierra Santa.

Y tal vez esta vez tiene una excusa válida, puesto que no había pasado siquiera un mes desde que se despidiera de su hija y de su yerno cuando murió en Míllau, el 27 de septiembre de 1249.

El testamento que Raimundo redactó cuatro días antes de su muerte arroja, por otra parte, una luz conmovedora. En él se intitula, tal como lo hacía gustosamente durante todos los últimos años de su vida, «conde de Tolosa, marqués de Provenza, hijo de la difunta reina Juana»; parece que el recuerdo de esta madre, a la que no había conocido, Juana de Fontevrault, influyó en él en sus últimos tiempos. «Elegimos como lugar de enterramiento —escribe— el monasterio de Fontevrault donde reposan el rey Enrique de Inglaterra, nuestro abuelo, el rey Ricardo, nuestro tío, y la reina Juana, nuestra madre; deseamos reposar a los pies de esta, nuestra madre»; y dejaba al monasterio de Fontevrault una considerable suma, cinco mil marcos de esterlinas, así como todos sus vasos de oro y de plata, sus sortijas y sus piedras preciosas. Donaba además a los cistercienses todas las reses que poseía. Entre las donaciones que hacía en su testamento vemos que figuran cien libras legadas a las monjas de Prouille, el primer monasterio fundado por

Fray Domingo. Y como era evidente que su voto de Cruzada atormentaba su conciencia añade, el 25 de septiembre, un codicilo con el fin expreso de quedar libre de él: declara que tiene voluntad de cumplir en persona su voto de ultramar, voto por el que había tomado en otro tiempo la cruz, en el caso de restablecerse de su enfermedad; si él no puede cumplir esa peregrinación, encarga a su heredera Juana que envíe cincuenta soldados perfectamente armados y equipados que permanecerán un año entero en Tierra Santa a su cargo[161].

Para Blanca, la muerte de Raimundo VII, tan poco tiempo después de la partida del conde de Poitiers que ha de recoger su herencia, constituye una dificultad inesperada. Se trata de tomar posesión en nombre de su hijo de un dominio largamente disputado —y ello sin pérdida de tiempo—. Alfonso, igual que Luis, cuenta con ella. «Cuando vine a ver a la señora —escribe al conde de Poitiers Felipe, su canciller, poco después de su partida—, le referí que os habíais quedado en el puerto, el día y la hora de vuestro embarque, los grandes gastos que habíais tenido que hacer; le rogué de vuestra parte que pusiera orden en vuestros asuntos como madre vuestra que es, pues tenéis puesta en ella toda vuestra confianza, toda vuestra previsión. Ella me respondió que así lo haría de buen grado»[162].

El primero de diciembre siguiente se desarrollaba en Tolosa, en Château-Narbonnais, la ceremonia de prestación de juramentos. Blanca, al no poder desplazarse en persona, había delegado a los señores de Chevreuse, Guy y Hervé, dos hermanos, y al propio Felipe, tesorero de la abadía de San Hilario de Poitiers y hombre de confianza de Alfonso, para recoger la profesión de fe y el homenaje de los barones del Languedoc. Tras la lectura de las cartas acreditativas, los tres delegados ven avanzar, en primer lugar, a Bernardo, conde de Comminges: «Yo, Bernardo, conde de Comminges, seré fiel al señor Alfonso, conde de Tolosa y de Poitiers, marqués de Provenza, y a su esposa doña Juana, hija del difunto señor Raimundo, y con todas mis fuerzas, de buena fe, salvaguardaré su vida y sus miembros, su señorío y sus derechos, y a aquellos que tengan tierras en su nombre, salvo el derecho del señor rey de Francia y de sus herederos, de acuerdo con la paz firmada en París entre el señor rey de Francia y el señor Raimundo, conde de Tolosa. Guárdeme Dios y estos santos Evangelios que toco con mi propia mano».

Acto seguido cada uno de los barones pronuncia el mismo juramento. Tras ellos, son los burgueses quienes juran, con la restricción que salvaguarda sus franquicias: «[…] digo, manifiesto y entiendo que por este juramento no sufriremos ninguna pérdida, ni yo ni el resto de los ciudadanos y burgueses de

Tolosa, en cuanto a nuestras costumbres y libertades». Por último, el baile real instituido por «doña Blanca, ilustre reina de los franceses», presta a su vez juramento de mantener las costumbres y libertades de los burgueses.

La ceremonia iba a repetirse el 12 de diciembre en el claustro de Moissac, luego en las principales villas del condado, Millau, Peirusse, etcétera. En Agen, sin embargo, los oficiales enviados por la reina reciben una negativa: reunidos en la Iglesia de San Esteban, los cónsules protestan alegando que el juramento va en contra de la paz antaño firmada en París, en contra del testamento del conde y en contra de los derechos de Juana de Tolosa. Y los delegados de la reina toman nota sin más de esta protesta. ¿Era la señal de nuevos desórdenes en el Sur?

En el mes de febrero siguiente se envió una carta «a su excelentísima doña Blanca, reina de Francia por la gracia de Dios», por parte de los cónsules y de la universidad de las ciudades de Agen y de Condom: habían reflexionado y encontrado una fórmula mediante la cual podían prestar juramento. Tras esto deseaban larga vida a la reina y al rey, así como a sus hermanos un pronto retorno sanos y salvos**[163]**.

Era el final de un drama cuyos comienzos Blanca había visto en su primera juventud. Al desencadenarse la guerra en el Albigeois ella tenía veinte años. ¿Quién hubiera podido creer que un hijo de Francia se convertiría un día en el soberano directo de estas tierras situadas en el otro extremo del reino?

Blanca, en posesión de estas cartas que acreditaban la fidelidad de los meridionales, debía de sentir un inmenso alivio.

No sospechaba que en aquellos mismos momentos, en las riberas del Nilo, en Egipto, se desarrollaban unos acontecimientos que iban a desgarrarle el corazón y a sumir en la pesadumbre a la cristiandad entera.

Primero fueron simples habladurías, relatos que provocaron encogimientos de hombros. Mateo Parisiense, condescendiente como siempre, llega a afirmar que los primeros que los propagaron fueron lisa y llanamente colgados. Sus palabras eran sacrílegas y sus afirmaciones derrotistas, tendentes a desalentar a quienes que se disponían a unirse a los cruzados. Sea como fuere, las cartas que no tardaron en llegar de Oriente confirmaron muy pronto las peores noticias. El espléndido ejército de Cristo había sido aniquilado, los vencedores de Damieta yacían muertos a riberas del Nilo o, lo que no era mucho mejor, se hallaban cautivos en las prisiones sarracenas en espera de la

muerte de un momento a otro. «Toda Francia se sumió en el dolor y la confusión; tanto los clérigos como los caballeros se abandonaron al llanto, negándose a recibir ningún consuelo». Lina especie de duelo público se extendía por el país: se habían acabado las danzas, los poemas, los aderezos, todos participaban de las desgracias, «toda alegría se había trocado en dolor[164]».

Blanca, pese a su entereza, se sintió durante algún tiempo aniquilada, rota: su hijo Roberto muerto en Mansura, sus otros hijos prisioneros del sultán, las fuerzas cristianas dispersadas, humilladas, y en el reino tantas familias sumidas en el llanto… A medida que llegaban detalles, el horror de las pruebas por las que habían pasado los cruzados resultaba más completo, más negro: Luis afectado por la epidemia que minaba las fuerzas del ejército, enfermo hasta el punto de que su cocinero Isambart tenía que llevarle a cuestas y se había visto obligado, al fundirse sus entrañas como si fueran de cera, a cortarle el fondo de los calzones; habían tenido que albergarle, durante la retirada, juzgando su estado desesperado, en una casa en la que de vez en cuando uno de los barones, Gaucher de Châtillon, expulsaba a los sarracenos «como si fueran moscas», mientras que una burguesa de París, una de esas mujeres cruzadas como había tantas, sostenía la cabeza del rey, pensando a cada momento que expiraría el último suspiro. Y luego estaba la capitulación, el humillante espectáculo del rey encadenado, vigilado de cerca por el eunuco Sabih, a sueldo del sultán.

Asimismo mencionaban mil rasgos heroicos: el rey negándose a ser evacuado con el resto de enfermos en las naves que les transportaban hacia Damieta; su hermano Carlos, queriendo incitarle a preservarse un poco, le había hecho notar que, enfermo como estaba, entorpecería la marcha de la retaguardia, a lo que él le respondió: «Conde de Anjou, desembarazaos de mí si soy una carga para vos; yo no me desembarazaré nunca de mi pueblo». Se había quedado, pues, en el ejército, expuesto, entre otros peligros, a los de las saetas sarracenas.

Y algunos contaban también que el sultán de Egipto había sido informado por anticipado del movimiento de los ejércitos del rey por un emisario del emperador disfrazado de mercader. Los gibelinos de Florencia habían celebrado la capitulación con fiestas y fuegos de artificio…

Se supo finalmente que el 8 de mayo, festividad de San Miguel, el rey, liberado al igual que sus hermanos y principales barones, había podido reagrupar a sus fuerzas y decidir acerca de la estrategia que convenía seguir.

Blanca se había rehecho. Se perfilaba un refuerzo para ir en ayuda de los cruzados; el rey de Inglaterra había tomado también la cruz el 6 de marzo y parecía querer cumplir su voto. A instancias de la reina el papa le escribía: «No se trata ya de ayudas aisladas, sino que lo que se requiere en Tierra Santa es un auxilio general», y le apremiaba a fijar su partida para el mes de agosto siguiente.

Algunos días más tarde, Enrique III, de forma espontánea, proponía prolongar dieciséis años más la tregua anteriormente firmada con el rey de Francia. Blanca, hasta entonces, en todos los mensajes que le enviaba al rey insistía en los peligros a los que siempre podía exponer la conducta de Enrique III; fue un alivio para ella al menos verse tranquilizada por este lado. Por otra parte, esperaba que el rey, tras el desastre que había destrozado literalmente al ejército de los cruzados, aceptara sus consejos y regresara a Francia. Su decepción fue inmensa cuando supo que él quería permanecer en Tierra Santa para poder liberar a las pobres gentes retenidas en las prisiones egipcias y reconstruir las fortalezas de Siria y de Palestina. Al menos mandaba de vuelta a Occidente a sus dos hermanos, Alfonso y Carlos, que intentarían hacerle llegar ayuda. Iban a embarcarse en el mes de agosto, así como también sus esposas, para regresar a Francia.

Blanca no era la única en sentirse emocionada: en todo el país, tras una oleada de duelo y de consternación, los habitantes se hallaban agitados. Se discutía acerca de los acontecimientos; cada vez los que traían noticias veían apiñarse en torno a ellos a la gente de las poblaciones; tras lo cual, en las ciudades, plazas, porches de las iglesias y ferias, los comentarios se animaban, a menudo con vehemencia. ¿Qué significaba semejante desastre? El rey más santo de la cristiandad toma las armas, ¡y es precisamente a él a quien se le inflige la peor de las derrotas que hayan tenido que sufrir los cruzados en ultramar! ¿Dónde está la Providencia?

¿Dónde la ayuda de Cristo? A los clérigos que les reprochan que blasfemen, los burgueses les responden con injurias: ¿acaso no es su predicación la que ha originado semejante carnicería de buenas gentes? ¡Siempre dispuestos a predicar, pero nunca a aflojar su bolsa; saben perfectamente que a la reina Blanca le ha costado recoger los diezmos adeudados por el clero para ir en ayuda del rey! ¿Y qué hace, pues, el papa? ¿A qué espera para excomulgar al rey de Inglaterra que no parte? ¿Y para reconciliarse con el emperador que tal vez partiría para ultramar? Tales cosas, y otras muchas por el estilo, se dicen primero en voz alta, luego en un tono acerbo, violento.

Desasosiego, agitación, pequeñas trifulcas que estallan aquí y allá, entre clérigos y burgueses sobre todo, lo cual crea en el reino una tensión creciente. Sobre todo los jóvenes están impacientes por actuar. ¿Por qué no se alistan como antaño a la voz de Pedro el Ermitaño? ¿A qué esperan, estos clérigos, estos barones, para ir volando también ellos en ayuda del rey? ¡Si se partiera en masa, el sultán de Egipto se vería obligado a ceder por la fuerza, a liberar a sus prisioneros, y el nuevo ejército de Cristo conseguiría liberar Jerusalén! Basta ya de vacilaciones, basta ya de demoras: ¡hacia Tierra Santa!, ¡hacia Jerusalén!

Y se forman partidas un poco por todas partes en los campos, en las ciudades; jóvenes pastores abandonan sus rebaños, los aprendices la fragua, el molino, el buril. Muchachos y muchachas se ponen en camino, en grupos exaltados en los que se entonan himnos. Vestidos con oropeles, los cabellos al viento, confeccionan banderas, piden pan, duermen de noche en las granjas y arman un gran alboroto por allí por donde pasan: «¿Quiénes son estos niños? ¿Qué quieren?», se preguntan las buenas gentes, viendo circular a estos grupos desmelenados. Se les responde, sacudiendo la cabeza: ¡son unos pastorcillos! Pero los padres que les ven acercarse se ven obligados a vigilar a sus propios hijos e hijas de cerca: cuántos advertirán al amanecer que estos han desertado de la casa paterna para unirse a los pastorcillos…

Ya en toda la Francia del Norte el movimiento ha adquirido la amplitud de un maremoto. Los pastorcillos se cuentan por cientos, luego por miles. Y estos jóvenes han en contrado a su caudillo, a su particular Pedro el Ermitaño.

Es un extraño personaje, una especie de asceta pálido y flaco, con la mirada de un iluminado: un anciano, por lo demás, de unos sesenta años, luenga barba blanca, trazas de mago y de inspirado. Afirma que se le ha aparecido la Virgen María para mandarle que predique la Cruzada a los pastorcillos; ella le hizo incluso entrega de una carta que guarda celosamente en su mano izquierda, siempre cerrada. Por otra parte, es persona muy instruida, habla varias lenguas y con una elocuencia que se diría irresistible. Le llaman el Maestro de Hungría.

A una voz suya los jóvenes se organizan; los agrupa en cuadrillas a las que designa un jefe y que forman bajo su bandera: un cordero portando el estandarte con la cruz. Los pastorcillos que vienen de todas partes, sobre todo de Picardía donde el Maestro predicara, pero también de Flandes, de Brabante, de Hainaut, de Lorena, de Borgoña, sienten ahora que tienen una misión. La primera ciudad —Amiens— que atravesará esta cohorte heterogénea provista de armas improvisadas, hachas, machetes, viejas

espadas, hoces mal enmangadas, incluso simples garrotes, le dispensa una buena acogida. Se proporciona a los pastorcillos vino y carne, y los burgueses se apiñan en torno al Maestro de Hungría: se trata de un nuevo profeta, de un nuevo hermano Francisco sin duda. Los seguidores de este, al igual que los de santo Domingo, han degenerado; ¡he aquí a aquel que va a llevar a las multitudes a la vida evangélica! ¡Sin hablar del clero que está cargado de riquezas!

A hora, cuando un fraile mendicante se pone a pedir, la multitud le abuchea.

Y la masa de los pastorcillos no hace sino crecer sin cesar. A decir verdad, se unen a ella un buen número de muchachos descarriados y de muchachas de mala vida, felices de poder aprovechar esta oportunidad de oro, de pasar inadvertidos entre sus filas y, eventualmente, de vivir a costa de los ingenuos burgueses. Y también se murmura que estos nuevos cruzados distan mucho de llevar una vida irreprochable: el Maestro de Hungría los casa como ellos quieren; las parejas se hacen y deshacen a su antojo y en esta multitud vagabunda son incontables las muchachas embarazadas.

Ahora bien, los pastorcillos se dirigen hacia París.

En el círculo de la reina todos la presionan para que tome medidas a fin de dispersarlos. Ya es hora de detener semejantes desórdenes, de poner fin al vagabundeo de los jóvenes y de devolver los hijos a sus padres, los aprendices a sus maestros. Es una verdadera subversión lo que se está produciendo.

Blanca duda. En el fondo de sí misma siente por estos jóvenes una simpatía que no trata de disimular. ¿Qué se puede tener en contra de ellos cuando manifiestan una generosidad de la que son incapaces tantos clérigos? Por otra parte, estos pastorcillos despiertan en ella un recuerdo de juventud que nunca ha dejado de evocar sin emoción.

Apenas si contaba a la sazón más de veinte años —era durante el invierno de 1211-1212—; también se habían alzado unos jóvenes con la intención de cruzar el mar y hacer lo que a todas luces reyes y poderosos eran incapaces de lograr: recuperar el Santo Sepulcro de Cristo. Recordaba que el movimiento se había iniciado en los alrededores de Lieja; luego había sido un joven pastor, Esteban de Cloyes, cerca de Vendôme, quien también había tenido unas revelaciones; un peregrino con el que había compartido su pan le había pedido que fuera a ver al rey de Francia. Él había intentado hacerlo, por lo que se había dirigido a Saint-Denis y a París, arrastrando tras de sí a una multitud de niños y de adolescentes. Se había unido a él otra tropa que, casi en idénticas condiciones, se agrupaba en torno a un muchacho llamado

Nicolás de Colonia. Toda aquella multitud hacía bolas de nieve mientras se dirigía hacia los puertos del Mediterráneo; y el papa Inocencio III, cuya preocupación prioritaria era recuperar Tierra Santa, había expresado unas palabras de desaliento: «Estos niños no dejan de avergonzarnos, pues mientras nosotros dormimos ellos se apresuran a ir a liberar el Santo Sepulcro».

[…] Ce fut au temps
que croisés furent les enfants
de maints pays malgré leur père,
malgré parents et malgré mère.
Y en eut tant qu'on n'en sut nombre
[…] Par le pays sont répandus,
chacun sa croix bien attachée,
et portaient bannières lacées;
de jour en jour allèrent tant
qu'ils sont aux ports de mer venus[165].

[[…] Hubo un tiempo
en que fueron cruzados los niños
de muchos países en contra del consentimiento de sus padres,
parientes y madres.
Y tal fue su número que es incalculable
[…]. Se diseminaron por el país,
cada uno con su cruz cosida,
y llevando banderas atadas con lazos;
tras largas jornadas de camino
llegaron a los puertos de mar].

Por desgracia, su aventura había acabado mal: unos armadores marselleses, y también algunos italianos, habían aceptado transportarlos a ultramar y los habían entregado sin el menor escrúpulo a los musulmanes que se dedicaban al tráfico de esclavos en los puertos. Algunos habían conseguido escapar y habían contado su infortunada odisea. Decíase que más de setecientos habían quedado como esclavos en manos de los sarracenos[166]. Por supuesto, había que impedir a toda costa que los pastorcillos conocieran a su vez un destino tan siniestro, pero ¿cabía esperar de su Maestro un poco más de eficacia? En cualquier caso, ni hablar de dispersarles sin haberles escuchado, tal como le aconsejaban sus allegados a la reina.

Existía, sin embargo, un peligro: los estudiantes. Blanca no había superado aún la antipatía que sentía hacia los universitarios. ¡Ese Barrio Latino siempre en efervescencia! Reclamaban libertades y estas les habían sido concedidas; los oficiales de justicia no tienen ya siquiera derecho a intervenir en sus pendencias; pero ahora se pelean entre sí. Durante la gran huelga de los años 1229-1231, algunos frailes mendicantes, los del convento de Santiago, habían abierto una escuela y comenzado a enseñar. Los maestros, una vez de vuelta a París, afirmaron que se les usurpaban los privilegios. Multiplicaron sus gestiones para que se prohibiera a los frailes mendicantes toda enseñanza. Los estudiantes, por supuesto, se declararon unos a favor y otros en contra, y las trifulcas no dejaron de multiplicarse. ¿Cómo reaccionarán ahora estos universitarios ante las tropas de jóvenes que se dirigen hacia París? ¿Les dispensarán una buena acogida e irán a engrosar las filas de los pastorcillos? O, como es más probable, ¿entablarán pendencia con ellos con una excusa u otra? Inútil, de todas formas, correr riesgos.

Los pastorcillos —algunos han calculado su número en unos sesenta mil — se desparramaron libremente por París sin verse inquietados; pero cuando algunos de ellos quisieron cruzar el Petit-Pont que llevaba hacia la ribera izquierda, vieron obstaculizado su paso por unas sólidas barricadas y un cordón de gentes de armas que hacían calle para impedirles la entrada. Sin embargo, Blanca, en aquel preciso momento, se encontraba en Maubuisson y concedía una entrevista al Maestro de Hungría. Ese buen hombre despertaba su interés. Le hizo algunas preguntas. Él respondía con una mezcla de aplomo y de fe que la dejaba perpleja. Su intención de llegar a Tierra Santa parecía sincera y, para Blanca, llegar a Tierra Santa significaba ir en ayuda de su hijo.

Dejó marchar al Maestro de Hungría después de haberle colmado de presentes.

Desde entonces este, crecido por este aliento y por un apoyo que consideraba ya ganado hiciera lo que hiciese, revelaría su verdadera personalidad, la de un pobre individuo henchido de arrogancia. Se puso a predicar en la iglesia de San Eustaquio, ataviado de obispo con báculo y mitra, mientras a su alrededor los pastorcillos, a ejemplo suyo, se conducían como en un país conquistado, metiéndose con los clérigos, y sobre todo con los frailes mendicantes, vapuleando a unos, desvalijando a otros, y finalmente no dejaron París sino tras haber cometido toda suerte de tropelías.

Comprendiendo que de ahora en adelante ninguna ciudad era lo bastante importante para albergar y alimentar a toda esta multitud, el Maestro de Hungría dividió a sus tropas en varios cuerpos, los cuales se señalaron un

poco por todas partes por un mismo entusiasmo en entregarse al pillaje y devastar a la buena de Dios todo lo que encontraban a su paso. En Ruán, dieron un asalto en toda regla al palacio episcopal. En Orleáns, donde había una universidad, hubo el inevitable conflicto que Blanca había sabido prever en París; se enzarzaron con los estudiantes. El tono no tardó en encresparse. Llegaron a las manos y hubo muertos y heridos. En Tours, atacaron los conventos de frailes predicadores y de mínimos, y se dedicaron a profanar las iglesias. En Bourges, por último, fueron los bienes de los judíos los que atacaron, invadiendo la sinagoga y haciendo pedazos los libros sagrados.

Esta vez la población estaba ya harta; los funcionarios reales, con la ayuda de las milicias municipales, se pusieron a perseguir y dispersar a los pastorcillos; el Maestro de Hungría cayó muerto a algunas leguas de allí, entre Morthomiers y Villeneuve-sur-Cher. Se les perseguía, dice Mateo Parisiense, «como a perros rabiosos». Algunas cuadrillas, sin embargo, consiguieron llegar hasta el valle del Ródano; otras se habían dirigido hacia Guyena, donde el conde de Leicester, Simón de Montfort, que administraba entonces la provincia en nombre de su cuñado el rey, les dispersó siguiendo sus expeditivos métodos. Algunos habían desembarcado en Inglaterra y se habían empeñado en predicar, pero el rey no tenía ninguna intención de dejar a su juventud unirse a un movimiento que se había revelado malhechor por todas partes, y los guardianes de los puertos recibieron orden de hacerlos reembarcar sin más tardanza. Finalmente, hubo un cierto número de pastorcillos que, aveniéndose a razones, depusieron las cruces que se habían dado a sí mismos, retomaron otras de las manos del clero y llegaron efectivamente a Tierra Santa. Mateo Parisiense afirma que la intención secreta del Maestro de Hungría era repetir en provecho propio la operación que tan rentable había resultado antaño para algunos armadores marselleses y genoveses, y vender a estos jóvenes como esclavos una vez llegados a ultramar[167].

Mas para Blanca una preocupación dominaba por encima de cualquier otra: la de su hijo que permanecía en Tierra Santa y las ayudas que debía hacerle llegar con la máxima urgencia. Pero parecía tener el santo de espaldas: una nave que había hecho equipar costosamente con la ayuda de Alfonso y de Carlos, y que llevaba dinero y refuerzos, se perdió en el mar con todos sus bienes y tripulación. Se cuenta que el rey, al tener noticia de este nuevo desastre, se limitó a citar las palabras de san Pablo: «¿Quién nos privará de la caridad de Cristo?». Los mismos infieles admiraban su ánimo inquebrantable.

Sin embargo, llevar a cabo la tarea que se había propuesto en Siria y Palestina era algo que no dejaba de estar erizado de dificultades: consolidar las posiciones de los cristianos, restaurar fortalezas y murallas, apaciguar sobre todo a los enemistados, aplacar las peleas entre los barones de ultramar y, por último, rescatar a los cautivos. Él y los barones que se habían quedado a su lado carecían de los subsidios necesarios y se veían obligados a recurrir a los prestamistas locales, casi siempre mercaderes italianos que sabían hacerse pagar sus servicios a un alto precio. Desde su campamento de delante de Cesarea, Luis —ocurría esto el 27 de septiembre de 1251— le escribía lo siguiente a su madre: «Hemos enviado a Vuestra Excelencia, en el presente correo, junto con las nuestras otras cartas, las de algunos barones y caballeros que se hallan con nosotros, relativas a préstamos que se les hizo, para que dichas cartas sean remitidas a aquellos a quienes se adeuda el dinero, y que no puedan causarles mal ni daño en caso de que fueran retenidas[168]». Era, así pues, Blanca quien velaba personalmente para que fueran satisfechas las deudas contraídas por los barones en ultramar; estas deudas eran casi siempre liquidadas en las ferias de Champaña, el lugar geométrico donde coincidían en Occidente acreedores y deudores, mercaderes y cambistas, todos ellos más o menos usureros; se llevaba haciendo así desde los comienzos de la Cruzada y nuestros Archivos conservan unas cartas de esta época en las que figuran los más grandes nombres de Francia: es Guillermo, señor de Dampierre, heredero de Flandes, quien ha recibido un préstamo de un mercader de Montpellier, préstamo que será devuelto en las ferias de Lagny; Raúl de Coucy, quien, en el mismo plazo, se compromete a devolver tres mil quinientas libras tornesas a los mercaderes de Siena; Erard de Chassenay, cuyo vencimiento cae en las ferias de Bar; Gaucher de Chátillon —el héroe que había pagado con su vida su lealtad a la persona del rey—, Guiscardo de Beaujeu, etcétera, sin hablar de los préstamos hechos a los Templarios, que, poseyendo encomiendas tanto en Europa como en Tierra Santa, hacían de intermediarios naturales para los prestatarios[169].

El rey, sin embargo, llevaba a cabo obstinadamente la tarea que se había impuesto. Se recibían de forma bastante regular noticias suyas. Se perfilaban algunos acontecimientos favorables para los cristianos, pues habían surgido discordias entre el sultán de Egipto y el de Alepo, entre quienes el débil reino de Palestina se hallaba encajonado como dentro de un estuche cada vez que un acuerdo los reunía bajo un mismo poder, tal como había sucedido en tiempos de Saladino. «Si se nos pudiera hacer llegar alguna ayuda en el día de hoy —escribía Luis, el 11 de agosto de 1251—, podríamos concertar buenas y

útiles treguas con una u otra parte, incluso con ambas». La enemistad entre Egipto y Siria llevaba siempre a uno u otro de los sultanes, en efecto, a tratar de buscar de nuevo la alianza de los cristianos. En Cesarea —proseguía—, el ejército estaba en calma; no había tenido que sufrir ningún ataque ni por parte de los sarracenos ni de los beduinos; el camino estaba ahora ya expedito entre Acre y Cesarea. Había allí a veces algunas incursiones de piratas contra las galeras cristianas y en ocasiones estos piratas eran apresados, lo cual aseguraba por un cierto tiempo la libertad de los mares. Por fin el rey llevaba a cabo metódicamente la reconstrucción de las murallas, una reconstrucción en la que llegaba a arrimar personalmente el hombro. Terminaba su carta diciendo: «Procurad informarnos de todo cuanto se refiere a nuestra queridísima señora y madre; dadnos noticias vuestras, de nuestro amadísimo y fiel Carlos, conde de Anjou y de Provenza, de nuestra muy querida hermana, y contadnos todo lo que se dice en nuestras regiones cuantas veces tengáis ocasión de enviar mensajeros[170]».

En el momento en que Luis escribía esto a su hermano Alfonso, las circunstancias habían evolucionado considerablemente en Occidente. En efecto, el emperador Federico II había muerto el 13 de diciembre de 1250; una onerosa carga había desaparecido ahora ya sobre los destinos del papado. Dejaba, a decir verdad, el Imperio en una situación un tanto enrevesada —las ciudades italianas sobre todo, que no habían dejado de tomar partido alternativamente por uno u otro bando—. Desembarazado de aquel que llamaba «el enemigo de Cristo, la serpiente de Federico», el papa Inocencio IV se dispuso al punto a volver a Roma. El Jueves Santo tuvo lugar una gran ceremonia al aire libre en esta villa de Lyon que había sido su refugio durante seis años: el papa decía adiós a la población; aquel que él designaba para suceder en el Imperio, el rey de los romanos, Guillermo de Holanda, le tendía una mano. Blanca le había escrito para proponerle sus servicios en el momento en que abandonaba las riberas del Ródano, pero Inocencio IV le había respondido enseguida que no expusiera su salud viniendo a Lyon para despedirse de él: no tenía ningún interés en ver a la reina que no habría dejado de pedirle, con su acostumbrada energía, ayuda para los cruzados de Tierra Santa. Era cierto, por otra parte, que Blanca, aquella primavera de 1251, veía declinar su salud, minada como estaba por tantas emociones y por la inquietud que sentía por la suerte de Luis.

Además hubo un estallido de furor en todo el reino al saberse poco después que el papa hacía predicar una Cruzada… ¡contra Conrado IV, el hijo del emperador difunto! Blanca había de recuperar entonces toda su energía y

sus fuerzas para proclamar a quien quisiera oírla que arrebataría las tierras y los bienes de aquellos que tomasen la cruz al llamamiento del papa contra su enemigo personal: «¡Que aquellos que combatan por el papa vivan a costa del papa y que se vayan para no volver jamás!». Esto es al menos lo que asegura Mateo Parisiense.

Por lo demás, la administración del reino hubiera bastado para tener absorbidas todas las energías de la reina; esta continuaba supervisándolo todo, haciendo frente personalmente a las dificultades que se presentaban un poco por todas partes, de modo especial en el Sur, donde ciudades como Aviñón y Arlés habían jurado en otro tiempo fidelidad al emperador Federico, y en Marsella, que se rebelaba contra la tutela de Carlos de Anjou. En el Norte otros disturbios tenían por escenario Flandes, que se disputaban los herederos de la condesa, que ya habían adoptado por árbitro al rey de Francia. Pero sobre todo acababan de surgir nuevas dificultades a la muerte de Juana de Boulogne, la hija de Felipe Hurepel; Blanca había mandado apoderarse enseguida de su condado en nombre del rey, lo cual le había valido las recriminaciones de Alfonso y de Carlos, que pretendían uno y otro tener derechos sobre su sucesión. Un asunto que iba a ser solucionado por la reina con la asistencia de su consejo en un juicio que la muestra una vez más atenta, sabiendo como buena madre de familia salvaguardar los derechos de cada uno de ellos: «Lo que sin disputa pertenece al rey, nosotros lo retenemos para él; lo que claramente corresponde a la condesa Matilde, se lo devolvemos; lo que es dudoso, lo guardamos bajo la salvaguarda de nuestro queridísimo hijo Luis, dando por sentado que conservaremos para nuestros otros hijos, Alfonso y Carlos, quienes han venido a suplicarnos a este respecto, lo que les corresponde en esta sucesión[171]». El rey a su vuelta ya resolverá; se podía confiar en su sentido de la justicia. Hasta ese momento ni hablar de ceder a Alfonso ni a Carlos una pulgada del territorio sobre el que, por derecho, reinaba su hijo mayor. «No hay más que un rey en Francia».

Del bando inglés la situación era más tranquilizadora. Blanca se había empleado a fondo en ello y no había escatimado ningún esfuerzo en hacer reinar el buen entendimiento con aquel que seguía siendo el más peligroso de todos sus vecinos. El año antes, en 1250, el hermano del rey de Inglaterra, Ricardo de Cornualles, de vuelta de Roma, había pasado por el dominio real y Blanca le había recibido con los mayores honores, colmándole de presentes. Ricardo se había dirigido a Pontigny para hacer una visita a la tumba del arzobispo de Canterbury, Edmundo, elevado a los altares algunos años antes; la situación tenía su gracia: ¿no había muerto el arzobispo en el destierro,

expulsado por el rey reinante, tal como lo había sido en otro tiempo Tomás Becket, y tras haber encontrado asilo en el mismo lugar donde este había sido acogido también por el rey de Francia? La misma Blanca, con ocasión de la canonización de Edmundo, había asistido a las magníficas ceremonias que se habían desarrollado en Pontigny. Guardaba del santo varón un profundo recuerdo y se ha conservado la plegaria que en semejante circunstancia dijo públicamente: «Señor, confesor santísimo, que tuviste a bien en otro tiempo bendecirme, a mí que te lo suplicaba, y a mis hijos, cuando fuiste desterrado durante tu vida y viniste a establecerte en Francia a nuestro lado, confirma por tu gracia lo que hiciste por nosotros y consolida al reino de los francos en su solidez pacífica y triunfal»[172].

Desde que pasara Ricardo, las relaciones seguían siendo cordiales. Enrique III, en varias ocasiones, se había dirigido a Blanca y los conflictos que surgían aquí y allá en los confines de la Guyena y de la Gasconia inglesas eran solucionados ahora ya de común acuerdo. Cosa curiosa, corría el rumor, incluso en la época, de que Blanca tenía intención de devolver al rey de Inglaterra una parte de las tierras que fueran conquistadas a él a fin de asegurar la paz. Eso es al menos lo que afirma Mateo Parisiense, precisando que en esto Blanca seguía el mismo propósito de su hijo el rey Luis y que tal aseveración provocó enseguida «muchas murmuraciones y refunfuños» por parte de los barones franceses. A la luz de los acontecimientos que habían de desarrollarse a continuación, parece que semejante rumor adquiere todo su sentido[173].

Todo esto, sin embargo, le hacía sentir ardientes deseos de que regresara Luis. Blanca era consciente del declinar de sus fuerzas y consciente asimismo de las ambiciones a las que había que poner coto, de las injusticias que había que prevenir o reparar; con el tiempo, la ausencia del rey se dejaba sentir pesadamente en el reino. El año 1252 se prometía malo; la primavera había visto sucederse una temperatura anormalmente cálida a finales de marzo, seguida en abril y mayo de violentos vientos; las flores, abiertas demasiado pronto, caían; las heladas matinales acababan de hacer desaparecer toda esperanza de cosecha. Había un duelo de la naturaleza, una angustia general.

Blanca había tenido, una vez más, ocasión de dar muestra a los ojos de todos de su energía en un episodio que marca el último acto público de su existencia.

Ocurría esto hacia finales de agosto de 12 51. Desde hacía varios meses el Capítulo de París estaba en conflicto con los siervos de sus dominios de Orly y de Châtenay, que protestaban a propósito del pecho, el impuesto que estos

pagaban a los canónigos. Dieciséis de estos siervos habían sido arrestados, luego dejados de nuevo en libertad provisional en el mes de junio, mediante la promesa de que regresarían a partir del 28 de agosto siguiente a la prisión del Capítulo si el conflicto no se había resuelto. Los prebostes de París se habían inmiscuido; uno de ellos, Garnier de Verberie, había ido a Orly, pero no había podido convencer a los siervos de que pagaran un pecho que decían excedía lo que preveía la costumbre del lugar. Esta cuestión del percho había sido en varias ocasiones debatida en el Capítulo; tenía sus defensores y sus detractores; uno de los principales había sido el cardenal Eudes de Châteauroux, legado del papa, pero que se encontraba a la sazón en la Cruzada al lado del rey. Ya se habían alzado protestas a este respecto y el mismo rey, en la época de su enfermedad, se había encontrado en pugna con el Capítulo.

Blanca se entera un buen día de que los canónigos, no contentos con haber encarcelado a sus siervos, les negaban todo sustento. Propuso enseguida su mediación; que los siervos fuesen liberados bajo fianza; ella misma se encargaría de llevar a cabo una investigación a fin de decidir de una vez por todas esta cuestión del pecho que ellos adeudaban. Respuesta de los canónigos: no le correspondía a la reina entender de los conflictos que pudieran surgir entre ellos y sus gentes; y, furiosos, mandan encarcelar también, además de a los hombres, a las mujeres y a los niños. La prisión se hallaba abarrotada de esos pobres desgraciados que se encontraban, en la época de más calor del año, todos hacinados. Fueron a decírselo a Blanca; ella reaccionó con uno de esos arrebatos de ira que jalonaron su existencia.

Al instante manda hacer venir al castellano del Louvre con unos hombres de armas. Ella misma, la anciana reina, tras haber recobrado todo su ardor, se pone a la cabeza de la tropilla. El Capítulo, con sus casas y sus claustros, no está más que a una distancia de cien a doscientos metros del palacio real; y el pueblo de París asiste estupefacto a esta salida inopinada de su soberana, rodeada de ballesteros y de alguaciles de maza. Se dirige hacia el Capítulo, donde ya le ha precedido el rumor público: ¡esos canónigos cebones van a tener que vérselas con una reina encolerizada! Cuando ella se presenta, el claustro está casi desierto. Blanca le pide al tembloroso portero la llave del sótano y de la mazmorra. Luego con paso firme se dirige hacia allí en persona. Tras llegar al sótano, en cuyo fondo se halla la mazmorra, coge de las manos de un alguacil su garrote, lo levanta y asesta el primer golpe contra la puerta. En esto, uno de los ballesteros, Guillermo de Senlis, echa abajo la puerta del sótano y derriba acto seguido a hachazos la de la mazmorra con la

ayuda de sus hombres. Y Blanca acoge a los hombres y a las mujeres que estaban allí encerrados «con gran malestar en medio del calor que tenían unos y otros, hasta el punto de que varios de ellos murieron», asegura la crónica[174]. Están ahora ya bajo la protección de su reina, que se ocupará de ellos hasta el momento en que puedan regresar por sí mismos a Orly.

Una vez más, había de ser una reacción maternal la que guiase a Blanca: no puede soportar que tan cerca de ella se atrevan a tratar de forma tan inhumana a las pobres gentes de su reino, aquellos que levantan humildemente su mira da hacia ella y no pueden defenderse por sí mismos. Ya estén equivocados o les asista la razón, lo prioritario es atajar el escándalo, liberar a estos hombres y a estas mujeres de una mazmorra donde la vida no es posible.

Para empezar, Blanca mandó prender a la autoridad de los canónigos; luego, como era de justicia saber si las gentes de Orly debían o no el pecho al Capítulo del que dependían, ordenó una investigación; lo más curioso es que la investigación estableció el derecho del Capítulo a percibir dicho pecho, justificado por antiguas costumbres. La historia había de acabar con la liberación de estos siervos a cambio del pago por parte de estos de una renta anual al Capítulo.

La liberación de los siervos era, por otra parte, una cuestión que preocupaba a Blanca. Había intervenido algún tiempo antes para hacer liberar a los siervos de Wissous y, poco antes de su muerte, en marzo de 1252, ratificaba la liberación de toda una población de siervos, en París, en La Varenne, Saint-Maur y Chenneviéres, dependiente de la abadía de Saint-Maur-des-Fossés.

Las pruebas se suceden a lo largo de este pesado año; Blanca habrá de soportar algunas que, esta vez, excederán sus fuerzas. Primero es la muerte de su sobrino el 30 de mayo. Fernando III, rey de Castilla, era hijo de Berenguela; este sobrino al que no ha conocido es persona querida para ella, como todo cuanto proviene de su familia y sobre todo de esa Berenguela que había contado con todo su afecto. Como Luis, era profundamente amado por sus súbditos; en su Castilla, donde se mezclaban tantas razas y religiones, daba el ejemplo de un rey preocupado de impartir la justicia debida a todos, ya fuesen judíos, musulmanes o cristianos, y se proclamaba él mismo «rey de las tres religiones». Es cierto que su país era en aquel entonces un ejemplo notable de coexistencia pacífica; la Inquisición no había sido aún instituida;

digamos, por otra parte, que hubiera carecido de todo sentido, ya que, al coexistir varias religiones en Castilla, no había herejes propiamente dichos. Fernando III, al tener noticia del desastre infligido a los cruzados, había tomado él mismo la cruz y Blanca se había mostrado agradecida por su gesto; pero la enfermedad y luego la muerte le habían impedido cumplir con su voto.

Casi simultáneamente, Alfonso de Poitiers se vio aquejado de una especie de parálisis parcial; durante algún tiempo se temió por su vida, pero se recuperó. Formaba con su mujer una pareja ejemplar, pero desgraciadamente sin hijos. Del ataque sufrido, Alfonso conservó unos defectos de visión. Al año siguiente, por consejo del señor de Lunel, envió a dos de sus íntimos a consultar a un médico judío en Aragón. No sabemos si esta consulta a distancia fue o no eficaz; el hecho es que Alfonso terminó por restablecerse paulatinamente del todo. Su primer gesto, una vez recobrada la salud, fue retomar la cruz también él.

Blanca no tenía ya más que un anhelo, un deseo: el retorno de su hijo. Se sentía en el límite de sus fuerzas. Ahora veía como un derecho ese descanso al que desde hacía tiempo aspiraba. Las dos abadías que había fundado, Notre-Dame-du-Lys, que era conocida también como Sainte-Marie-Royale, cerca de Melun, y Notre-Dame-la-Royale en Maubuisson, se le antojaban cada vez más como unos asilos naturales hacia los que clamaba todo su ser. El poder real al que estaba consagrada en cuerpo y alma, vocación impuesta que había asumido plenamente, excedía ahora sus fuerzas. Se sentía literalmente agotada, llegada al límite de su propia resistencia, sin conservar de su lucidez de siempre más que la conciencia de ser ya incapaz de desempeñar su tarea. Era preciso que viniera otro, o más bien que volviera. Tal vez, después de todo, su muerte apresurase su regreso.

En el mes de noviembre, en Melun, tuvo que guardar cama. Se desvivieron por ella. El obispo de París, Reinaldo de Corbeil, acudió presuroso. Recibió de su mano el Cuerpo de Cristo, luego ella le hizo partícipe de su anhelo: deseaba vestir el hábito de las monjas del Císter. El obispo creyó que se adaptaba a una costumbre piadosa de aquel tiempo que establecía que uno se hiciera enterrar con el hábito de una Orden religiosa; pero no, no se trataba de esto. Blanca tenía intención de tomar el hábito y de hacerse religiosa hasta su muerte, sucediera lo que sucediese y aun si después de aquella enfermedad recuperaba la salud. Era, pues, por su parte un acto de abandono; renunciaba libremente al poder real para entrar en religión[175]. A partir de este momento se consideró como bajo la obediencia de la abadesa de Maubuisson.

Pero la muerte se acercaba. Blanca se hizo trasladar a un simple jergón de paja, sobre el que extendieron una sábana. En torno a ella, sacerdotes y clérigos permanecían mudos. ¿A qué esperaban? Ya había recibido los últimos sacramentos y sentía próxima la muerte. Como para dar la señal y completar lo que exigía su partida de este mundo, Blanca entonó ella misma la oración de los últimos momentos, aquella que en la liturgia se llama la encomendación del alma a Dios: «*Subvenite*, *sancti Dei* […]. Venid en mi ayuda, oh, santos del Cielo; acudid, ángeles del Señor; recibid mi alma para llevarla a presencia del Altísimo». Sus labios se movieron, justo el tiempo de articular cinco o seis versículos; tras lo cual los presentes prosiguieron solos.

Era el 26 027 de noviembre de 1252, a primeras horas de la tarde, a eso de las tres. Blanca fue revestida con los ornamentos reales, pero sobre su cabeza se puso el velo de religiosa cisterciense y se le colocó encima la corona. Su cuerpo así engalanado fue colocado sobre unas andas que sus hijos y los barones allegados al rey llevaron desde Melun hasta París, y desde allí seguidamente a la abadía de Saint-Denis. Fue velada una noche entera por el clero y el pueblo. Las *Grandes crónicas de Francia* subrayaron el dolor de este pueblo: «El pueblo llano se sintió muy afectado por su muerte —dicen—, pues había impedido que fuesen explotados por los ricos, y mantenía como es debido la justicia»**[176]**. Este pueblo humilde que la amaba velaba ahora a su reina en el coro de la hermosa iglesia abacial recientemente reconstruida, donde ardían gran cantidad de cirios.

La mañana del 29 de noviembre, tras la misa y el oficio de difuntos, el cortejo tomó el camino de la abadía de Maubuisson, donde de nuevo se celebró un servicio antes de que el cuerpo de Blanca fuera depositado en el panteón de la abadía.

«Dejó al reino de Francia desconsolado», declara Mateo Parisiense, rindiendo por una vez las armas ante la intensa emoción que había provocado la muerte de la reina**[177]**. Su tumba fue una placa de cobre esmaltado como la de los nietos que había perdido; había de subsistir hasta la Revolución, en que fue fundida.

Se despachó a unos mensajeros allende los mares para llevar la noticia al legado Eudes de Châteauroux, que fue el encargado de dar la noticia a Luis y a Margarita.

Era en el tiempo de Adviento. Por todo el reino, se esperaba la vuelta del rey.

EPÍLOGO

Sola en una cámara de los aposentos reales, apoyada en una ventana que daba al patio de ese palacio de París que se convierte cada vez con más frecuencia en la residencia de la pareja, aquella desde la que se parte para las estancias y etapas en las otras partes del dominio real, Margarita piensa. Apenas oye el ruido que sube de las galerías bajas de ese palacio, recién reconstruidas, donde se alberga ahora todo un mundo: el de la servidumbre y de los distintos oficios de palacio, entre quienes se mezclan algunos mercaderes que han conseguido instalar sus puestos en ese lugar donde se deja oír el bullicio de una actividad cada vez más intensa, con la multitud de pleiteantes que vienen a someter su causa al juicio de los oficiales, incluso del mismísimo rey, y de los hombres de armas que tienen allí su guarnición. Morada ahora ya privilegiada, el palacio se ha convertido, bajo el impulso de ese gran constructor que es su esposo, en un verdadero enjambre y también en una fortaleza imponente. Hacia poniente, la Torre Bonbec, que se sumerge casi en el Sena, defiende el pequeño palacio que él hiciera erigir, levantado casi sobre las mismas aguas y haciendo juego con la Sainte-Chapelle, donde pasa tantas largas horas de oración.

Solitaria, algo apartada de toda esta agitación, Margarita piensa. He aquí que hace diez años ya que se extinguió su temible suegra; diez años desde que el legado pontificio viniera a anunciarles, a ella y a Luis, en Sayette, Tierra Santa, donde residían en aquel entonces, la muerte de la reina Blanca. Diez años ciertamente muy repletos, durante los cuales los acontecimientos se han sucedido dentro y fuera del reino; y tras diez años el recuerdo de Blanca sigue siendo tan vivo en el corazón de las gentes como si hubiera muerto la víspera. Diez años en los que siempre allí donde se desplazan no deja de haber alguien que recuerde al rey, a la reina o a sus hijos que conoció a Blanca, que la vio actuar de tal modo en tal circunstancia, que el día tal ella le sonrió, que hizo

entrega a tal muchacha conocida suya de una dote para que pudiera casarse o bien que tomó una resolución justa en su favor, etcétera. Diez años, y el rey no toma nunca una decisión importante sin antes preguntarse qué habría hecho su madre en tal caso. Es un recuerdo constante. Blanca está tan presente en aquel lugar y en todo el dominio real como si viviera aún y se repite como en una letanía ese nombre de Blanca: «Blanca la prudente, Blanca la valiente, la buena reina de Francia, que tan bien y tan prudentemente gobernó el país, que supo conservar tan bien el reino mientras su hijo se hallaba en ultramar, que no conoció en vida ni reproche ni mala voluntad por parte del pueblo[178]».

Aunque siente un secreto despecho por ello, Margarita es una persona con un espíritu demasiado elevado para insistir en este sentimiento. En su vida diaria ha sabido estar por encima de sus rencores personales. No discute las cualidades de que daba prueba la reina madre, ni tampoco su excepcional valor; en su corazón ratifica cuanto proclaman todos en voz alta. Es más, no se ha perdido el ejemplo de Blanca para ella, y se ha esforzado en muchos aspectos en parecérsele.

Hoy Margarita ya no es la «Joven Reina», pero sí la única reina. Una vez llegada ya a la cuarentena, puede echar sobre su propia vida una mirada sin orgullo, pero también sin vergüenza. Lo que ha sido hasta ahora la hace digna de figurar en la galería de las reinas de Francia y de sostener la comparación con las que la han precedido en este papel. Con todas, pero no con Blanca.

Cuando se pone a dudar de sí misma, Margarita evoca sus recuerdos de Tierra Santa. Las pruebas por las que ella pasó en ultramar no tuvo que afrontarlas la reina Blanca. ¿Hubiera actuado mejor que ella? No, Margarita es consciente de haber sido plenamente la Dama, igual que su esposo era plenamente el Caballero. Vuelve a verse en Damieta en el tiempo de los grandes desastres del ejército. Su esposo el rey se hallaba lejos, a la altura de Mansura, a orillas del río; ella se encontraba encinta, a punto de dar a luz, cuando vinieron a darle la noticia del desastre: el rey estaba enfermo, casi moribundo, el ejército derrotado acababa de capitular, los sarracenos se hallaban muy cerca de allí, vencedores. ¿Cuánto tiempo aguantarían su empuje las murallas de Damieta? Al terror que todos sentían venían a sumarse en su caso las angustias del parto. Cuando conseguía conciliar el sueño era para soñar que su aposento estaba lleno de sarracenos dispuestos a exterminarla. Se despertaba sobresaltada, pidiendo socorro a gritos; hasta el punto de que le había rogado a un anciano caballero de ochenta años, que se había quedado en la ciudad, que se acostara junto a su cama; él le sostenía la

mano y, cada vez que la veía agitarse, la tranquilizaba diciéndole: «¡No temáis, señora, me tenéis a mí aquí!».

Un día, ante las noticias que acababan de llegar, pensó que el asalto estaba muy próximo; había hecho salir a todo el mundo de su aposento y, quedándose a solas con el anciano caballero, se puso de rodillas delante de él, pidiéndole un favor; sorprendido, el anciano le juró al punto que haría cuanto le pidiese y ella había añadido solemnemente: «Por la palabra que acabáis de darme, os pido que, si los sarracenos toman la ciudad, me cortéis la cabeza antes de que ellos me apresen». La muerte antes que el harén, donde tantas mujeres y doncellas cristianas habían acabado tan tristemente su vida, obligadas a apostatar, prostituyendo tanto su alma como su cuerpo.

Por lo demás, el anciano caballero había acogido con gran serenidad esta petición: «Lo haré, no os quepa duda; ya había pensado yo mismo en daros muerte antes de que os prendieran».

Al día siguiente había dado a luz un hijo al que habían puesto el nombre de Juan y el sobrenombre de Tristán por los penosísimos momentos en que había venido al mundo. Pero el papel que ella tenía que desempeñar no había terminado aún. Ese mismo día vinieron, a las pocas horas de haber dado a luz, a decirle que todos los mercaderes que seguían frecuentando la ciudad de Damieta iban a partir, a hacerse a la mar. No quedarían en la ciudad más que las mujeres y los niños de los caballeros muertos o hechos cautivos a riberas del Nilo. Ella les pidió que vinieran a verla al día siguiente al alba y allí, sacando fuerzas de flaqueza, intentó primero que se apiadaran de ellos: «Por el amor de Dios, no abandonéis la ciudad [la ciudad de Damieta era la única prenda, en efecto, que cabía esperar ceder a los sarracenos a cambio de la vida del rey y de sus compañeros]. Si no os apiadáis de mí y de quienes tienen puestas sus esperanzas en esta ciudad, apiadaos al menos de la débil criatura que veis aquí; esperad al menos hasta mi misa de parida, a que pueda yo misma hacerme cargo de la situación».

Los mercaderes —los había de Pisa, de Génova, de diversas ciudades de Italia o de las riberas del Mediterráneo; eran los mismos con los que estaban endeudados los caballeros para su equipamiento y el de las tropas de la cristiandad— se miraron entre sí: «¿Qué podemos hacer, señora? ¡Nos moriremos de hambre si nos quedamos en esta ciudad!».

Margarita reflexionó. Tenía que vérselas con unos mercaderes: no había ninguna esperanza de hacerles entender el lenguaje de la compasión. Era absolutamente necesario hablarles con su propio lenguaje, encontrar unos argumentos que ellos pudieran comprender. Y en un segundo los encontró:

«Yo misma compraré todo cuanto haya en Damieta de víveres y de avituallamiento. A partir de hoy, se considerará que estáis al servicio del rey; es él quien garantizará vuestros gastos; viviréis a cargo del tesoro real».

Y había tenido la gran satisfacción de verles cambiar de parecer, tras una breve consulta entre sí. Damieta no carecería de defensores. Al punto dio orden de comprar todos los víveres, por valor de más de trescientas sesenta mil libras, pero la vida del rey dependía de ello. Y fue así como Damieta pudo resistir y ser ofrecida en prenda a cambio de la liberación de los cruzados.

No se había cumplido aún el término normal de la misa de parida cuando tuvo que partir, abandonar Damieta con su pequeño Juan Tristán y embarcarse para Acre con sus camareras y damas de compañía. Algunos meses más tarde, se encontraba por fin con el rey.

Y todos decían en Francia, en Inglaterra, por doquier: sin el valor de la reina Margarita, el ejército estaba perdido.

¿Qué le falta para poder equipararse con la reina Blanca? También ella es, sin embargo, una mujer colmada, una madre feliz. Dos años antes, había dado a luz a su pequeña Inés y fue el undécimo hijo nacido de la pareja real. Once hijos, ocho de los cuales viven —incluido Juan Tristán, y su hermano y su hermana nacidos al igual que él en Tierra Santa—. En cuanto a su esposo, ¿podría pedir algo mejor? A su mutuo amor se añade la admiración que siente, como todo el mundo, por un ser sin par que entronca con las más altas figuras legendarias; Margarita lo presiente instintivamente, un día subirá a los altares, igual que fray Domingo o que fray Francisco. Todos, por lo demás, le llaman el Rey Santo, sobre todo entre el pueblo, pues los burgueses le temen, así como también los barones. Margarita le admira; conoce mejor que nadie los secretos de su corazón, y que este corazón pertenece por entero a Dios. Ella le admira a pesar de su no siempre fácil carácter; el rey posee la impulsividad de su madre, su misma tendencia al exceso en ocasiones: no es un santo varón, sino un santo, con todo lo que de excesivo, precisamente, el término implica. Pero sabe que se puede poner toda la confianza en él: cuando se deja llevar por un arrebato es siempre porque se ha herido su sentido de la justicia. Ni noble ni deudo escapa a este sentido inflexible de una justicia que ejerce sin pasión, pero también sin flaqueza. El señor de Coucy bien que pudo experimentarlo en carne propia cuando hizo prender a tres jóvenes en sus bosques; y también Carlos de Anjou, ese Carlos al que Margarita detesta, tuvo que plegarse ante su hermano…

Luís es para ella un esposo irreprochable; y Margarita sabe que en todo aquello que no exceda, precisamente, los límites de la justicia, tiene un poder

absoluto sobre su corazón. Él le ha dado muchas pruebas de ello. Se avino finalmente a su parecer cuando regresaron de Tierra Santa: el rey se negaba a desembarcar en Elyéres; no quería poner pie en tierra si no era en sus dominios; había estado dudando por espacio de dos días: su voluntad era ir hasta Aigues-Mortes. Pero ¿podía pedirse a las naves que les llevaban que hicieran un esfuerzo suplementario tras la espantosa travesía que habían tenido? Nada les había sido ahorrado, ni tempestades, ni encallar en un banco de arena a la vista de la isla de Chipre, ni siquiera un incendio; el fuego había prendido en el camarote de ella, Margarita, por la negligencia de una de sus camareras; la reina saltó del lecho totalmente desnuda, enrolló las mantas en las que se había prendido fuego y las arrojó al mar donde se las había visto llamear un buen rato en plena noche. Hacerse de nuevo a la mar, cuando estaban ya costeando Provenza, tal vez habría acarreado un nuevo desastre, y su intervención, fielmente transmitida al rey por su deudo el senescal de Champaña, Joinville en persona, había logrado vencer finalmente la obstinación regia de no querer desembarcar sino en suelo de su reino.

Más aún: a su vuelta, el rey pensaba abandonar totalmente los asuntos del siglo y entrar en religión, tal vez en la Orden del Císter de la abadía de Royaumont, cara a su corazón, o en la de los Cordeleros. Su decisión parecía tomada y fue precisamente ella, Margarita, quien le hizo cambiar de idea. Había sabido representarle con vehemencia los peligros a los que dejaría expuesto su reino; su hijo, ese príncipe Luis, cuyo recuerdo hacía asomar las lágrimas a sus ojos, no era a la sazón más que un niño de diez años que habría sido presa de los barones igual que él, Luis IX, había estado a punto de serlo en su juventud y, lo que era más importante, habría sido una huida ante su verdadera vocación, la que no había elegido, pero para la que estaba llamado. Para terminar, la reina hizo comparecer a sus hijos ante él; el rey, al verles, no dijo nada; pero la partida, en su corazón, había sido ganada. Y Margarita había sentido una secreta satisfacción al decirse que la reina Blanca había sido incapaz de disuadir a su hijo de que partiera para la Cruzada…

En la propia política del rey, ¿acaso no había tenido ella la satisfacción de ver adoptar a Luis sus puntos de vista, y firmar finalmente una paz sólida con su cuñado Enrique III de Inglaterra, y devolverle tierras a fin de, según su expresión, «poner amor entre mis hijos y los suyos, que son primos hermanos»? ¿Primos por quién? Por ella, Margarita.

Una mujer colmada… ¿Qué le faltaba para ver hacerse realidad plenamente la imagen que quería dejar de ella? ¿Qué hay en ella de insatisfacción secreta? Esta revancha que en su corazón no ha dejado de

desear tomarse contra la reina que la trataba como si fuera una niña, hecha para el lecho del rey y el porvenir de la dinastía, la lleva meditando desde hace algún tiempo. Una idea que se le había ocurrido al poco de la muerte de ese príncipe Luis que tan profundamente les afectó a uno y a otra, al tiempo que venía a arruinar las esperanzas del reino: ese joven Luis, el vivo retrato de su padre, con unas virtudes más evidentes aún —muerto a los dieciséis años, ese ser de una belleza perfecta…

Su pérdida era, hablando con propiedad, irreparable. El segundón Felipe, convertido en la actualidad en el heredero del reino, distaba mucho de mostrar las mismas cualidades. Cierto que era un niño apuesto, bien formado y excelente en el manejo de la lanza, pero algo embrollón e irresoluto; había salido a la vez a Roberto de Artois por su valentía irreflexiva y a Carlos, ese Carlos el detestado, por esa especie de ambición desmedida que no guarda relación con sus facultades que Margarita, como madre atenta que es, percibe ya en él. ¿No tiene un deber para con él? ¿Un papel que desempeñar? ¿Un papel algo parecido al que representara Blanca antaño?…

En la primavera del año 1263, Luis IX se enteraba no sin estupor del espantoso juramento que su consorte la reina Margarita había obtenido del príncipe heredero Felipe: le había hecho jurar sobre los Evangelios que hasta la edad de treinta años permanecería bajo su «gobierno» y su guarda, y que no se dejaría aconsejar por nadie en contra de su voluntad, la voluntad de Margarita.

Felipe había prestado juramento; pero luego, poco a poco, sintiendo la conciencia intranquila y comprendiendo que su madre le reduciría a una minoridad indebida hasta la edad de treinta años, había ido —violando, por otra parte, los términos del juramento— a confesárselo todo a su padre. Desde entonces, el muchacho vivía dominado por la angustia, sin saber cuál era la culpa más grave: si haber prestado ese juramento imprudente o bien haber faltado a él. Luis tranquilizó a su hijo, y para aplacar completamente su conciencia, envió al punto unos mensajeros al papa. El 6 de julio siguiente, este —era un francés, Urbano IV— por medio de un documento debidamente sellado con plomo[179], siguiendo en esto la costumbre de la cancillería pontificia, desvinculaba al joven de su voto irreflexivo.

El rey Luis tuvo la prudencia de no tenérselo en cuenta a su esposa, y Margarita se resignó.

Había habido, y aún habría muchas reinas en Francia. Pero no podía haber más que una reina Blanca.



RÉGINE PERNOUD (Châteaux Chinon, 1909-París, 1998) fue una investigadora minuciosa y una brillante escritora; se doctoró en Letras en la universidad de Aix-en-Provence y fue conservadora en el Museo de Historia de Francia, en los Archivos Nacionales y en el Centro Juana de Arco de Orleans. Contribuyó con sus libros a restablecer la imagen de la Edad Media, especialmente la de sus protagonistas femeninas, en las que centró muchas de sus obras. En esta editorial han aparecido *Leonor de Aquitania* (2009) y *Eloísa y Abelardo* (2011).

Notas

[1] No será por falta de documentos: solo el «Trésor des Chartres» de los Archivos Nacionales incluye más de 4000 originales: informes de gestión y de administración de las tierras de realengo, tratados, ventas, donaciones, etcétera, una mitad de los cuales correspondientes al período asociado con el reinado de Blanca. Los materiales abundan para permitir un estudio exhaustivo de este reinado. (*A menos que se indique lo contrario, todas las notas son de la autora*). <<

[2] Los muchachos no alcanzaban la mayoría de edad hasta los catorce años; téngase en cuenta que, en la época, la madurez era más precoz en las muchachas que en los muchachos. <<

[3] Véase *Magna Vita Sancti Hugonis. The Life of S. Hugh of Lincoln,* editado por Decima L. Douie y Hugh Farmer, Londres-Nueva York, 1961, 2 vols., en octavo, 1.11, p. 156. <<

[4] Cf. Bezzola (R.), Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident, 3.ª parte, 11, p. 343. <<

[5] Remitiendo al cuadro genealógico, recordemos aquí que Leonor de Aquitania había casado con el rey de Francia Luis VII y, posteriormente, con el rey de Inglaterra Enrique Plantagenet. <<

[6] Véase Magna Vita Sancti Hugonis, p. 142. <<

[7] Guillermo el Bretón, *La Philippide*, L. vi, v. 28. **<<**

[8] Únicamente un hombre hubiera podido tal vez simpatizar con el rey en esta circunstancia, aunque por razones muy distintas y que, a fin de cuentas, se nos escapan lo mismo que las del rey: el monje de la Gran Cartuja, por lo demás un santo varón, cuya historia nos cuenta el biógrafo de Hugo de Lincoln y que, tras haber recibido de su prior la misión de ir a fundar un convento en Dinamarca, se había negado rotundamente a ello y recorría los corredores y el claustro del monasterio gritando: «Señor, líbrame de Dinamarca». <<

[9] Chronique de Jean d’Oxford, citada por Elie Berger, Histoire de Blanche de Castille, p. 10. <<

[10] *Lettres* de Esteban de Tournai, ed. de Desilve, 1893, p. 367. <<

[11] Maillard (Jean), *Un roi-trouvére au XIIIe siécle.* Vol. 18 de *Musicological Studies and Documents*, American Institute of Musicology, 1967. <<

[12] Véase el cuadro genealógico, p. 7. <<

[13] Roger de Wendover, 1.1, p. 316. <<

[14] *Chronique de l’Anonyme de Béthune*, en Rec. des. Hist. de Rrance, XXIV, 2, p. 760. <<

[15] *Histoire des ducs de Normandie*, ed. de F. Michel, p. 93. <<

[16] *Ibid.*, pp. 94-95. <<

[17] *Histoire de Guillaume le Maréchal*, ed. de R. Meyer, m, p. 164. <<

[18] *Ibid.*, pp. 167-170. <<

[19] La vara mide en torno a 1,20 metros. Nos gustaría poder dar equivalencias en moneda, pero la época desalienta toda precisión en este tipo de evaluación. Digamos que a comienzos del siglo XIII la libra tenía un valor entre 17 y 18 francos-oro; una libra, como es sabido, son veinte sueldos. <<

[20] Cuentas publicadas en Brussel, *Usage desfiefs*, n (1750), pp. 157, 174 y ss. <<

[21] Philippe Mouskés, *Chronique rimée*, v. 27, pp. 145 y ss. <<

[22] Es decir, un poco más de 7 metros de ancho, al equivaler un *piedmain* a 0,391 metros. <<

[23] Tomar la cruz era el voto de compromiso que se hacía de ir en peregrinación a Jerusalén, cosiéndose en el vestido una cruz en señal del mismo. (N. del T). <<

[24] Villehardouin, *Histoire de la conquête*, ed. Faral, pp. 90 y 128; y carta de Inocencio III citada en Fliche-Martin, *Hist. de l'Église*, x, p. 71. **<<**

[25] Guillermo el Bretón, *Chronique*, ed. Delaborde, n.º 149, p. 226. <<

[26] Cf. Delisle, *Premier registre* de Ph.-Aug., París, 1883, p. 93. **<<**

[27] Véase la genealogía: por línea materna, Blanca es nieta de Enrique II Plantagenet. <<

[28] *Histoire des ducs de Normandie*, ed. F. Michel, pp. 119-120. **<<**

[29] Guillermo el Bretón, *Philippide*, L. XII, w. 835 y ss. <<

[30] Histoire des ducs de Normandie, p. 105. <<

[31] *Ibid*., p. 121. <<

[32] G. el Bretón, *Philippide*, L. IX, w. 569-570., p. 121. <<

[33] Hist. des ducs de Normandie, p. 126. <<

[34] Publicado en *Rec. des Hist. de Frunce*, XIX, pp. 254-255. <<

[35] Publicado en Layettes du Trésor des chartes, n, n.os 1813-1821, pp. 97-99 <<

[36] Véase G. el Bretón, *Philippide*, L. n, vv. 87-149. <<

[37] G. Bretón, *Chronique*, nº 203, pp. 296-297 **<<**

[38] *Ibid*., n.º 202, p. 295. <<

[39] Guillermo Guiart, *Branche des royaux lignages*, p. 280. <<

[40] Chron. de l’Anon. de Béthune, en Rec. des Hist. de France, XXIV, 2, p. 763. <<

[41] *Cf*. Petit-Dutaillis, *Louis VIII*, p. 52. <<

[42] *Chanson de la croisade albigeoise*, citado por Petit-Dutaillis, Louis VIII, p. 194. <<

[43] Roger de Wendover, *Flores Historiarum*, ed. Hewlett, 11, pp. 135 **<<**

[44] *Hist. des ducs de Normandie*, pp. 160 y 161. <<

[45] Roger de Wendover, *Flores Historiarum*, 11, p. 176. <<

[46] *Hist. des ducs de Normandie*, p. 164. <<

[47] Roger de Wendover, 11, p. 177. <<

[48] *Ibid*., pp. 178-180. <<

[49] Hist. des ducs de Normandie, p. 167. <<

[50] Carta citada en la *Chronique* de Hoveden (ed. Stubbs), IV, p. 190. <<

[51] *Hist. des ducs de Normandie*, pp. 169-170. <<

[52] *Histoire de Guillaume le Maréchal*, 111, p. 212 <<

[53] *Ibid.*, pp. 213-214 <<

[54] Citado en Petit-Dutaillis, *Louis VIII*, p. 136. <<

[55] Citado *ibid*., p. 140. <<

[56] Mateo Parisiense, *Chronique*, III, pp. 25-26. <<

[57] *Récits d'un ménestrel de Reims*, n.os 301-302 <<

[58] Extraído, así como las citas precedentes, de la *Hist. des ducs de Normandie*, pp. 198-202. <<

[59] Véase Annuaire-bulletin de la Soc. de l’Hist. de Frunce, 188 5, p. 132. <<

[60] Conon de Lausanne, citado por Petit-Dutaillis, p. 216. <<

[61] Citado *ibid*., p. 114. <<

[62] Etienne de Bourbon, *Anecdotes*, ed. Lecoy de La Marche, n.º 3 23, pp. 271-272. <<

[63] Nicolás de Bray, citado por Petit-Dutaillis, p. 223. <<

[64] Inédito. Ms 870 de la Bibl. Mazarme. Estudiado en la *Hist. litt. de la France*, XXX, pp. 325-329. <<

[65] *Ornatus mulierum*, texto anglonormando del siglo XIII, edición al cuidado de P. Ruelle, P. U. Bruselas, 1967. <<

[66] *Hist. des ducs de Normandie*, p. 206. <<

[67] Grandes Chroniques de France, VII, p. 11. <<

[68] Esta estatua se encuentra en la iglesia de los Cordeleros de Nancy. Vaciado en el museo de los Monumentos franceses de París. <<

[69] Los textos han sido tomados de las *Grandes Chroniques de France*, vil, pp. 17-18. <<

[70] No se sabe a ciencia cierta si Carlos nació en marzo de 1226 o si, antes de su nacimiento, no habría que situar el de un niño que no sobrevivió, Esteban. En tal caso, Carlos habría sido un hijo póstumo, nacido en 1227. <<

[71] *Chanson de la croisade albigeoise*, ed. Martin-Chabot, III, pp. 290 291, VV. 91-104 <<

[72] *Historia albigensis*, ed. Guébin et Lyon, m, p. 14. <<

[73] *Grandes Chroniques de France*, vil, p. 9. <<

[74] Philippe Mouskés, *Chronique*, w. 22 383-22 392. <<

[75] Véase el estudio sobre S. de M. en *Cahiers de Fangeaux*, 4, p. 283. <<

[76] Philippe Mouskés, *Chronique*, v. 23 377-23 385. <<

[77] *Annales* de Dunstaple y R. de Wendover, citados por Petit-Dutuillis, p. 295. <<

[78] *Grandes Chroniques de France*, vil, pp. 23-24. <<

[79] Philippe Mouskés, vv. 27 300 y ss. <<

[80] Los carros de la época eran largos y con estrechos cajones, montados sobre dos ejes fijos, constantemente separados entre sí, alrededor de los cuales giraban las cuatro ruedas. Se entraba por detrás, cerrándose luego el acceso con cadenas o barras. (N. *del* T). <<

[81] Roberto Saincereau o de Sancerre, en *Rec. des Hist. de France*, XXIII, pp. 124-131. <<

[82] La ampolla o redoma en la que se guardaba el óleo para ungir a los reyes de Francia. (N. *del* 71). <<

[83] Es inexacto hablar de «regencia» de Blanca y de «mayoría de edad» de Luis IX. Véase a este respecto Olivier-Martin (E), *Études sur les régences*. **<<**

[84] El que roba en los campos de trigo. (N. *del T*.). <<

[85] *Chanson d'Hugues de la Ferté*, citada en Elie Berger, *Blanche de Castille,* p. 109. <<

[86] *Grandes Chroniques de France*, *VII*, pp. 38-40. <<

[87] Joinville, *Histoire de Saint Louis*, cap. 16. <<

[88] Citado en E. Berger, *Blanche de* C., p. 108. <<

[89] Arch. Nat., *Trésor des Chartes. Layettes*, Supl. II, n.^{os} 1979^{7} a 1979^{33}. <<

[90] Véase E. Berger, pp. 123-125. <<

[91] *Grandes Chroniques de France*, *VII*, pp. 43-44. <<

[92] Término despectivo: Teobaldo, según el autor de la canción, no tenía más que ribaldos por compañeros. <<

[93] *Ménestrel de Reims*, n.os 348-351. <<

[94] Se sabe que el torreón de Coucy, el más hermoso de Europa, fue destruido en 1918 por los alemanes durante su retirada. <<

[95] *Cf*. E. Berger, pp. 157-158. <<

[96] Roger de Wendover, II, p. 347. <<

[97] Publicado en Histoire du Languedoc, VIII, c. 893. <<

[98] El original del tratado de 1229 se conserva en los Arch. Nac., J 305 n.º 60. Publicado en *Layettes du Trésor des chartes*, 11, n.º 1992. <<

[99] Mateo Parisiense, *Chronica majora*, m, pp. 166 y ss. <<

[100] *Ménestrel de Reims*, n.os 187-188. <<

[101] Etienne de Bourbon, *Anecdotes*, n.º 513, p. 443. <<

[102] Texto de Geoffroy de Beaulieu en Duchesne, *Historiae Francorum Scriptores*, t. V, pp. 445-446. <<

[103] Guillermo de Saint-Pathus, pp. 13-18. <<

[104] Ibid., pp. 88 y 71 <<

[105] Archives Nat. J 427 n.º 11 bis. Publicado en *Layettes du Trésor des chartes*, 11, n.º 2083. <<

[106] Véanse las canciones de Teobaldo de Champaña en la edición Wallensköld. <<

[107] Grandes Chroniques de France, vil, pp. 66 y ss. <<

[108] Philippe Mouskés, w. 28 692 y ss. <<

[109] Grandes Chroniques de France, VII, pp. 64-65. <<

[110] *Aubry de Trois-Fontaines*, en Rec. des Hist. de France, XXI, p. 619. **<<**

[111] Estas cuentas están publicadas en *Rec. des Hist. de Frunce*, XXI, pp. 220-260. La suma se encuentra en p. 248. Véase también XXII, pp. 579-622. <<

[112] Tomamos esta hipótesis de Rita Lejeune, la eminente romanista. Véase su artículo en *Le Siécle de Saint Louis*, Hachette, 1970, cap. XVIII, *La courtoisie et la littérature au temps de Blanche de Castille et de Louis IX*, pp. 181-196. <<

[113] El *Dictié d'Urbain*, citado en la *Introducción* a la edición de Philippe Mouskés, 11, p. 225 en nota. <<

[114] *Philippe Mouskés*, w. 24 225 y ss. <<

[115] La carta se conserva en los Archivos Nacionales J1030, n.º73. Fue expuesta en la Exposición *La Franee de Saint Louis*, 1970,n.º115 del catálogo. Véase el art. de Douét d'Arcq, *Lesiége de Carcassonne en 1240, en Bibliothéque de l'Ecole des Chartes, 2º* serie, II, 1845-1846, pp. 363-379. <<

[116] Véase Dossat, cap. XXV dedicado a la Inquisición en *Le siécle de Saint Louis*, pp. 259-266. <<

[117] La carta de Blanca fue publicada por Bourquelot en *Revue des Sociétés savantes*, 4.ª serie, V, p. 447 (1867). <<

[118] Bula de Gregorio IX en los Arch. Nac.; edición al cuidado de Teulet, *Layettes*, II, n.º 2514, c. 339-340. <<

[119] Carta del espía de La Rochelle conservada en los Arch. Nac. y publicada por L. Delisle, en *Bibl. de l’Ec. des Chartres*, 1856, pp. 513-555. <<

[120] Carta del obispo Guillermo de Beaumont y del Capítulo de Angers publicada en Teulet, *Layettes*, n, 22 de septiembre de 1232. **<<**

[121] Citas tomadas dé las *Grandes Chroniques de Trance*, VII, pp. 87-89. <<

[122] *Ibid.*, pp. 90-91. <<

[123] Véase el relato en Joinville (p. 74 de la edición del Club des Libraires de France). <<

[124] Grito de guerra empleado antiguamente por los soldados franceses en las batallas, correspondiente a nuestro: «¡Santiago, cierra España!». (N. del T.). <<

[125] Mateo Parisiense, IV, 211 <<

[126] *Grandes Chroniques de France*, vil, pp. 99-100. Véase el detalle de los combates en Bémont, *La Campagne de Poitou 1242-1243. Taillebourg et Saintes*, Toulouse, 1893. Extraído de los *Annales du Midi*, v **<<**

[127] Philippe Mouskés, w. 31 110-31 114. <<

[128] Cantar de gesta sobre la batalla de Taillebourg compuesto poco después del acontecimiento y conservado en un manuscristo de la biblioteca de Módena; publicado por A. Thomas en *Anuales du Midi*, julio de 1892, pp. 362-370. <<

[129] Mateo Parisiense, IV, 253. <<

[130] *Cf*. Y. Dossat, *L'Inquisition toulousaine*, especialmente pp. 145-151. Véase también p. 273. <<

[131] Mateo Parisiense, *Chronica majora*, IV, 226. **<<**

[132] Carta conservada en los Arch. Nac. Fonds de Toulouse, V, J 309, n.º 20. Publicado en Teulet, *Layettes*, 11, pp. 482-483. <<

[133] Guillermo de Puylaurens, p. 305 de la edición Guizot. <<

[134] Guillermo de Nangis, en *Rec. des Hist. de Frunce*, XX, p. 550. <<

[135] Restituimos aquí al episodio del asedio y a la toma de Montségur el lugar que ocupan en los textos de la época. <<

[136] Véase Grande chronique de Limoges, en Rec. des Hist. de Frunce, XXI, p. 766. <<

[137] Étienne de Bourbon, *Anecdotes*, ed. Lecoy de La Marche, p. 388 en nota.
<<

[138] *Ibid*., p. 389 en nota. <<

[139] Se han conservado numerosas cartas a este respecto en los Archivos Nac. *Cf*. Teulet, *Layettes*, II, n.os 2577,2729 (del papa Gregorio IX), in n.os 3604, 3740, 3741, etcétera (de María, emperatriz de Constantinopla); III, n.os 3772-3774 (de Blanca, desinteresando a los acreedores de María), etcétera. <<

[140] V R. Grousset, *L’épopée des croisades*, pp. 284-286, etcétera, y Guillaume de Nangis, en *Rec. des Hist. de France*, XX, 325. <<

[141] Citas tomadas de los textos publicados en Bouthoul, *Le Grand Maitre des Assassins*, pp. 166-167. <<

[142] Mateo Parisiense, *Chronica majora*, IV, p ni. **<<**

[143] Véase el capítulo XXII, dedicado al Oriente y al Extremo Oriente en *Le Siécle de Saint Louis*, debido a G. A. Bezzola, pp. 230-237. <<

[144] Carta de Ponce de Aubon, señor de la caballería del Temple en Francia, a san Luis, citada en Wallon (H.), *Saint Louis et son temps*, 2 vols., 1876,1, pp. 153-154 en nota. <<

[145] Mateo Parisiense, *Chronica majora*, IV, p. 275. <<

[146] P. Mouskés, vv. 31 022-31 023. <<

[147] Carta de Gregorio IX publ. en *Layettes*, II, n.º 2836. <<

[148] Étienne de Bourbon, *Anecdotes*, n.º 58, p. *6* 3. <<

[149] Véase Dimier (A.), *Saint Louis et Citeaux*, p. 94 en nota. *Cf*. también el relato de Mateo Parisiense, citado en E. Berger, p. 356. <<

[150] *Chronique de Jean Eleemosyna*. Cf. mis obras *Les Croisés*, p. 243, y *Les Croisades* (col. Il y a toujours un reporter), p. 246. <<

[151] Hay que subrayar que se trata de una hipótesis totalmente personal, que ningún texto apoya; nos parece verosímil si se tiene en cuenta la conducta de Blanca en general y la sorpresa que sentimos al verla tan obstinadamente hostil a los proyectos de Cruzada de su hijo. <<

[152] Mateo Parisiense, *Chronica majora*, v., pp. 3-5. <<

[153] Por último, resulta muy significativo ver que un senescal cascarrabias, Pedro de Athies, cuando se le apremia a impartir justicia en el nombre del rey, responda airado: «¿Qué es lo que queréis? ¡Decidlo, rápido! ¡Daría cien marcos de plata para no tener que oír hablar más del rey, ni tampoco de la reina!». <<

[154] *Cf.* Mateo Parisiense, *Chronica*, III, p. 196. <<

[155] Biografía de Isabel, por la abadesa de Longchamp Inés de Harcourt. Publicada por Du Cange a continuación de su edición de Joinville, 1668, pp. 169-170. <<

[156] Fliche y Martin, *Histoire de l’Église*, X, pp. 261 y ss. <<

[157] Hay que distinguir, en efecto, entre el condado de Provenza propiamente dicho y el marquesado de Provenza, lo que había de llamarse más tarde el Comtat-Venaissin. <<

[158] E. Berger, *Saint Louis et Innocent IV*, pp. 3 o 9-31. **<<**

[159] *El relato de la Disputatio*, escrito por el rabino Yehiel, ha sido publicado en Wagensiel CT. C), *Tela Ignea Satane*, Altdorf, 1681, 2 vols. en cuarto, II, 2.ª parte. Resulta divertido constatar a este respecto el error de una parte de la prensa (que consideró oportuno lanzar un ataque especialmente con motivo del Año de San Luis en 1970) llamando a este: «exterminador de judíos en la hoguera»… Fue el Talmud el que fue quemado, no los talmudistas. <<

[160] Publicado en Lettres franrçaises du XIIIe siecle, ed. A. Foulet, en Classiques/ranr; ais du Moyen Age, n.º 43, París, 1924, pp. 16-18. <<

[161] Testamento de Raimundo VII, *Layettes*, III, n.º 3802, codicilo n.º 3803, pp. 78-79 <<

[162] Citado en E. Berger, *Blanche de Castille*, p. 375. <<

[163] Los originales han sido publicados en *Layettes*, III, n.º 3829, pp. 87 y ss. <<

[164] Mateo Parisiense, *Chronica majora*, v, pp. 169-170. <<

[165] P. Mouskés, w. 29 206 y ss. <<

[166] El último en cuanto a fecha y el más completo de los trabajos relativos a la Cruzada de los niños es el de Zacour en *History of Crusades*, editado por la Universidad de Pensilvania, II, pp. 325-342. <<

[167] Mateo Parisiense, *Chronica*, v, p. 239. Según ciertos cronistas, el Maestro de Hungría habría sido un cisterciense llamado Santiago, que colgó los hábitos. *Cf*. Dimier (A.), *Saint Louis et Citeaux*, pp. 209-210. <<

[168] Carta publicada en *Layettes*, m, n.º 3960, p. 142. <<

[169] Toda una serie de cartas de este tipo se conservan en los Archivos Nacionales. *Cf. Layettes*, 111, n.os 3769, 3770, etcétera, pp. 68 y ss. <<

[170] Véase *Layettes*, m, n.º 3956. <<

[171] Layettes, III, nº. 3978. <<

[172] Véase Shirley, *Royal and historical letters*, B. <<

[173] Mateo Parisiense, *Chronica*, IV, p. 631. **<<**

[174] *Grandes Chroniques de France*, VII, pp. 168-169. <<

[175] Dimier, Saint Louis et Citeaux, p. 95. <<

[176] Grandes Chroniques de France, VII, p. 167. <<

[177] Mateo Parisiense, *Chronica*, v, pp. 311-312 y 354. <<

[178] *Chronique anonyme* publ. en *Rec. des Hist. de France*, XXI, 116. <<

[179] Original conservado en los Archivos Nacionales, J 711, n.º 301. <<